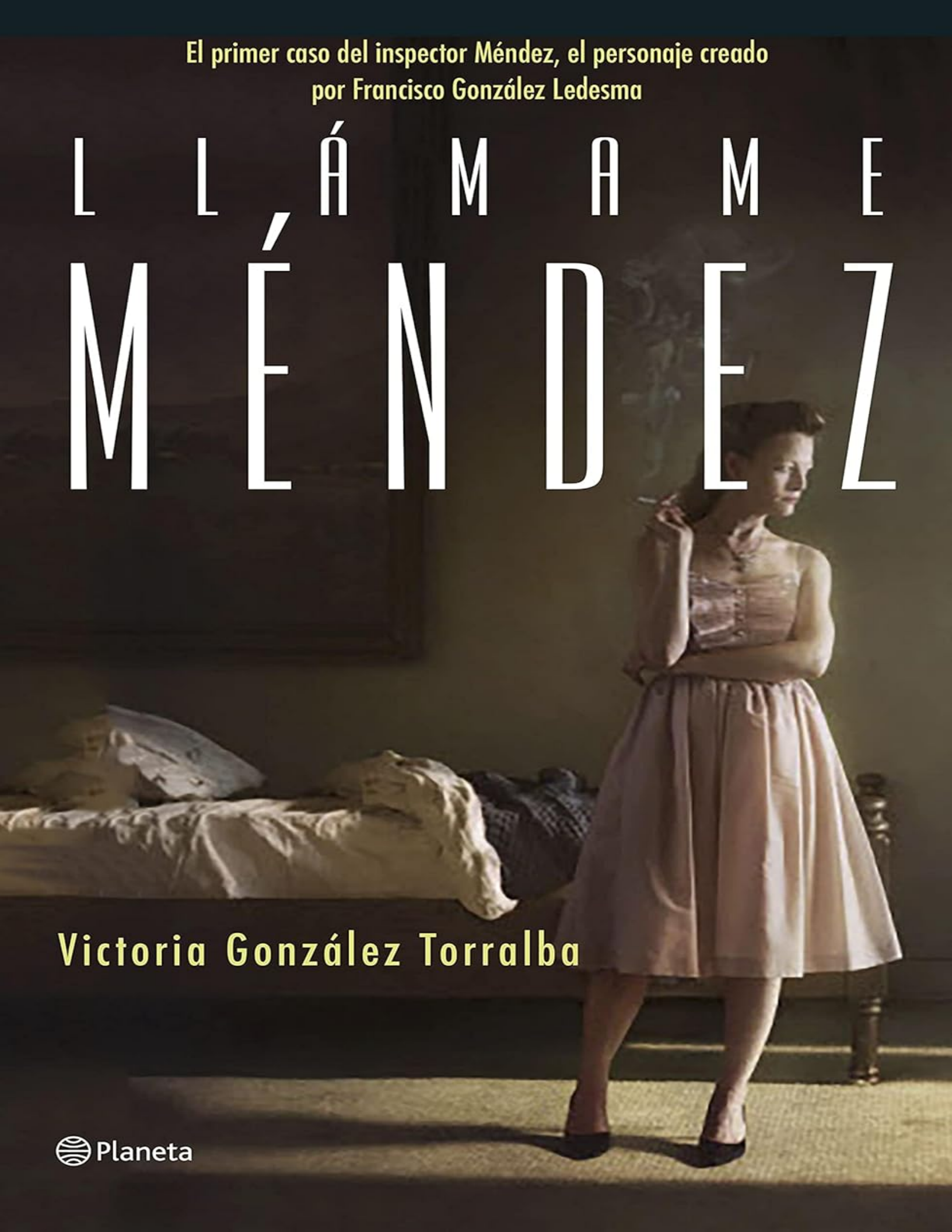
El primer caso del inspector Méndez, el personaje creado por Francisco González Ledesma

LLÁMAME MÉNDEZ



Victoria González Torralba

Planeta

Índice

Dedicatoria
Prefacio
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Nota bibliográfica y agradecimientos
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

A Clara, para que nos sobreviva
A Ledesma, para que nos acompañe

¿Fue Méndez joven alguna vez? Obviamente no, pero hubo un tiempo en que tuvo diecisiete años.

1

Estaba a siete pasos del prisionero, la distancia reglamentaria. Habitualmente eran tres los que formaban el pelotón de fusilamiento, pero hoy debía ejecutar él solo la sentencia. Apuntó con el arma, entrecerró un ojo, como había visto hacer a los vaqueros en las películas, y disparó. Hubo un instante de incertidumbre tras el cual el reo cayó de rodillas llevándose las manos al pecho en un gesto teatral.

—Eres malo hasta muriéndote —dijo el que acababa de disparar. No alcanzaba los diez años de edad y, al igual que su compañero de juegos, vestía ropas gastadas, demasiado grandes para su raquítica estampa.

Jugaban en la montaña de Montjuïc, el único paraíso terrenal con el que los vecinos del Poble Sec se atrevían a soñar. Antes de la guerra aquella ladera había acogido huertos domésticos y almuerzos domingueros, con copa y puro incluido, donde el trabajador olvidaba sus desdichas de hoy mientras anhelaba un mañana mejor. Esas quimeras proletarias ya se habían desvanecido —ningún sueño resiste las miserias de una guerra— y aquel edén se había transformado en un triste descampado donde los hijos de los perdedores convertían en un juego su propia derrota.

—Los héroes mueren así, despacio —le contestó el fallecido, que, indignado, había vuelto a la vida.

La frase dibujó una sonrisa triste en la figura que acababa de incorporarse a la escena. Era un adolescente de estatura mediana que hubiera podido presumir de complexión atlética de haber nacido en otro tiempo o en otras calles. Llevaba el pelo, negro y espeso, peinado hacia atrás, a excepción de un mechón rebelde que le caía sobre la frente. Iba acompañado de un perro de aspecto cansado y bondadoso, uno de esos chuchos callejeros que durante la posguerra deambulaban por la ciudad como si esta fuera suya sin ser ellos de nadie.

—Eh, vosotros, ¿no tenéis otra forma de pasar el rato?

Los chavales saludaron y se acercaron al visitante para dedicarle al animal unas caricias que el chucho recibió con agrado.

—Id para casa. Antoñito, tu madre lleva un buen rato vociferando en el balcón —dijo dirigiéndose a uno de ellos—. Por lo visto, es hora de cenar. Como te retrases un poco más, me temo que vas a acabar fusilado de verdad.

Los chiquillos corrieron ladera abajo dispuestos a presentarse ante la autoridad militar pertinente y el recién llegado se quedó solo. No tenía prisa en regresar. Le gustaba aquel lugar, sobre todo al atardecer, cuando el cielo se teñía de rojo. Durante el crepúsculo una ligera brisa refrescaba el ambiente, una tregua que concluía al vencer la oscuridad. Entonces el calor volvía a extenderse como un manto pesado sobre los cuerpos insomnes. En esas noches largas no había quien pegara ojo, mucho menos aquellos a los que el hambre, el miedo, la rabia o las tres cosas a la vez les roían por dentro. Cuando la ciudad se apagaba, afloraban los fantasmas. El intenso bochorno que se había apoderado de Barcelona aquel verano del 45 no ayudaba a espantarlos. Durante el día las calles parecían más sucias y la gente más cansada, por la noche era la vida la que parecía más trágica y las oportunidades irremediablemente perdidas.

El joven se sentó en una piedra hecha a medida para acoger las generosas posaderas de una matrona bien alimentada y contempló las calles estrechas que nacían en la montaña para desembocar en la amplia avenida del Paralelo. Las conocía bien, en ellas había pasado gran parte de la guerra y experimentado el horror de los bombardeos. Fue ahí donde descargaron los aviones italianos en uno de los primeros ataques aéreos a la ciudad, en la primavera del 37, y también donde se produjo uno de los últimos, pocos días antes de que las tropas rebeldes entraran triunfales en la Barcelona derrotada. El primero fue el más cruel y el último el más triste. En el 37 los vecinos tuvieron que organizarse para limpiar las calles de cadáveres. En el 39 esos mismos vecinos tuvieron que apretar los labios y disimular las lágrimas.

Desde la panorámica que le ofrecía Montjuïc, recordaba la mirada perdida de quienes hasta hacía poco alzaban el puño convencidos aún de la victoria. Esos héroes cotidianos tenían ahora un aspecto

diferente. Como el enfermo desahuciado, intentaban recuperar sus rutinas, doblegarse a la realidad sin hacer ruido y calibrar a escondidas el alcance de sus fuerzas, aun sabiendo que ya nada volvería a ser como antes. Él los había visto defender la República levantando barricadas de adoquines y disparando desde tejados y ventanas. Más adelante los vio construir refugios. Los hombres picaban y sacaban sacos de tierra que mujeres y niños ayudaban a cargar. Algunas excavaciones eran muy precarias, pero otras se trazaban en zigzag para amortiguar las ondas expansivas y con ángulos redondeados que facilitaran la evacuación de heridos en camilla. Recordaba con exactitud la humedad y el miedo que se respiraba en esos túneles. Era un miedo intenso pero pasajero, no como el que latía ahora en la superficie, sordo y definitivo. Se acordaba también de lo fastidioso que era dormir con los zapatos puestos, pero su madre le obligaba a hacerlo por si había que salir corriendo a guarecerse en plena noche.

Con la ingenuidad propia del niño que era entonces, había creído que la crudeza de los ataques sobre esa zona se debía al carácter rebelde de sus vecinos —no en vano, aquellas eran calles proletarias y rojas—, nunca se le había ocurrido que estar cerca del puerto, del cuartel de Atarazanas y de la central eléctrica más importante de la ciudad había tenido bastante que ver. La proximidad de la fortaleza militar de Montjuïc tampoco ayudaba mucho. En el último siglo ese castillo se había convertido en una fábrica de mártires, en todo un símbolo de represión política y obrera. Por sus celdas habían pasado anarquistas, sindicalistas, fascistas y finalmente republicanos. Tenía que reconocer que su silueta le imponía. Era incapaz de contemplarla sin sentir un sordo temor, sin imaginar las horas de sufrimiento y tortura que escondían sus celdas más oscuras, la soledad del último preso antes de que la muerte viniera a buscarlo de madrugada.

El perro, que había intentado robarle unas caricias buscando sus manos con el hocico, se cansó de mendigar afecto y se alejó dejándolo solo con sus pensamientos.

Estaba harto ya de tanto dolor, ahora quería mirar hacia delante. Se sentía con fuerzas. Estaba contento, o eso creía, porque hasta

para afirmaciones de ese tipo hacía falta experiencia. Lo cierto es que desde la pasada noche se sentía diferente, poseído por una energía nueva, como si alguien le hubiera quitado un peso de encima del que hasta ese momento no hubiera sido consciente.

Sí, a partir de ahora todo iría mejor. La guerra en Europa había terminado. Hitler estaba muerto y los alemanes se habían rendido. Con la victoria de los aliados tal vez España tomara otro rumbo, tal vez volvería la República y desaparecería el miedo. O tal vez no, pero, al menos, la guerra en el continente había terminado, la maldita guerra, siempre la guerra. Esa angustia que formaba parte de su vida desde que tenía uso de razón al fin iba a desvanecerse. Qué más daba ya a esas alturas ganar o perder, él lo que quería era vivir, ¿o es que no es eso lo que uno debe desear a los diecisiete años?

La noche anterior había acudido a una de esas verbenas de verano que las comisiones vecinales organizaban de forma espontánea. Hasta cuando vives en el mayor de los desencantos buscas ratos de alegría, o quizá entonces los buscas más que nunca. Eran fiestas hechas con cuatro bártulos. Se bajaban algunas sillas a la calle, se improvisaba un entarimado en una plaza, se colgaban unos farolillos y se convencía a un par de músicos y a una cupletista jubilada para que amenizaran el baile a cambio de una cena con vino. Esos artistas de aspecto descompuesto y ajado adquirían bajo el alumbrado una apariencia renovada, como la de la vieja chistera que uno sabe manoseada pero que contempla con admiración mientras dura el truco de magia.

Se había acercado a la verbena con la ilusión de encontrar allí a Rosalía. La distinguió enseguida entre los pequeños grupos que se habían formado en la plaza, junto a otra chica de su edad. Cuando detectaron su presencia, en lugar de saludarlo, simularon no haberlo visto mientras intercambiaban risitas cómplices. Imposible escapar. Cuando la vida te da lo que quieres no es cuestión de tener o no valor, sino de cumplir con tu deber. Era consciente de que no era muy hábil en el arte de la conversación y sabía también que ante ella se comportaría de forma más torpe, así le había ocurrido otras veces cuando habían coincidido por el barrio o en alguno de los

corrillos que se solían formar en la plaza del Surtidor las tardes estivales. Parado al borde de un precipicio, la idea de dar un paso en falso le aterraba.

Caminó hacia las chicas con las manos en los bolsillos, dirigiendo su mirada hacia esa mujer entrada en carnes que, subida al escenario, intentaba ser la que en realidad nunca fue. Su voz nasal entonaba: «Tres cosas hay en la vida: salud, dinero y amor. El que tenga esas tres cosas que le dé gracias a Dios». No quería que sus ojos se toparan con los de Rosalía, cuando eso ocurría se sentía indefenso, como si ella pudiera leer sus pensamientos. «El que tenga un amor que lo cuide, que lo cuide, la salud y la platita que no la tire, que no la tire.» Cuando se paró al lado de la joven se dio cuenta de que no sabía qué decir. Tendría que haber pensado algo. El estómago se le llenó de pánico y a punto estuvo de salir huyendo.

—¿No me vas a invitar a bailar? —Rosalía había hablado con tanta naturalidad que le llamó la atención que pudiera decirse de forma tan sencilla una frase que él hubiera sido incapaz de pronunciar aun deseándolo con todas sus fuerzas.

—No estoy seguro de saber —titubeó mientras se arrepentía en el mismo instante de haber dicho esas palabras.

La muchacha, dispuesta a enmendar los errores de su joven admirador, le animó:

—Si sabes caminar, sabes bailar. Solo hay que prestar atención al compás y mover los pies.

Se colgó de su brazo y lo llevó al centro de la plaza, donde ya algunos vecinos se movían al son de la música. No había mentido cuando confesó su torpeza, pero a Rosalía no pareció importarle. Pronto se mezclaron con el resto de parejas que se habían decidido a animar la noche y, como por arte de magia, la inseguridad que le había bloqueado desapareció. Ya solo era capaz de ver sus ojos y su sonrisa. Estaban tan cerca el uno del otro que podía oler el suave aroma de su cabello.

Mientras lo recordaba, en la soledad de la montaña, le pareció volver a respirar esa bocanada de aire fresco y limpio.

La agitación del perro, que insistía en darle toques con el morro, le sacó de su ensimismamiento.

—Venga, Tom, déjame tranquilo. No tengo nada para darte, busca algo por ahí.

Estuvieron juntos hasta que la verbena acabó y después la acompañó hasta su casa. Antes de despedirse quedaron en verse pronto.

Se sentía pletórico.

Mientras el cielo adquiría un tinte cada vez más anaranjado, no podía dejar de ver su cara y esa sonrisa que lo iluminaba todo. No tenía ninguna duda de que sus sentimientos eran correspondidos.

Sí, a partir de ahora todo iría mejor.

Los ladridos del perro cortaron de nuevo el hilo de sus evocaciones.

—¿Se puede saber qué te pasa…?

El animal se alejó unos pasos y se detuvo para ladrar mientras lo miraba.

—Está bien, vamos a ver qué puñetas quieres…

El joven se levantó con la intención de que el perro lo dejara en paz de una vez. No quería tener en su mente otra cosa que no fuera el rostro de Rosalía.

El perro avanzó unos cuantos metros hasta detenerse junto a unos arbustos.

Entonces se dio cuenta.

Había algo bajo las matas. Un bulto que, cubierto como estaba, no pudo identificar.

—¡Pero qué diablos…!

Apartó la maleza y lo que quedó ante su vista le revolvió el estómago.

Había un gato muerto. Lo habían abierto en canal y le habían sacado las tripas. Estas se desparramaban hasta ocultarse en una zona más espesa de la vegetación. Aún temeroso de lo que pudiera encontrar, avanzó un paso más.

Sintió que se le helaba la sangre.

Los intestinos del animal envolvían como un collar macabro el cuello de una joven. Tenía los ojos abiertos. La parte superior del vestido, manchada de sangre. Encima del pecho alguien le había colocado, apuntando hacia su barbilla, lo que parecía un dedo

amputado. Los ojos del joven saltaron hacia las manos de la víctima y pudo comprobar que, efectivamente, le habían seccionado el dedo índice de la mano izquierda. Contempló sobrecogido el cadáver, con la falda remangada y la ropa interior bajada hasta los tobillos. Manchas de sangre seca y el rictus de la muerte desfiguraban su rostro, pero él la reconoció al instante.

Era Rosalía.

2

La película debía haber terminado hacía un rato porque apenas quedaban dos o tres corrillos delante de la fachada del cine Condal. Los espectadores se habían ido desperdigando dejando en el ambiente un aroma a cacahuetes con reminiscencias de bocadillo de sardinas, el perfume marca registrada de la clientela habitual de aquella sala que, el sábado por la noche, iba en familia a engullir su cena delante de la gran pantalla.

Parte de ese público había acabado en la terraza del café contiguo para disfrutar de la ingenua felicidad que se siente la víspera de un día festivo. Sin duda aquella era una noche agradable, sobre todo si podías pagar la entrada de un cine, tenías el estómago lleno y no te habías topado con el cadáver de la mujer que amabas. Sentado a una de las mesas, entre todo aquel barullo, el muchacho se tomaba el primer respiro desde que había alertado de su hallazgo. La Policía había impedido a los vecinos acercarse al lugar, así que ahora estos tenían que contentarse con lo que pudieran sacarle al pobre chaval. Lo habían arrastrado hasta allí y lo habían obligado a tomarse una copita de coñac para que se recuperara de la impresión. De momento, lo único que habían conseguido era provocarle un fuerte ardor de estómago y acrecentar su sensación de soledad.

—Anda, bebe, que te hará bien.

—¿Y dónde has encontrado el cuerpo?

—Venga, da otro sorbito.

—¿Conocías a la muchacha?

—A lo mejor deberías tomártelo todo de un trago.

—¿Es del barrio?

Todas aquellas voces bullían en su cabeza y le hubiera gustado acabar con ellas dando un puñetazo en la mesa, pero permaneció en silencio y cabizbajo mientras se dejaba caer en un pozo de silencio y oscuridad.

—¿Qué ha ocurrido, Méndez?

El muchacho oyó la pregunta desde el fondo de su abismo. Había sonado a su espalda, pero no le hacía falta darse la vuelta para saber quién la había pronunciado. Reconocía la voz, por supuesto, pero además solo había una persona que lo llamara por el apellido en lugar de Ricardo.

Raimundo González ejercía como su tutor aunque en realidad era mucho más que eso. Fue amigo de su padre, lo había sido toda la vida. Los dos eran de un pueblo de Aragón de donde emigraron muy jóvenes. El primero en hacer las maletas fue Raimundo, quien siempre tuvo muy claro que su vocación era la enseñanza y Barcelona el destino que le ofrecía las oportunidades que necesitaba. La ciudad no le defraudó. Enseguida encontró una colocación que le permitió iniciar sus estudios y medio instalarse en un cuartucho sin derecho a retrete en el Barrio Chino. Apenas paraba en él, pues el poco tiempo libre que le quedaba entre los estudios y el trabajo lo empleaba en aprovechar las distracciones que su nueva vida le ofrecía, la mayoría de ellas, concentradas en el Paralelo. A ese muchacho de pueblo le deslumbraron las mujeres que se exhibían en sus escenarios, algunos meras barracas, pero también el bullicio de los cafés, donde podía alternar con gente de todo tipo y de diferente clase social. En ningún otro lugar de la ciudad era posible ese contacto de tú a tú con los señoritos que abandonaban por unas horas los barrios burgueses para recrearse en el espectáculo exótico que suponía para ellos el pueblo llano en su estado más puro.

Pero a Raimundo lo que más le sedujo fue el pulso revolucionario que lo empapaba todo. El Paralelo presumía de poseer la mayor concentración de teatros y cafés del mundo, y la masiva afluencia de público, en su mayoría muy popular, lo convertía en el caldo de cultivo ideal para que se propagaran los idearios políticos revolucionarios a los que él se entregó de forma incondicional. Sabía de intelectuales ingleses, franceses y alemanes que viajaban hasta Barcelona atraídos por la fama de sus locales, donde durante la noche se cantaban cuplés picantes y por la mañana se organizaban exaltados mítines anarquistas. Para él, la avenida del Paralelo se convirtió en un motor de cambio personal y social, en el escenario donde dejó de ser un chico de pueblo que se ruborizaba al mirar a

una mujer para transformarse en un hombre con ideas propias dispuesto a comerse el mundo.

Algo de esa fantástica metamorfosis debió intuir a través de sus cartas el amigo que había dejado en el pueblo —cuya aventura más excitante había sido casarse con su novia de toda la vida— porque al fin decidió seguirle los pasos y presentarse en Barcelona junto a su esposa, embarazada de varios meses. Al principio tuvieron que conformarse con el minúsculo cuartucho donde vivía Raimundo, pero antes de que el niño naciera la pareja pudo trasladarse a un pisazo de la calle Escudellers. La vivienda tenía dos habitaciones, una ventana y, prueba de gran lujo, un retrete en el mismo rellano. A pesar de ser todavía muy pequeño, Ricardo conservaba gratos recuerdos de esos años, muchos de ellos compartidos con Raimundo, siempre más dispuesto a las carantoñas que su madre, que hacía largas jornadas limpiando pisos, y que su padre, un hombre de pocas efusividades que, contagiado por la fiebre política que había descubierto en la ciudad, pasaba más tiempo en mítines anarquistas que en su propia casa.

Con el paso de los años Raimundo fue apaciguando el ímpetu de los primeros tiempos y se convirtió, tal y como siempre había soñado, en uno de esos maestros que se formaron bajo el amparo de la Segunda República y que hacían propio el lema de una educación laica, pública y de calidad. Al finalizar sus estudios no tuvo problemas para encontrar trabajo, no en vano el número de escuelas públicas no había hecho más que crecer desde 1931, y tras pasar por varias instituciones, se estableció en un colegio cercano a la plaza de España, un centro relativamente nuevo que había sido creado para acoger a los hijos de las muchas familias que se habían instalado en las barracas de Montjuïc y el Poble Sec atraídas por el efecto dinamizador de la Exposición Universal de 1929 y la construcción del metro.

Y en esa escuela fue matriculado el pequeño Ricardo, quien descubrió que su tío postizo, aquel que lo mimaba, le regalaba libros y le contaba historias, también podía ser un maestro exigente y hasta severo. Esa pérdida de cercanía se vio largamente compensada por la orgullosa satisfacción de tener vínculos

personales con el que, en las nuevas circunstancias, apareció ante sus ojos como un hombre culto e importante al que todos los alumnos trataban con respeto y admiración.

Como marcaban las normas académicas, Ricardo tuvo que habituarse a que Raimundo se dirigiera a él por el apellido, no solo durante las clases, como hubiera sido lo normal, sino también fuera de ellas, en las que el maestro se empeñó en mantener esa distancia como si su relación hubiera cruzado una frontera a partir de la cual no admitiera confianzas que antes eran habituales, no fuera a quebrarse el embrujo que el nuevo estatus les otorgaba a ambos. Así fue como Ricardo dejó de ser el chaval que se sentaba en sus rodillas para pasar a ser Méndez, el alumno que se sentaba al lado de Menéndez.

Unidos por el orden alfabético, Méndez y Menéndez fue una asociación que nació y se afianzó en aquellos pupitres, una sólida amistad que se mantuvo hasta poco después de acabada la guerra, cuando Menéndez tuvo que volverse a su pueblo después de que a su padre le pegara un tiro un policía borracho que lo pilló con un listado de nombres y direcciones de varios gerifaltes del Gobierno Civil. El fiel empleado del orden público, guiado por su fino olfato y los poderes extrasensoriales que otorga un buen vino de garrafa, concluyó que aquel tipo no podía ser menos que un peligroso anarquista, por lo que se hacía necesario intervenir con el fin de evitar una serie de funestos atentados. La realidad fue que el señor Menéndez estaba lejos de ser un terrorista, era el recadero de un establecimiento de ultramarinos con una nutrida trastienda donde se comerciaba con productos de estraperlo destinados a satisfacer las necesidades de prohombres del nuevo régimen. El malentendido pronto se aclaró, pero al pobre desgraciado ya le habían pegado un tiro en el estómago.

La marcha de Menéndez a su pueblo no fue la primera ausencia a la que tuvo que acostumbrarse Méndez. A esas alturas ya había aprendido que nada se conserva para siempre. Su padre había desaparecido unos años antes, al poco de empezar la guerra. «Se ha ido con otra», fue toda la explicación que le dio su madre. Ese abandono fue la llave que abrió la puerta a una serie de

adversidades que no tardarían en llegar: el hambre, el temor a la derrota y la muerte de su madre en el 38, durante un bombardeo. Murió en la calle mientras intentaba alcanzar un refugio. No llegó a soltar el cesto en el que llevaba unas cuantas patatas que había conseguido tras largas horas de cola.

Sí, pocos lo sabían mejor que él: nada es para siempre.

A Raimundo no le quedó otra que hacerse cargo de su orfandad, de un niño de apenas diez años que estaba solo en aquella ciudad arrasada por la guerra. Desde entonces permanecían juntos, unidos por el afecto, por las circunstancias y por la soledad que cada uno intuía en el otro. A pesar de ese apego casi desesperado, eran incapaces de demostrarse sin reparos sus afectos, más bien los silenciaban como si fueran una carga que convenía ocultar.

Al ver a Méndez allí sentado, tan abatido, Raimundo sintió ganas de abrazarlo, pero se limitó a posar una mano sobre su hombro.

—He venido en cuanto me he enterado.

Los vecinos que lo habían acompañado hasta ese momento consideraron que, llegado el viejo profesor, su presencia estaba de más, así que pronunciando unas últimas palabras de consuelo se despidieron de ambos para seguir fabulando, unos metros más allá, sobre quién era la víctima y cómo había podido ocurrir una atrocidad así tan cerca de sus viviendas.

—Han ido a casa a buscarle pero no le han encontrado —dijo Méndez mientras sacudía el hombro invitando a Raimundo a moderar sus manifestaciones de afecto.

—Salí para atender unos asuntos —se excusó Raimundo mientras tomaba asiento a su lado.

—Ya. —Su voz fue apenas un susurro.

—¿Conocías a la chica?

—No.

—No me mientas, Méndez, sé que estuviste bailando con ella ayer en la verbena.

—Entonces para qué me pregunta.

—Porque quiero saber las cosas por ti. ¿Teníais alguna relación?

—¿Va a ser esto un interrogatorio?

Una sombra pasó por la mirada de Raimundo. No le gustaba verlo sufrir y menos que lo pagara con él. Los dos tenían un carácter vigoroso, pero era a él a quien siempre correspondía hacer un esfuerzo para que sus conversaciones no acabaran en una batalla campal. En esta ocasión no le costó demasiado ceder, lo había visto pasar por momentos difíciles y sabía reconocer en su rostro los signos del dolor.

—Perdona, no quiero entrometerme. Estoy preocupado por ti.

Méndez se sintió incómodo. Con frecuencia le costaba entender sus propias reacciones. No sabía por qué le había respondido con tanta brusquedad. En realidad se sentía algo más aliviado desde que Raimundo había llegado. Su antiguo maestro le proporcionaba calma, le transmitía fuerza, la sensación de que a su lado las cosas podían ir un poco mejor. Una impresión del todo estúpida porque Raimundo era un desgraciado de manual.

No tenía más familia que la que él representaba, había perdido una guerra y era pobre como una rata. Tras la derrota republicana todos los maestros que habían trabajado en la enseñanza pública y no habían querido o no habían podido abandonar el país fueron apartados de sus puestos. A muchos de ellos se los fusiló días después, otros acabaron en la cárcel y aquellos que superaron la primera criba tuvieron que solicitar su readmisión en las escuelas sometiéndose a un largo proceso que se iniciaba con la confesión de que habían acogido el alzamiento militar con gran alegría y terminaba con la firma de una declaración jurada en la que, si se terciaba, había que acusar a algún compañero de haber traicionado a la causa. Por supuesto, debían someterse con regocijo a las ideas políticas, religiosas y morales de la nueva España.

Raimundo fue uno de tantos que acabó en prisión, de donde no habría salido en mucho tiempo de no ser por un conocido suyo afín al Movimiento y con el que había trabado amistad en los viejos tiempos en los que era un habitual de las tertulias vespertinas del café Español. Aunque recuperó la libertad, se negó a agachar la cabeza y perdió toda posibilidad de ganarse la vida con lo que sabía hacer. Desde entonces había salido adelante dando clases particulares, colaborando esporádicamente como corrector en

editoriales de tres al cuarto, pasando documentos a máquina o redactando cartas para los analfabetos que proliferaban en la ciudad. En ocasiones, también conseguía algún dinero extra haciendo de intermediario entre vendedores del mercado de Sant Antoni con los que tenía contacto y coleccionistas dispuestos a soltar el dinero a cambio de un cromo, una postal o un programa de cine. Esta mediación, que empezó siendo un entretenimiento durante sus primeros años en Barcelona, se convirtió en un salvavidas que le había sacado de más de un apuro. Gracias a su talento natural para relacionarse con gente de diferentes círculos, Raimundo tenía conocidos entre los que vendían y entre los que buscaban, y esa habilidad le había librado en muchas ocasiones de tener que acostarse con el estómago vacío. Ambos aún recordaban con gran afecto la efigie del káiser Guillermo II, uno de los rostros más buscados por un coleccionista de vitolas que le dejó una suculenta ganancia y que se tradujo en una de las comidas más opíparas que habían disfrutado juntos. Aún hoy, si veían los bigotes del último emperador alemán, se les hacía la boca agua.

Aparte de esos momentos puntuales de gran prosperidad, lo habitual era que los ingresos apenas permitieran pagar el alquiler y llenar dos estómagos con la regularidad que las leyes básicas de la nutrición recomendaban. A Ricardo le hubiera gustado contribuir buscando algún trabajo, pero Raimundo insistía en que continuara con sus estudios. Eso no le había impedido espabilarse por su cuenta haciendo horas como mozo de carga en un almacén de la ronda Sant Pau. Además de la satisfacción de ganar un dinero propio, le gustaba la sensación de hombría que le proporcionaba el esfuerzo físico, demostrarse a sí mismo que su cuerpo ya no era el de un niño. Si por él fuera, hubiera preferido invertir todo su tiempo en esta clase de tareas en lugar de hincar los codos, labor para la que no se consideraba muy capacitado. Aunque sus calificaciones no eran malas, había perdido el interés por los estudios desde que la enseñanza había cambiado de rumbo. Detestaba el tipo de disciplina que se imponía en las aulas, dirigida a adoctrinar más que a educar, el ambiente claustrofóbico, el olor rancio de la ropa poco aseada, los maestros mediocres, siempre tan rígidos, y los crucifijos

omnipresentes. La única inclinación que no había muerto en él era su afición por los libros. Afición que su tutor se empeñaba en cultivar recomendándole lecturas que, según le aseguraba, nunca le harían rico pero lo salvarían de la pobreza de espíritu.

Sí, puede que Raimundo fuera un auténtico infeliz, víctima de los tiempos que le había tocado vivir, pero precisamente por eso Méndez lo admiraba. Le impresionaba el valor que había demostrado en los momentos más duros, el empeño por defender sus principios, incluso cuando estos ya no valían nada. Durante la guerra, a causa de su edad, no fue llamado a filas, pero siempre demostró ser un combatiente activo en la vida civil, un defensor a ultranza de sus románticos ideales de justicia. Seguía siéndolo ahora, cuando todas las causas estaban ya perdidas.

Raimundo bebió un trago de coñac. Méndez se fijó en los ojos cansados del maestro, en su mirada llena de desencanto. Era un hombre condenado a una vida pequeña, pero a él le parecía que todos sus gestos lo hacían grande. Contempló sus manos anchas y rudas, propias de un campesino, y sus hombros excesivamente cargados. Resultaba extraño que a pesar de estas características físicas y de sus ropas sencillas tuviera un aire tan distinguido. A ello contribuía sin duda la seguridad que emanaba de sus movimientos, la elasticidad que aún conservaba y cierto atractivo natural que, a Méndez le constaba, había hecho perder la cabeza a más de una aspirante a cupletista en sus tiempos de juventud.

—Éramos amigos —musitó Méndez respondiendo a la pregunta que había quedado flotando en el aire.

—Ya entiendo.

Sentados uno frente al otro, parecían dos jugadores de cartas que habían perdido su última mano.

—Los primeros años de vida son años de incertidumbre, uno no sabe cuántos de sus sueños va a poder cumplir. Luego llegan los años de pérdida, cuando uno descubre que por lo que ha ido ganando siempre ha tenido que dar algo a cambio. Estamos condenados a sufrir una de estas dos maldiciones, la inseguridad o la carencia, pero tú tienes la desgracia de padecer las dos a la vez.

—Raimundo, no estoy para sus discursos.

El maestro sonrió.

—Es el coñac, que se me sube a la cabeza. Míranos, bebiendo con el estómago vacío.

—¿Y cuándo hemos tenido nosotros el estómago lleno?

Méndez miró a su alrededor. Las aceras se habían ido despejando. La gente continuaba con sus rutinarias vidas. Esa normalidad le pareció un privilegio extraño, sobrenatural. Desde que había visto el cuerpo torturado de Rosalía, se sentía transportado a una realidad ajena, con la apariencia de siempre pero en esencia totalmente distinta.

Raimundo reclamó su atención:

—Las cosas pronto van a cambiar.

—Ya he empezado a notarlo.

—No seas sarcástico. No me refiero a lo de esta noche, estoy hablando de nuestra situación, de este país.

Méndez lo miró a los ojos. Su mirada era dura, casi retadora.

—Sé perfectamente a qué se refiere y, sinceramente, ahora no me apetece una conferencia sobre el nuevo rumbo que va a tomar la historia de Europa.

Raimundo bajó el tono de su voz hasta convertirlo en un susurro apenas audible:

—La derrota de Alemania es la derrota de Franco. En muy poco tiempo pueden ocurrir muchas cosas.

—¿Cosas como el intento de cuatro guerrilleros cruzando a hurtadillas la frontera para apoderarse del valle de Arán?

—Ahora es diferente, la guerra europea ha terminado y los aliados tienen que acordarse de los españoles que combatieron con ellos, tienen que acordarse de los que se dejaron la piel luchando en los desiertos de Túnez apoyando a la Francia libre, tienen que acordarse de la división Leclerc que entró en París. ¿Sabes cuántos soldados republicanos estuvieron allí? Muchos más de los que imaginas. ¿Sabes qué bandera llevaban bordada en sus uniformes franceses? La republicana.

—¿De verdad cree que un ejército va a venir a liberarnos, que la gente va a rebelarse?

—Baja la voz, ¿dónde crees que estás?

—Sé perfectamente dónde estoy, en un país donde no se puede hablar. El que aún no ha querido darse cuenta de dónde está es usted. Entérese, vivimos en un país dormido. ¿No ve a la gente? Está harta de pasar miedo y hambre. Yo no distingo por ninguna parte el pueblo rebelde y orgulloso del que usted siempre habla.

—No crees en él porque no quieres pensar en él, pero créeme si te digo que existe. Otra cosa es que tenga que ocultarse, permanecer invisible para sobrevivir. —La expresión de Raimundo se endureció, destilaba una convicción feroz.

—Pues ahora mismo todo eso me importa una mierda.

—Deberías mostrar más respeto por la gente que murió en estas mismas calles y por la que sigue luchando en la clandestinidad.

—Y usted, algo más de sensatez y tacto con alguien que acaba de encontrar un cadáver.

—Lo siento. Cuando me he sentado a esta mesa mi intención era que te sintieras mejor, que olvidaras en la medida de lo posible lo que has visto. No sé cómo la conversación ha derivado a este punto.

Méndez se encogió de hombros.

—Es el punto al que siempre llegamos. Pero no se preocupe, lo ha conseguido.

—¿El qué?

—Hacerme pensar en otra cosa.

El maestro miró el rostro de su antiguo alumno y le sorprendió encontrarse con unas facciones desconocidas. Ricardo ya no era el niño que había acogido unos años atrás. Debajo de esa piel aún infantil asomaba el adulto que pronto acabaría por imponerse. La expresión decidida, la mirada rotunda, la cuadratura de la mandíbula y el aumento de la masa muscular eran síntomas evidentes de que la transformación había empezado hacía tiempo.

Mientras lo observaba, Raimundo detectó un punto de tensión en su mirada.

—¿Qué ocurre? —le dio tiempo a preguntar.

Un policía se dirigía hacia ellos. Raimundo, de espaldas a él, no se dio cuenta de su presencia hasta que le tuvo prácticamente al lado, entonces entendió la advertencia que había brillado en los ojos del muchacho.

—¿Ya estás mejor, chico? —preguntó el agente.

—Creo que sí. —Méndez miró de soslayo a Raimundo, como si necesitara asegurarse de que el maestro estaba bien. Sabía que la sola visión de un uniforme le descomponía.

—Has tenido mala suerte, hay que reconocerlo. —El policía observó a Raimundo con una marcada expresión de desconfianza antes de volver a hablar—: Ya se ha procedido al levantamiento del cadáver, pero ahora es preciso que prestes declaración.

—Antes he contestado a todas las preguntas que me han hecho. No tengo mucho más que decir.

—Eso no eres tú quien tiene que decidirlo. El jefe te quiere el lunes a primera hora en la comisaría.

—¿En Nou de la Rambla?

—En Conde del Asalto, hostias, a ver si nos aprendemos bien el nombre —le corrigió el policía.

Raimundo cogió el vaso y lo mantuvo apretado entre sus manos.

Méndez leyó en su rostro la incomodidad que se había ido apoderando de él y por un instante temió que cometiera alguna imprudencia. Por fortuna, se limitó a decir:

—El chico es menor.

—¿Es usted su padre? Si quiere, puede acompañarlo —le contestó el policía escrutándolo con recelo.

—Déjelo, puedo ir yo solo —intercedió Méndez.

Raimundo lo miró entre avergonzado y agradecido. Las comisarías le traían suficientes malos recuerdos como para ir por voluntad propia.

—Supongo que será un mero trámite —apostilló Méndez con la intención de restarle importancia a la situación.

—Entonces te esperamos el lunes —dijo el policía con cierto hastío—. Y tranquilo, con un poco de suerte puede que no tengas que volver.

—Sí, con un poco de suerte no piso nunca más una comisaría.

3

El tipo parecía sacado de una fotografía oficial. Vestía un traje oscuro con finas rayas blancas. El corte no era malo. Lucía chaleco a juego y un pañuelo blanco asomaba por el bolsillo de la americana. Llevaba el pelo, que ya empezaba a clarear, engominado y el fino bigote bien recortado. En las manos se adivinaba una esmerada manicura, pero los dedos índice y corazón amarilleaban por la nicotina. En ese momento sujetaban un cigarrillo. Tanto atildamiento delataba que hacía todo lo posible por causar buena impresión, pero nadie había fracasado tanto desde que la Armada Invencible partió rumbo a Inglaterra. Al menos eso es lo que pensó Méndez al encontrarse cara a cara con él.

Desde que había entrado en las dependencias policiales de Nou de la Rambla se sentía inquieto. No le gustaban las comisarías. Raimundo le había contado historias siniestras sobre lo que ocurría en los sótanos de la de Vía Layetana, sede de la Brigada de Investigación Social y, aunque sobre esta no circulaba ninguna leyenda negra en particular, tampoco tenía ganas de quedarse allí mucho rato, no fuera que le endilgaran un largo historial criminal. La puerta de acceso le había parecido sombría, pero una vez dentro tuvo que reconocer que no creaba falsas expectativas: el interior era igual de siniestro. Al menos el despacho de aquel figurín contaba con una ventana que daba a la calle, aunque esta se antojaba muy lejana. Tal vez el humo que inundaba la habitación ayudaba a crear esa sensación de irrealidad, de estar encerrado en una cápsula aislada del tiempo y el espacio.

Aquel tipo dijo:

—Siéntate. —Tenía una voz chirriante que lo hacía aún más desagradable.

Méndez se sentó y esperó a que esa serpiente con traje cortado a medida volviera a hablar.

—Así que tú fuiste quien encontró el cadáver de la chica.

—Sí.

El policía dio una calada a su cigarrillo y lo miró largamente como si la respuesta le hubiera parecido una provocación.

—Ya es mala suerte encontrar un cadáver, pero encontrar el cadáver de tu novia es de premio.

—No era mi novia.

—Eso me han dicho. —Otra vez esa mirada de hiena desconfiada —. He de ser sincero, esperaba que fueras otro tipo de persona.

—¿Cómo son las personas que encuentran cadáveres? —A Méndez ese personaje cada vez le repelía más.

—Depende.

—¿De qué depende?

—De si son sospechosos de haber cometido el crimen o no.

—Y yo, ¿a qué grupo pertenezco?

El tipo se incorporó hacia delante y le echó una bocanada de humo.

—¿Sabes qué es el *rigor mortis*?

—Alguna idea tengo. —A Méndez le incomodaba el rumbo que estaba tomando aquella conversación, pero se hubiera dejado matar antes que permitir que aquella lagartija detectara la más mínima de sus sensaciones.

—A las dos o tres horas de la muerte empiezan a producirse cambios físicos y químicos en el cuerpo. La rigidez es uno de los más evidentes. Durante las primeras horas esta solo es perceptible en la mandíbula y en los músculos del cuello. A partir de las siete horas se extiende a brazos y tórax y, finalmente, pasadas las diez horas, llega a las piernas.

Méndez empezó a marearse. Ese cretino estaba hablando de Rosalía, de su Rosalía. Sintió ganas de levantarse y darle un puñetazo en toda la cara, pero se limitó a aguantarle la mirada.

—Tu querida amiguita tenía tiesas todas las extremidades. —Hizo una pausa antes de preguntar—: ¿Sabes lo que eso significa? —No esperó respuesta—. Que cuando tú la encontraste llevaba entre quince y veinte horas muerta.

Méndez hizo un rápido y macabro cálculo mental.

—Sé que estuvisteis juntos la noche de los hechos. ¿Qué hora era cuando la perdiste de vista?

—No lo sé exactamente, sería algo más de medianoche.

—Ya. —Aquel individuo le miraba sonriente desde su asiento. Era una mueca siniestra, de calavera. Sus ojos se encendían un poco más a cada pregunta mientras sus mejillas se hundían un poco más con cada calada—. ¿Dónde os despedisteis?

—Cerca de su casa, en la calle Lancaster.

—¿Alguien os vio?

—No, creo que no.

—Claro.

El estómago de Méndez se contrajo. ¿De verdad estaba acusándole de algo o solo quería divertirse un rato jugando al gato y al ratón?

Tenía los puños apretados con tal fuerza que las uñas se le clavaban en las palmas de las manos. La rabia le estallaba por dentro.

—¿Se está divirtiendo? —casi escupió la frase.

El gesto de la calavera cambió. La sonrisa irónica se esfumó y en su lugar apareció una expresión salvaje, de animal dispuesto a embestir.

—Chaval, ¿tú sabes con quién estás hablando? Estás hablando con el comisario Laureano Castañeda, es decir, con la mayor autoridad de este edificio, o lo que es lo mismo, de estas calles. Aprende a mostrar un poco de respeto si no quieres buscarte más problemas de los que ya tienes.

—¿Y qué problemas tengo exactamente?

—¿Siempre eres tan insolente? Si es así, créeme que te auguro un futuro muy negro.

—Eso delo por sentado. —A pesar del aplomo que destilaban sus respuestas, Méndez se sentía abatido. No quería pensar en el lío en el que podía verse involucrado, ni en las consecuencias que podría acarrearle a Raimundo. Perder una guerra no solo te condena a vivir callado, también a hacerlo sin llamar la atención.

Por primera vez desde que había entrado en ese despacho, Méndez necesitó apartar la mirada de su interlocutor. Si no hubiera concentrado su atención en las baldosas del suelo, tal vez habría detectado la reacción que su última respuesta había provocado en la

calavera fumadora. Era una expresión nueva, casi fresca. Algún insensato podría haberla confundido con el amago de una sonrisa espontánea, como si la rebeldía del chico le hubiera hecho gracia. Pero Méndez, absorto en sus preocupaciones, se encontraba lejos de captar cualquiera de esos matices.

Castañeda apagó el cigarrillo en un cenicero repleto de colillas y sin interrupción sacó otro de una cajetilla de Ideales que había sobre la mesa. Para Méndez aquel sencillo gesto simbolizaba todo un mundo de lujo inalcanzable. Lo más selecto que había visto fumar era tabaco de liar, muchas veces elaborado a partir de colillas callejeras, o sea, de gran pedigrí. El comisario revisó el cilindro de fino papel como el profesional que examina el acabado de un trabajo de orfebrería y al fin, aparentemente satisfecho, lo encendió. Hasta que no hubo expulsado el humo de la primera calada no volvió a prestar atención al muchacho.

—Te dijeron mis hombres que no comentaras con nadie, absolutamente con nadie, los escabrosos detalles del crimen.

—Y no he dicho nada.

—Ni lo has hecho ni lo harás. Si yo me entero de que se ha filtrado el más mínimo detalle, ten claro que sabré a quién ir a buscar.

Se levantó, bordeó la mesa que los separaba y recostó sus escuálidas posaderas en una de sus esquinas.

Desde esta nueva posición podía percibir el olor a pobreza del chaval, husmear su desconsuelo. Hasta ese momento solo se había fijado en su arrogancia, en su mirada airada, en ese ademán de falsa seguridad que solo son capaces de adoptar los más inconscientes, pero ahora, al observarlo de cerca, se dio cuenta de su delgadez, del tono azulado que tenían sus ojeras, de la sombra de dolor que velaba su rostro y de que, a pesar de su fingida madurez, no era más que un crío vestido con ropas de viejo.

Una agitación incómoda sacudió las entrañas del comisario. No era algo que soliera ocurrirle, mucho menos en ese despacho, donde eran los demás quienes se sentían intimidados. Decidió cortar ese extraño brote de encogimiento emocional.

—¿Tienes idea de lo que es un comisario?

—Por lo que veo, es alguien que cuando habla manda, y que además tiene un despacho con vistas.

—No sé si pretendes ser gracioso o acabar de cabrearme. Te advierto que estás más cerca de lo segundo que de lo primero. —Castañeda se levantó y caminó hacia la ventana a la que acababa de aludir el chico. Desde allí se alcanzaba a ver una generosa perspectiva de la calle—. No puede decirse que sea una mala definición.

Fuera hacía mucho calor. En el despacho disfrutaban de una temperatura tolerable gracias a su orientación y a un ventilador renqueante colocado encima de un archivo. Laureano Castañeda dio unas caladas absorto en el paisaje urbano que se desplegaba ante sí. Había bastante actividad a aquella hora. En realidad, en esa calle había actividad las veinticuatro horas del día. Las mujeres avanzaban con paso decidido entre los puestos ambulantes de fruta, verdura y frutos secos. Los hombres solo interrumpían su camino para deslizar la mirada por los periódicos que se exponían en quioscos improvisados en el interior de algunas porterías. Muchos de ellos habían salido en busca de un trabajo que ya no tenían esperanza de encontrar, o de una taberna donde tenían la esperanza de olvidar. La gente llevaba hacia adelante sus vidas con aparente normalidad, como si no hubieran pasado una guerra, como si no portaran a sus espaldas un cargamento de hambre y tragedia.

Un chiquillo se detuvo en una fuente para llenar un cubo de agua. Cuando hubo terminado, no pudo resistir la tentación de poner la cabeza bajo el caño de agua dejando que esta se deslizara por su cogote. Castañeda casi pudo sentir la sensación de refresco, el contraste del agua fría contra la piel caliente. Le recorrió un desagradable estremecimiento. Odiaba el frío, aunque fuera una percepción fugaz. Él sabía mejor que nadie que cuando lo has padecido de verdad no te recuperas nunca. Sus secuelas son peores que las del hambre, cuyo recuerdo acaba por amortiguarse. El frío es una condena a cadena perpetua en la memoria.

No pasaba ni un solo día sin que recordara su crueldad, sin considerarse un hombre privilegiado al entrar en una casa caldeada, al acostarse bajo el peso de las mantas o al tomarse una bebida

caliente un día de invierno. Daba gracias a Dios por no sufrir el ataque de esa criatura invisible y silenciosa que se va apoderando de ti, devorándote las fuerzas.

El frío absoluto aún seguía provocándole pesadillas. En una de las más recurrentes se veía atrapado en un paisaje interminable de nieve y silencio. Gritaba pero ni siquiera podía escuchar su propia voz. No sabía hacia dónde avanzar, no tenía manera de orientarse ni esperanza de salir de aquel infierno blanco. Vestía un sobretodo níveo e iba descalzo. Alguien le había robado las botas. Al descubrirlo, la angustia llegaba a su punto más álgido y entonces, nunca antes, se despertaba. Cuando lo hacía se encontraba, qué paradoja, empapado en sudor. Palpando el cálido rectángulo de su cama, acogía esa transpiración como a un aliado compasivo que había venido a rescatarlo, a acunarlo, a ayudarlo a conciliar el sueño de nuevo.

Mientras el comisario se perdía en sus pensamientos, Méndez había aprovechado esos minutos de tregua para asimilar los acontecimientos que había vivido en las últimas horas. Apenas había podido pegar ojo en toda la noche. La imagen del cadáver de Rosalía llegaba a su mente con un eco de irrealidad que se iba desvaneciendo para dejar paso a una angustia y estupor crecientes. ¿Era real la macabra escena que martilleaba su cabeza?, ¿quién podía haber sido capaz de hacerle esa barbaridad, de ensañarse de aquella manera, de recrearse en un rito tan degenerado? Méndez no había llorado nunca, ni cuando su padre se fue ni cuando su madre murió. No había sido su propósito hacerse el fuerte; al contrario, resquebrajarse lo hubiera ayudado a liberar la amargura contenida. Pero no supo hacerlo. Se daba cuenta de que la falta de sus progenitores, pese a lo niño que era cuando sobrevino la ausencia, representaba el pasado; Rosalía, en cambio, llevaba escrito el signo del futuro.

Le asaltó una intensa irritación que le subía hasta la garganta materializándose en un nudo de dolor. Antes de conocer a Rosalía, nunca había tenido ilusiones, aunque tampoco las había considerado necesarias para manejarse por la vida. Pero ahora que había intuido que otra forma de existir era posible, que había experimentado esa

fuerza oculta que ayuda a sobrellevar las pequeñas miserias cotidianas, le invadía un intenso sentimiento de orfandad, de pérdida de lo que hubiera podido ser.

Se alarmó al percibir que se le humedecían los ojos. Algo se le había roto por dentro.

Incómodo, se revolvió en la silla. Una voz que parecía llegar de un tiempo muy lejano le rescató de sus pensamientos.

—Dime, ¿has visto alguna vez la nieve?

Aturdido, sin entender el sentido de aquella absurda cuestión y avergonzado de que aquella sanguijuela pudiera detectar el brillo delator de sus ojos, musitó:

—No.

Castañeda lamentó al instante haber formulado la pregunta. Situado de nuevo en el pedazo de materialidad que encerraba aquel pequeño despacho, fue consciente de lo ridícula que debió haberle sonado a aquel muchacho, pero al fin y al cabo ¿qué importaba lo que pensara?

—Es hermosa. Pocas cosas hay más bellas que un paisaje nevado, y pocas más terribles si te ves atrapado en él. —A pesar de su aplomo fingido, el tono de voz del comisario había cambiado. Algo más allá de esa ventana se le había colado en el interior modificando su discurso y el timbre de su voz.

Dio una intensa calada con la mirada puesta en el chico. Descubrió que este hacía esfuerzos por contener las lágrimas. Lo observó durante dos o tres caladas más, las que necesitó para apurar el cigarrillo, y se le ocurrió, sin saber precisar por qué, que aquel chaval insolente y con agallas tenía un punto de conexión con él.

Méndez captó su atención escrutadora e intentó ocultar su rostro inclinando la cabeza hacia el lado opuesto. Al cabo de unos instantes preguntó:

—¿Sufrió?

Castañeda vaciló un momento, como si no supiera de qué le estaban hablando.

—¿Quieres la verdad?

Méndez tragó saliva.

—Ya no hace falta que me conteste —dijo en un susurro.

—Si te sirve de consuelo, te diré que, a pesar de que las apariencias indicaban lo contrario, no abusaron de ella.

Castañeda se acercó a la mesa para aplastar el cigarrillo sobre el cenicero. Cogió el paquete de tabaco y se lo acercó a Méndez.

—¿Quieres uno?

—No, gracias.

—Claro, se me olvidaba, eres demasiado joven para fumar.

—No, soy demasiado pobre. —Y tras una pausa en la que pasó del dolor a la rabia, añadió—: Dígame lo que tenga que decirme, pregúnteme lo que tenga que preguntarme, pero hágalo de una vez. ¿Cree que le tengo miedo?

—Deberías. Al fin y al cabo estás relacionado con un asesinato. No solo encontraste el cadáver, sino que además estuviste con la chica la noche del crimen —Castañeda pronunció estas palabras mientras pensaba que aquel chico le parecía cada vez más triste y más solo.

—Pasando por alto lo absurdo de los motivos que yo podría tener para hacerle algo así, ¿para qué iba a descubrir un cadáver que previamente habría ocultado?

—Muy fácil. Punto uno, los celos podrían haber sido tu móvil. Te sorprenderías de la de hombres que matan por ese motivo. Dos, una vez cometido el crimen no soportaste que este no saliera a la luz. Algunos criminales proporcionan las primeras pistas para que se inicie la investigación, es una especie de reto que los motiva.

El joven volvió a dudar de si ese tipo le estaba hablando en serio o bromeaba.

Ante su cara de estupefacción, Castañeda sonrió satisfecho.

—Sinceramente, no creo que seas el asesino, me lo dice mi olfato y algunos datos del informe, pero ¿quién sabe?

Esta vez Méndez le dedicó una mirada llena de furia. Castañeda ignoró su reacción.

—¿Tienes alguna idea de quién pudo hacer una cosa así?, ¿algún conocido de la muchacha, alguien de quien sospeches?

—En mi barrio solo hay trabajadores, gente normal.

—Chaval, no hay gente normal, hay gente de la que no sabemos suficiente, eso es todo. —El comisario dio unos golpecitos sobre la mesa con el encendedor que había sacado de un bolsillo del chaleco —. ¿Has vivido siempre por aquí?

—Sí, puede decirse que estas son mis calles.

—Estoy pensando una cosa…

Méndez lo miró con suspicacia. No confiaba en que de la cabeza de aquel individuo saliera algo bueno.

—No hace mucho que estoy en esta comisaría. He de admitir que no conozco muy bien el terreno y tal vez en eso tú podrías ayudarme, hacerme un poco de lazarillo, ya sabes, contarme quién es cada quien…

—¿Me está proponiendo que me convierta en un chivato?

Castañeda soltó una risita antes de sentenciar:

—Solo se es chivato si se tiene a alguien a quien delatar. —Tras una pausa llena de intención, añadió—: Claro que a lo mejor ese es tu caso.

Méndez deseó haberse mordido la lengua.

—Solo sugiero que tal vez puedas resultarme de ayuda. Ya te he dicho que soy relativamente nuevo aquí y los policías de esta comisaría saben más de archivos que de personas. Estoy convencido de que tú, en cambio, pasas muchas horas en la calle, que conoces bien el terreno y que tienes buen olfato para calar a las personas.

Sí, menudo olfato había tenido para proteger a Rosalía. A Méndez solo le faltaba que ese tipo se le enganchara al cogote, con las ganas que tenía de perderlo de vista.

—No le des más vueltas. No lo consideres una propuesta, tómalo como una orden. —Chasqueó la lengua antes de cambiar de registro —: Venga, chaval, piensa que cuanto más colabores antes podremos dar con el asesino.

Atrapar al culpable, eso era lo que quería Méndez. Sabía que no le devolvería a Rosalía, pero sí le proporcionaría un poco de alivio. Según los cálculos de la Policía, el crimen se había producido poco después de que dejara a su amiga. La habían matado prácticamente en sus narices. Tomó aire y se dijo que, mientras no encontraran al

asesino, se sentiría tan despreciable como si él mismo hubiera sido el brazo ejecutor.

Miró al comisario, que volvía a encender otro cigarrillo, con abatimiento. Poco podía esperar de aquel individuo endomingado que había aterrizado en sus barrios desde no se sabía dónde.

—Entonces quedamos así. Además, me interesa no perderte de vista, por si al final acabas resultando ser el asesino. —Volvió a reírse, orgulloso de su propia ocurrencia.

Méndez pensó que ya encontraría la manera de librarse de esa rata de despacho. De momento, tenía claro que no había tiempo que perder.

Él sabía qué hacer para dar con el asesino.

Sabía quién podía ayudarlo y dónde encontrarlo.

4

Desde Nou de la Rambla caminó hacia el Paralelo. Era un día soleado, pero la avenida destilaba tristeza. La guerra no solo había dejado huella en las personas, también en la ciudad. Ahora al menos, pensó, las cristaleras de los cafés no estaban cruzadas con cinta adhesiva, ya no era necesario protegerlas de las ondas expansivas de las bombas. Eso le daba un aire más tranquilizador.

Tomó la ronda Sant Pau y agradeció el efecto que pasear ejercía sobre él. La angustia que le atenazaba al salir del despacho de Castañeda había ido difuminándose. Por mucho que le incomodara darle la razón, el comisario no se había equivocado al catalogarlo como buen observador. Le gustaba recorrer las calles y estudiar sus personajes, imaginar las historias que acarreaban a sus espaldas. El espectáculo no resultaba muy gratificante porque el resumen de inventario solía saldarse con individuos de aspecto afligido o desnutrido, o ambos a la vez, por no hablar de los tullidos, que se habían convertido en parte del paisaje urbano. Los atemorizados formaban su propio grupo. A estos se les reconocía porque caminaban pegados a la pared. El orden de la Nueva España también se manifestaba en la calle. No hacía falta ser un lince para identificar a los perdedores, en aquel barrio casi todos. Caminaban apresurados, pasando como sombras fugaces, con la cabeza gacha sin mirar a nadie, no fuera que alguien les prestara atención o, peor aún, los parara para hacerles una pregunta que no tenía respuesta. El único deseo de aquellos espectros era pasar de largo. En eso se había convertido la vida de muchos desde el 39: en un pasar de largo huyendo hacia ninguna parte.

A plena luz del día Barcelona seguía pareciendo una ciudad oscura y sus habitantes, sonámbulos en un territorio arrebatado.

Caminó por delante de un comedor regentado por el Auxilio Social. Durante la guerra pasaron hambre, pero la posguerra estaba resultando más dura. Aún faltaban unas horas para que el establecimiento se pusiera en marcha, pero ya había mucha gente haciendo cola, mujeres y niños en su mayoría. Parte del suministro

de estos comedores procedía del llamado Día del Plato Único, una norma impuesta por el Régimen que obligaba a los restaurantes a limitar la cantidad de comida servida en los días reglados con el propósito de lograr un reparto más equitativo de los abastecimientos. Un alto porcentaje de la comida tributada acababa en bocas de excombatientes del bando nacional y los restos se distribuían benévolamente entre las viudas y huérfanos de la República, eso sí, con el consecuente adoctrinamiento. Con las lentejas no había más remedio que tragarse el ideario patrio. Méndez se sonrió. Él y Raimundo podían alegar ante cualquier autoridad fascista que ellos se adherían a la causa: no solo cumplían con la orden del Plato Único los días marcados por la ley, en su casa se acataba diariamente con fervor religioso.

Cruzó el mercado de Sant Antoni hacia la calle Casanova, donde se encontraba el Gran Price. El edificio se había construido años antes de que empezara la guerra sobre una antigua sala de baile. En poco tiempo se convirtió en un lugar de referencia para los amantes del boxeo que, en un arrebato de grandilocuencia, le otorgaron el ampuloso nombre de Coliseo de las Rondas. Las puertas de acceso estaban en ese momento cerradas, pero los domingos, cuando se celebraban matinés de lucha, lo habitual era verlas abiertas de par en par, abarrotadas de público. Méndez no tenía oportunidad de ir con la frecuencia que hubiera deseado, pero se consideraba un privilegiado al poder asistir de vez en cuando gracias a los contactos de Esteban Vives, un vecino de los tiempos en que vivía en Escudellers. Y al encuentro de Vives iba ahora precisamente. No era fácil dar con él, pero el joven sabía que si había un lugar donde podía encontrarlo a aquellas horas ese era uno de los gimnasios que habían florecido a la sombra del Price.

Esteban era boxeador aficionado, argumento más que suficiente para que Méndez sintiera admiración por él, pero había otro factor rotundo y determinante para que Vives se hubiera convertido a sus ojos en uno de esos personajes legendarios cuyas hazañas se recrean en las páginas de las historietas ilustradas: también era detective privado. Se había iniciado muy joven entrando en una agencia como chico para todo. Poco a poco aprendió el oficio y ganó

cierta reputación de la que, y eso le honraba, nunca había alardeado. De hecho, si entre los chavales del barrio se llegó a conocer su actividad secreta fue debido a que uno de ellos descubrió de manera fortuita un revólver en su americana. Esteban Vives, con el propósito de que la noticia no se extendiera, acabó por confesarles su profesión, no sin antes advertirles de que en el trabajo que desempeñaba la discreción era un arma tan importante como la que llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta. Méndez dudaba de que ninguno de aquellos mocosos no se hubiera ido nunca de la lengua, pero en lo que a él respectaba podía responder con la cabeza bien alta —él había sido un hombre de palabra incluso mucho antes de ser un hombre—. Tal vez por esa lealtad, Méndez intuía que su antiguo vecino le profesaba un cariño especial.

Los últimos acontecimientos justificaban la decisión de ir en su busca, pero Esteban le imponía respeto. Siempre le había gustado guardar las distancias. Si los chiquillos le intentaban sonsacar detalles sobre las historias en las que se veía envuelto, él recurría al secreto profesional. Y con el semblante muy serio les advertía: «Puedes estar seguro de lo que callas pero nunca de lo que cuentas, y mucho menos de quién lo escucha».

Habían transcurrido bastantes años desde aquella época. Esteban Vives estaba lejos de ser el mindundi de los primeros tiempos. Era evidente que le había ido bien. A Méndez le parecía que cualquiera que llevara ropa nueva pertenecía a una clase superior —él no recordaba haber estrenado nunca nada—, pero es que Vives, además, era un tipo elegante, con ademanes de actor de cine americano, refinado y discreto, cercano y con un halo de misterio a la vez. Méndez estaba convencido de que esa versatilidad era la piedra angular del éxito de su amigo, al que imaginaba desenmarañando complicadas tramas en la Barcelona burguesa, esa ciudad de la que había oído hablar como de un país exótico y lejano. Esteban era un personaje tan sofisticado, tan al margen de aquella España gris y tosca, que cualquiera que se acercara a él estaba condenado a parecer un auténtico palurdo. Así se sentía Méndez cuando, tras darle unas breves explicaciones al portero del gimnasio,

se adentró en la sala de entrenamiento donde esperaba encontrar al hombre que habría de ayudarlo.

Era un espacio bastante amplio, pero tan abarrotado y con el ambiente tan cargado que causaba claustrofobia. En una esquina había un pequeño cuadrilátero donde peleaban dos boxeadores con aspecto profesional; en el centro, la zona más despejada, se amontonaban varias colchonetas, y a su izquierda, colgando de una viga que cruzaba el techo, se balanceaban cuatro sacos de cuero pelado contra los que varios tipos se ejercitaban con entusiasmo. En el extremo opuesto, un empleado con una camiseta que no había visto el jabón en semanas trastabillaba con unos cubos de hojalata llenos de agua, y a escasa distancia, tres parejas se entrenaban bajo la atenta mirada de un preparador que de vez en cuando profería un grito con tono autoritario. Méndez se asombró de la destreza, la fuerza y la técnica de aquellos hombres a los que desde aquel instante deseó parecerse. Arrimadas contra la pared, varias banquetas estaban ocupadas por toallas usadas, vendas y guantes. En el punto más alejado de la puerta de acceso, ante un espejo de cuerpo entero, un individuo moreno, vestido con calzón corto, de constitución fuerte y algo más alto que el resto, ensayaba una sucesión de combinaciones rápidas de uno dos, ganchos y *crochets.* Era Esteban.

Méndez observó la velocidad de sus puños y sintió envidia de la corpulencia de su amigo, de la elasticidad de sus músculos.

Temió importunarle. Tal vez había sobrestimado la confianza que se tenían, tal vez un detective experimentado como Esteban no estaría dispuesto a hacerle gratis un servicio por el que otros pagaban pequeñas fortunas.

Procuró desechar esos pensamientos: lo esencial era que Rosalía había sido asesinada, que quería dar con el culpable y que para hacerlo necesitaba la colaboración de un profesional, un profesional de verdad, no un chupatintas como el comisario Castañeda.

Al fin, aprovechando que Esteban hizo una pausa para recuperar el resuello, se acercó y lo llamó tímidamente por su nombre.

Este se giró y le miró sorprendido.

—Ricardo, ¿qué haces aquí? No me digas que al final te has decidido a venir a entrenar.

—Ya me gustaría, pero para eso necesitaría poder pagar las cuotas.

—Tal vez más adelante —le consoló Vives temiendo haberle herido.

—Sí, más adelante.

—Me alegro de verte. ¿Cómo estás? ¿Y Raimundo?

—Vamos tirando —contestó Méndez mientras intentaba encontrar la manera de plantear el tema que lo había llevado hasta allí.

Al no encontrar la fórmula que buscaba, se limitó a decir:

—Veo que estás en plena forma.

—Me gusta cuidarme, es parte de mi trabajo. —El rostro de Esteban pareció ensombrecerse un segundo. Luego añadió en tono jovial—: Si quieres, puedo enseñarte algunos golpes, ya lo sabes.

—Eso sería estupendo. —La oferta de su amigo le envalentonó—: De hecho, he venido a pedirte un favor.

Esteban adivinó por su expresión que se trataba de un asunto serio, así que lo invitó a sentarse en una de las banquetas cercanas.

—Tú dirás.

—¿Te has enterado de que han asesinado a una chica en Montjuïc?

—Sí, a Rosalía, pobre chica.

—¿La conocías?

—Sí, del barrio, igual que a ti.

Claro, pensó, Rosalía era de la calle Lancaster y Esteban, de Escudellers, a escasos cinco minutos. Méndez decidió no andarse con rodeos:

—Yo fui quien encontró el cadáver.

Esteban no se habría quedado más noqueado si le hubieran soltado un directo a la mandíbula.

—Créeme que lo siento, debió ser muy desagradable.

—Más de lo que imaginas. —Méndez hizo una pausa para tragar saliva—. Los detalles son confidenciales y la Policía me ha prohibido hablar sobre ellos, pero quizá por tus contactos te hayas enterado de las macabras particularidades del crimen.

Esteban vaciló unos instantes antes de contestar:

—Sí, algo me han dicho. —Ya con las manos liberadas de los guantes, cogió una toalla con la que se secó el sudor de la cara y la nuca, dejándola finalmente colgada de su cuello—.

Entonces preguntó:

—Perdona, pero no sé por qué me estás contando todo esto.

—Necesito que me ayudes a encontrar al asesino.

—De esos asuntos se ocupa la Policía. —La voz de Esteban sonó tajante, como si de repente la conversación que mantenían hubiera dejado de ser una charla informal.

—Cuando la víctima es alguien importante sí, pero a la Policía le dan igual los desgraciados como nosotros, y mucho menos si ya están muertos.

—Me estás poniendo en un compromiso.

En la mirada de Méndez había dolor y desafío.

—¿Se puede saber qué interés tienes tú en esto? De acuerdo, tuviste la mala suerte de encontrar el cadáver, pero, si quieres aceptar un consejo, deberías aprender a mantenerte alejado de lo que no es asunto tuyo.

—Sí que es asunto mío, Rosalía era una persona muy especial para mí.

Esteban se pasó la mano por los cabellos engrasados con brillantina.

—Maldita sea —masculló entre dientes—. Lo siento, pero yo no puedo ayudarte.

—¿Es una cuestión de dinero? Dime cuánto necesitas e intentaré conseguirlo.

—No se trata de eso. Se trata de mantenerse al margen. Si uno quiere vivir en paz, tiene que saber dónde puede meter las narices y dónde no, y harías bien en escucharme.

—Está bien, si tú no me ayudas lo haré yo solo.

—No me hagas reír, ni siquiera sabrías por dónde empezar.

—Pues dímelo tú. Eso no te compromete a nada.

Esteban resopló mientras apoyaba la espalda contra la pared.

—Para empezar, deberías saber con quién se relacionaba la víctima, qué tipo de vida llevaba, si tenía amistades peligrosas…

—Los amigos de Rosalía eran los de siempre. Era una chica sencilla, sin problemas.

Esteban hizo un gesto de desaliento antes de volver a insistir:

—Será mejor que te olvides de este asunto. Lo siento mucho, créeme, pero hay historias en las que es mejor no meterse. —Tomó un par de vendas y se levantó. Era su manera de dar por concluida aquella conversación.

Méndez apretó los dientes y susurró:

—No te entiendo. Antes de venir temía que no pudieras ayudarme, pero nunca que me defraudaras.

La reacción de Méndez había molestado a Esteban, quien en tono seco le espetó:

—Prefiero defraudarte que herirte.

—¿Qué quieres decir?

—Tal vez las cosas no son como tú crees. Quizá averiguar la verdad no te ayude a sentirte mejor, al contrario.

—Sigo sin entenderte.

Esteban había empezado a envolver sus puños con las vendas protectoras. No tenía ningunas ganas de seguir con aquella conversación.

Méndez se puso en pie. Estaba tenso, expectante.

Vives lo observó de refilón. No estaba convencido de que fuera a hacer lo correcto, pero dijo:

—Rosalía no era la chica que imaginas.

—Continúa —le pidió Méndez acercándose.

—En este mundo pocas cosas son lo que parecen.

—Suéltalo ya.

Le costó hacerlo, pero al fin las palabras brotaron de su boca:

—Rosalía se prostituía.

Hubo un momento de silencio. Algunas veces parece que el destino también duda, que no sabe si tomar una determinación o su contraria. Esos momentos en que cualquier cosa puede suceder se reconocen por una fugaz sensación de inmovilidad.

El rostro del joven dibujó una mueca indescriptible. Podía ser una sonrisa forzada, pero también un gesto de dolor contenido.

—Pero qué estás diciendo, era una cría.

La incredulidad es una vía de escape y ese es el camino que tomó Méndez.

Esteban se arrepentía de haberle abierto los ojos, pero ahora que ya había atravesado la frontera de la prudencia no iba a retroceder.

—¿Crees que los hombres que pagan por sexo buscan mujeres mayores? Cuanto más rico es el que paga, más joven es la mujer que busca.

Méndez lo miró de arriba abajo con desprecio. Había que ser un hijo de la gran puta para hablar así de una muchacha como Rosalía.

Sus piernas buscaron una postura de equilibrio, sus puños se cerraron y, llevado por un impulso incontrolable, su brazo derecho lanzó un golpe cruzado que fue a estrellarse contra el rostro de su amigo.

Esteban, desprevenido, cayó contra la pared.

Méndez no se quedó para verlo.

Mientras salía, ofuscado por un sentimiento de rabia e impotencia, aún le dio tiempo a escuchar en la distancia la voz del entrenador:

—Chico, si algún día quieres practicar, aquí encontrarás las puertas abiertas.

5

Se había detenido en el piso de doña Manuela, dos plantas más abajo del suyo. La mujer y él estaban sentados junto a la galería que daba al patio de luces del edificio. Las vistas no eran muy estimulantes, pero para la anciana ese espectáculo rutinario era más reconfortante que la más bella panorámica alpina. Le gustaba contemplar desde su doméstica atalaya los pequeños cambios que se producían en ese paisaje de lo cotidiano, descodificarlos como si de un lenguaje secreto se tratara. En la ropa tendida, en el abrir y cerrar de ventanas y persianas, en las voces apagadas por la distancia, en el trino de los pájaros enjaulados o en el abandono de alguna planta marchita, ella adivinaba todo un universo vecinal en movimiento que la aliviaba de la reclusión a la que la tenía sometida la pesadez de sus piernas. Los años y los kilos habían ido royendo sus articulaciones, de manera que las reducidas dimensiones de su piso se habían convertido en su territorio vital. Bajar las escaleras y superar las dificultades inesperadas que uno podía encontrarse en la calle representaba un reto demasiado peligroso. Para cubrir las necesidades diarias se bastaba con la ayuda de un hijo que la visitaba regularmente y con la asistencia espontánea que le ofrecían los vecinos, entre ellos el joven Méndez, quien, bien de subida, bien de bajada, se detenía en casa de la anciana para preguntar si le hacía falta algo. Muchas tardes se quedaba un buen rato a charlar.

Doña Manuela no había tenido una vida fácil: había sido un recorrido pedregoso donde sumaban más las cuestas que las bajadas, y eso se le notaba en un desgaste acentuado. A pesar de ello conservaba fresca la ternura de una niña, una cualidad que para Méndez, habituado a la ausencia de sus padres y a la parquedad emocional de Raimundo, la convertía en un animal exótico al que nunca se cansaba de contemplar. Al chico le parecía que doña Manuela tenía una edad provecta; por el contrario, ella tenía la impresión de que no habían transcurrido tantos años desde que lucía palmito por los escenarios del Paralelo a principios de siglo cantando cuplés. De hecho, recordaba con mayor claridad aquella época que

los detalles del día anterior. Esa falta de equilibrio en los registros de su memoria la llevaba a desorientarse y a reiterarse con cierta frecuencia, pero a Méndez no le importaba, se había acostumbrado al ritmo narrativo de su vecina, a sus lapsus y a sus sinsentidos como un jardinero se acostumbra a las malas hierbas.

Había pasado incontables horas sentado en la misma silla en la que se encontraba ahora, manteniendo charlas insustanciales y comiendo los cacahuetes que su vecina le ofrecía. Era el único vicio que le había quedado a la mujer de su época de artista, o el único que se podía permitir. Mientras conversaban le gustaba ir tirando las cáscaras a sus pies hasta que estas, al acabar la sesión, cubrían buena parte del suelo. Cuando Méndez se levantaba y caminaba sobre ellas, a doña Manuela le agradaba oír cómo crujían. Era, decía, un sonido que la transportaba a su juventud, cuando los teatros estaban alfombrados con los restos de frutos secos que el público había ido consumiendo una función tras otra. Cuantas más cáscaras se barrían al final del día, más duros había en la caja.

Doña Manuela, según le había contado ella misma, fue conocida como la Gran Cándida Lita. Cándida, por su estudiada ingenuidad en el escenario mientras entonaba versos de doble y hasta triple sentido, y Lita, por la abreviatura natural que se extraía de Manolita. En cuanto al calificativo de «gran» que antecedía a su nombre artístico, Méndez temía que se lo había añadido ella a falta de testigos que certificaran otra cosa, igual que otros adornos que él aceptaba con reservas. Al principio le reprochaba aquellas anécdotas que intuía falsas, pero dejó de hacerlo el día que doña Manuela, muy seria, le amonestó:

«Jovencito, lo que cuento es verdad, y si no lo es, tengo suficiente edad como para inventarme el pasado que me dé la gana».

Florituras aparte, a Méndez le entretenían las historias de su vecina. Afirmaba haber conocido al maestro Viladomat y haberse codeado con grandes figuras como Mercedes Serós o la inigualable Raquel Meller, con quien presumía de haber compartido escenario.

«¿Sabes cómo llamaba la Meller a su rival Merceditas Serós?», le preguntaba doña Manuela con ojos traviesos.

Méndez había oído la respuesta centenares de veces, pero siempre negaba con la cabeza. Entonces ella, como un actor que espera que le den el pie, respondía:

«Mierdecita serás».

Y se reía con tantas ganas que Méndez no podía dejar de imitarla.

Aquel día, sin embargo, él no estaba para demasiadas jaranas.

—¿Qué te pasa, Ricardo? Te veo muy abatido. ¿Estás triste?

Doña Manuela perdía a menudo el hilo de la realidad, pero se manejaba bastante bien en la inmaterialidad de las emociones.

—Si he de ser sincero, me siento incapaz de describir mi estado de ánimo.

—Anda, ¿quieres que te cuente cómo conocí a la Meller? Mantener la mente distraída es el mejor remedio para todos los males.

Aunque no confiaba en esos momentos en la eficacia del método que le proponía su amiga, a falta de otro mejor aceptó la invitación con un ligero movimiento de hombros que la excupletista interpretó como un sí.

—Fue en la Pajarera Catalana, bueno, entonces ya se llamaba el Petit Moulin Rouge, o sea, lo que ahora se ha quedado en El Molino a secas, porque a los que mandan no les gusta nada cualquier cosa que suene a extranjero y mucho menos si, además, es rojo.

Y volvió a reírse como si ese cambiar el nombre de calles y establecimientos que componían la historia sentimental de la ciudad fuera un juego inocente que no ocultara mentiras y renuncias.

La mujer interrumpió su risa abruptamente, sus ojos perdieron el centelleo que le imprimían sus recuerdos y por un momento navegó perdida por un mar desconocido.

De pronto dio un pequeño brinco en el asiento y sus ojos recuperaron el fulgor habitual.

—¿Sabes cómo hice mi primer dinero en la Pajarera?

Méndez repitió el mismo gesto con los hombros. En realidad, tenía la cabeza en otra parte.

—Yo empecé a cantar gratis, muchas lo hacíamos. Nos venía bien para coger tablas, hacernos con un nombre y empezar a conquistar

nuestra parcela de público. El problema es que necesitaba sacar un jornal, sobre todo para pagar las clases de canto.

—Entonces, si actuaba gratis, ¿cómo lo conseguía? —preguntó de una forma casi maquinal, el relato de doña Manuela no le despertaba excesivo entusiasmo.

—Bueno, por la función no cobraba, pero sí por el espectáculo del camerino, cuando venían a visitarme los señores.

—¿Qué señores? —preguntó Méndez esta vez con curiosidad.

—Los que pagaban el duro.

—¿Qué duro?

—El que costaba que me levantara la falda.

—¿Quiere decir que señores del público iban a su camerino y usted se arremangaba?

—Claro, eso te estoy diciendo.

La imagen de doña Manuela con la falda levantada era cualquier cosa menos sugerente. Hizo un esfuerzo descomunal y trató de imaginarse a su vecina cuando era una joven belleza con las carnes prietas y bien puestas.

—Supongo que por aquel entonces debía ser muy joven.

—Tan joven que mi madre venía conmigo.

—¿Y cómo hacía para que ella no se enterara?

—Ricardo, mi madre era la que cobraba el duro.

Después del comentario que le había hecho Esteban Vives sobre Rosalía, esta era la segunda vez en poco tiempo que se sentía como un idiota. O era demasiado ingenuo o la realidad era demasiado cruda.

Aprovechando el rumbo inesperado que había tomado la conversación, apoyó los codos sobre sus rodillas y bajó el tono de voz:

—Doña Manuela, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Tú puedes hacerme las preguntas que quieras.

A pesar de la confianza que le mostraba doña Manuela, Méndez vaciló.

Al detectar sus reservas, la mujer le animó:

—Anda, dime eso que te ronda por la cabeza.

Le resultaba difícil empezar a hablar. En su mente flotaban demasiados interrogantes. ¿Podía ser cierto lo que le había dicho Esteban? No, de ninguna manera; de lo contrario, hubieran corrido rumores, él hubiera sabido algo, se hubiera enterado. Claro que Esteban era un hombre bien informado y no era de los que mentían, mucho menos tratándose de un asunto tan penoso. Por otro lado, qué conocía él de la vida de Rosalía. Sabía que vivía en la calle Lancaster, que pertenecía a una familia modesta y poco más. Bueno, y qué más necesitaba saber, era una chica normal de barrio, como tantas otras. Sí, Esteban tenía que estar equivocado.

La cabeza le hubiera seguido dando vueltas si doña Manuela, adelantando el cuerpo y posando una mano sobre la suya, no hubiera susurrado:

—Venga, Ricardo, que yo ya estoy mayor para perder el tiempo esperando.

Méndez se irguió de nuevo en la silla y dijo tímidamente:

—¿Usted… usted se prostituyó alguna vez?

La anciana miró al cielo abierto y dejó escapar un suspiro. Méndez contempló su perfil a la luz tenue de la tarde y pensó que sí, que esa mujer debió ser bella en el pasado.

Al cabo de unos segundos que el joven percibió como un lento gotear, la mujer lo miró directamente a los ojos. Méndez vio en los suyos un aire de tristeza.

—Siento si la he ofendido, no era mi intención.

—Mucha gente cree que ser cupletista y puta es la misma cosa, pero no es así. Al menos no para mí. Es cierto que muchas de las chicas que acudían a las academias de canto del barrio venían de hacer la calle. Qué quieres, el Paralelo era un territorio cercano al puerto, lleno de soldados y con locales donde nadie preguntaba nada. ¿Te imaginas un terreno mejor abonado para que florezca la prostitución? Barcelona se ha vuelto una ciudad mojigata y gris, pero en mis tiempos era muy diferente, había mucho dinero y muchas ganas de gastarlo. Europa estaba en guerra y aquí la burguesía supo sacar provecho de la neutralidad de nuestro país. —Doña Manuela hizo una pausa para lanzar un suspiro lleno de melancolía. Luego dijo—: ¿De qué estábamos hablando?

—Le preguntaba…

—Ah, sí, si yo había sido puta —continuó con una naturalidad que le sorprendió—. Yo era una artista, Ricardo, y de las buenas, aunque no tanto como la Meller, ella fue la primera en enseñarle al público que una mujer que se sube a un escenario no es una cualquiera; al contrario, que puede ser una gran señora. Tendrías que haberla visto, sabía moverse como nadie, interpretar cada palabra, dar sentido a cada nota…

Los rodeos a los que el joven ya estaba acostumbrado hoy le impacientaban.

—Doña Manuela, no ha contestado a mi pregunta.

Ella hizo un gesto de fastidio como si la hubieran interrumpido en el momento en que iba a empezar lo mejor de su disertación, pero aceptó replegarse a la petición del público.

—Dejé que me miraran, que babearan mientras estaba en el escenario, pero nunca permití que me tocara quien no quise que lo hiciera. No te negaré que más de una vez saqué provecho de algún señorito encaprichado, pero nunca me vendí. Si lo hubiera hecho, quizá mi vida habría sido mejor, o no, no lo sé… —Una sonrisa iluminó su rostro. El tema que había sacado el joven no le perturbaba lo más mínimo. Méndez, en cambio, parecía cada vez más incómodo—. Ricardo, ¿por qué me has hecho esa pregunta?

—Bueno, le estaba dando vueltas a qué puede llevar a una mujer a prostituirse y se me ocurrió que tal vez usted sabría darme una respuesta.

Doña Manuela lanzó una carcajada amarga.

—Es bien sencillo. Solo hay un motivo: el dinero.

—Ya, esa es la primera respuesta que se le viene a uno a la cabeza, la evidente, pero estaba pensando que tal vez pudiera haber otras razones que llevaran a una chica a ese extremo.

Como si ella fuera una ilustre maestra y su alumno más aventajado le acabara de plantear una interesante cuestión, doña Manuela se puso seria.

—Tal vez haya otras razones, pero estoy segura de que todas acaban teniendo una relación más o menos directa con el dinero. A no ser que…

—A no ser qué —interpeló ansioso.

—A no ser que lo haga por miedo. En esta vida he aprendido que hay dos motores que nos impulsan a tomar decisiones que en otras circunstancias tal vez no tomaríamos: el primero es la necesidad, o sea, la falta de dinero, y el otro es el miedo, o sea, la presencia de una amenaza.

Alguien cerró una ventana y el movimiento de los herrajes produjo un chirrido que doña Manuela hubiera podido distinguir entre mil, al igual que una madre reconoce el llanto de su hijo. La interrupción hizo que de nuevo perdiera el hilo de la conversación.

—¿De qué estábamos hablando, hijo?

—De nada, doña Manuela, de nada importante —contestó Méndez.

Se levantó con un ahogo que las reflexiones de la anciana y el calor no habían hecho más que acentuar. Si finalmente era cierto que Rosalía se prostituía, ¿cuál de los dos motivos la habría llevado a hacerlo?

—¿Te vas ya? —preguntó la mujer al ver que el chico se ponía en movimiento.

—Creo que voy a dar una vuelta. Necesito estirar las piernas, tengo que ordenar mis ideas.

—Ordenar las ideas, qué tontería. —Doña Manuela meneó la cabeza mientras lo observaba alejarse por el pasillo. Antes de que desapareciera de su campo de visión le gritó—: ¡Si lo consigues, ya me contarás el truco!

Y volvió a reírse como si hubiera tenido una ocurrencia graciosa.

* * *

Le hubiera gustado apaciguar su espíritu caminando por una avenida desierta, por una ciudad abandonada donde los sonidos quedaran amortiguados por una atmósfera de ingravidez, pero no tenía más remedio que conformarse con las calles transitadas y ruidosas del Distrito Quinto. Creía ir sin rumbo fijo, pero al cabo de unos minutos se encontró sumergido en la estrechez de la calle Lancaster, donde Rosalía había tenido su hogar. Méndez conocía el

inmueble, un edificio modesto de cuatro plantas con las persianas degastadas y los balcones llenos de ropa tendida, pero ignoraba el piso y la puerta. Se quedó un rato parado delante del portal, como si esperara a alguien, aunque él mejor que nadie sabía que la persona que sus ojos buscaban ya no aparecería nunca más.

Cuando el dolor de la ausencia volvió a clavársele en el estómago, retomó su deambular y durante largo rato vagabundeó por calles de gran actividad humana y escasa respetabilidad moral. Sus pasos lo llevaron al Paralelo, frente a lo que había sido el bar La Tranquilidad. Aquel café fue centro de reunión de los más aguerridos anarquistas, dispuestos a acabar con los patrones del mundo a golpe de pistola y carajillo, y un polvorín de broncas continuas donde se alternaban en perfecta armonía mítines, redadas policiales, peleas a muerte y juramentos de amistad eterna bajo los efectos reconciliadores del alcohol, preferiblemente ingerido en porrón. Continuó el paseo hacia el café Español, otro antiguo polvorín obrero —este sí que había sobrevivido a la guerra—, donde algunos idealistas como Raimundo aún se negaban a reconocer a la Barcelona que veían tras sus ventanales mientras seguían soñando con una ciudad menos pacata y más libre. Al pasar miró hacia el interior por si acaso veía a su tutor, pero no lo distinguió entre los parroquianos. Chasqueó la lengua. Hablar con él le hubiera sentado bien, aunque la conversación hubiera acabado irremediablemente en discusión.

Siguió por Nou de la Rambla. Las sombras que proyectaban los edificios se posaban sobre sus hombros como una carga de tristeza y melancolía. A medida que se acercaba a la montaña de Montjuïc, la calle se mostraba más solitaria y callada. De vez en cuando se cruzaba con alguna mujer que dejaba el rastro de un aroma almizclado. Todas eran jóvenes, todas se habían esmerado en su arreglo, y todas transformaban su paso ágil en un estudiado contoneo cuando se acercaban al Paralelo. Pasó por varios establecimientos cerrados. Algunas persianas tenían aspecto de haber sido alzadas por última vez el día de la proclamación de la Primera República. Dejó atrás un bar siniestro. Era un local pequeño y sucio. El rótulo estaba pintado a mano sobre un florido anuncio de

una vieja sastrería que nadie se había molestado en eliminar, ni siquiera el tiempo. Aún pudo leer con claridad «Trajes para cupletistas y bailarinas». Las puertas abiertas, protegidas por un toldo, daban paso a un túnel de oscuridad del que emanaba un intenso olor a rancio. El bar debía estar casi vacío o sus clientes anestesiados por los aromas añejos porque hasta la calle solo llegaba el apagado murmullo de una radio. Qué clase de parroquiano elegiría un antro así, pensó Méndez mientras se alejaba de aquel templo de lo putrefacto.

Cuando ya creía haber escapado de su área de influencia oyó una voz que gritaba a sus espaldas:

—¡Eh, chaval!

Se dio la vuelta sobresaltado y comprobó que en ese tramo de acera no había nadie más. La llamada iba dirigida a él.

A veces la mala suerte se te engancha como una garrapata.

El comisario Castañeda asomaba medio cuerpo por la puerta del bar. Iba sin americana y con la camisa arremangada. En lugar de un cigarrillo, de sus labios colgaba un mondadientes con aspecto de querer jubilarse.

Méndez se arrepintió de haber salido a caminar, de haber elegido ese trayecto, de no haberse quedado en la cama toda la semana. Miró hacia los lados buscando una escapatoria. Albergó la esperanza de que a sus pies se abriera un refugio antiaéreo, pero tuvo que rendirse a la realidad.

—Buenas tardes —dijo.

—Me alegro de verte, chaval. Anda, acércate. —La espontánea alegría del policía contrastaba con su aire resignado.

—Y yo —dijo Méndez sin ocultar el tono irónico.

—Venga, te invito a tomar algo.

—No, gracias, tengo prisa.

—¿Prisa? Mira, chaval, sé distinguir perfectamente los andares de alguien que no sabe ni de dónde viene ni adónde va, así que no me vengas con monsergas. He dicho que te invito y te invito, quieras o no quieras.

Ricardo Méndez ya había tratado lo suficiente al comisario como para saber que más valía no llevarle la contraria, y menos en esas

circunstancias. No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que estaba algo achispado.

Entró en el garito sin ganas. Antes de cruzar el umbral cogió aire como si fuera a sumergirse en una poza de aguas estancadas. Sus pupilas tardaron unos segundos en adaptarse a la penumbra. Distinguió cuatro mesas arrinconadas contra la pared. Todas estaban vacías menos una, sobre la que un abuelo dormitaba ante un chato de vino. En una de las sillas identificó, colgada en el respaldo, la americana del policía. Sobre la mesa, una copa de coñac a medio beber.

Castañeda le hizo un gesto con la mano invitándolo a tomar asiento y pidió una ronda al camarero que se aburría detrás del mostrador.

—Primero me invita a tabaco, ahora a beber, la próxima vez qué, ¿me llevará de putas?

El comisario lanzó una carcajada abierta. La mordacidad del chico le había hecho gracia una vez más. Méndez, en cambio, pensó en Rosalía y en que tal vez ella había sido una de esas mujeres.

El camarero les sirvió el pedido y se retiró dispuesto a recostarse junto al aparato de radio, que emitía una música monótona.

Méndez se tomó media copa de un trago.

—Caramba, o tenías mucha sed o quieres apagar algún fuego que llevas dentro.

—A lo mejor. —Méndez miró al policía. Le irritaba esa capacidad suya para desenmascararlo.

—Cuéntame.

—Que le cuente ¿qué?

—Lo que te carcome. —El comisario cambió de lado el mondadientes con un movimiento rápido de sus labios.

En aquel cuchitril hacía un calor sofocante. Méndez notaba cómo el pantalón se le estaba pegando a los muslos. Dispuesto a aligerar el peso que cargaba desde su encuentro con Esteban Vives, se animó a decir:

—Me han dicho algo sobre Rosalía, algo que no puedo creer.

—De qué se trata.

El joven cogió la copa e hizo ademán de volver a beber, pero a media trayectoria se detuvo y volvió a dejarla sobre la mesa.

—Venga, suéltalo ya —se impacientó el policía—. Tal vez sea algo que pueda ayudarnos en la investigación.

Eso era cierto. Si querían dar con el asesino, el primer paso era plantar cara a la verdad.

—Me han llegado rumores de que Rosalía podría haber estado prostituyéndose.

Castañeda arrojó el mondadientes con un gesto de hastío al suelo, como si de pronto se hubiera dado cuenta de que lo que tenía en la boca no era un cigarrillo, sino un trozo de madera. Sacó una cajetilla del bolsillo del pantalón y encendió un pitillo.

—Mira, chico, hace tiempo que tu amiga se dedicaba al oficio más antiguo del mundo —dijo exhalando ya el humo de la primera calada.

Méndez sintió que se le agrandaban los ojos, que se le secaba la boca, la nuca se le tensaba y el estómago se le contraía.

—O sea, que es verdad.

El policía dio unos golpecitos a la mesa con el encendedor que acababa de usar, y con un evidente gesto de incomodidad dijo:

—Anda, bebe un trago.

Méndez le hizo caso.

Pensando que ya se encontraría más reconfortado, Castañeda continuó:

—Rosalía trabajaba para clientes especiales de La Portuguesa, una casa de mujeres que hay no muy lejos de aquí.

—Especiales, qué quiere decir con «especiales».

—Ella era una chica muy joven y ese tipo de casas tienen clientes dispuestos a pagar más cuanto más joven sea la chica. Muchos de ellos quieren «estrenarla» y luego se la quedan durante algún tiempo hasta que se cansan de ella o consideran que se les ha hecho demasiado mayor.

—Cállese, por favor —masculló con rabia Méndez.

El policía obedeció, sin duda el alcohol le hacía mejor persona.

Fumó el cigarrillo en silencio mientras escrutaba el rostro atormentado del chico. Cualquier indocumentado hubiera creído que

era sensible al dolor ajeno.

—¿Por qué hacía una cosa así? —preguntó Méndez deseoso ya de que alguien le diera una explicación—. Estas calles están repletas de gente que pasa hambre, pero, al fin y al cabo, ella tenía una casa, una familia, no creo que la falta de dinero fuera tan acuciante.

—Tal vez estés equivocado.

El joven le interrogó con la mirada.

—Según hemos averiguado, su padre debía una importante cantidad. En el 36, cuando este país se convirtió en un caos, se levantó la obligación de pagar el alquiler de muchas viviendas. Esa impunidad se mantuvo durante años, pero cuando la guerra acabó y se volvió a establecer el orden, muchos propietarios empezaron a exigir a sus inquilinos el pago de los atrasos, que en algunos casos eran suficientes como para hipotecar de por vida a una familia entera. Te sorprenderías de la cantidad de mujeres que han acabado dando lo único que les quedaba por vender a cambio de alimentar a sus hijos o conservar un techo.

—¿Quiere decir que Rosalía se prostituyó para no perder la casa donde vivían ella y su familia?

—Puede ser. Habían acumulado muchas deudas, tal vez ella fuera la única salida. De momento, lo que hemos podido indagar es que, gracias a los ingresos que ella aportaba, sus padres y su hermano pequeño no se vieron durmiendo en la calle. Estamos aún en los primeros compases de la investigación en la que, te recuerdo, estás invitado a colaborar, sobre todo ahora que ya te he eliminado de la lista de sospechosos. —El comisario hizo una pausa para beber un trago—. Hay varios testigos que aseguran haber visto a Rosalía por la calle, de camino hacia los antiguos huertos de Montjuïc, después de que tú te despidieras de ella.

—Yo la dejé prácticamente en su casa —exclamó Méndez sorprendido de nuevo.

—Pues volvió a salir.

—¿Por qué?

—Lo desconozco. Tal vez había quedado con algún cliente.

A Méndez le dolieron tanto esas palabras que apuró el contenido de su copa buscando un alivio que no encontró.

—Por cierto, ¿cómo lo has averiguado?

—El qué.

—A lo que se dedicaba tu amiga. No era algo que se supiera, ella se cuidaba mucho de mantenerlo en secreto.

—Me lo ha contado un amigo.

—Un amigo, ¿eh? ¿Qué clase de amigo sabe ese tipo de cosas? No estarás juntándote con malas compañías, ¿eh?

—No sabía que los policías pudieran beber en horas de servicio —dijo Méndez con toda la mala leche de la que fue capaz, ofendido por el tono jocoso que había adoptado Castañeda.

La mirada del comisario se encendió de rabia.

—Y tú qué puñetas sabes si estoy de servicio o no.

—¿Lo está? —Méndez tenía la desfachatez de aquellos a los que el dolor les convence de que no tienen nada que perder.

—A lo mejor crees que tengo que darle explicaciones a un mediomierda como tú —vociferó dando un puñetazo sobre la mesa —. Estaría bueno.

El camarero salió de su letargo y los observó con ojos adormilados. Luego volvió a sumergirse en su intensa vida interior.

Castañeda se recolocó el nudo de la corbata y se ajustó el chaleco, temiendo que la violencia de su enfado hubiera descompuesto su figura. Méndez se levantó. Estaba decidido a largarse de aquel local asfixiante, a perder de vista al maldito comisario de una vez por todas.

—Anda, siéntate y volvamos a empezar. —La voz de Castañeda sonó como un ruego. Se pasó la mano por su ralo cabello y añadió —: No tengo ganas de discutir. Quizá sí que he bebido algo más de la cuenta, todos vamos cogiendo malas costumbres con los años, ¿no? Bueno, tú eres aún demasiado joven para saberlo.

Hizo un gesto con la mano invitando al chico a que se sentara de nuevo, y susurró:

—Cuando se me mete el frío dentro, lo único que me alivia es un poquito de alcohol.

—¿Frío? —Méndez se había vuelto a sentar, sin poder contener una expresión de sorpresa—. Estamos en pleno mes de julio, en esta

ciudad hace un bochorno tan insoportable que se te pegan hasta los párpados, y ¿usted se queja de frío?

Castañeda no contestó. Tras una breve pausa en la que sus ojos atravesaron un bosque sin senderos, hizo un gesto al camarero para que cobrara. Le entregó un billete sin esperar el cambio y mientras se colgaba la chaqueta al hombro le dijo a Méndez:

—Vámonos, este lugar es una pocilga.

—En eso estamos de acuerdo.

Salieron a la luz de la tarde, que ya empezaba a declinar. Caminaron callados durante unos minutos en los que Méndez se preguntó si el día podía ir todavía a peor.

—Yo estuve en el frente, ¿sabes?

Sí, ahí tenía la respuesta, podía ir a peor. Maldita sea, pensó, ¿no tendrá este tipo a nadie más a quien contarle sus batallitas? Pues seguramente no, se replicó a sí mismo, y descubrió que se apoderaba de él un absurdo sentimiento de compasión.

—Supongo que como casi todos los hombres de este país que en el 36 tenían edad para ir a la guerra —aseveró con el propósito de ultimar la charla lo antes posible.

—No, no me refiero a nuestra guerra, aunque también fui oficial en el bando nacional, hablo del frente oriental, de Rusia. La Guerra Civil fue un juego de niños comparada con lo que me tocó vivir en los márgenes del río Vóljov o en Krasny Bor.

—¿Luchó con los alemanes? —Estaba claro que ese tipo lo tenía todo para caerle bien.

Castañeda siguió su discurso como si hablara para sí mismo:

—Allí se me metió el frío en el cuerpo para siempre. Nadie puede ni imaginar lo duro que fue aquello, la crueldad de ese paisaje eternamente nevado que multiplicaba hasta el infinito la dificultad de cualquier operativo. Las primeras semanas ya nos sirvieron de pista para adivinar lo que nos esperaba. El tren nos dejó en Polonia, el resto del trayecto tuvimos que hacerlo a pie. Antes de empezar a combatir ya éramos una sombra de nosotros mismos, consumidos por el hambre y las bajas temperaturas. Nuestro equipamiento, claramente insuficiente, apenas nos protegía. Tendrías que haberme

visto antes, con veinticinco kilos más. En Rusia los dejé todos, eso y mucho más.

Méndez intentó imaginárselo con un aspecto más robusto, más saludable, sin demasiado éxito.

—¿Cuándo fue eso?

—Salí de aquí en el 41, en el primer reemplazo. Franco tenía una deuda con los alemanes y había que saldarla, pero yo no me marché por eso, al fin y al cabo yo no le debía nada a nadie, ya había combatido suficiente. —Tragó saliva y se detuvo un momento para encender un cigarrillo que Méndez ni siquiera había visto salir de la cajetilla—. Si me alisté como voluntario para luchar contra los bolcheviques no fue por complacer al caudillo, ni por el discurso encendido de Serrano Suñer animando a los patriotas. Si lo hice fue por mi hermano.

Tal vez esperaba que el joven le interrogara sobre él, pero Méndez no dijo nada.

Siguieron caminando en silencio mientras Castañeda daba profundas caladas a un pitillo. Se quedó un momento contemplando cómo se consumía el cigarrillo. Luego dijo:

—Allí fumábamos tabaco alemán, pero de vez en cuando nos llegaban cajetillas de Ideales. Aquello era una verdadera fiesta. Cada vez que enciendo uno de estos recupero por un segundo la satisfacción de entonces, ese momento de paz que me producía la primera calada de un buen cigarrillo.

La historia del comisario había logrado atraer la atención del chico, sin embargo, este se mantenía en silencio, pues intuía que su papel era precisamente ese, atender y callar.

—Estuve allí hasta el 43. Muy pocos salimos vivos. Estás hablando con un superviviente, muchacho.

Méndez percibió un leve temblor en la voz del comisario.

—De los cerca de 45.000 que fuimos, apenas volvimos la mitad. Miles de compañeros cayeron en combate, otros fueron aniquilados por el frío, murieron congelados o sufrieron terribles amputaciones. Otros tantos fueron capturados por el enemigo o, simplemente, desaparecieron en la inmensidad de ese paisaje blanco. Yo regresé sano y salvo, al menos, sin ninguna tara visible, bueno, solo el

pánico al frío y cierto gusto por la bebida y el tabaco, pero supongo que son males que podía haber contraído sin salir de casa. —Rio con amargura su ocurrencia.

Méndez contempló ese rostro cadavérico surcado de arrugas, y con una impertinencia de la que no fue consciente preguntó:

—Debía estar usted entre los soldados de más edad.

—¿Me estás llamando viejo?

—No, solo que…

Castañeda, adivinando una disculpa que consideraba inútil, no le dejó acabar la frase:

—Es verdad que la mayoría de los reclutados eran mucho más jóvenes, algunos procedentes de nuestro Ejército regular y otros muchos, de la universidad, estudiantes afiliados al Sindicato Español Universitario; de hecho mi hermano fue uno de ellos. Pero también nos enrolamos un buen puñado de veteranos falangistas, con menos vitalidad si quieres, pero con más guerra en las espaldas.

Habían llegado a las Tres Chimeneas. A esa hora del atardecer, en la que las sombras aún no habían encontrado su lugar, la construcción industrial tenía un aspecto fantasmagórico.

Tal vez influido por el entorno un tanto siniestro, Castañeda afirmó como quien dicta una sentencia:

—Soy un hombre viejo.

—No será tanto. —Méndez intentaba ser cortés.

—Ya hace tiempo que pasé de los cuarenta.

El chico no dijo nada, pero pensó que sí, que había que reconocer que aquel era ya un hombre en las puertas de la ancianidad.

—¿Sabes cuándo uno se da cuenta de que se ha hecho viejo?

—Me lo dirá de todas formas, ¿verdad?

—Cuando todas las caras te recuerdan a otra. No hay rostro que no te remita a alguien que ya conociste en el pasado. Cuando la primera mirada pierde frescura, luego se pierde todo lo demás.

Méndez se dio cuenta de que ya era tarde, había llegado el momento de volver a casa. Sin decir nada, cambió la dirección de sus pasos. Castañeda lo siguió abstraído en sus pensamientos.

—Lo lógico hubiera sido que yo tomara la decisión de ir a luchar contra la amenaza comunista, después de todo yo era el hombre de acción. Sin embargo, fue mi hermano el estudioso, el intelectual, quien tuvo la iniciativa. Siempre fue un idealista, uno de esos tipos que, una vez están convencidos de la legitimidad de una causa, se entregan a ella sin reservas. De no haber dado él ese primer paso, dudo que yo hubiera seguido ese camino. Estaba cansado y, puestos a decir la verdad, algo desencantado. Si José Antonio Primo de Rivera hubiera estado al frente de todo, si no hubiera muerto, si en lugar de convertirse en un mártir hubiera tenido la oportunidad de llevar las riendas de España, las cosas habrían sido muy diferentes.

Sin darse cuenta, Méndez aceleró el paso. Ya solo le faltaba tener que escuchar las disertaciones joseantonianas del comisario.

—Pero no podía dejar solo a mi hermano, en el fondo era un ingenuo, no sabía a qué se enfrentaba, y yo sentí la obligación de estar allí con él, de protegerle de su propia inocencia en la medida de lo posible.

Observando que Castañeda se había referido a su hermano en pasado, el joven se atrevió a preguntar:

—¿Su hermano murió?

Castañeda lo acribilló con una mirada capaz de hacer confesar a un inocente una cadena de asesinatos. Luego lanzó la colilla al suelo, busco un nuevo cigarrillo y lo encendió.

La pregunta había quedado flotando en el aire.

Al fin dijo:

—No.

El monosílabo no invitaba a continuar la conversación por esos derroteros, así que Méndez decidió mantenerse en silencio. La estrategia dio resultado porque, tras recorrer algunos metros, el comisario recuperó su relato:

—Cuando llegamos al emplazamiento en el que habíamos de recibir la instrucción, vestíamos la camisa azul de las JONS y, al entregarnos el uniforme alemán, nos negamos a quitárnoslas, por eso nos empezaron a llamar la División Azul. Si es verdad que el nombre condiciona el destino de los individuos, ese apelativo nos condenó a tener que comportarnos como héroes a cada instante. No

éramos los más disciplinados, ni los más pulcros a la hora de pasar revista, pero te aseguro que pocos hombres tenían nuestro aguante cuando entrábamos en materia.

—Es legendaria la ferocidad de los combatientes rusos. —Méndez había escuchado historias terribles sobre esos individuos que parecían estar hechos para la guerra.

—Legendaria y real, créeme. He de reconocer que son valientes y tenaces hasta extremos insospechados. Pero no es eso lo que los hace más temibles.

—Entonces, ¿qué es?

—Su resistencia al vodka y a las temperaturas extremas. Esa era el arma que más temíamos: el invierno.

Méndez había empezado a mirar a aquel hombre con otros ojos: no era la rata de despacho que había imaginado al conocerlo.

—En Krasny Bor luchamos como jabatos. Fue una batalla terrible y desigual. Ellos lo tenían todo a favor. Conocían el terreno, eran diez veces más que nosotros y disponían de cañones y carros de combate. Aun así, fuimos capaces de frenarlos. Pero lo peor fue cuando recibimos órdenes de atravesar un gran lago helado para rescatar a una unidad alemana. Soportamos temperaturas inferiores a los 50 grados bajo cero. Si sobreviví a aquello, puedo sobrevivir a cualquier cosa.

En la canícula de aquel mes de julio Méndez sintió un escalofrío que le recorrió la espalda.

A esas horas las calles volvían a llenarse de gente, de hombres y mujeres dispuestos a disfrutar de las animadas noches del Distrito Quinto, o, al menos, a sacar algún provecho de ellas.

—La vida a veces depende de detalles insignificantes. ¿Sabes qué me salvó a mí?

—No. —Méndez colocó mentalmente la cara de Castañeda en uno de esos soldados que aparecían en los cromos de hazañas bélicas que tanto le gustaba manosear en el mercado de Sant Antoni. No fue tarea fácil.

—Me dieron unas botas equivocadas.

—¿Y eso le salvó la vida?

—El calzado es una de las partes más importantes del equipamiento de un soldado, sea cual sea el terreno por el que se haya de mover, pero avanzar en la nieve sin unas buenas botas es una condena a muerte. Antes de iniciar la misión recibimos una remesa de calzado. La mayor parte del que disponíamos hacía tiempo que estaba en un estado lamentable. A mí me tocaron unas botas que me iban demasiado grandes y con las que me resultaba bastante incómodo caminar. Al principio temí que, al no encajar bien en mi pie, me produjeran heridas. No hace falta ser un soldado muy experimentado para saber que eso se convierte en una tortura cuando tienes que aguantar recorridos kilométricos con el equipamiento a cuestas, por no hablar del riesgo de que las heridas se infecten. Sin embargo, cuando iniciamos la marcha sobre el paisaje helado, yo fui uno de los afortunados que pudieron envolver sus pies, dentro de las botas, con capas de calcetines y papel de periódico. Aquellos a los que les habían facilitado el número de calzado correcto no pudieron hacerlo. Muchos de ellos perdieron los pies y, en el peor de los casos, la vida. —Sacó un pañuelo del interior de uno de sus bolsillos y se lo pasó por la frente. Más que liberarse del sudor, dio la impresión de que intentaba aliviar su creciente angustia—. En aquella misión tuvimos más de un centenar de bajas por congelación. No pudimos ni enterrar a los muertos. Era imposible en esa compacta capa de hielo.

—Entonces, es usted un héroe —dijo Méndez sorprendido de su propia conclusión.

Había un cierto brillo de ternura en la mirada de Castañeda cuando le contestó:

—Héroes son los que se quedaron allí, muertos o vivos… Como mi hermano.

Tras la mala reacción anterior, Méndez consideró oportuno mantener su curiosidad a raya.

—Quién iba a decir que los alemanes acabarían perdiendo la guerra —musitó Castañeda.

Habían llegado a la altura del café Condal. Méndez se fijó en los transeúntes y temió que algún conocido lo descubriera charlando con un tipo de aspecto tan siniestro, y mucho más si ese conocido

era Raimundo. No quería ni imaginarse lo que le diría el viejo maestro si lo veía departiendo amigablemente con un comisario falangista que, para colmo, había ido a Rusia a matar comunistas.

—Me tengo que ir —dijo como si de repente le hubieran entrado todas las prisas del mundo.

Castañeda, una vez más, lo ignoró y retomó su discurso por donde mejor le pareció:

—No, no soy un héroe, soy un viejo soldado falangista al que han recompensado sus méritos dándole un cargo. Poco queda de lo que fui, tampoco queda mucho de la España por la que luché. Cuando regresé, me dio la sensación de que este se había convertido en un país extraño.

—Me temo que después de la guerra a muchos les pareció que este se había convertido en un país extraño —se atrevió a replicar Méndez.

—A partir del 43 empezaron a enviarnos a casa. El fin del conflicto estaba cada vez más claro y Franco consideró que no era cuestión de encabronarse con los aliados. Me hirieron en un brazo, nada grave, pero lo suficiente como para que me enviaran de regreso. Fui uno de los primeros. Hice lo imposible por que mi hermano se viniera conmigo, pero fue inútil, insistió en regresar más tarde. Poco después, cayó prisionero junto a otros muchos. No sé dónde está, imagino que encerrado en un campo de concentración, consumiéndose en esa nieve eterna, eso si sigue vivo.

La voz del comisario había perdido cualquier atisbo de autoridad. Ni siquiera conservaba aquella vibración chirriante que tanto irritaba a Méndez. En el fondo de cada palabra latía un profundo dolor que se alimentaba de los recuerdos.

Con la mirada clavada en el suelo, perdida en algún lugar recóndito del pasado, Castañeda apuró el cigarrillo. Tras hacerlo, su inflexión melancólica se truncó, dando paso a una voz seca:

—A Franco le vino muy bien el arrojo de los falangistas a la hora de enviarlos a Rusia, pero ahora ¿quién se acuerda de los que se han quedado allí? —Y añadió—: Fue una jugada política perfecta.

A Méndez esas ideas, en boca de un policía del Régimen, le rechinaron como un violín desafinado.

—No sé si un comisario debería hablar así. Y no creo que a mí me convenga escucharlo.

Castañeda lo miró de reojo, como si de repente se hubiera dado cuenta de que no estaba hablando solo.

—No hagas caso. Cuando bebo de más, digo muchas tonterías. —Le dio dos palmaditas en la espalda en un intento de borrar la última parte de su discurso—. ¿Por qué nos hemos detenido?

—Ya casi he llegado a casa, tengo que irme.

—¿A qué vienen estas prisas?, ¿te avergüenzas de mí? —adivinó el comisario con una media sonrisa.

—Tengo una reputación que mantener —soltó Méndez mientras empezaba a alejarse.

—Eh, chaval —le reclamó Castañeda.

—¿Qué ocurre? —preguntó con ganas ya de perderlo de vista.

—Me ha llamado un amigo mío que es periodista. Quiere comentarme algo sobre el asesinato de Rosalía, dice que tiene una información que tal vez pueda interesarme. He quedado con él mañana, ¿te gustaría acompañarme?

—Dónde y a qué hora hay que estar.

6

Bajaron por Las Ramblas, cada uno enfrascado en sus pensamientos. Cuando llegaron a la altura del mercado de la Boquería se adentraron por una callejuela.

Intuyendo que no debía faltar mucho para llegar a su destino, Méndez dijo:

—Tengo curiosidad por ver cómo es la redacción de un periódico.

—Pues vas a seguir quedándote con las ganas —le respondió Castañeda—. No hemos quedado en *El Correo Catalán,* donde trabaja mi amigo. Agustín San Sebastián, que así se llama, me ha citado en un bar muy cerca de aquí.

—Ah —musitó con cierto desencanto.

El encuentro igual no iba a resultar todo lo interesante que había imaginado, aunque lo importante no era el dónde, sino el qué. Méndez tenía grandes esperanzas puestas en lo que aquel periodista podía desvelarles, quizá les diera la clave para encauzar la investigación y atrapar al asesino. Eso era lo que más deseaba, mientras el culpable estuviera en libertad, la angustia que se había instalado dentro de él no dejaría de crecer.

—Los bares son un denominador común entre periodistas y policías, resultan imprescindibles a la hora de desempeñar nuestro trabajo. En ellos confluye gente muy diversa. Son ideales cuando se pretende conseguir información.

—Mientras se ponen tibios bebiendo coñac —concluyó el joven en un susurro.

—Ya hemos llegado —informó Castañeda mientras daba un empujón a una puerta acristalada.

Varios escalones iban a desembocar en un local pequeño en el que todo parecía dispuesto para un perfecto aprovechamiento del espacio, ya fueran muebles o clientes.

Arremolinados junto a la barra había un compacto grupo de bebedores. Sentados alrededor de las escasas mesas, muy juntas entre sí, charlaban unos tipos en mangas de camisa con aspecto de no tener mucha prisa por ir a trabajar.

—Aquí se reúnen muchos periodistas —le confirmó Castañeda, sin duda refiriéndose a esos individuos con pinta de desocupados.

Justo en ese momento Méndez advirtió cómo uno de ellos le hacía un gesto con la mano al comisario. Era un sujeto bajito y barrigudo, con el nudo de la corbata flojo y la camisa arrugada bajo la presión que ejercían los tirantes.

—Me alegro mucho de verte, Castañeda.

—Yo también, Agustín.

El periodista levantó la barbilla en dirección al chico.

—No te preocupes por este, es medio colaborador mío. Podemos hablar con confianza delante de él, ya sabe de qué va el caso. De hecho, fue él quien encontró el cadáver.

Agustín San Sebastián le hizo a Méndez una radiografía con la mirada y, aunque no pareció muy convencido, les indicó con un movimiento de cabeza que lo siguieran.

Cruzaron unas cortinas situadas al fondo del local que ocultaban lo que debía ser un pequeño almacén. Estaba casi en penumbra, pero la sensación de frescor y el aroma que se desprendía de las jarras de vino allí guardadas lo convertían en un lugar agradable. Junto a un estante lleno de embudos, botellas vacías, cestos y cachivaches, una mesa de madera tenía todo el aspecto de haber sido adoptada por el tal Agustín como su escritorio particular. Mientras lo observaba desenvolverse en aquel escenario pintoresco, Méndez pensó que ese individuo rechoncho y sudoroso con pinta de no haberse aseado desde que entraron los nacionales no se parecía en nada a la imagen dinámica y elegante que él se había creado de los periodistas a partir de las películas que había visto en el Condal o el América.

—Qué queréis tomar.

—Elige tú —propuso Castañeda.

San Sebastián se asomó por la cortinilla y vociferó:

—¡Chico, trae tres cafés con leche! —Y dirigiéndose a Castañeda en un murmullo que apenas resultó audible para Méndez, añadió—: Antes de templar el espíritu con un poco de alcohol, habrá que alimentar un poquito el cuerpo, digo yo.

Enseguida acudió un camarero y depositó sobre la mesa escritorio tres vasos humeantes. Méndez pensó que esa mañana, al menos, ya había sacado algo de provecho.

Castañeda fue enseguida al grano:

—¿Qué tienes para mí?

—Una historia.

—Cuéntamela.

—Lo haré, pero antes tienes que prometerme todos los detalles del caso cuando consigas resolverlo. De momento, me abstengo de escribir nada, porque te di mi palabra.

—Porque me diste tu palabra y porque te interesa estar a buenas conmigo.

—Eso también.

—No te preocupes, serás el primero en conocer todos los pormenores —prometió Castañeda mientras le ofrecía un cigarrillo.

San Sebastián esperó a que le diera fuego para compartir su exclusiva:

—Hace algún tiempo encontraron a una chica muerta en una de las habitaciones de Madame Petit.

—Sí, lo recuerdo —confirmó Castañeda—. Yo no me ocupé de ello, aún no estaba del todo instalado en mi puesto, pero tengo entendido que fue por consumo de drogas, ¿qué tiene que ver eso con el crimen de Montjuïc?

Méndez escuchaba con los ojos abiertos como platos, le parecía estar asistiendo a una escena irreal. Concentrado en lo que decían, dio un sorbo al vaso de café con leche. Temeroso de que aún estuviera muy caliente, absorbió el líquido muy despacio, produciendo un desagradable gorgoteo que atrajo la atención de los dos hombres. Sintió sus miradas clavadas en él.

—Lo siento —dijo avergonzado.

Antes de que hubiera acabado de disculparse, San Sebastián ya había retomado la conversación.

—Sí, es cierto, la muerte de esa muchacha se atribuyó al consumo de drogas, a la cocaína, concretamente. Por lo que tengo entendido, no es habitual morir de una sobredosis de cocaína, pero muchos vendedores la adulteran y eso conlleva una serie de

peligros, entre ellos el no poder controlar el nivel de pureza de lo que uno se está metiendo en el cuerpo. Dicho de otro modo, una dosis que no es letal de por sí puede acabar siéndolo.

Castañeda asentía pacientemente con la cabeza. Sabía que San Sebastián aún daría algún que otro rodeo antes de soltarle lo que había venido a buscar.

—El consumo de cocaína está más extendido de lo que parece en este país muerto de hambre. Las drogas llegaron a Barcelona durante la Primera Guerra Mundial. Mientras Europa enviaba a sus jóvenes a morir en trincheras insalubres, aquí se disfrutaba de la vida y sobre todo de la noche con total intensidad, más cuando se podía contar con la ayuda de euforizantes artificiales. En poco tiempo barcos procedentes de Marsella y Génova empezaron a llegar al puerto cargados de cocaína. Al principio fueron las cupletistas y chicas de vida alegre quienes popularizaron su consumo, pero rápidamente se engancharon los señoritos de la burguesía y aquellos que creían que esta nueva droga los ayudaría a liberarse de su adicción a la morfina. Vamos, que la coca se hizo tan habitual en determinados ambientes que hasta le dedicaron un tango. ¿Conoces ese que dice: «Poco a poco consumiendo va mi ser. Ella me domina y otro mundo me ilumina»? —canturreó el periodista.

—Agustín, hasta el momento no me has contado nada que no sepa ya —dijo Castañeda con un impostado aire de reproche.

—No te pongas nervioso, te estoy adornando un poco la historia.

—Pues abrevia, que no soy ninguno de tus resignados lectores. Al menos ellos pueden saltarse los párrafos donde sueltas la paja.

—Lo que quiero decirte es que los periódicos no dijeron toda la verdad cuando publicaron que la chica había muerto a causa de una sobredosis —se apresuró a decir San Sebastián consciente de que ya se había hecho de rogar lo suficiente.

—¿Y puede saberse cuál era toda la verdad?, ¿murió a causa de una sobredosis o no?

—Es posible, pero nadie se molestó en analizar los detalles, ni siquiera le hicieron la autopsia. No era más que una prostituta y supongo que no interesaba incomodar a determinados clientes selectos que frecuentan el local. A saber la de cosas que habrán

visto los espejos de esas habitaciones. Cuanto menos se muevan determinados asuntos, mejor. Este es un país tranquilo y, si no lo es, al menos debe parecerlo…

—Estás desviándote otra vez del tema —atajó el comisario.

—Como te decía, puede que la chica esnifara una cantidad de polvo blanco mayor de la que su cuerpo podía aguantar, o que contuviera algo que la matara, eso ya no estamos en disposición de saberlo, pero está claro que, si eso no la hubiera matado, habría muerto por el otro motivo.

—¿Qué otro motivo? —El comisario se inclinó hacia el periodista.

Méndez lo imitó. Había llegado el momento de obtener lo que habían venido a buscar.

—Habría muerto por asfixia.

—Como Rosalía —señaló el policía—. ¿Tenía señales de estrangulamiento?

—No exactamente.

—O lo sueltas ya o el que te estrangula ahora mismo soy yo.

—A la chica le metieron un pájaro en la garganta.

—¿Un pájaro? —Castañeda se irguió en la silla. Estaba acostumbrado a todo tipo de detalles cruentos, pero aquel le había sorprendido. Se apresuró a sacar otro de sus cigarrillos mientras intentaba hacerse una composición de la escena. Aún no había tenido tiempo de encontrar el encendedor cuando oyó a Méndez:

—¿Le importaría darme uno?

—¿No estábamos en que tú no fumabas, chaval?

—Y no fumo, pero creo que me vendrá bien.

San Sebastián aprovechó el gesto de Castañeda, que ya le ofrecía la cajetilla abierta al joven, para agenciarse otro para él.

—No sé si este detalle acabó incluyéndose en el informe policial, es probable que se silenciara, eso tendrás que averiguarlo tú, pero te puedo asegurar que yo estaba allí cuando encontraron aquel pájaro metido en lo más profundo de su boca. Lo vi con mis propios ojos.

—Rosalía tenía el cuello envuelto con los intestinos de un gato y la prostituta que encontraron en el burdel un pájaro dentro de su garganta. —Esta vez fue Méndez quien metió baza en la

conversación—. ¿Cree que los dos crímenes podrían haber sido cometidos por la misma persona?

Castañeda le lanzó una mirada asesina.

—Estás delante de un periodista. Hemos venido aquí a que nos den información, no a darla nosotros.

San Sebastián se rascó el cogote mientras se ensanchaba de satisfacción.

—No te preocupes, conozco las circunstancias en que fue hallado el cadáver de Montjuïc.

—La verdad es que hay coincidencias —reconoció Castañeda—. Además de en la escenificación, hay similitudes en el tipo de víctima. En ambos casos se trata de chicas jóvenes que se dedicaban a la prostitución, y puede que ambas estuvieran relacionadas con el consumo de drogas.

—Rosalía no tomaba drogas —replicó Méndez.

—Ya, y tampoco se prostituía —ironizó Castañeda—. Tu amiga pudo haber ocultado eso también.

A Méndez no le quedó otro remedio que reconocer que bien podría haber sido así.

Castañeda achicó los ojos y preguntó al periodista:

—La chica de la que me hablas ¿fue violada?

—Por Dios, estamos hablando de una prostituta, nadie se molestó en plantearse ese tipo de consideraciones.

—¿Estaba desnuda?

—Completamente desnuda —respondió San Sebastián analizando con ojos escrutadores el semblante del policía—. Sin embargo…

—Sin embargo, ¿qué?

—Tenía las piernas abiertas, teatralmente abiertas.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No sé, resultaba forzado.

—¿Como si se hubiera pretendido remarcar esa posición?

—Pues ahora que lo dices, sí. Resultaba algo grotesco.

Laureano Castañeda saboreó un par de caladas satisfecho. En este caso el asesino también se había esforzado por escenificar un posible abuso sexual que, él apostaba por ello, probablemente no se había producido.

—Pero hay algo más. —San Sebastián acaparó de nuevo la atención de sus interlocutores—. Puede que no tenga importancia, pero me vino a la mente en el mismo instante en que sacaron aquel bicho del gaznate de esa chica. —San Sebastián echó un vistazo a su alrededor como si quisiera asegurarse de que estaban solos—. Es una historia que me relató un amigo mío italiano. El tipo que os digo llegó a Barcelona de la mano de un capitoste fascista en una de esas visitas oficiales tan ampulosas que tuvieron lugar una vez terminada la guerra. Él era el chófer de un alto mando, pero cuando todo el séquito se fue, él decidió establecerse aquí durante un tiempo, por un asunto de faldas, según contó, y yo trabé amistad con él. El personal de servicio, convenientemente agasajado, siempre cuenta cosas interesantes de aquellos a quienes ha servido.

—Ya, tú siempre tan desinteresado —le reprochó Castañeda.

—Entiéndeme, un buen periodista no debe perder ninguna oportunidad de sacar información. Los contactos y las confidencias son la base de nuestro trabajo.

—No pierdas el tiempo justificándote, nada de lo que me digas puede empeorar el concepto que tengo de ti —dijo Castañeda con sorna.

El periodista sonrió como si le acabaran de regalar un halago.

—¿Y ese hombre te contó algo que puede tener relación con el crimen?

—Tal vez. Me explicó un día, en confesión etílica, que el verdadero motivo por el que había decidido quitarse de en medio y no regresar a Italia eran «ciertos desencuentros», así lo expresó él, con una organización criminal que opera en su país. Por lo que pude entender, esa sociedad de delincuentes está muy bien estructurada y posee estrechas conexiones con el poder político y económico. Entre ellos lo conocen como Cosa Nostra y nadie se atreve a quebrantar su ley. Si los traicionas o te sales del redil, esos tíos son implacables.

Castañeda se debatía entre el interés y la impaciencia.

—¿Y qué cojones tiene que ver todo esto con el asesinato de dos pobres desgraciadas en Barcelona?

San Sebastián hizo un movimiento con la mano como si con ese gesto pudiera frenar el ímpetu de su interlocutor.

—También me contó que esta gente tiene un código secreto que utiliza en sus crímenes a modo de firma para que se sepa que han sido ellos quienes han impartido justicia y por qué motivo lo han hecho. Y es este punto el que te puede interesar.

—Te escucho.

Hacía rato que Méndez ni siquiera se atrevía a pestañear por miedo a provocar algún ruido que interrumpiera el hilo de la narración.

—Cuando estos tíos se cargan a alguien porque lo consideran un traidor, le colocan una piedra en el bolsillo. Si lo que quieren comunicar es que el tipo en cuestión quería escapar, le quitan los zapatos…

—Sigo sin entenderte.

—Ahora me entenderás. —El periodista hizo una breve pausa para dar énfasis a su discurso. Le encantaba que su público le siguiera con tanta atención—. A los que se han ido de la lengua les colocan un pájaro en la boca.

Castañeda casi se quema con el cigarrillo que había olvidado encendido entre sus labios.

Sin dar tiempo a que el comisario reaccionara, Méndez preguntó:

—¿Quiere decir que el crimen de Rosalía y el de esa pobre muchacha de Madame Petit pudo ser cometido por una banda de asesinos italianos?

—Podría ser. —San Sebastián tensó sus tirantes estirándolos con los pulgares.

—De acuerdo —retomó el comisario—, el detalle del maldito pájaro puede que sea algo más que una casualidad, pero ¿qué significado tiene que envuelvan el cuello de la víctima con los intestinos de un animal?

—Que yo sepa, ninguno —reconoció San Sebastián.

—Entonces…, qué relación tiene esta historia con el crimen de Rosalía.

—Que yo desconozca el significado de una escenificación como la del crimen de esa muchacha no quiere decir que no lo tenga… Y luego está lo otro.

—¿Qué quieres decir con «lo otro»?

Los ojillos del periodista se achinaron hasta convertirse en dos rendijas que emanaban un brillo siniestro.

—«Lo otro» es lo del dedo.

Castañeda arrugó los labios en un gesto de profundo desagrado. Le irritaba que los detalles confidenciales de la Policía estuvieran al alcance de la prensa. Había pretendido que, al menos este, no trascendiera.

—No te alarmes, no es una información que corra por las redacciones.

—Claro, me dejas muy tranquilo. Tu discreción te precede.Pero vayamos al tema, qué pasa con el dedo.

—A ella también se lo amputaron. Otro detalle desagradable que se ocultó.

Se produjo un silencio espeso en la mesa. Mientras el periodista disfrutaba de la pausa teatral, Méndez y el comisario trataban de digerir la información.

—Es imposible que eso sea una coincidencia —reconoció Castañeda.

—Así es, lo que refuerza mi teoría de que la simbología animal tampoco lo es.

—A ver, recapitulemos. ¿Me estás planteando que una banda de criminales italianos se cargaron a esas chicas porque se habían ido de la lengua y que con todo ese código macabro intentan advertir a posibles traidores?

—Yo ni afirmo ni desmiento, solo digo que es una vía de investigación que no deberías ignorar.

Castañeda lanzó al suelo los restos del cigarrillo y, mientras lo aplastaba con la punta del pie, colocó otro en sus labios. Al darse lumbre ladeó la cabeza y Méndez pudo ver la mirada de un hombre acostumbrado a pensar rápido.

—Y dime, Agustín —replicó Castañeda tras dar un par de caladas —, ¿esa gente tiene negocios con la droga?

—Tengo entendido que no, ellos se consideran gente de honor y ese no está considerado un negocio «honorable». De todos modos, quién sabe, ese podría ser el nexo de unión entre los dos asesinatos.

—Tal vez —dijo Castañeda mientras se levantaba y le tendía la mano a su amigo—. Gracias por tu información, siempre sale a cuenta charlar contigo un rato, aunque seas el tío más pesado de España.

—Cuidado con lo que dices, tú serás comisario, pero a mí me siguen miles de lectores.

Castañeda soltó una sonora carcajada.

—Es verdad, he oído que tus artículos están muy buscados, son los más indicados para limpiarse el culo.

El periodista le rio la gracia sin ganas mientras los acompañaba fuera del almacén.

Los tres volvieron a la luz del bar que, a pesar de su tono mortecino, les pareció demasiado intensa tras salir de la penumbra en la que habían estado sumergidos.

El grupo de periodistas continuaba ocupando las mismas mesas. Ahora su charla era más animada y las posturas todavía más relajadas.

San Sebastián casi aulló:

—¿Se puede saber qué coño hacéis todavía aquí sentados? ¿Es que pensáis que las noticias van a venir a buscaros a este bar de mierda? Salid a husmear las calles, malditos gandules, y no volváis hasta que no hayáis encontrado una buena historia o tengáis los huevos tan escocidos que no os importe inventárosla.

Ya en la calle, Méndez y Castañeda aún continuaron oyendo sus gritos. Cuando se hubieron alejado lo suficiente, el chico preguntó:

—¿Cree que hay una banda organizada detrás de todo esto?

—Podría ser, no hay que descartar ninguna posibilidad. Haré que investiguen sobre ello, pero, sinceramente, no lo creo, y menos si esa gente no maneja asuntos de drogas. —Tras unos instantes de reflexión añadió—: Agustín nos ha contado una historia muy interesante, eso hay que reconocerlo, pero en una investigación nunca hay que dejar que lo interesante te distraiga de lo esencial.

—¿A qué se refiere?

—Pues a que ahora sabemos que otra chica de características parecidas a las de Rosalía murió en circunstancias similares.

El sol aún no había alcanzado su apogeo, pero se derramaba con intensidad sobre las aceras de la ciudad. Iba a ser un día tórrido, pero ni a Castañeda ni a Méndez, enfrascados en sus asuntos, les importaba.

—¿Qué está pensando? —preguntó Méndez impaciente.

—En que, o mucho me engaña mi olfato, o detrás de estas muertes hay un psicópata.

—¿Un psicópata? —A Méndez algunas palabras le quedaban grandes.

—Sí, alguien que mata por placer.

—Entonces lo que buscamos es a un monstruo.

—No, te equivocas. —Se carcajeó el comisario con suficiencia—. Buscamos a alguien totalmente normal, al menos, en apariencia. Cuanto más terrible es una naturaleza, más se esfuerza por pasar inadvertida. No sé si las tripas del gato o el pájaro en la garganta tienen un significado simbólico, lo que sí sé es que todos los criminales dejan mucho de sí en sus víctimas, y no solo restos o pistas, sino también trazas de su personalidad. En los crímenes comunes nos enfrentamos a una forma de matar directa, de animal que ataca o se defiende. En este caso es distinto, hay el propósito de seguir unas pautas. Nos enfrentamos a una mente atormentada y perversa.

El énfasis de esas últimas palabras le provocó a Méndez un escalofrío que lo hizo detenerse.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Castañeda ante su expresión reconcentrada.

—Usted me dijo que alguien vio a Rosalía después de que yo la dejara en casa.

—Así es.

—Me dijo que iba de camino a Montjuïc.

—Eso suponemos, nos consta que la vieron subiendo por Poeta Cabanyes.

—Eso está muy cerca de mi casa.

El comisario asintió a la espera de su deducción.

A Méndez se le ocurrió la posibilidad de que la joven hubiera tenido la intención de ir a buscarlo. Esa idea le agradaba y le

atormentaba a partes iguales.

—Rosalía conocía al asesino —sentenció con rotundidad.

—Por qué dices eso.

—Si Rosalía salió de casa para dirigirse a la montaña de noche fue porque la persona que allí la esperaba era de su confianza. Puede que desconociera muchos detalles de su vida, pero me cuesta creer que decidiera ir sola hasta allí para encontrarse con un desconocido, aunque, como usted insinuó, pudiera ser un cliente.

Castañeda le dio una palmada en la espalda, orgulloso del razonamiento de su pupilo. Méndez pareció satisfecho, pero pronto una sombra de desaliento oscureció su rostro.

—En resumen, buscamos a alguien de apariencia normal y del entorno de Rosalía. —Abrió los brazos en un ademán de impotencia —. Esa persona puede ser cualquiera, en este barrio se conoce todo el mundo. Estamos como al principio.

—Tranquilo, no te precipites, una investigación criminal es un largo recorrido que se hace paso a paso. Lo importante es no perderse en el camino.

—De acuerdo, pero ¿qué podemos hacer ahora?, ¿cuál ha de ser nuestro siguiente paso?

Castañeda recibió con agrado la sincera implicación del chico. Se sentía a gusto a su lado, menos solo, más a salvo de sus propios fantasmas.

—Nuestro siguiente paso está claro: habrá que hacer una visita a Madame Petit, a ver qué pueden contarnos allí de la chica que encontraron muerta en una de sus habitaciones. Cuanto más sepamos de ella, más sabremos sobre quién pudo tener interés en asesinarla y más cerca estaremos también de averiguar quién mató a Rosalía.

Méndez, cabizbajo, dijo con resignación:

—No, si ya sabía yo que acabaría llevándome de putas.

7

Estaban sentados a la mesa uno frente a otro. Tomaban en silencio una tortilla de patatas que Raimundo había preparado sin huevos ni patatas, usando una amalgama de agua, harina y bicarbonato para envolver las pieles del tubérculo ausente. En el centro del mantel, una botella de vino medio llena y una jarra de agua. Al lado de ambos platos, una servilleta color crema y un trozo de pan negro. Los dos comían en silencio. Hacía calor. Las puertas de la galería estaban abiertas de par en par, pero no corría nada de aire y la sensación de bochorno era asfixiante. Al fin Raimundo dijo:

—No estás muy hablador.

—No hay mucho que contar.

Lo último que le apetecía era entablar una conversación. La cabeza le bullía. Apenas hacía un rato que había regresado de su visita al burdel Madame Petit y necesitaba un poco más de tiempo para poner en orden sus ideas. El chico percibía la mirada escrutadora del maestro y eso le agitaba. Sabía que su silencio no hacía sino aumentar el interés de su tutor, pero tenía la mente demasiado atareada como para preocuparse de saciar la curiosidad ajena.

Siguieron comiendo sin mediar palabra hasta que al cabo de unos minutos Raimundo hizo un nuevo intento.

—¿En qué estás ocupando tu tiempo? Últimamente es difícil coincidir contigo.

—En nada especial.

* * *

A Méndez le había sorprendido el contraste entre la discreta entrada del *meublé* y el recargado y falso lujo de su interior. Habían accedido al local a través de un discreto portal que se distinguía del resto por un escueto letrero luminoso: «Petit». Méndez imaginó que esa palabra era suficiente para evocar todo un mundo de sensaciones a los conocedores del establecimiento.

Aquel fue uno de los prostíbulos con más renombre del Distrito Quinto, pero los años de gloria habían quedado atrás. Esa decadencia se notaba en la pátina que cubría cromados y pinturas, en las rozaduras de los cojines de terciopelo, en las hilachas que colgaban de los cortinajes y en la tenue capa de polvo que se había depositado sobre las figuras de porcelana, las falsas columnas con formas femeninas y los muebles de marquetería. Todo ello contribuía a crear una atmósfera de estancamiento, de esplendor impostado a punto de derrumbarse.

Les había abierto una mujer de unos cincuenta años ataviada con una bata de raso púrpura. Las zonas del cuerpo que la tela no llegaba a envolver, que por desgracia eran bastantes, mostraban una piel de textura áspera y tono irregular, con acusadas arrugas en el escote y pequeñas venas rojas que se extendían por sus piernas como un mapa de los ríos de España, sin obviar ninguno de sus afluentes.

Una vez hechas las presentaciones y aclarado que ni Castañeda ni el muchacho habían acudido allí en busca de esparcimiento, la mujer se presentó como la gobernanta del local y los invitó a acomodarse en un saloncito que hacía de distribuidor. Méndez imaginó que ahí era donde los clientes esperaban su turno en las horas de máxima actividad.

Los techos pintados con escenas de marcado contenido sexual acapararon su atención hasta que sintió un cosquilleo de dolor en el cuello y la mirada reprobadora de Castañeda, quien con un carraspeo lo invitó a centrarse en el caso.

—Hace algún tiempo se encontró en una de las habitaciones de esta casa el cadáver de una joven con signos de haber fallecido a causa de una sobredosis.

La madame esbozó una sonrisa que dejó al descubierto una dentadura mellada y una carencia absoluta de espontaneidad.

—¿A qué ha venido, señor comisario? Esa cuestión ya se aclaró y no veo qué sentido tiene volver a recordar ese desagradable asunto.

—Si tiene sentido o no, señora, es algo que decidiré yo.

La mujer le lanzó una mirada que pretendía ser seductora, pero que invitaba a salir corriendo.

—Perdone si le he resultado algo brusca, de ningún modo era mi intención poner en entredicho su autoridad. —Aquella alcahueta iba a resultar tan artificiosa como la decoración que los rodeaba—. Lo único que quería decir es que me temo que hay poco que pueda contarle que sus compañeros no sepan ya.

—Se equivoca, seguro que puede aclararme mucho más de lo que cree. Usted responda a mis preguntas, déjese llevar y ya verá como llegamos a buen puerto. —Las palabras del comisario podrían haber sonado amables, pero cada sílaba había sido hilvanada con un frío hilo de metal. Sacó un cigarrillo y lo encendió—. ¿Qué edad tenía la chica?

—Veinticinco años.

—Y una mierda.

La árida reacción de Castañeda provocó que la madame adoptara un mohín altivo.

—Me gustaría informarle de que esta casa es visitada por gente muy influyente, se sorprendería usted si conociera sus nombres, y alguno de estos ilustres personajes podría acabar parándole los pies si yo me sintiera importunada.

Estaba claro que la trotaconventos había decidido cambiar de táctica. Su voz había adquirido ahora un timbre rugoso, más en consonancia con la textura de su piel.

—Señora, me temo que los días gloriosos de este establecimiento pertenecen al pasado y, o mucho me equivoco o, si este lugar es frecuentado por personajes importantes, debe ser porque les ofrece algo más de lo que se puede intuir a simple vista. ¿Quiere que me entretenga en verificar la edad de sus pupilas? Seguro que nos asombraríamos de las que no llegan a los veintitrés años que exige la ley para ejercer este antiguo oficio, a lo mejor hasta nos llevamos una sorpresa y alguna aún juega con muñecas. Y ya puestos a mirar, ¿por qué no revisar el carné sanitario de cada una de ellas? Sería un desastre para esta santa institución descubrir que sus chicas no pasan la pertinente revisión médica semanal. Si nos adentramos por ese espinoso camino, mucho me temo que, antes de que cualquiera de mis pasos moleste a alguien con el suficiente poder como para

pararme los pies, usted ya estará entre rejas. Y ahora que ya están claros los términos, ¿le importa que iniciemos una agradable charla?

—Se llamaba Brigitte —dijo la gobernanta como si le hubieran tocado el resorte adecuado.

Castañeda había oído que muchas de las mujeres que trabajaban en ese burdel procedían de diferentes países europeos, incluso de Sudamérica.

—¿Era francesa?

—No, de la Barceloneta.

El comisario podía haber interpretado la respuesta como un sarcasmo, pero la seriedad con la que la gobernanta continuó hablando le hizo entender que su intención no había sido esa.

—Hace veinte años aquí se mezclaban mujeres de diferentes nacionalidades, ahora podemos dar gracias de que no sean todas del mismo barrio.

—¿Era consumidora habitual de cocaína?

—No lo sé, la vida de las chicas fuera de aquí no me incumbe. Nunca la vi drogarse en horas de trabajo, en ese sentido era muy cumplidora y disciplinada.

Ese pretendido cumplido provocó un agudo malestar en Méndez. No quería ni imaginar que alguien hubiera podido referirse también a Rosalía en esos términos.

—¿Alguna vez sospechó que estuviera metida en algún asunto turbio?

—¿Quiere decir aparte de la prostitución y el consumo de drogas? —preguntó la gobernanta tras una grotesca risotada que hizo que sus voluminosos pechos subieran y bajaran amenazando con desparramarse más allá de la frontera que marcaba la bata.

—Sí, aparte de la prostitución y las drogas —remarcó Castañeda con severidad.

—No, que yo sepa. Como le digo, la vida privada de las chicas no es asunto mío. Además, solemos renovarlas con relativa frecuencia, no conservamos a ninguna más de dos años, la clientela se aburre, lo cual hace todavía más difícil entablar una relación que vaya más allá de estas paredes.

En ese momento apareció por una de las puertas que daban a la estancia una anciana con aspecto de tener las ilusiones y los huesos consumidos. Iba cargada con un barreño y un revoltijo de sábanas arrugadas.

—Es la palanganera —dijo la gobernanta como si se sintiera en la obligación de justificar la presencia de una figura tan inoportuna.

Méndez supuso que a esa mujer le correspondería la ingrata tarea de limpiar y reponer sábanas, lo que en aquella casa sería un no parar. Su paso resignado le hizo preguntarse qué tipo de vida llevaría su propia madre en caso de seguir viva.

Al comisario no le gustaba que le distrajeran cuando estaba concentrado en su trabajo, así que formuló una nueva pregunta como si nada hubiera ocurrido.

—¿Existía algún cliente que tuviera un especial interés por ella?

La gobernanta volvió a sacar del baúl de los trastos su sonrisa desdentada para preguntar:

—Acabo de darme cuenta de que he sido muy descortés, ¿no les apetecería tomar algo fresco? Este verano está resultando de lo más caluroso.

Castañeda supo que había dado con la pregunta clave.

—Déjese de refrescos y dígame el nombre de ese individuo.

—No sé si le gustará oírlo. A mí, desde luego, no me gustaría tener que decirlo.

El comisario se puso en guardia. Había desarrollado un olfato que le advertía de la llegada de turbulencias.

—Suéltelo.

En ese instante, en un punto de su silencioso recorrido, la palanganera trastabilló con una alfombra y parte de la carga que transportaba fue a parar al suelo. Méndez no pudo reprimir el impulso de levantarse para ayudarla.

—No te preocupes, yo me encargo —le susurró la limpiadora algo avergonzada.

De cerca aún parecía más vieja y cansada. Sin hacerle caso, Méndez recogió las sábanas que habían caído.

—Deja, chico —insistió algo apurada—, puedo espabilarme yo sola.

La gobernanta, acuciada por el requerimiento del policía, ni siquiera les prestó atención. Recolocó su gordo culo en el asiento, se ajustó la bata ocultando parte de su deprimido escote y adoptó un tono casi plañidero:

—Señor comisario, yo no quiero meterme en problemas.

—Pues suelte el nombre y se evitará más de uno.

Aquella madame de burdel venido a menos había vivido lo suficiente como para saber que a veces hay que elegir entre lo malo y lo peor. Ese era uno de esos momentos, así que susurró resignada:

—Emilio Muñoz.

Castañeda recibió aquel nombre como un bofetón. Emilio Muñoz era un individuo incómodo para la Policía, al menos para los agentes del Cuerpo que tenían la ilusión de desempeñar con decencia su trabajo. Aunque sus actividades delictivas eran suficientes como para haberlo puesto en más de un aprieto, hasta la fecha siempre había conseguido zafarse de las manos de la justicia. Pero lo peor no era eso, lo paradójico era que mientras él se había librado de saldar cuentas, aquellos que se habían atrevido a ponerlo en entredicho habían acabado redactando informes en un sótano lleno de humedades.

El poder del señor Muñoz se sustentaba en un valor en alza: el hambre de los demás. Cuanto más escaseaban los alimentos, más se llenaban sus arcas. Era un secreto a voces que la actividad a partir de la cual prosperó fue el estraperlo a gran escala y, a pesar de que estaba considerado un delito grave —o al menos eso quería dar a entender el Régimen cuando castigaba a los desgraciados que trapicheaban con algo de aceite, tabaco o garbanzos—, Muñoz tenía su seguridad blindada por una serie de contactos en la cumbre. Más de un adalid del Régimen degustaba cuando le apetecía ternera, marisco, chocolate o un buen café gracias al ímprobo trabajo del estraperlista. Emilio Muñoz era poderoso y las manos de quienes lo protegían todavía más.

Castañeda aplastó con rabia lo que quedaba de su cigarrillo en un cenicero que reposaba en la mesita más cercana. Ni siquiera se dio cuenta de que la colilla fue a encastrarse contra los pechos de una ninfa estampada en el platillo.

No le había gustado esa respuesta, pero sobre eso ya reflexionaría más tarde. Levantándose bruscamente le dijo a la mujer:

—Enséñeme la habitación donde encontraron a la chica. —Dudaba de que inspeccionar el burdel le sirviera de algo, pero quería acabar con aquella conversación.

El chico hizo ademán de seguirlos, pero Castañeda cortó sus movimientos:

—No hace falta que vengas. Espérame aquí, volveré enseguida.

El comisario se había puesto de mal humor, pero eso no cambiaba mucho las cosas, pensó Méndez. Castañeda era de esa clase de personas que resultan desabridas sea cual sea su estado de ánimo.

Se quedó allí sentado dispuesto a contemplar las imágenes del techo cuando volvió a aparecer la anciana. Esta vez no llevaba ni el barreño ni las sábanas, sino un cubo con agua jabonosa en una mano y un cepillo en la otra.

—Eres demasiado joven para estar perdiendo el tiempo en un sitio como este. —Su voz sonó alta y segura, como si la ausencia de la gobernanta la hubiera liberado de algunas cadenas.

—No estoy aquí por lo que se imagina. —Le sonrió tímidamente.

—Yo no imagino nada, solo digo lo que veo.

Antes de que desapareciera tras una de las puertas, un punto de luz se abrió camino en la mente de Méndez.

—Espere —casi le ordenó mientras se levantaba de la silla.

La palanganera lo contempló con una mirada neutra, como si nada de lo que pudiera ver u oír fuera a sorprenderle.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Si eres rápido sí, tengo mucho que hacer.

—¿Conocía a Brigitte, la chica que encontraron muerta?

—Sí, como he conocido a tantas otras. Llevo aquí los suficientes años como para que las paredes me llamen de usted. —Se encogió de hombros y añadió—: Pobre chica.

—¿Le sorprendió su muerte?

—Lo que me sorprende es que estas chicas, después de atender a según qué clientes, sigan con ganas de vivir.

—Debe ser un trabajo muy duro —balbució Méndez con su mente puesta en Rosalía.

—Unas veces más que otras, pero las apariencias engañan. Hay muertos de hambre por los que no darías ni un céntimo que se comportan como verdaderos caballeros, y señores de traje y puro que al llegar aquí se transforman en seres repugnantes. Si yo te contara…

—¿Conoce al señor Muñoz?

Por primera vez, aquella anciana lo miró a los ojos.

—Qué quieres saber.

—Qué clase de persona es.

—De las que deja muy buenas propinas.

—No es el tipo de información que me interesa.

—Cuando alguien regala el dinero que le sobra, suele hacerlo para presumir. En lugares como este, sin embargo, cuando se es generoso es porque se tiene algo que esconder.

—Algo como qué.

—Le gustan jovencitas, demasiado. De hecho, ya hace tiempo que no andaba con Brigitte, se le había hecho mayor. Se rumoreaba que ya había encontrado a otra. —La limpiadora respondía sin reparos, satisfecha de que alguien se interesara por lo que ella pudiera contar.

—Qué otra —preguntó Méndez conteniendo el aliento como si se estuviera preparando para recibir un tiro en el pecho.

—No lo sé, no era de esta casa, pero Brigitte supo que su protector la había sustituido en cuanto dejó de colmarla de regalos y de invitarla a lujosas cenas en el hotel Oriente, donde por lo visto el señor Muñoz tiene fijada su residencia cuando se encuentra en la ciudad. Todas las historias acaban igual, al final siempre van a por carne más fresca. Cuanto más viejos se hacen, más jóvenes las buscan. Ya no se conforman con que tengan la edad de su hija, pretenden que tengan la edad de su nieta.

Oyeron un rumor de pasos que se acercaban y la palanganera se apresuró a retomar su tarea. Antes de abandonar el saloncito le dedicó una rápida sonrisa.

—Me recuerdas a mi nieto.

—Y usted podría recordarme a mi abuela si la hubiera conocido.

Castañeda asomó por la puerta por la que habían entrado.

—Nos vamos.

Ya no había rastro de la madame y Méndez pensó que el comisario se habría apresurado a sacársela de encima: su presencia resultaba opresiva, como si absorbiera parte del oxígeno que correspondía a los demás.

Castañeda no parecía más contento que hacía unos minutos, pero ya en la escalera se mostró optimista:

—Bueno, al menos hemos sacado un hilo por donde tirar, aunque ese hilo pueda acabar convirtiéndose en una soga que se enrede alrededor de nuestro cuello.

—¿Por qué dice eso?

—Emilio Muñoz no es la clase de persona a la que uno puede acercarse a hacerle preguntas así como así. Mucho menos si esas preguntas tienen que ver con drogas y prostitución de menores.

—Muñoz ya no era cliente habitual de Brigitte, por lo visto se había buscado a otra más joven —le informó Méndez.

—¿Quién te ha dicho eso?

—La anciana que hace la limpieza de las habitaciones.

El comisario lo miró sorprendido, como si le costara recordar a quién se refería. Al fin exclamó:

—Hay que reconocer que has sido más listo que yo. Fue un error por mi parte no prestar atención a esa mujer.

—Tengo cierta facilidad para relacionarme con los invisibles.

—¿Los invisibles?

—Esas personas a las que nadie mira. Son los mejores observadores porque nadie los ve.

Castañeda reprimió el impulso de darle una palmada en la espalda.

—Tienes talento para esto.

Méndez obvió el cumplido, tenía en la cabeza otras preocupaciones.

—Habría que averiguar quién era esa chica de repuesto.

—¿Por qué hablas de ella en pasado?

Méndez se limitó a concentrarse en los baldosines.

—Crees que podría ser Rosalía, ¿verdad? Tal vez sea así, ya lo indagaremos, pero no saques conclusiones precipitadas. Ahora hay que estudiar la manera de acercarse a Muñoz sin hacer mucho ruido. Cuando se pretende acorralar a un tipo como ese, no conviene ni espantar la pieza ni, mucho menos, darle la más mínima oportunidad de que ataque.

—Supongo que no será fácil.

—No, pero ya se me ocurrirá algo. Vamos, acompáñame a tomar un vermú. Un traguito me aguzará el ingenio.

—Lo siento, tengo que ir a casa, me esperan para comer.

Una sombra cargada de amargura cubrió el rostro de Castañeda.

Encendió un cigarrillo y dijo:

—Claro, entonces hasta otro momento.

* * *

No había ido a tomar el vermú con el comisario, pero Méndez seguía dándoles vueltas a las averiguaciones que habían hecho en el burdel mientras engullía los últimos bocados de la falsa tortilla. Quizá se estaba precipitando al pensar en la posibilidad de que Rosalía fuera la amante de ese tal Muñoz. Por desgracia, los acontecimientos que había tenido que afrontar en los últimos días venían a confirmarle que era posible. Eso significaría que habrían dado con un probable culpable, lo cual era una buena noticia. Lo malo era que aquel tipo tenía las espaldas blindadas.

—¿Qué piensas?

Méndez levantó la vista del plato y se encontró con los ojos escrutadores de Raimundo.

—Nada.

—Qué interesante. Y dime, esa nada en la que piensas ¿te crea una angustia existencial? Por la cara que pones, yo diría que sí.

Méndez le respondió con una mirada asesina que el antiguo maestro encajó con una sonrisa irónica. Estaba enfadado, pero no con Raimundo, sino consigo mismo. Hubiera preferido ser sincero; sin embargo, sabía que callando las andanzas en las que estaba metido le ahorraba un disgusto. Pero una cosa eran los nobles

sentimientos que lo conducían a guardar silencio y otra muy distinta la táctica defensiva que debía desplegar para mantener a raya a aquel hombre que lo conocía como si lo hubiera parido.

Antes de que el otro te ataque es bueno entretenerle en su propia defensa.

—A usted tampoco se le ve mucho por casa. ¿Ha encontrado una nueva ocupación?

—No, estoy en lo mismo de siempre —se apresuró a responder Raimundo con tono cortante—, buscándome la vida de aquí para allá. —Dejó el tenedor apoyado en el borde del plato y bebió un trago de vino—. Me han contado que has hecho nuevos amigos.

Al fin se había decidido a descargar la bala que llevaba rato guardando en la recámara. Él también conocía a su tutor, así que el disparo no le había pillado desprevenido. Cogió aire y bebió un poco de agua.

—Yo, en cambio, doy por supuesto que usted debe andar con la gente de siempre.

Aunque era un hombre tranquilo, Raimundo no pudo evitar que su rostro se crispara. El chico sabía dónde dar a la hora de atizar.

—No sé a qué viene ese comentario.

—Sabe perfectamente a qué me refiero.

—Yo ando con la gente que me da la gana —sentenció Raimundo para dejar claro quién tenía la autoridad en aquella casa.

—Yo también —replicó Méndez aguantándole la mirada.

Raimundo se sirvió un poco más de vino. Echaba de menos aquellos tiempos en los que Ricardo buscaba su compañía, en los que acataba cualquier cosa que dijera como una verdad indiscutible. Ahora siempre encontraba un buen motivo para batallar o llevarle la contraria. A pesar de que ese rifirrafe continuo era agotador, de alguna manera aquella actitud contestataria henchía su orgullo, pues siempre había considerado la rebeldía como una cualidad incómoda pero necesaria.

—Ya eres mayorcito y deberías tener algo de cabeza a la hora de elegir la gente con la que te mezclas.

—Exacto, ya soy mayorcito y sé lo que hago, igual que usted. Porque usted sabe lo que hace, ¿verdad?

Raimundo se limpió los labios con la servilleta y apoyó los antebrazos en la mesa. Por un momento pareció que iba a decir algo.

Méndez desde el otro lado lo esperaba atento.

Pero su tutor tomó el tenedor y terminó la tortilla en silencio. Él lo imitó y, cuando hubo acabado, se levantó.

—Me voy. Tengo cosas que hacer.

—Y puede saberse qué cosas, si no es mucha molestia.

—Tengo que pedirle disculpas a alguien.

—Vaya, eso sí que es una sorpresa. No sabía que estuvieras capacitado para ello. Espero que algún día llegue mi turno.

Méndez esbozó una sonrisa forzada mientras apuraba el contenido de su vaso.

—Guárdeme el trozo de pan para la noche.

—Pensaba ir al parque a dárselo a las palomas que aún no han sido devoradas por nuestros conciudadanos. Tenía idea de llevarles también el pastel de chocolate que sobró de anoche.

A Méndez le hizo gracia el comentario sarcástico, pero hubiera preferido una patada en sus partes nobles antes que reconocerlo.

Cuando se hubo quedado solo, Raimundo se dio prisa en acabar su comida: le pareció que la estancia se había hecho más pequeña, que el techo había perdido altura. Le invadía un sentimiento de culpa. Tal vez el chico tenía razón, tal vez era él quien debía ser más prudente con sus amistades.

Lanzó un hondo suspiro. Ricardo ya no era un niño y cada vez le resultaría más complicado mantenerlo al margen de sus actividades. No le gustaba ocultarle información, pero era necesario si quería protegerlo. Cuanto menos supiera, más seguro estaría. Se levantó, cogió el trozo de pan que había sobrado, lo envolvió con un paño y lo guardó en uno de los cajones de la alacena. Recogió la mesa, llevó los utensilios a la pila de mármol y pensó que ya los lavaría más tarde. Ahora debía salir. Él también tenía cosas que hacer.

* * *

El calor de la tarde caía sin piedad sobre su espalda. Notaba la camisa pegada a la piel; a pesar de ello mantenía el paso ligero. Quería encontrar cuanto antes a Esteban para pedirle disculpas por su airada actitud en su último encuentro, y también para sacarle toda la información que pudiera. Si Esteban sabía que Rosalía se prostituía, era probable que conociera con qué tipo de gente se relacionaba, quiénes eran sus clientes y si existía alguno que destacara. Como detective, tendría a su alcance canales de información más cercanos a la realidad de los que disponía la Policía, y Méndez no estaba dispuesto a desaprovecharlos.

A esas horas no iba a encontrarlo en el gimnasio. Tenía la esperanza de dar con él en alguno de los cafés de la ronda Sant Pau, de los que era habitual. Deambuló por varias terrazas sin obtener resultado y decidió dirigirse hacia el Paralelo. Apenas llegó a la esquina, vio sentado al detective en el Chicago. El local ocupaba los bajos de un recio edificio cuyos soportales habían sido cubiertos parcialmente, transformándose en amplios ventanales que ahora estaban abiertos de par en par. A pesar de los toldos que resguardaban el interior del sol y de las miradas curiosas, alcanzó a vislumbrar a la clientela que intentaba sacudirse el sopor de la tarde con un refresco. La concurrencia era considerable, pero aún faltaban algunas horas para que alcanzara su máximo apogeo, con decenas de obreros dispuestos a brindar a escondidas por la utopía anarquista, modistillas en busca de un novio que las retirara, desheredados del vecino café Sevilla, que agonizaba desde que las autoridades franquistas habían sustituido a las tentadoras y complacientes camareras por camareros malcarados, y señoritos que hacían tiempo hasta que empezara la sesión de El Molino, a escasos metros.

Méndez no lo había visto con sus propios ojos, pero tenía grabado en la mente, como si así hubiera sido —tantas veces se lo había escuchado narrar a Raimundo y a sus vecinos—, el heroico episodio que se vivió en esa misma esquina el 19 de julio del 36. Fue ahí donde los republicanos plantaron sus barricadas para frenar el levantamiento fascista, que no tuvo más remedio que claudicar. Méndez se preguntaba qué habría sido de todos esos héroes del

pueblo cuyas vidas la guerra había echado a perder. El tiempo de lucha había pasado y se había instaurado el de la renuncia, el de doblegarse para evitar quebrarse. Sí, resignarse era más cómodo, pero también más perverso. Era el último escalón antes de la rendición total. Estaba seguro de que aquella sería para muchos una esquina de dolor, un símbolo de lo que pudo haber sido y no fue, pero él no había ido hasta allí para pensar en una guerra perdida, él había ido en busca de Esteban Vives y lo había encontrado.

Su amigo estaba sentado a una de las pequeñas mesas de mármol que daban al exterior. No estaba solo, lo acompañaba un individuo de su misma edad, igualmente bien vestido, con ese estilo distinguido y desenvuelto que él tanto envidiaba. Méndez dedujo que se trataría de un colega. Ambos fumaban sendos cigarrillos que el joven imaginó americanos. Aparentemente malgastaban el tiempo contemplando las evoluciones del humo, observando cómo se desplegaban las volutas hasta desvanecerse, pero a Méndez no le cabía ninguna duda de que estarían trabajando en algún caso. Esperar y observar era parte importante de la labor de un detective.

Vaciló. No sabía si acercarse. No estaba muy convencido de que después de la escena del otro día fuera bien recibido.

Estaba a punto de dar media vuelta cuando Vives advirtió su presencia y le hizo un gesto con la mano. Luego le dirigió unas palabras a su colega y este se levantó con aire indolente y se fue en dirección opuesta a la que se aproximaba Méndez.

—Lamento molestarte —dijo a modo de saludo. Ya a su lado, se dio cuenta del moratón que su antiguo vecino lucía junto a la mandíbula—. Lo siento.

—Es lo menos que puedes hacer. Me has dejado la cara como un mapa y esa no es una buena carta de presentación en mi trabajo.

—Espero no haber interrumpido nada. ¿Estás detrás de algún sospechoso? —preguntó casi en un susurro, con la cabeza agachada.

—Cuando uno se dedica a lo que yo me dedico, siempre se está detrás de algo, pero no te apures. Anda, siéntate, no estoy enfadado.

—Entendería que lo estuvieras. Quería presentarte mis excusas, que comprendieras que fue una reacción descontrolada ante una

noticia inesperada. Para mí fue un duro golpe.

—Y para mí —bromeó Esteban.

Ambos rieron el juego de palabras. El rostro de Esteban se distendió y Méndez comprobó que, al relajarse, su amigo parecía más joven. En ese momento tomó consciencia de la crispación contenida que habitualmente agarrotaba sus facciones. No le cabía duda de que ese rictus tenso debía ser una consecuencia de la crudeza de su oficio, de verse obligado a lidiar con el lado oscuro del alma humana.

Vives dio un sorbo a la fría cerveza que tenía delante y Méndez no pudo evitar seguirla con la mirada. A Esteban no se le escapó el gesto y gritó:

—¡Camarero, una gaseosa bien fría para el chico!

—No, no quiero tomar nada.

—Cállate —le cortó Vives—. Invito yo. Bebiendo juntos sellaremos la paz.

—Además de pedirte disculpas, quería hablar contigo sobre Rosalía.

—¿Sigues con eso? Te dije que no metieras las narices en ese asunto. No vas a sacar nada bueno. —Sus facciones volvieron a tensarse.

—No espero sacar nada bueno, lo único que quiero es que el culpable pague por ello.

Esteban lanzó un suspiro. Ese muchacho era duro de pelar.

—Eso está muy bien, pero ella ya está muerta y, lamentablemente, nada de lo que hagas va a devolvértela. Además, para eso ya está la Policía.

—Sí, pero tú puedes ayudarnos.

—¿Ayudaros?

El camarero depositó el vaso de gaseosa sobre la mesa y se alejó apresurado para atender las peticiones de otros clientes.

Méndez alivió su sed con un trago largo.

—Estoy colaborando con la Policía.

Vives, que tenía las piernas cruzadas, las descruzó con un gesto violento y una de sus rodillas fue a dar contra el borde de la mesa.

Estaba claro que en sus encuentros con Méndez siempre acababa magullado.

—¿Con la Policía?

—Bueno, con un policía en concreto, con el comisario Laureano Castañeda. A lo mejor has oído hablar de él.

Había que ser ciego para no darse cuenta de la consternación que esas palabras le acababa de causar.

—¿He dicho algo malo?

Esteban se tomó su tiempo. Buscaba la respuesta adecuada en un tono sosegado pero contundente que le dejara claro de una vez por todas su deseo de no verse involucrado.

—Los detectives privados y la Policía somos como el agua y el aceite, no nos mezclamos.

—-No te pido que colabores con la Policía, te pido que me ayudes, que me cuentes lo que sabes.

—¿Le has hablado de mí al comisario?

—No.

—Es mejor así.

Vives pareció aliviado. Permaneció en silencio unos minutos que dedicó a contemplar el entorno. Algunos clientes habían abandonado sus mesas y otros los habían reemplazado. El movimiento en el Chicago era constante.

—Existe la posibilidad de que Rosalía no fuera la única víctima del asesino que estamos buscando.

Méndez había atraído de nuevo la atención del detective. Ante su gesto de interés, el joven pensó que su comportamiento estaba siendo muy ingenuo. Si quería sacarle información a un profesional que se ganaba la vida vendiéndola, primero tendría que darle algo a cambio.

—Por lo visto, hay otra prostituta que trabajaba en Madame Petit que murió en circunstancias similares.

—¿Sabes su nombre?

—Brigitte.

Esteban negó con la cabeza dando a entender que nunca había oído hablar de esa chica.

Méndez intentó reconducirlo hacia el terreno que le convenía:

—Es posible que los dos crímenes fueran cometidos por la misma persona. Por tu profesión, imagino que habrás conocido a todo tipo de gente, que habrán llegado hasta tus oídos historias sobre casos similares…

—Me temo que mi trabajo no es tan excitante como imaginas. —Vives lo miró con un fondo de tristeza en los ojos.

—Aun así, seguro que puedes ayudarme a construir el retrato del asesino. Me cuesta imaginar qué clase de individuo haría algo tan terrible. Lo único que hemos sacado en claro es que probablemente conocía de antemano a las víctimas. —Y acentuando el tono lastimero, añadió—: Cualquier pista que puedas darme sería de gran ayuda para mí.

—¿Para ti o para la Policía?

—Ellos tienen sus recursos, pero yo no voy a renunciar a sacar provecho de los míos. Para ellos este caso es uno de tantos, pero para mí, créeme, es mucho más.

Esteban apuró el culo de cerveza y sus facciones volvieron a relajarse, como si su repentina desconfianza se hubiera diluido con el último trago. Se metió las manos dentro de los bolsillos del pantalón y se repantigó en la silla. Méndez interpretó ese movimiento como un gesto esperanzador.

No se equivocó porque al fin dijo:

—El asesino debe tener sus motivos, pero todavía no sabemos cuáles son. Las que podían saberlo han muerto. En principio, yo trabajaría sobre dos teorías: la principal es que se trate de un maníaco que mata por placer. Odia a cierto tipo de mujer en particular y por eso cuando la encuentra la mata. La otra posibilidad es que tal vez las ame...

—¿Quieres decir que puede que el asesino estuviera enamorado de ellas?

—El amor está ligado al odio.

Méndez reflexionó unos instantes sobre lo que acababa de escuchar. Si el asesino que había acabado con la vida de Rosalía estaba enamorado de ella, eso podía convertirlo en un posible sospechoso.

Se dio cuenta de que Vives lo observaba con una atención extraña, como si ya lo estuviera acusando de algo. Aun así, estaba satisfecho, el análisis del detective lo había ayudado a adoptar una nueva perspectiva.

—Necesito saber si había alguien que frecuentara a Rosalía con asiduidad. ¿Tienes algún tipo de información sobre eso?

—¿Te refieres a un cliente fijo? —La rotundidad de aquellas palabras hirió a Méndez.

—Sí —musitó.

Un individuo de aspecto elegante ocupó una de las mesas más cercanas. A Méndez le incomodó la posibilidad de que pudieran escuchar su conversación. Vives se recolocó en el asiento, como si la presencia de ese extraño también hubiera provocado un efecto sobre él. Extrajo una pitillera del interior de la americana. Era dorada, con la superficie estriada. Tomó un cigarrillo y a continuación sacó de uno de los bolsillos exteriores un encendedor a juego cuya tapa hizo un distinguido sonido metálico al cerrarse. Méndez solo había visto objetos como esos en el cine, en aquellas películas ambientadas en Estados Unidos, un paraíso terrenal donde todas las mujeres eran rubias y los gánsteres tenían honor.

—Si te respondo a esto, me prometes que no habrá más preguntas.

—Lo prometo. —Era un trato en el que no perdía nada.

—Sí, Rosalía tenía un cliente asiduo, era un hombre bastante mayor que ella, de unos cincuenta largos, grueso, de escasa estatura, con bigote y presumiblemente muy rico.

—¿No sabes su nombre?

—No. Lo que puedo añadir es que vestía trajes que difícilmente puedes encontrar en las sastrerías de este país. Ah, y que cuando se alojaba en la ciudad lo hacía en el hotel Oriente. Hay que tener bastante dinero para eso.

A Méndez se le secó la boca. No era difícil sacar conclusiones.

Vives estaba describiendo a Emilio Muñoz.

Sintió ganas de salir corriendo en busca de Castañeda.

Estaba claro que su vida iba de mal en peor.

8

Caminar lo ayudaba a mitigar la quemazón de la angustia. Mientras se mantenía en marcha, la acción se imponía a todo lo demás. El movimiento de sus piernas desencadenaba una serie de reacciones que le proporcionaban una ligereza física y mental con la misma efectividad que un ungüento de mentol conseguía aplacar los síntomas de un catarro.

A pesar de la luz que invadía los rincones de la ciudad, Barcelona se había transformado en una ciudad sombría, como una mujer que en plena explosión de su juventud es condenada a los rigores del luto. Muchos de los callejones por los que se deslizaba como una sombra tenían un alma lóbrega y oscura. Las huellas de la guerra se habían difuminado ya, pero habían venido a sucederlas las del desencanto. Al pisar aquellas calles, uno era consciente de la larga travesía que le esperaba a aquel país antes de dejar atrás la escasez y la represión. Tal vez Raimundo tuviera razón, tal vez los americanos vendrían a dar un golpe sobre la mesa, tal vez el pueblo podría volver a sacar sus banderas a los balcones, tal vez, pero a Méndez se le antojaba que les esperaba un largo y tortuoso camino.

Sus pasos lo condujeron hasta Las Ramblas. Allí percibió la vitalidad contagiosa de ese paseo bullicioso donde la gente hacía un esfuerzo por no parecer abatida, por celebrar la alegría de seguir vivos. Intentó contagiarse del ambiente, incluso esbozó una sonrisa. Enseguida surtió efecto, una florista se le acercó con unas margaritas.

—Anda, cómprame un ramito. A tu novia le hará ilusión.

La sonrisa de Méndez se desvaneció. Flores para una tumba, pensó.

Su vida había cambiado mucho en muy pocos días y él también. Se sentía muy diferente al que era hacía apenas una semana. No estaba seguro de que eso fuera posible, pero sintió nostalgia de sí mismo.

Tras despedirse de Vives, había ido a buscar a Castañeda, pero no lo había encontrado. Un funcionario que lo miró como si fuera un

piojo le había dicho que el comisario no se encontraba en las instalaciones policiales. Había decidido entonces seguir caminando, tal vez las calles no fueran a darle una respuesta, pero lo ayudarían a aplacar su congoja. Desde que descubrió el cadáver de Rosalía, le aterraba la idea de que no dieran con el asesino. Ahora le acechaba otro temor: que el culpable, en el caso de que las sospechas que recaían sobre Muñoz se confirmaran, quedara libre de castigo. Y esa era una posibilidad que debía contemplar si Castañeda tenía razón sobre su inmenso poder.

Tomó la calle Pelayo y se distrajo vagando por la subterránea avenida de la Luz, dejándose deslumbrar por sus luminosos escaparates y sus recias columnas. Durante un largo rato repasó los carteles y fotografías que se exhibían en las vitrinas del cine y se mortificó un poco mirando los pralinés que se alineaban en seductora disposición en el escaparate de una bombonería. De vuelta a la superficie valoró cruzar la Gran Vía y explorar la Barcelona de los ricos, pero se dijo que aquel no era su territorio, que más allá de esa arteria su ciudad se convertía en un terreno ignoto lleno de extraños. Descendió de nuevo por Las Ramblas hasta llegar a Colón y allí enfiló hacia el Paralelo.

Llevaba mucho rato andando, pero no notaba el cansancio. El sol había descendido y unos nubarrones amenazaban tormenta. Al contemplar la silueta de las Tres Chimeneas se dio cuenta de que la luz gris del crepúsculo les confería un aire fantasmal que acentuaba su belleza urbana. Sentía más afecto por esas columnas de ladrillo teñidas de hollín que por el monumento a Cristóbal Colón que acababa de dejar atrás. La columna erigida en honor al descubridor era un homenaje a una conquista llevaba a cabo por un imperio poderoso; las Tres Chimeneas, en cambio, eran el símbolo de una conquista obrera.

Ahora nadie se atrevía a hablar de aquello, pero antes de la guerra se rememoraban con orgullo los acontecimientos que en 1919 tuvieron lugar en esa central eléctrica conocida popularmente como La Canadiense. Una injusta bajada de sueldos había desencadenado una huelga a la que siguió una tanda masiva de despidos. Lejos de arredrarse, empleados de otras compañías de

suministros se solidarizaron con la protesta, que afectó seriamente el buen funcionamiento de la ciudad. Joaquín Milans del Bosch, capitán general de Catalunya por aquel entonces, declaró el estado de guerra y encarceló a más de tres mil obreros. La estrategia le sirvió de poco. El movimiento proletario consiguió paralizar casi en su totalidad la actividad industrial de Catalunya. A la patronal no le quedó más remedio que pactar. Gracias a la unión obrera se logró la readmisión de los despedidos y mejoras salariales, pero, por encima de todo, se estableció por primera vez en España la jornada laboral de ocho horas. Ahora aquellos tiempos de agitación sindical quedaban muy lejos, sin embargo su memoria seguía allí, en ese monumento anodino para muchos pero lleno de significado para otros.

Se adentró por una callejuela sin asfaltar que conducía a un vasto terrero anexo a la parte trasera de la compañía. A izquierda y derecha vio los destartalados barracones de madera. Algunos estaban cerrados, con las puertas aseguradas con cadenas y candados, pero otros estaban abiertos mostrando un interior lleno de oscuridad. Méndez se fue introduciendo por ese laberinto de cobertizos sin reparar en el tono cada vez más plomizo de las nubes.

El rumor del ajetreo del Paralelo había quedado atrás, solo llegaba a sus oídos el suave crujir de las suelas de sus zapatos al pisar la grava del camino y el zumbido lejano de alguna maquinaria en marcha. Un golpe de viento agitó los techos laminados de aquellas casuchas dejando en el aire un eco inquietante. El impacto de unos tableros al caer le sobresaltó. Una ráfaga de aire que anuncia tormenta, pensó, aunque no pudo evitar un estremecimiento. Apresuró sus pasos hacia la salida, ya no estaba a gusto en aquel lugar, tenía la impresión de que no estaba solo. Volvió la cabeza pero no vio a nadie. Esa ausencia, en lugar de tranquilizarle, le inquietó todavía más.

Deseó empezar a correr, pero no quería parecer un cobarde a sus propios ojos. En esas callejuelas desordenadas la noche llegaba con más premura. Un conjunto de barracones que se agrupaban formando una minúscula manzana le cortó el paso y se vio forzado a girar hacia la izquierda para reencontrar su camino. Bordeó el

obstáculo con urgencia. No pudo evitar echar un vistazo hacia atrás, entre las quebradas tablas. Fue entonces cuando captó la presencia de una sombra que se deslizaba furtivamente. No, no lo había imaginado. Tal vez fuera algún trabajador, algún vigilante, alguien de paso como él. Eso era lo que se explicaba a sí mismo, pero esos argumentos extraídos de la razón no le sirvieron para paliar la inseguridad que le transmitían sus sentidos. Percibía el peligro como algo físico. Siguió avanzando cada vez más deprisa por aquella callejuela que no seguía un trazado en línea recta, sino que se quebraba continuamente por la presencia de barracones desvencijados, enormes pilas de maderas, herramientas o restos de maquinaria inservibles. Esta vez sí. No tenía ninguna duda. Había oído con absoluta claridad el crujir de unas pisadas que no eran las suyas. Alguien lo seguía, quizá un ladrón o, peor aún, un asesino como el que mató a Rosalía. Le desasosegó aún más pensar que probablemente esa angustia era la misma que habría sufrido su amiga antes de enfrentarse al rostro de la muerte.

Le costó reunir el valor suficiente para volverse. Mientras la amenaza no se materializara, no se vería obligado a enfrentarse a ella. Tal vez no fuera mala idea tomar algunas lecciones de boxeo. Maldecía comportarse como un niño asustado cuando se consideraba ya un hombre. Por fin dio con un largo tramo de calle que desembocaba en la avenida principal. Al fondo distinguió las luces que quebraban la incipiente oscuridad. Alentado por esa visión, volvió la cabeza intentando no delatar su intención de descubrir al perseguidor.

Medio oculto entre las casetas que había dejado atrás, distinguió el perfil de una silueta masculina. Pudo identificar claramente el hombro y parte del brazo en movimiento. De refilón, la visera de una gorra que sin duda aquel sujeto utilizaba para ocultar su rostro. Estaba a demasiada distancia para apreciar otro detalle que no fuera el tono verdoso del tejido. También calculó que era más alto que él, aunque estuviera agazapado. Se le ocurrió que tal vez fuera Castañeda y esa posibilidad le irritó y le tranquilizó al tiempo. Le había asegurado que estaba libre de sospecha, pero quién podía fiarse de la palabra de un policía. Quizá se lo había dicho con el

propósito de que se relajara y así observarlo mejor. No era muy normal la naturalidad con que lo había acogido a su lado en el curso de la investigación, como si un comisario no pudiera contar con los ayudantes que deseara.

Podían llevar un buen rato siguiéndolo. Pensándolo bien, la persecución podría haberse iniciado tras charlar con Esteban Vives. Quizá fuera este o uno de sus colaboradores quien anduviera tras sus talones. Su amigo el detective le había hablado de una forma un tanto enigmática. Había comentado que el asesino podía estar enamorado de la víctima y eso parecía una acusación velada. Él no tenía nada que ver con la joven prostituta de Madame Petit, ni siquiera la conocía, pero eso Vives no lo sabía. La verdad es que tanto Castañeda como el detective podían haber hallado motivos para sospechar de él.

Las nubes, cansadas de retener su carga, derramaron un aguacero que en unos instantes transformó el terreno en un lodazal. La lluvia le facilitó la excusa que necesitaba para empezar a correr sin sentirse un cobarde. Mientras dejaba atrás el laberinto de barracones, se preguntaba si de verdad Vives y Castañeda podrían estar considerándolo sospechoso del asesinato de Rosalía. También se preguntaba cuál de los dos tendría en aquellos momentos los zapatos llenos de barro.

* * *

En las noches de verano lo habitual era encontrarlos sentados formando un improvisado corrillo junto al portal. Cuando la jornada laboral había concluido y los rigores del calor cedían, algunos vecinos bajaban una silla o un taburete y se instalaban al fresco para compartir penas, alegrías y silencios. La contemplación compartida del atardecer les hacía sentirse menos desdichados, como si aún no hubieran perdido la oportunidad de ser felices.

Esta vez Méndez no los vio en la calle. El aguacero los debía haber barrido hacia sus casas, pensó. Sin embargo, cuando entró en el portal se dio cuenta de que la lluvia solo había logrado desplazarlos hacia el interior. Los tertulianos habían acomodado sus

asientos en el pequeño rellano del que arrancaba la escalera. No interrumpieron su charla al verlo llegar.

El señor Agapito, que durante los años de la guerra fue arreglador de colas, es decir, una especie de autoridad reconocida por el pueblo para poner orden en los tumultos que se formaban ante los establecimientos donde se podían conseguir alimentos, estaba disertando sobre cuál era la mejor época para plantar pimientos, debate que, contra todo pronóstico, mantenía en vilo a la concurrencia.

Doña Rosita, costurera de profesión, asentía con devoción, pues siempre había considerado a su vecino un individuo con un enorme bagaje cultural. Solo un hombre como don Agapito podía disertar sobre temas tan variados como la horticultura, los movimientos migratorios de las aves, el secreto de un buen arroz o los sellos que distinguían una colección filatélica.

El señor Torcuato, veterano operario en Arcas Soler, firma especializada en cerraduras y cajas de caudales, asentía con solemnidad y cuando alguien lo animaba a participar en la conversación usaba una de sus dos muletillas infalibles: «Qué quieres que te diga» o «Vivir para ver», según lo requiriera la ocasión. Estas dos frases le permitían pasar una velada tranquila lejos de su mujer, que era poco dada a las confidencias vecinales, mientras se dedicaba a pensar en sus asuntos, que, según indicaba su semblante, eran sesudos y profundos.

Estaba también doña Paquita, que completaba el sueldo de albañil que su marido le entregaba peinando a las vecinas, y los señores Vázquez, un matrimonio de jubilados que el día de su boda prometieron amargarse la vida el uno al otro eternamente, a poder ser en presencia de otras personas.

Cuando el señor Agapito hubo acabado su disertación sobre los pimientos, el grupo en pleno reparó en la presencia del chico, que ya se había sentado en uno de los peldaños de la vetusta escalera.

—Hola, Ricardín, ¿te ha pillado la lluvia? —Doña Rosita era amante de convertir en diminutivo cualquier nombre.

—Sí —respondió Méndez, a pesar de que el estado de sus ropas hacía innecesaria cualquier aclaración.

—Ve a casa a cambiarte o te resfriarás —aseveró doña Paquita, que había criado a varios hijos y sabía lo que decía.

Era verdad que notaba la camisa húmeda, pero le apetecía quedarse un rato disfrutando de la calidez de la reunión comunal, sentía un secreto confort dejándose acunar por aquellas voces que desde hacía tantos años poblaban su paisaje emocional. Sobre todo por las femeninas, tan ausentes en su vida, y en especial por la de doña Rosita, cuya gravedad asociaba inexplicablemente al sabor de las naranjas.

—Me quedo un rato y ahora subo.

Méndez recostó la cabeza en la barandilla mientras escuchaba cada vez más lejano a don Agapito abriendo un ardiente debate sobre qué resfriados son los más peligrosos, si los que se cogen en invierno o los que en verano provocan las corrientes de aire. La insustancial conversación que escuchaba como si se produjera en un fondo marino, propagándose a otra velocidad, tenía un efecto sedante sobre la tensión que había ido acumulando en los últimos días. Se hubiera quedado dormido si no hubiera aparecido Raimundo por la puerta.

Tras saludar a los presentes, el maestro miró a Méndez, pero no le dijo nada. Este se fijó en el paquete envuelto en papel de estraza que su tutor llevaba bajo el brazo.

—¿Más libros? —le preguntó señalando el bulto con la cabeza.

Raimundo era un lector incansable. Su casa estaba llena de volúmenes que iban y venían, la mayoría procedentes de la biblioteca o del mercado de Sant Antoni, aunque también sus amigos le proporcionaban títulos proscritos que el maestro ocultaba ceremoniosamente en secretos recovecos.

Ahora le lanzó a Méndez una mirada reprobatoria. No le agradaba que los demás se fijaran en lo que llevaba o dejaba de llevar, pero simuló un tono jocoso:

—Sí, más libros. Si no podemos alimentar el estómago, al menos alimentaremos el espíritu.

Los dos subieron en silencio tras despedirse de la concurrencia. Cuando llegaron ante la puerta de doña Manuela, Méndez se detuvo.

—Voy a pasar un momento.

—Bien, dale saludos de mi parte, yo voy a ver si preparo algo para la cena.

Los ojos de su pupilo se iluminaron con un brillo de esperanza que Raimundo se apresuró a controlar.

—Date por satisfecho si nos alcanza para unas sopas de ajo.

Resignado, entró en el piso de doña Manuela. El pequeño recibidor y el pasillo estaban a oscuras, pero al fondo distinguió una luz procedente de la sala. Allí encontró a doña Manuela sentada a la mesa, acabando de cenar. Apenas se sorprendió. Estaba acostumbrada a las visitas fortuitas.

—Hola, Ricardo, qué bien que hayas venido. Siempre me da alegría verte.

Aquella mujer siempre conseguía que se sintiera especial. Sin decir nada, empezó a retirar de la mesa los platos ya usados para llevarlos a la cocina.

—Deja eso, puedo hacerlo yo. No me valgo para defenderme en la calle, pero dentro de este piso soy infalible, sé a cuántos pasos está cada cosa, dónde puedo agarrarme y hasta dónde puedo dejarme caer.

—Ya lo sé, pero ahora que estoy aquí no me cuesta nada hacerlo.

—Eres un buen chico.

—¿Usted cree?

—Pues claro que sí.

—Usted es la única que me lo dice.

—Eso no significa que sea la única que lo piense. A veces las personas no decimos lo que sentimos porque nos da vergüenza, como si estuviéramos desnudos.

Pensó que la anciana estaba aludiendo a Raimundo, aunque probablemente no tenía esa intención. De la cabeza de doña Manuela podía salir cualquier cosa en cualquier momento.

—Coge un par de melocotones de los que encontrarás en la cocina. Me los ha traído mi hermana, tiene un pequeño huerto en Vallcarca. No son muy grandes, pero son muy sabrosos. A Raimundo le gustan mucho.

Le dio las gracias, cogió dos piezas y las olió antes de dejarlas apartadas en un rincón de la mesa.

—Ya que estás aquí, enciende la radio, la escucharemos un ratito.

Encendió el aparato, ayudó a doña Manuela a sentarse en su butaca y él se acomodó en una silla.

Empezaron a fluir las primeras notas de *Tatuaje* y poco después sonó la voz de la Piquer. El compás de la música dio un nuevo color a la habitación, como si alguien hubiera descorrido las cortinas, pero enseguida un aire melancólico fue impregnándolo todo. Cuando la cupletista arrancó con el estribillo, «Mira mi brazo tatuado con este nombre de mujer, es el recuerdo de un pasado que nunca más ha de volver», los dos se habían sumergido en sus propias soledades.

—Esta mujer tiene una voz que te arrastra adonde ella quiere.

Asintió. A él lo había llevado muy lejos de allí.

—No sé por qué pero a mí el arte de la Piquer me recuerda a la Chelito. ¿Te he hablado alguna vez de la Chelito?

—Seguramente sí —quiso atajar Méndez pensando que ya había caído en la redes de la charla nostálgica de su vecina.

—La primera vez que actuó en Barcelona lo hizo a muy pocos metros de aquí, en el teatro Onofri.

No tenía ni idea de qué le estaba hablando, pero no se tomó la molestia de preguntar.

A doña Manuela no se le escapó el detalle. Su cabeza era un cajón de sastre donde uno no encontraba nunca lo que buscaba, pero el resto de sus facultades mentales permanecían intactas.

—El teatro Onofri era lo que ahora es el teatro Condal.

—Ah —Méndez siempre adoptaba una pose indolente ante las viejas historias que salían de la memoria de Raimundo o de doña Manuela, pero, aunque intentara ocultarlo, se enorgullecía de conocer el pasado de sus calles, de merecer ser el titular de aquel patrimonio invisible.

—Algunos decían que, como había nacido en Cuba, le sabía imprimir a sus canciones un toque de rumba. Yo nunca estuve muy de acuerdo con eso. ¿Sabes lo que es la rumba?

—Más o menos.

A la anciana pareció decepcionarle esa respuesta, pero pronto se recuperó.

—A mí me gustaba más el jazz. Antes de la guerra podías disfrutar de su ritmo en varios clubes, pero ahora tengo entendido que han desaparecido. Debe ser que resulta demasiado alegre para esta ciudad. Recuerdo la primera vez que lo escuché, fue en el Edén Concert.

—¿Lo que ahora es el cine?

—Sí —respondió ella con desaliento. No le gustaba que las cosas hubieran dejado de ser lo que eran.

Su ánimo también había decaído, no tenía la cabeza para muchas historias, con las suyas iba servido. Lo mejor sería irse a casa. El problema era hallar la forma de despedirse de su vecina, sabía por experiencia que esa no era una gestión que se tramitara con rapidez.

El sonido de unos pasos los alertaron de la llegada de alguien. Méndez se alegró. Una nueva visita facilitaría su marcha. Desde las sombras del pasillo emergió la figura de Carlos Sepúlveda, un vecino de toda la vida que, como él, atendía siempre que podía a la anciana.

Saludaron con simpatía a aquel hombre de unos treinta años, espigado y nervudo, con el pelo negro peinado con pulcritud. Sus ropas eran modestas pero impecables, igual que su afeitado. Sus facciones angulosas hubieran podido resultar atractivas de no ser por el desequilibrio existente entre la amplitud de su mandíbula y la insuficiente distancia entre sus ojos.

—Hola, doña Manuela. Vaya, Ricardo, hacía tiempo que no coincidíamos.

A Méndez le daba la sensación de que de todo hacía mucho tiempo. El hallazgo del cadáver de Rosalía había abierto una brecha en su percepción temporal.

—Venía a ver si necesitaba algo, pero veo que está bien acompañada.

—Gracias, Carlos. Tengo delante de mí a los dos hombres más atentos del barrio. Si me hubierais conocido hace cuarenta años, lo entendería, pero ahora…

—Ahora es un placer poder ayudarla, doña Manuela. —Posiblemente Carlos Sepúlveda se acordaba de las tardes en que aquella mujer le había ofrecido algo para merendar cuando su

madre no estaba en casa—. Esta mañana no he tenido tiempo de asomarme a la galería para saludarla y he pensado que me quedaría más tranquilo si me pasaba ahora un momento.

—Ya ves que estoy bien, hijo.

—De todos modos, quería pasar para darle algo. Traigo un regalo para usted.

—¿Para mí? —La expresión de doña Manuela se transformó en la de una chiquilla de quince años.

—Tenga —dijo sacando de uno de sus bolsillos un pequeño frasco.

—¡Colonia!

—Sí, es una de las ventajas de trabajar en un hotel donde se aloja gente con dinero. Además de las propinas, de vez en cuando puedes obtener pequeños lujos que los huéspedes dejan olvidados en las habitaciones. Esta debe ser muy buena, la clienta que se lo dejó venía de París.

—¡París! —La sola evocación de esa ciudad la llenó de felicidad. Ese minúsculo frasco podía contener la pócima más pestilente, pero si provenía de Francia a ella le parecería embriagador.

Méndez observaba la escena entre curioso y divertido. Le asombraba el candor que seguía manteniendo aquella mujer que había vivido tanto. Y de pronto un torpedo submarino cruzó las aguas más profundas de su mente. Los músculos de su espalda se tensaron y unas arrugas asomaron en su rostro. Estaba tan nervioso que no pudo evitar ponerse en pie antes de formular la pregunta que había emergido a la superficie:

—Carlos, ¿aún trabajas de botones?

—Sí, claro.

—¿Donde siempre?

—Sí, en el hotel Oriente.

Su corazón se aceleró como si hubiera encontrado el mapa del tesoro. Su agitación llamó la atención de su interlocutor.

—¿Ocurre algo?

Se le achicaron los ojos, sus facciones se volvieron más duras, como si de un plumazo hubiera dejado atrás la adolescencia. Se imaginó en medio de la calle principal de una ciudad del viejo Oeste

a punto de batirse en duelo con el malo de la película. Estaba preparado para desenfundar y disparar, para acorralar al que podía ser el asesino de Rosalía.

Su voz sonó como un susurro que se deslizó por las baldosas del suelo, trepó por las paredes y acabó llenando todo el espacio:

—Estaba pensando que tal vez podrías hacerme un favor.

9

En siglos anteriores había sido un colegio franciscano, quizá por eso al abrir la puerta del hotel Oriente el joven Méndez tuvo la sensación de estar accediendo a una dimensión celestial. A esa impresión contribuían el brillo inmaculado del mármol que cubría suelos y paredes, los techos labrados, la elegancia de las columnas con motivos dorados, el suave siseo con el que los empleados se dirigían a los distinguidos clientes y el aroma a buena vida, una perfecta mezcla de madera, tabaco, perfume y billetes. Todo transcurría a un ritmo pausado, como si la vida fuera un vals que mereciera la pena bailar.

Había pasado en numerosas ocasiones por delante de su solemne fachada, pero nunca había tenido la opción de entrar. Ahora, que había quedado con Carlos Sepúlveda a la salida de su turno, tenía esa posibilidad.

—No podemos estar mucho rato, mis superiores hacen la vista gorda cuando cuelo a alguien en el vestíbulo porque saben que pueden confiar en mí, pero no conviene abusar.

—Claro ——dijo Méndez mientras pensaba en lo que desentonaba su aspecto en un decorado lujoso como aquel, casi tanto como lo haría en la calle el ridículo uniforme con botonadura dorada de Sepúlveda. Sin apartar la vista de la gorra ni de las letras bordadas en oro que lucían en el frontal, le preguntó—: ¿No eres un poco mayor para trabajar de botones?

Carlos no se inmutó ante una pregunta tan inapropiada, de la que Méndez fue consciente demasiado tarde. Con un tono de voz que no evidenciaba ningún tipo de incomodidad le aclaró:

—En realidad, soy algo más que eso. Digamos que soy el jefe del equipo, una especie de gobernante en lo que a la atención al cliente se refiere. Aunque no lo creas, es un cargo de cierta responsabilidad.

Méndez se disculpó, convencido de que saber estar a la altura en un ambiente como aquel no debía ser fácil.

—Ven, entremos un momento en el salón principal.

Una vez en el interior, el joven contempló la maravillosa sala que le mostraba su amigo y se sintió aún más pobre y pequeño.

—Me han contado que cuando estaba en manos de los franciscanos esta estancia era el claustro del colegio. El techo no se ha tocado, es el mismo que había entonces.

Méndez pensó en los alumnos que habrían acudido a aquel lugar para empaparse de las sabias lecciones de profesores de Teología y Filosofía. Intentó compararlos con los hombres de barriga abultada y mirada plana que ahora ocupaban algunas de las butacas. Sacó una triste conclusión: algunos vivían cada vez mejor, pero la humanidad iba irremediablemente a peor. Las mujeres no le causaron mejor efecto. Iban vestidas y peinadas con mucha elegancia, pero eso no bastaba para neutralizar el rictus tenso de sus labios y el halo de necedad que las envolvía.

—Mejor nos vamos ya —dijo Carlos acuciado al advertir alguna mirada recriminatoria.

Méndez comprendió lo que aquello significaba. Su sola presencia representaba una molestia para la placidez que reinaba en aquellos salones, como si el dióxido de carbono que expulsaban sus pulmones bastara para contaminar el ambiente.

Volvieron a salir a la calle y la agitación popular de Las Ramblas le devolvió la presencia de ánimo. Castañeda los había citado a pocos pasos de allí, en el café de la Ópera, al que se había referido como «un espacio neutral». El comisario sabía que su despacho ejercía una magnífica función intimidatoria cuando se trataba de apretarle las tuercas a un pobre desgraciado, pero también sabía que para una charla informal era más fructífero buscar un lugar donde su interlocutor pudiera sentirse relajado.

Carlos Sepúlveda se había mostrado doblemente sorprendido cuando Méndez le había propuesto quedar con el policía que llevaba la investigación del crimen de Rosalía, primero porque pudiera considerar que él tenía algo que aportar al caso y, segundo, por el hecho de que un chaval como Ricardo, al que sabía poco amante de la autoridad competente, mantuviera una relación de compadreo con un personaje de tales características. Superó esa reticencia inicial después de que su vecino le aclarara que querían información sobre

uno de los huéspedes del hotel. Después de todo, ningún policía con el que Méndez estuviera tranquilo podía suponer un riesgo para él.

Atravesaron el paseo, uno, agitado por el afán de dar un paso adelante en la investigación, y el otro, alentado por una buena dosis de curiosidad.

Castañeda los esperaba sentado ante una copa de coñac en una mesa del fondo. El calor allí dentro era sofocante, lo que explicaba la total ausencia de clientes. El comisario parecía no detectarlo; al contrario, mantenía puesta la chaqueta, como si tuviera miedo de que una corriente de aire fuera a acatarrarlo. Al pasar junto a la barra los invadió un intenso aroma a café y a panecillos calientes. Cuando llegaron junto al comisario, Méndez tenía la boca hecha agua y la sensación de que los dientes caninos se le habían alargado. Castañeda, que conocía a la perfección ese tipo de expresión entre anhelante y atontada que da el hambre, gritó al camarero:

—¡Ponga aquí un par de chocolates y dos bollos!

Carlos Sepúlveda sonrió ante la agradable perspectiva de una buena merienda, pero a Méndez se le abrieron los ojos como platos y su estómago se hubiera puesto a rugir de agradecimiento si Castañeda no hubiera roto el dulce encanto del momento con un autoritario:

—Sentaos.

A Méndez le hizo gracia que volviera a mostrar la cara agria y el tono brusco del que había hecho gala en su primer encuentro. Pero de inmediato se autocensuró al descubrir que albergaba sentimientos benévolos hacia Castañeda: ya no le parecía un tipo tan despreciable. Negó con un gesto de cabeza como si sintiera lástima de sí mismo.

Castañeda lo miró con aire displicente y acto seguido lo ignoró; quien ahora le interesaba era Carlos Sepúlveda y lo que este pudiera contarle sobre Emilio Muñoz.

—¿Conoces a los clientes del hotel?

—Forma parte de mi trabajo, señor.

El comisario escudriñó a su interlocutor. Tenía un aire aniñado, la pose servicial de los que han hecho de la mansedumbre su oficio y

una expresión simpática que se debía, más que a su encanto personal, a cierto rastro de indefensión.

Consciente de que el policía lo seguía examinando en silencio, Carlos Sepúlveda continuó:

—Me encargo de la recepción de equipaje, pero además me ocupo de que los huéspedes tengan una atención personalizada, sobre todo cuando se trata de clientes habituales.

Castañeda sonrió. La conversación iba por buen camino.

—¿Conoces al señor Emilio Muñoz?

—Naturalmente, es cliente del Oriente desde hace mucho tiempo.

—¿Qué puedes decirme de él?

—No sé exactamente a qué se refiere.

—¿Cómo lo describirías?

—Es un buen cliente, uno de los mejores de la casa. Es un hombre elegante y también muy educado. No crea, no puede decirse lo mismo de todos los ricachones que pasan por nuestras habitaciones. —Carlos se detuvo un momento temiendo haber sido inapropiado con el lenguaje. En su oficio había aprendido que medir las palabras era esencial a la hora de causar una buena impresión.

—Continúa, por favor.

—He tenido oportunidad de tratarlo bastante. Como le digo, es un cliente muy importante, por lo que soy yo personalmente quien se ocupa de sus encargos.

La sonrisa de Castañeda se amplió todavía más. Méndez lo observaba de reojo: no estaba seguro de que las mejillas cadavéricas del policía estuvieran acostumbradas a tal repliegue.

—Qué significa exactamente ocuparte de sus encargos.

—Bueno, en ocasiones los clientes requieren alguna atención especial, como realizar reservas, solicitarles un coche o recoger pedidos en alguna tienda. En este caso soy yo quien suele hacerlo, y a eso me refería.

—Y, exactamente, ¿qué tipo de cosas solicita el señor Muñoz?

—Pues todo esto que le estoy diciendo… Bueno, también me encargo de que su habitación esté a su entero gusto. Algunos clientes exigen detalles especiales, como un determinado tipo de toallas, una disposición especial de los muebles o peticiones de ese

estilo. Es bastante usual entre los clientes de largas estancias, supongo que quieren sentirse como en casa. Yo soy el responsable de que todo esté en perfecto orden para él.

—Digamos que eres como su asistente personal dentro del hotel.

—Sí, creo que esa podría ser una buena definición.

—¿Y es muy exigente?

—Tiene sus manías, pero no es un cliente incómodo. Entiéndame, me refiero a que no es un huésped que haga difícil el trabajo de los empleados.

En ese momento llegaron los chocolates acompañados de sendos bollos, y tanto Méndez como Sepúlveda se ahorraron cualquier tipo de remilgo a la hora de disfrutarlos. Castañeda aprovechó para sacar uno de sus cigarrillos y se perdió en pensamientos que Méndez imaginó muy profundos. Después de aspirar varias caladas preguntó:

—¿Alguna de las peticiones del señor Muñoz te ha llamado la atención?

—Bueno, es muy maniático con las sábanas, tienen que ser de hilo y reclama que estén perfectamente planchadas. Nos ha hecho retirar algunas mesillas auxiliares y butacas porque considera que la decoración es demasiado recargada y prefiere que la antesala de su alcoba esté más despejada…

—¿Sube chicas a la habitación?

Carlos frunció los labios en un gesto de incomodidad.

—Señor, el Oriente es un hotel respetable.

—Por supuesto, pero, insisto, ¿le has visto subir chicas a su habitación?

El empleado se ruborizó antes de contestar:

—A veces le visitan algunas… sobrinas.

—Ah, qué bonito es atender a la familia. Y dime, qué edad dirías que tienen esas sobrinas.

—No sé precisarle, señor, pero son bastante jóvenes. —Apuró el chocolate y le dio los últimos bocados al bollo en un intento de centrarse en lo único agradable de aquella charla.

—¿Conocías a Rosalía, la chica que apareció muerta en Montjuïc?

Sepúlveda lanzó una mirada de conmiseración hacia Méndez. Con un soplo de voz dijo:

—Sí, claro, del barrio.

—¿Alguna vez la viste entrar en el hotel?

Al oír la pregunta por poco se atragantó.

—No. ¿Por qué habría de haberla visto?

—Tengo razones para creer que el señor Muñoz podría haber mantenido una tierna relación de tío-sobrina con esa muchacha —musitó Castañeda.

—Me cuesta creer que el señor Muñoz… —susurró Sepúlveda con la cabeza gacha.

—¿Sabes por qué pasa largas temporadas en el Oriente?

—Por negocios. Él no es de aquí, pero a menudo tiene asuntos que atender en la ciudad y elige nuestro establecimiento.

—¿Y sabes qué tipo de negocios atiende?

—No, no es asunto mío saber a qué se dedican nuestros clientes. —La voz del botones sonó demasiado firme para gusto del comisario, quien se apresuró a aclarar:

—Puede que no sea asunto tuyo, pero no hace falta ser muy listo para saber que cuando la Policía hace preguntas es prudente colaborar.

—Sí, señor —asintió Sepúlveda recuperando la postura modosa.

—¿Sabes qué es el estraperlo?

—No estoy muy seguro. —Carlos sabía perfectamente qué era el estraperlo, pero temía que aquella fuera una de esas preguntas en la que contestes lo que contestes siempre estás corriendo un riesgo.

—¿Y el mercado negro?

—En un país donde se pasa hambre todo el mundo sabe lo que es eso.

—Pues tipos como tu estimado cliente son quienes nutren este sucio negocio, tan chanchullero como la ruleta de la que ha tomado el nombre.

Los dos amigos se quedaron sin entender la comparación, aunque tampoco parecía importarles demasiado.

A pesar del aparente desinterés de su auditorio, Castañeda dio una fuerte calada a su cigarrillo y les ofreció la explicación con el

simple objetivo de darse el gusto:

—A principios de los años treinta, tras untar convenientemente a políticos y empresarios, se introdujo en España una ruleta eléctrica propiedad de tres judíos holandeses, Strauss, Perlowitz y Lowann. Para dar nombre a su invento tomaron las primeras letras de cada uno de sus apellidos, de forma que la ruleta pasó a llamarse *straperlo*. Al poco de ponerse en funcionamiento en varios casinos, se comprobó que esta se controlaba con un botón que permitía a la banca salir siempre ganando, y entonces «estraperlo» pasó a ser sinónimo de «juego sucio», que, en definitiva, es lo que hacen todos aquellos que rompen las leyes de racionamiento.

Los tres se quedaron en silencio: Castañeda pensando en lo amargo que resultaba haberse jugado la vida en el campo de batalla para que otros acabaran después haciendo negocio, Méndez en lo inútil que estaba siendo para sus objetivos aquel seudointerrogatorio, y Carlos Sepúlveda en algo que sorprendió a sus dos compañeros de mesa cuando se decidió a compartirlo:

—Hay un detalle que tal vez pueda serle útil, señor comisario.

Castañeda aplastó el cigarrillo en el cenicero y animó al botones a continuar con un gesto.

—El señor Muñoz siempre ocupa la misma habitación. El hotel se la reserva incluso cuando no la ocupa, es decir, cuando está fuera de la ciudad.

—¿Adónde quieres ir a parar? —preguntó Méndez deseoso de dar con alguna pista que pudiera resultarles válida.

—El hotel tiene una caja fuerte al servicio de sus clientes, pero el señor Muñoz pidió tener una de uso particular en su habitación.

El comisario sacó otro cigarrillo y dio unos golpecitos con él en la mesa. Méndez, que ya empezaba a descifrar su código gestual, supo que aquel repiqueteo denotaba satisfacción.

—Y por casualidad tú no sabrás qué guarda en esa caja fuerte.

—No, señor, esa es una información que probablemente solo posea el propio interesado, pero, sea lo que sea lo que contenga, su propietario se muestra cauteloso en extremo con su caja de caudales. Resulta fácil adivinar cuándo va a abrirla por su cambio de comportamiento. Claro que lo hace a solas, pero si en ese momento

se ve importunado por algún empleado pide que nos retiremos con unas muestras de inquietud poco habituales en él. —Carlos Sepúlveda miró con cierta nostalgia el fondo de la taza que había estado llena de chocolate y añadió—: Aunque esto es solo una impresión mía, lo mismo estoy diciendo una tontería.

Pero Castañeda ya no atendió esta última frase. Sentía la agitación del cazador cuando ha detectado un leve movimiento detrás de un arbusto. Encendió al fin ese cigarrillo con el que había estado jugueteando y le dio una larga calada.

Méndez esperó entonces que formulara la pregunta clave que al fin diera sentido a aquella conversación. Envuelto en una nube de humo, Castañeda era una calavera de ojos brillantes.

—Sería estupendo saber qué oculta esa caja de seguridad.

—Pero usted lo ha dicho, señor. Es una caja de seguridad y es imposible abrirla, a menos que se conozca la combinación.

—Por supuesto —bisbiseó el comisario.

—Nadie puede abrirla —reiteró Sepúlveda—. Nadie, excepto el propietario y los fabricantes, supongo —continuó diciendo agobiado por la presión que ejercían sobre él aquellos ojos de sabueso que ha olfateado su presa.

El botones volvió a dirigir la mirada al fondo de la taza y lo repasó con la cuchara como si aún fuera posible rascar algo más de chocolate. Por la expresión que iluminaba su cara cuando alzó la cabeza, cualquiera diría que lo había conseguido.

—¡Don Torcuato! —le espetó a Méndez con euforia.

Este dio un respingo que hizo peligrar la integridad de la loza.

—¡Don Torcuato! —repitió con igual énfasis.

—¿Puede saberse quién coño es don Torcuato?

—Un vecino de nuestra escalera que trabaja para Arcas Soler y, por lo que me ha repetido infinidad de veces, son los principales proveedores de cajas de caudales de esta ciudad —explicó Méndez con una agitación mal disimulada.

—Así es. Arcas Soler es la firma que instaló la caja de seguridad en la habitación del señor Muñoz —confirmó Carlos Sepúlveda.

—A ver si estoy entendiendo bien, ¿estáis insinuando que ese vecino vuestro podría abrir la caja fuerte?

—¡Con total seguridad! —exclamó Méndez dejándose llevar por un arrebato—. Con la ayuda de Carlos nos resultaría fácil colarnos en la habitación, solo tenemos que convencer a don Torcuato para que nos ayude.

Le bastó escucharse a sí mismo para que su entusiasmo inicial se fuera desvaneciendo. Le estaba proponiendo a un comisario abrir la caja fuerte de un importante hombre de negocios, lo que implicaría a un ciudadano honrado que antes se dejaría matar que traicionar a la empresa para la que llevaba trabajando toda la vida. Pero Méndez también pensó que si quería dar con el asesino de Rosalía tenía que estar dispuesto a todo, incluso a convencerse de que estrategias como esas eran posibles.

—Olvidadlo —dijo Castañeda cortando de un manotazo sus esperanzas—. Soy comisario de Policía, no voy a quebrantar la ley y mucho menos alentar a dos irresponsables y a un pobre trabajador para que delincan.

—Pero si consiguiéramos abrirla, tal vez diéramos con las pruebas que necesitamos —insistió Méndez— o, quién sabe, con las pruebas que usted necesita para atraparle por sus mangoneos en el mercado negro.

Castañeda hizo un gesto con el brazo indicando al camarero que trajera la cuenta y se dirigió a Carlos Sepúlveda:

—Muchas gracias por tu colaboración. Si en los próximos días ves algún movimiento extraño en el hotel, te agradecería que me avisaras. No hace falta que te recuerde que esta ha sido una charla confidencial entre amigos.

—Por supuesto, señor. Sé cuándo hay que ser discreto, forma parte de mi oficio —le confirmó el botones antes de abandonar el café.

Cuando se hubieron quedado los dos solos, Méndez se atrevió a recriminarle a Castañeda su actitud:

—Estamos dejando escapar una magnífica oportunidad de conseguir pruebas contra ese criminal.

—No te aceleres. No sabemos si es un criminal, de momento solo es un estraperlista, y hasta la fecha ni eso se ha podido demostrar.

—Pensaba que tenía ganas de atraparlo.

—Y las tengo. Que yo no esté dispuesto a participar en un hecho así no quiere decir que otros no puedan hacerlo. No voy a ser yo quien te autorice a colarte en habitaciones ajenas y menos quien asuma esa responsabilidad. También te digo que, si se te ocurriera seguir adelante, cosa que como policía no comparto pero como hombre comprendo, si algo saliera mal te doy mi palabra de que te cubriría las espaldas. Pocos pueden delinquir con la tranquilidad de tener un amigo tan influyente en comisaría.

Méndez le contestó con una sonrisa de complicidad. Los ojos de Castañeda habían adquirido una expresión más viva y su piel cetrina un ligero tono sonrosado, como si la sangre volviera a circular por aquellas mejillas hundidas. Aquella calavera andante estaba empezando a caerle bien, aunque, sinceramente, no era algo de lo que se sintiera orgulloso.

—¡Ni hablar! ¿Por quién me habéis tomado? —Sepúlveda y Méndez resistían cabizbajos las airadas embestidas del señor Torcuato—. Tú ya eres un hombre hecho y derecho, Carlos, pero tú, Ricardo, vas listo si crees que no voy a tener una charla con Raimundo sobre los asuntos en los que andas metido.

La sola mención de Raimundo provocó un espasmo en el estómago de Méndez, pero continuó inmutable aguantando el sermón del veterano empleado de Arcas Soler, que ahora parecía dirigir su ira solo a él.

—Raimundo es una autoridad moral en el vecindario, o al menos así lo consideramos muchos. Es un hombre noble, íntegro, que siempre ha antepuesto el bien de la comunidad al interés particular, un hombre leal, de firmes principios al que nunca se ha pillado en un renuncio, ni siquiera en los momentos más duros de la guerra. ¡Vivir para ver! Él se ha esmerado en darte una formación y tú respondes así. Debería darte vergüenza venir a proponerme un delito que atenta contra la intimidad de las personas y contra mi honradez como trabajador.

La cara de don Torcuato había adquirido un tono escarlata y las venas del cuello se le estaban empezando a hinchar de manera alarmante.

—Tranquilícese. Es cierto que, dicho así, el asunto suena muy mal, pero si analizamos la situación en conjunto, en realidad lo que le estamos proponiendo es una buena obra —intermedió Carlos Sepúlveda en un intento de apaciguar los ánimos. De seguir así, aquello iba a derivar en una crisis cardíaca.

Don Torcuato miró al botones del hotel Oriente como si le hubiera hablado en chino.

—¿Un bien? En este país definitivamente nos hemos vuelto todos locos, ya no solo hemos renunciado a los más básicos principios de la ética, sino también a los de la cordura.

—Precisamente por eso. —La voz de Méndez sonó segura y firme —. Precisamente porque en este país se ha impuesto la sinrazón,

porque muchas personas honradas son tratadas como si fueran criminales, porque el hambre ha dejado de ser una vergüenza para quien la consiente y se ha convertido en una falta de quien la padece, porque a la gente con principios no se le tiene respeto mientras a los inmorales se les ofrecen todas las oportunidades, porque los que reclaman justicia son culpados de alterar el orden, porque la ley protege al fuerte y condena al débil, porque los que pronuncian discursos son los que más tienen que callar y los amordazados los que deberíamos hablar, precisamente por eso le pido que entre en esa habitación y abra la caja fuerte.

»Me atrevo a proponerle algo así porque detrás de esa cerradura se esconden las pruebas que podrían, por una vez, condenar a un individuo que comercia con el hambre de gente como usted y como yo, de un tipo que no tiene escrúpulos y, a lo peor, es un asesino. Yo ya soy mayorcito para tener que andar dando explicaciones, pero, por si tiene alguna duda, ¿qué cree que pensaría Raimundo si se enterara de que por una vez podemos conseguir que la justicia esté de nuestra parte? ¿De verdad necesita que le responda a esa pregunta?

El recibidor en el que estaban manteniendo la conversación era minúsculo. El piso de don Torcuato resultaba tan pequeño que desde la entrada se alcanzaban a ver todas las habitaciones. A la derecha, la cocina con un reservado para el excusado; al frente, un simulacro de pasillo desembocaba en una reducida sala en la que se entreveía el acceso a una galería. Toda una vida de trabajo honrado no daba para más.

Don Torcuato se pasó un pañuelo raído pero de una blancura inmaculada por el cuello. Sin decir palabra se dirigió a la cocina, llenó un vaso con agua del grifo, se recostó en la encimera y bebió. Dio pequeños sorbos con la mirada abandonada sobre las baldosas. Parecía estar tomando un elixir que fuera a dar respuesta a sus dudas. Se había quedado pálido. Ese cambio de color alarmó a Carlos Sepúlveda, que ya se veía corriendo escaleras abajo en busca de don Tomás, el médico del barrio.

Al cabo de unos segundos en los que todos permanecieron en silencio, don Torcuato dio un último trago y concentró su atención

en el fondo del vaso. Al fin habló:

—Qué quieres que te diga.

Méndez, que lo había estado observando en espera de una respuesta, se sintió algo defraudado. Ese era uno de sus latiguillos habituales.

—Quiero que me diga si nos va a ayudar.

—Está bien, lo haré.

El empleado del hotel Oriente se apresuró a decir:

—El domingo puede ser un buen día. Todos los domingos el señor Muñoz va a comer al Siete Puertas y luego se reúne con otros hombres de negocios toda la tarde. Nunca lo he visto llegar antes de las ocho, a veces incluso lo hace después de cenar. Eso nos dejaría un margen más que suficiente.

Méndez intentó imaginar en qué consistirían esas sesiones crepusculares del capitoste del estraperlo y sus amigos. Con toda seguridad se divertirían con chicas como Rosalía. Quién sabe cuántas tardes de domingo habría compartido su novia con aquellos siniestros individuos. Le dolía solo pensarlo.

Don Torcuato aún tenía el vaso en la mano y lo desplazaba entre sus dedos realizando pequeños movimientos rotatorios como si se tratara de un caleidoscopio en el que pudiera ver una realidad cambiante según se ordenaran los diferentes cristales de colores.

—Avisadme cuando llegue el momento. Estaré preparado.

Como el operario de Arcas Soler no parecía muy dispuesto a alargar más la charla, los dos jóvenes decidieron abandonar el piso en silencio. Antes de salir, Méndez se atrevió a susurrarle:

—Estamos haciendo lo correcto, créame. —Hizo una breve pausa y añadió—: Ni siquiera es necesario comentárselo a Raimundo.

Don Torcuato alzó la vista y sonrió, como si lo que acababa de decirle el chico él ya lo hubiera visto en el fondo del vaso.

* * *

Méndez tenía una invitación para ir a un cine cerca del teatro Apolo. Se la había regalado Castañeda. En la comisaría solían recibir ese tipo de atenciones por parte de empresarios interesados en que

se hiciera la vista gorda en determinadas irregularidades que se producían en sus negocios. Este era el caso de la sala en cuestión, donde era más habitual que una amable compañera de butaca te hiciera un trabajo manual a cambio de una propina que ver una película de estreno. La programación solía nutrirse de grises reposiciones y documentales soporíferos que aburrían hasta a la mismísima voz en *off* y solo de vez en cuando se sorprendía al público con un buen cartel. El joven había tenido suerte, hoy era uno de esos días.

Desde lejos pudo ver anunciado en grandes letras naranjas *Jack el Destripador,* con Merle Oberon y George Sanders: todo un gran acontecimiento. Puede que la temática de la película resultara demasiado macabra para su estado de ánimo, pero las tramas policiales eran su debilidad; por otro lado, sabía que una buena ficción siempre ayuda a aliviar las penas de una mala realidad. Y de alguna manera tenía que aligerar las horas de espera hasta que llegara el momento de colarse en la habitación de Muñoz.

Presentó su entrada al empleado de la puerta y este lo miró con cierto enojo, como lamentando que aquella invitación hubiera acabado en poder de un muchacho tan insignificante. Con un gesto de resignación acompañado de un bufido le entregó un programa de mano. Sin duda estaba de suerte, en aquel cine tampoco eran habituales aquellas atenciones.

Méndez le echó una ojeada. Bajo un primer plano de la actriz principal leyó: «La película que por su emoción absorberá todos sus sentidos».

Eso era lo que necesitaba. No sabía si la película acapararía toda su atención, pero aquella mujer seguro que sí.

«¡Nadie lo ha visto, nadie lo conoce, nadie sabe quién es!», decía una frase destacada unas líneas más abajo.

No pudo evitar pensar en el asesino de Rosalía. Maldita sea, exclamó para sí, ojalá encontremos en esa caja fuerte pruebas que señalen al culpable.

Eligió su butaca y observó a los escasos espectadores que lo rodeaban. No quería que a media película le sorprendiera una mano en la bragueta o en el bolsillo en busca de un dinero que no poseía.

No detectó ningún peligro y se arrellanó en su asiento dispuesto a sumergirse en una historia que no fuera la suya.

Cuando salió ya había oscurecido. Olfateó el aire cálido y detectó esencias que le eran familiares. Con la profesionalidad de un perfumista pudo distinguir claramente efluvios de sudor, de colonia barata, de gasógeno combustionado, de ropa mal lavada y de refrito elaborado con aceite de antes de la República, de la Primera. El aroma inconfundible del pueblo. La película, tal como esperaba, lo había ayudado a pasar el rato, lo que no entendía era por qué se sentía tan inquieto. Apresuró el paso de regreso a casa con la vana ilusión de dejar atrás esa agitación. Sentía un cosquilleo extraño, como si dentro de ese cine le hubieran puesto una pista delante de las narices y no hubiera sido capaz de descifrarla.

Algo se le estaba escapando y no sabía precisar el qué.

11

Habían fijado la cita a las tres. Carlos Sepúlveda les había indicado esa hora como el momento ideal para colar a don Torcuato hasta la habitación del estraperlista sin llamar la atención y contar con el tiempo suficiente para abrir la caja fuerte. Los domingos después de comer concurrían dos circunstancias que les eran favorables —además de la imprescindible ausencia del huésped—: una era la gran afluencia de clientes que se reunían en los salones para tomar café, con el consecuente ir y venir de visitantes, y otra que ese era el intervalo que los empleados dedicaban a poner un poco de orden en sus quehaceres, planificando la semana, ordenando registros o solventando cualquier cuestión que pudiera dificultar el buen funcionamiento del hotel.

Habían acordado que él no participaría en la operación, pues eso complicaría más las cosas. Esa exención, en lugar de aliviarle, había aumentado su ansiedad. Primero le disgustó la idea de tener que quedarse fuera del establecimiento sin intervenir, aunque reconocía que era mucho más sencillo que Carlos introdujera a una sola persona, más teniendo en cuenta que don Torcuato era un hombre de porte elegante, mientras que él no era más que un adolescente flaco y mal vestido que no tardaría en llamar la atención. De hecho, así había ocurrido en su primera visita al hotel. Convenientemente uniformado con el traje de los entierros, don Torcuato podía pasar por un respetable cliente. Siempre que nadie se entretuviera en observar detalles como los zapatos agrietados, la dentadura mellada, las manos poco cuidadas o el gastado cuello de la camisa.

Méndez estaba impaciente por que se pusiera en marcha el plan que habían acordado —en ningún momento se había planteado que pudiera salir mal; esa es una de las ventajas de la juventud, uno está dotado de una inconsciencia natural—, pero aún faltaban unas cuantas horas, así que decidió dar un paseo por los puestos de libros del mercado de Sant Antoni, afición a la que solía dedicar las mañanas dominicales. Raimundo le había contagiado el gusto por ese pasatiempo que últimamente practicaba solo. Desde hacía

algunos meses el maestro ya no iba al mercado y le encomendaba a él los trueques y compraventas.

Su encargo más habitual consistía en entregar o recoger algún libro en puestos donde el nombre de Raimundo era casi una institución. Ese era otro de los motivos por el que a Méndez le gustaba deambular entre tenderete y tenderete: allí se sabía querido y respetado. No era tan ingenuo como para ignorar que Raimundo era el receptor último de aquellos afectuosos saludos y cómplices sonrisas, pero eso no le impedía recibirlos con orgullo. Por otro lado, le encantaba husmear entre aquella cantidad de papeles amarillentos que imaginaba procedentes de tiempos y lugares lejanos. Le hubiera desilusionado saber que muchos de esos volúmenes provenían de hombres y mujeres que habían tenido que venderlos para llenar el estómago o de bibliotecas huérfanas que, una vez muerto el dueño, no habían encontrado quien las quisiera.

A veces tenía suerte y algún conocido le prestaba un viejo ejemplar de historias ilustradas. La condición siempre era la misma: que lo devolviera en el mismo estado en que se lo habían entregado. Méndez asumía esa responsabilidad con el temor de que esos pliegos de papel tan manoseados se desintegraran antes de poder retornarlos sanos y salvos.

En ese momento no tenía pendiente ninguna devolución, solo debía cambiar un libro de Zane Grey. Grey era uno de los primeros autores que Raimundo le había aconsejado leer, señalándole que lo importante no es el libro por el que empiezas, sino hasta dónde te lleva. Recordaba de esos inicios cómo el profesor compartía y comentaba con él las peripecias de los protagonistas del autor estadounidense. Con la perspectiva que da el tiempo, ahora le asombraba que un hombre de la envergadura intelectual de Raimundo pudiera entusiasmarse con novelas tan ingenuas. La especialidad de Grey eran las aventuras en el lejano Oeste, un tipo de narración en apariencia muy alejada de los gustos de su maestro, aunque en esencia quizá no tanto. Al fin y al cabo, en esas pueriles historias se podían encontrar gestos de justicia y rebeldía que no se permitían en ninguna otra publicación debidamente inspeccionada por la censura franquista. El lejano Oeste representaba una

escenografía etérea, como si no se produjera en un tiempo o espacio concreto o, en todo caso, en ninguno lo suficientemente cercano como para que representara una amenaza para la realidad vigente. Así las cosas, el héroe estaba acreditado para fijarse en el contoneo de las rotundas caderas de una dama, enfrentarse al poder establecido, matar a tiros a un *sheriff* corrupto —en los libros autorizados ni se planteaba la posibilidad de que el representante de la ley pudiera tener una actitud deshonesta— y castigar a cualquier tirano acusado de oprimir al débil sin que nadie en el Régimen se sintiera en peligro. En esas novelas el hombre justo y bueno siempre vencía al villano. En la Barcelona en la que a Méndez y Raimundo les había tocado vivir, aquello era una quimera.

El volumen que llevaba bajo el brazo se titulaba *Los jinetes de la pradera roja,* un bonito ejemplar de tapa dura que Editorial Juventud había publicado antes de la guerra y de cuya lectura habían disfrutado juntos varias veces. A Raimundo le gustaba tener siempre cerca un título de Zane Grey, aunque ya lo hubiera leído con anterioridad, tal vez porque su presencia invocaba un mundo donde las cosas, por muy difíciles que se pusieran, siempre acababan bien.

En contadas ocasiones podía disponer de material nuevo, solo una pequeña parte de la obra de Grey había sido editada en España y no le quedaba más remedio que lanzarse a la búsqueda y captura de los títulos editados en Argentina, cuyos ejemplares podían encontrar, gracias a que sabía tocar los resortes adecuados, en el zoco de cultura popular en que se convertía el mercado de Sant Antoni.

Aquella mañana Raimundo le había indicado que acudiera al puesto del Cojo, mote ilustrativo de uno de sus amigos de juventud, donde con algo de suerte le entregarían, a cambio del libro que Méndez llevaba, una nueva aventura de su admirado autor.

Cuando llegó a su destino, el Cojo lo recibió con una sonrisa huérfana de dos dientes que la largura de su bigote, tal vez ese era el propósito, no lograba disimular.

—¿Te ha mandado Raimundo?

—Sí. Me ha dicho que, si las cosas habían salido según lo previsto —repitió exactamente sus palabras—, podrías pasarme una

nueva aventura. Te traigo este libro para hacer el trueque.

La sonrisa del vendedor se hizo más amplia, pero no descubrió nuevos huecos.

—Todo ha ido bien. Tengo esto para vosotros. —Le tendió un libro encuadernado en rústica con tres jinetes a caballo estampados sobre un fondo blanco.

—*¡El código del Oeste!* —exclamó Méndez, y casi se lo arrebató de las manos.

Ya se apresuraba a guardárselo en el bolsillo trasero del pantalón cuando el Cojo lo detuvo:

—Espera, mejor lo envuelvo un poco, estará más protegido. Este tipo de encuadernación no resiste mucho trote.

Méndez esperó pacientemente a que el librero cubriera aquel pequeño tesoro con papel de estraza.

Cuando hubo acabado, intentó de nuevo guardarlo en el bolsillo, pero la dureza de los pliegues del papel lo habían convertido en un bulto demasiado incómodo, así que le buscó refugio en la parte trasera de su cintura, cuidándose bien de que el libro quedara sujeto entre la camisa y el cinturón. Tras despedirse con unas palabras de agradecimiento, continuó su paseo dispuesto a detenerse allá donde cualquier cosa le llamara la atención.

A escasos pasos lo hizo una pila de libros que alguien había desparramado por el suelo. En ocasiones, los traperos ambulantes que se habían hecho con alguna mercancía interesante descargaban el género en cualquier rincón y lo ofrecían a muy buen precio, sobre todo si el comprador sabía regatear. Méndez se agachó y revolvió entre la caótica oferta. Le dolía ver cómo algunos curiosos escogían un ejemplar con fingido interés sin otro propósito que matar el tiempo, y lo volvían a arrojar con desprecio sin importarles que el libro aterrizara de mala manera sobre aquel cementerio de palabras impresas. Raimundo le había enseñado a respetar los libros y no entendía esa forma de maltratarlos.

Él era un cliente cuidadoso, pero también un ojeador con experiencia, y no tardó en encontrar un ejemplar interesante. Se trataba de uno de los títulos que Editorial Molino había empezado a editar antes de la guerra en su colección Biblioteca Oro. La

característica portada amarilla que distinguía a la serie era inconfundible para un incondicional de las tramas policíacas y de suspense que publicaba el sello, pero se preguntó si después del asesinato de Rosalía le seducirían de igual forma esas intrigas.

—¿Te interesa, chico? —le preguntó el trapero interrumpiendo sus cavilaciones.

—¿Cuánto pides?

—¿Cuánto me das? —El vendedor se acercó y señaló el precio impreso en la portada—. Costaba 90 céntimos y está prácticamente nuevo.

Antes de que Méndez empezara a regatear, la voz del Cojo sonó a sus espaldas:

—Dáselo al chico, ya nos arreglaremos tú y yo.

—Llévatelo —asintió el vendedor como si la orden del Cojo fuera para él irrevocable.

Méndez se apresuró a acomodarlo también en la parte trasera del pantalón, encima del otro ejemplar. Comprobó que ambos hubieran quedado bien sujetos, y fue entonces cuando se dio cuenta, cuando percibió que había algo inquietante entre el tumulto que lo rodeaba: entre la amalgama de rostros que se agitaban curiosos de un lado a otro, entre el desorden de fisgones que iban y venían, se respiraba el aire de una amenaza. Vio el perfil escurridizo de una gorra igual a la que había distinguido la pasada tarde en las Tres Chimeneas. Le pareció identificar no solo el peculiar tono verdoso de la prenda, sino la forma ladeada de llevarla, así como la estatura y el gesto huidizo de su propietario.

Esta vez no le coaccionó el miedo. Se incorporó de un salto e intentó acercarse al enigmático individuo sin prever que este contaba con una estrategia de huida: la muchedumbre que se agolpaba en los tenderetes. A pesar de su agilidad, al cabo de pocos metros Méndez ya lo había perdido de vista. Ni siquiera había podido captar algo más de esa misteriosa silueta que seguía sus pasos, si acaso un fragmento de camisa. Maldijo no haber sido más astuto. Si no se hubiera precipitado de aquella manera, si hubiera disimulado su descubrimiento, tal vez habría conseguido que aquel tipo pasara de observar a ser observado y así habría averiguado algo más de él.

Chasqueó la lengua. No alcanzaba a entender quién podía estar interesado en andar pegado a sus talones. En todo caso, estaba claro que aquello no podía ser fruto de la casualidad.

Se sintió aliviado de no participar en la operación del hotel Oriente. No quería que un entrometido pudiera interferir en sus planes. Mientras no supiera quién se tomaba la molestia de seguirlo, debía andar con mucho ojo. Volvió a pensar en Castañeda. La lógica le dictaba varios supuestos: Castañeda era un policía y el trabajo de los policías era vigilar a la gente, pero esa misma línea de razonamiento también le decía que no tenía sentido que el comisario se molestara en colocarle un informador cuando él mismo podía obtener los datos que quisiera de primera mano. La misma argumentación le valía para eliminar a Esteban Vives, el único que podría estar trabajando paralelamente en la investigación. Le resultaba imposible sacar nada en claro, salvo que habían empezado a vigilarlo tras el asesinato de Rosalía. Se le encogió el estómago al valorar la posibilidad de que el tipo que acababa de escapársele pudiera ser el mismísimo asesino… De nada le servía lamentarse, ya poco podía hacer.

Siguió su camino por la ronda y, como si sus especulaciones tuvieran un milagroso poder de invocación, se topó de bruces con Castañeda.

—¡Qué sorpresa! —dijo Méndez con un tono que quiso ser sarcástico.

—Efectivamente, ¡qué sorpresa! —El policía sí consiguió serlo.

—O tiene usted el don de la omnipresencia o sus paseos urbanos son sospechosamente similares a los míos.

Castañeda dio una profunda calada a su cigarrillo y le clavó una larga mirada inquisitiva mientras dejaba que una nube de humo se interpusiera entre los dos.

—Este es mi distrito y en estas calles siempre hay mucho trabajo.

—Supongo que la culpabilidad también tiene su geografía. En esta zona todo el mundo es sospechoso de algo.

El comisario arrojó la colilla al suelo y se frotó las palmas de las manos como si intentara calentárselas con la fricción, un gesto que contrastaba con el bochorno que devoraba a la ciudad.

—Tómatelo como quieras, pero las aceras por las que caminamos están llenas de tipos que merecerían estar en la cárcel.

Méndez observó a los transeúntes a su alrededor y lo único que vio fue gente corriente.

Castañeda captó la expresión escéptica de Méndez y exclamó:

—Ven, acompáñame. —Lo tomó del brazo—. Te mostraré lo que yo veo.

Así lo escoltó por un recorrido que los llevó desde la calle Hospital hasta el puerto, perdiéndose por el laberinto de callejuelas malolientes que se extendían a la orilla izquierda del Paralelo.

—Ese de aspecto atildado es un especialista del *chinazo,* o lo que es lo mismo, de robar carteras rajando el bolsillo de la víctima. No creas, más de un empleadillo, simulando haber sido víctima de un robo, ha pretendido quedarse con el dinero que su jefe le había confiado para realizar algún pago. En comisaría enseguida descubrimos el engaño. Estos tipos, con el propósito de adornar su mentira, se hacen un estropicio en el bolsillo rajándolo desde fuera hacia dentro. No saben que los profesionales hacen un corte limpio, pero siempre desde dentro hacia fuera…

»Ese tipo de barba cerrada es un *colillero,* recoge las colillas del suelo y luego las vende en el mercado de Santa Madrona. De vez en cuando comercia con *petardos,* cigarrillos que combinan una mezcla de tabaco y marihuana…

»Esa mujer menuda con aspecto de honrada modistilla es una *gatera.* Trabaja de acuerdo con dos o tres putas y, mientras estas ejercen su oficio, ella se las ingenia para salir de un escondrijo y vaciarle la cartera al cliente.

»Ese individuo de aspecto despistado que parece esperar el tranvía es un perfecto timador. Él y su compinche, un tipo que podría pasar por marqués, son capaces de enredar al más desconfiado. He de decir que les reconozco cierto mérito. En lo suyo son unos artistas.

—Pensaba que no conocía bien el barrio —replicó Méndez—. Al menos eso es lo que me dijo, que por eso quería que yo le acompañara.

—Y es cierto. —Sonrió a medias el comisario—. Tú conoces los detalles, yo lo general. Los personajes que te he descrito son tipos universales, no son exclusivos de estas calles.

Como si una corriente invisible los arrastrara hacia la arteria principal del barrio, dirigieron sus pasos hacia el Paralelo. Para entonces, ya habían dado un buen paseo. Sin otro motivo aparente que el cansancio, el rostro de Castañeda se puso repentinamente tenso. Méndez imaginó que le habría asaltado algún tormentoso recuerdo. Esperaba que empezara a contarle algún episodio del pasado, pero el comisario se detuvo, con una mirada entre inquisidora y triste, para susurrar:

—La mejor arma en la guerra es conocer datos del enemigo que el enemigo no sabe que conoces. Y eso es igualmente válido cuando se ejerce de policía.

—¿Enemigos?, ¿no cree que es un calificativo exagerado para todos estos rateros de poca monta que me ha descrito? En general, a mí me parecen bastante inofensivos.

—No te engañes, en estos tiempos no te puedes fiar de nadie. Cualquier tipo de aspecto inofensivo puede acabar jodiéndote. La única forma de evitarlo es no darles ninguna oportunidad.

—Esto no son las estepas rusas, aquí la guerra terminó hace tiempo —replicó Méndez incómodo ante el tono cada vez más áspero del comisario.

Castañeda sacó un cigarrillo y le ofreció otro. Méndez lo rechazó, pero el comisario se lo puso de todas formas delante de los labios.

—Acéptalo, en el frente un gesto generoso como este tiene mucho valor.

Méndez lo sujetó mansamente y dejó que le diera fuego. Expulsó el humo con torpeza antes de replicar:

—No estamos en el frente.

También el comisario dio una profunda calada y contestó:

—Yo nunca he dejado de estarlo.

Se puso en marcha de nuevo y Méndez lo imitó.

—Esto aún está lleno de rojos. —Alargó exageradamente la erre de la última palabra, como si por sí misma soportara el peso de una ristra de imágenes dolorosas—. Actúan en la sombra, se ocultan

como ratas, algunos viven en habitaciones ciegas esperando una oportunidad que, te lo aseguro, no les va a llegar.

Hablaba con tanta rabia que Méndez oía el rechinar de sus dientes y empezaba a sentirse como esa mosca que, atrapada en la tela de araña, no descubre su penosa situación hasta que ya es demasiado tarde. La sangre le golpeaba en las sienes. Había aceptado la compañía de un lobo sin tener en cuenta que él era un cordero. Se asombraba de su propia estupidez. ¿Para qué necesitaba un tipo como Castañeda a un pelagatos como él? Le había convencido de que precisaba de su conocimiento de las calles, pero ¿no le acababa de demostrar que él ya las conocía suficientemente bien? Entonces, ¿con qué intención había insistido para tenerlo a su lado?

La respuesta era tan dolorosa como el daño que se estaba haciendo al clavarse las uñas en la palma de la mano. Era un secreto a voces que el Poble Sec era un reducto importante de activistas contra el Régimen. Aunque la Secreta tenía espías en cada esquina y las purgas tras finalizar la guerra fueron constantes, no habían logrado erradicar a los enemigos del dictador. Unas pequeñas gotas de sudor le empezaron a cubrir la frente. Méndez no sabía exactamente cuál era la labor de su tutor en esa lucha sin armas, pero estaba seguro de que jugaba un papel significativo. ¿Y si sin saberlo había estado poniendo en peligro a Raimundo y sus compinches? Castañeda era un buitre que había empezado a sobrevolarlos y él, tal vez, el señuelo que le facilitara la caza. Le aliviaba no haber cometido ninguna indiscreción. El silencio, eso lo sabían muy bien quienes perdieron la guerra, era la forma más segura de evitarse problemas.

Mientras se perdía en sus reflexiones, sentía los ojos de alacrán del comisario escudriñándolo.

Tragó saliva e hizo un esfuerzo por mostrarse tranquilo. Dio unas caladas al pitillo que tenía entre los dedos y lo contempló como si fuera algo ajeno.

—Por cierto, ¿de dónde venías cuando nos hemos encontrado? —le preguntó el comisario en un bisbiseo desagradable. Era el efecto que conseguía cuando pretendía resultar amable.

—Del mercado de Sant Antoni —respondió mientras se recriminaba su actitud, como si el hecho de confraternizar con aquel personaje lo convirtiera en un traidor.

Raimundo tenía razón cuando le había censurado sus nuevas compañías, pero su única intención había sido hacer todo lo que estuviera en su mano por encontrar al asesino. No quería que el crimen de Rosalía pasara a ser uno de esos tantos casos que la Policía acaba archivando en un cajón.

—¿Has estado curioseando?

—Suelo hacerlo.

—¿Y has encontrado algo que te interesara?

Méndez podía percibir el olor de su propio miedo. Ahora le pareció revelador que el Cojo le hubiera entregado, tras pronunciar la contraseña que le había dictado su tutor, «Si las cosas habían salido según lo previsto», un ejemplar que llevaba el sugerente título de *El código del Oeste,* y nada menos que a cambio de otro ejemplar titulado *Los jinetes de la pradera roja.* Se maldijo a sí mismo y a Raimundo. No sabía qué le ofendía más, el que lo hubiera involucrado de aquella manera en sus actividades subversivas o que no hubiera confiado lo suficiente en él como para hacerle partícipe de la misión que le encomendaba. Si aún le quedaba alguna duda sobre su inteligencia, ahora tenía la respuesta: era un idiota, un ingenuo, un infeliz. Todas ellas nefastas virtudes para sobrevivir en las calles del Distrito Quinto. Le iba a gritar cuatro cosas a Raimundo, pero ahora le preocupaba más qué puñetas contestarle a Castañeda.

—Un libro de aventuras —dijo por fin con una voz que logró que sonara firme.

—¿Puedo verlo?

Los ojillos de Castañeda brillaban peligrosamente y Méndez creyó ver un hilo de saliva en la comisura de sus labios, a imagen y semejanza de un depredador que se prepara para clavar una mortal dentellada a su presa.

Sacó con cuidado el ejemplar que había sujetado en la parte trasera de la cinturilla del pantalón, esmerándose por que el libro de Grey siguiera en su sitio, lo más disimulado posible por el vuelo de la

camisa. No quería ni pensar qué podía encontrar el comisario entre sus páginas si se lo arrebataba. Con la expresión más inocente que fue capaz de pergeñar extendió el brazo ofreciéndole al policía el libro de Editorial Molino.

Cuando ya lo tuvo en sus manos, Castañeda se entretuvo curioseando. No parecía tener prisa por terminar. Al fin levantó la vista del papel, le devolvió el volumen y dijo:

—Quieres ser un hombre, pero en realidad eres un crío.

Méndez suspiró aliviado procurando que el comisario no se diera cuenta.

Tal vez se estaba equivocando, tal vez su imaginación lo estaba llevando demasiado lejos. Los tipos como Raimundo eran gente muy astuta, había que serlo para sobrevivir en aquel país tomado por los fascistas. Si la Policía se hubiera olido algo, ya haría tiempo que su tutor estaría en los sótanos de Vía Layetana.

Más tranquilo, dio una profunda calada al cigarrillo. El humo le cosquilleó por dentro, avanzando por equivocados conductos. Le asaltó una tos violenta que no fue capaz de controlar. Castañeda soltó una carcajada y le encajó dos golpetazos en la espalda.

Por un momento, el comisario le volvió a parecer un tipo normal, incluso un tipo normal por el que sentía una afinidad que sabía recíproca. De todos modos, lo había decidido ya: en cuanto hubieran abierto la caja fuerte y encontrado las pruebas que necesitaban —estaba seguro de que algo hallarían en aquella habitación del hotel Oriente—, se alejaría todo lo posible de él. Resuelto el asesinato de su amiga, no tenía sentido correr riesgos.

La expresión de Castañeda volvió a oscurecerse, pero esta vez no pronunció palabra. Caminaron lentamente, cada uno ocupado en sus pensamientos. Al cabo de un rato el comisario volvió a detenerse.

—Tienes una extraña tendencia a meterte en líos.

El repentino comentario volvió a despertarle las alarmas.

—¿Por qué dice eso?

Castañeda le propinó un codazo, dio una última calada al cigarrillo y exclamó:

—¿Que por qué lo digo? No se te habrá olvidado que esta tarde tienes que robar una caja fuerte…

* * *

—¡Me ha estado utilizando como a un idiota! —Méndez estaba tan agitado que gritaba sin darse cuenta.

Todos los vecinos estarían oyendo las voces. La ventaja de que aquellos tabiques filtraran cualquier conversación exaltada es que con el paso de los años todos en la escalera habían dejado al descubierto alguna intimidad y, en consecuencia, todos mantenían un respetuoso silencio sobre los asuntos ajenos, no fuera que se levantara la veda.

Proferidos los primeros gritos, Méndez tomó conciencia de la confidencialidad de lo que iba a decir y bajó la voz hasta convertirla en un susurro. Su rostro, sin embargo, seguía reflejando un gran enfado.

—No ha confiado en mí. Debería haberme advertido, hubiera ido con más cuidado. Han estado a punto de descubrirnos.

—¿Descubrirnos? —Raimundo hacía un esfuerzo por entender lo que Ricardo le decía, por averiguar qué le estaba trastornando tanto —. ¿Descubrir el qué?, ¿de qué me estás hablando?

—De esto —respondió airado mientras agitaba con la mano el volumen de Zane Grey que le había entregado el Cojo.

Raimundo lo tomó con cuidado y una sonrisa le iluminó la cara.

—Así que el bueno del Cojo ha conseguido el ejemplar que le pedí.

Su pupilo lo miró con estupefacción. Raimundo parecía de verdad tranquilo y satisfecho.

—¿Es esto lo que te ha puesto tan nervioso? —Esta vez fue el maestro quien le agitó el libro delante de las narices.

Méndez tardó un tiempo en recomponerse, en reescribir el mal rato que había pasado junto a Castañeda. Intentaba separar el grano de la paja, la realidad de lo fabulado, pero no lograba superar su estado de confusión.

Raimundo tomó una silla y con un gesto lo invitó a sentarse al tiempo que él se acomodaba en otra.

—¿Puedes explicarme de forma que lo entienda qué puñetas ha ocurrido?

Tomó una profunda bocanada de aire antes de empezar:

—Laureano Castañeda, el comisario que lleva la investigación del asesinato de Rosalía, me ha estado haciendo preguntas. Me lo he topado cuando volvía del mercado de Sant Antoni. No sé si me ha estado siguiendo o si ha sido un encuentro casual, el caso es que se ha interesado por lo que había encontrado en los puestos. De pronto he tenido miedo de que el libro que usted me había encargado fuera algo más que un código del Oeste…, ya me entiende. —Hizo una pausa esperando alguna reacción, pero Raimundo permanecía impasible, atento a su explicación—. Me he temido lo peor y, en lugar de mostrarle el ejemplar que me ha dado el Cojo, le he enseñado una historieta que he encontrado entre la mercancía de un trapero.

Su tutor lo escuchaba con la espalda erguida, las piernas ligeramente abiertas y las palmas apoyadas en los muslos. Méndez lo conocía muy bien: esa aparente calma era un espejismo. Raimundo solía tomarse unos instantes de reflexión antes de reaccionar, aunque eso no garantizaba que fuera a elegir la respuesta más reposada. El gris de sus pupilas se había enturbiado, igual que el mar momentos antes de estallar la tormenta. Méndez se sintió como un náufrago a la deriva.

—No sé qué has imaginado. Estás en tu derecho de creer lo que quieras, pero mis asuntos son cosa mía —dijo Raimundo de forma pausada. Tenía el don de resultar más conminatorio cuanto más lenta y suavemente hablaba—. Nunca te he hecho partícipe de mis actividades y nunca lo haré, porque soy yo quien debe responder por ellas, no tú.

—¿No confía en mí?

—No es una cuestión de confianza, sino de seguridad. Cuanto menos sepas, más protegido estarás. Me ofende que hayas podido pensar que te he estado utilizando, ¿crees que haría algo que te pudiera poner en peligro? Pensaba que los años en los que me he estado ocupando de ti al menos servirían para que tuvieras clara esa respuesta. —Hizo una pausa que sin duda respondía a una emoción sincera, y añadió—: Si te ocurriera algo por mi culpa, nunca me lo perdonaría.

Hacía calor en casa, pero Raimundo se levantó para ir a cerrar las puertas que daban al patio de luces. Méndez esperó a que volviera.

—No voy a negarte que el intercambio de libros es un sistema de comunicación clandestino al que recurrimos con frecuencia, pero nunca delegaría en ti esa responsabilidad. Por otro lado, aunque la Policía interceptara uno de esos volúmenes, no encontraría nada, solo el destinatario real del libro es capaz de interpretar el mensaje. —Se le escapó una sonrisa—. Bueno, ¿no es eso lo que ocurre con todos los libros, que solo el lector al que van dirigidos es capaz de entenderlos en toda su magnitud?

A Raimundo le habían prohibido enseñar, pero nunca dejaría de comportarse como un maestro.

—Antes de preocuparte por mis asuntos deberías prestar más atención a los tuyos y no juntarte con quien no debes. —En la expresión de Raimundo ya no quedaba ni rastro de la sonrisa anterior.

—Ya se lo dije, no me he juntado con nadie.

Raimundo arqueó una de sus cejas. Aquello no presagiaba nada bueno, así que lo mejor era seguir defendiéndose:

—Lo único que intento es descubrir quién asesinó a Rosalía y estoy dispuesto incluso a colaborar con personajes como el comisario Castañeda.

—Tú sabrás lo que haces, tienes edad de asumir tus propias responsabilidades. —Empezó a pasearse por la diminuta habitación. Le disgustaba lo que estaba oyendo, pero no quería acalorarse, últimamente no hacían más que discutir.

Alentado por esa pequeña tregua, Méndez se atrevió a decir:

—Después de todo, puede que Castañeda no sea mal tipo.

Raimundo le lanzó una mirada asesina, como si le acabaran de clavar un tacón de aguja en pleno juanete. Le había molestado que se refiriera al comisario con aquella benevolencia, con aquel aire de familiaridad.

—Manda cojones, ahora resulta que tengo que oír en mi propia casa que los perros guardianes de Franco no son mala gente. —El propósito de Raimundo de no agitarse acababa de irse al garete.

—Yo no he dicho eso, lo que digo es que no es un policía al uso. —Méndez recordaba perfectamente el discurso contra los rojos que Castañeda había pronunciado hacía un rato, pero prefirió obviar esa faceta, no le gustaba tener que darle la razón a Raimundo; sobre todo, porque ya solía tenerla—. En cierto sentido, se parece un poco a usted, él también ha luchado por lo que creía.

Esta vez sí. Esta vez Méndez había pisado de lleno en el juanete de Raimundo. Este cogió una de las sillas que tenía más a mano y golpeó con ella el suelo. Al vecino de abajo el sonido de las cuatro patas clavándose en el piso debió llegarle como un martillazo.

Méndez intentó calmarle:

—Entienda lo que quiero decir, ya sé que es un fascista, estuvo en la División Azul, pero al menos no es una rata de despacho. Cuando ha tenido que demostrar su valor, ha sabido hacerlo.

Se sorprendía a sí mismo. No entendía qué oculta razón le impulsaba a defender a Castañeda ante Raimundo cuando hacía escasos momentos se había tenido que controlar para no arruinarse la vida soltándole una arenga republicana a todo un comisario del Movimiento.

—Me avergüenzo de oírte hablar así, como si las dos luchas fueran legítimas —Raimundo volvía a hablar muy bajito, pero de modo que cada sílaba adquiría la fuerza de una bala—. ¿Pero tú qué imaginas que hacían esos tipos de la División Azul?, ¿crees que son héroes?

Repasó las historias que le había contado Castañeda, algunas escenas que había visto en los Noticieros Documentales, y no supo decir que no. Raimundo captó esa duda y sintió cómo la indignación lo carcomía por dentro.

—A ti lo que te pierde son las historietas bélicas, los gestos marciales, los héroes de papel… Cuando estalló la guerra no eras más que un mocoso y soñabas con echarte a la calle para salvar la República, y ahora me vienes con esas. ¿Sabes lo que les han hecho los alemanes, los amiguitos de tu querido comisario, a los judíos? Exterminarlos como ratas o, en el mejor de los casos, encerrarlos en campos de trabajo hasta matarlos de agotamiento y hambre. Cuando los rusos los liberaron eran cadáveres andantes. ¿En quién

crees que se inspiró Franco para organizar su red de campos de concentración? Hasta dejó en manos de la Gestapo el de Miranda del Ebro.

—Usted es el primero en decir que nos llega la información muy distorsionada. —Méndez tragó saliva—. A lo mejor eso que dicen de los judíos no es verdad, a lo mejor es propaganda comunista.

En la frente de Raimundo apareció el relieve de una vena.

—¡Propaganda comunista! Pero ¿tú te estás oyendo?, hablas como uno de esos perros que se han apoderado del país. —Intentó coger aire, pero las palabras le hervían dentro—. Voy a intentar no tomarme muy en serio lo que acabas de decir. Voy a dar por hecho que estás confundido, que tu juventud te lleva a fabular, a dejarte manipular, voy a excusarte pensando que lo que te pasa es que quieres sentirte parte de algo, ponerte un uniforme y dejar de ser el pájaro pintado en un nido donde todos son del mismo color menos tú, que lo que deseas es identificarte con lo que ves a tu alrededor, como si esta irrealidad impuesta en la que nos obligan a vivir fuera lo normal, el curso natural de la Historia. Tú lo que buscas con todo esto es reconocerte en otros para no sentirte solo. —Hizo una pausa para mirar fijamente a su pupilo, y añadió en un susurro cargado de desaliento—: No te esfuerces, la gente como tú y como yo llevamos la soledad dentro.

Méndez, que hasta entonces había intentado evitar la mirada de Raimundo, volvió los ojos hacia él, que tomó aire y añadió:

—Tranquilo, la soledad no es tan mala, solo que tiene muy mala prensa.

Méndez no se atrevió a emitir palabra, intuía que aún no había finalizado su discurso.

—Voy a intentar comprender que ese fantoche de Castañeda te haya fascinado como cualquier personaje estrafalario pueda encandilar a un adolescente incapaz de reconocerse a sí mismo, lo que no voy a tolerar es que delante de mí le faltes al respeto a la gente que luchó por defender a este país de los fascistas, a los miles de inocentes que dieron su vida por preservar los ideales de justicia e igualdad. No sé qué te ha fascinado de ese policía al que profesas tanta simpatía, pero mejor harías en conocer la historia de muchos

héroes de lo cotidiano, hombres y mujeres a los que les bastó su valentía para proteger estas calles de los insurrectos en el 36.

Méndez torció el gesto, cuando Raimundo empezaba a hablar del 36 debía esperar lo peor.

—… con adoquines y sacos de tierra levantaron barricadas delante del Chicago, de El Molino… Yo estuve allí, resistiendo como podíamos mientras nos tiroteaban desde las azoteas, desde…

—Raimundo, que ya conozco la historia. —No le gustaba tener que interrumpirle, pero sabía que esas disertaciones no le hacían ningún bien a su tutor.

Este ignoró la réplica, solo atendía a sus recuerdos.

—Muchos de esos hombres y mujeres pelearon hasta el final de la guerra, resistiendo, cada vez más hambrientos, más acorralados, más desesperanzados si quieres, pero incansables.

—La guerra ya terminó, Raimundo, y la perdimos. —Méndez había dado con la contraseña exacta, la clave para que detuviera su discurso y le prestara atención—. Perdimos la guerra, Raimundo —volvió a repetir.

Este lo miró con ojos atónitos, como si no acabara de comprender el significado de lo que acababa de escuchar.

—Cuándo va a asimilar la derrota, cuándo va a entender que eso ya es pasado… Ya estoy harto de esta canción, de cargar con ese lastre, de estar atrapado en ese eterno momento. Es mejor asimilar que todo ha terminado, que lo que hay es lo que nos queda… —Hizo una pausa para tantear la reacción de Raimundo, pero su expresión era de una neutralidad abrumadora—. Lo único que digo es que quiero vivir en el presente.

—¿El presente? —Era la voz de un hombre fuerte, no la de un hombre que se siente derrotado—. Ricardo, tienes diecisiete años. Te guste o no, donde vas a tener que vivir es en el futuro.

Aquellas palabras le provocaron un profundo desaliento. Le costaba un enorme esfuerzo imaginar el país que Raimundo soñaba. Lo que él veía era una Barcelona en blanco y negro, sin alegría, condenada a morir por asfixia.

—Nunca hay que darse por vencido, hay que seguir luchando.

La impermeabilidad de Raimundo para el desaliento era una de las cualidades que más admiraba de él, pero también una de las que más le desconcertaba. ¿De dónde sacaba aquel hombre la fuerza para seguir creyendo en el poder de sus ideas? De haberlas vivido, se respondió a sí mismo. Raimundo había tenido la oportunidad de crecer en un país muy diferente al que él había conocido, siempre en retroceso.

—¿Recuerdas la historia del hombre de la última barricada?

—Imposible no hacerlo, me la ha explicado decenas de veces.

—En enero del 39, cuando ya todo estaba perdido, vi a tres hombres atrincherados tras un montón de sacos. Estaban solos, exhaustos, sin ningún apoyo mientras los nacionales avanzaban sin encontrar resistencia. Sus compañeros habían sido acribillados o habían iniciado la huida con la certeza de la derrota quemándoles los talones. Muchos se habían parapetado en la montaña de Montjuïc. Con cada disparo de su viejo máuser perdían un cartucho de esperanza. Apenas quedaban reservas, ni de pólvora ni de sueños de victoria. La guerra había dibujado en sus caras una expresión ausente y concentrada. La conciencia del fracaso, un gesto arrogante.

»Cayó el primero, un disparo le atravesó el ojo. Quedó tendido sobre un montón de escombros como un muñeco grotesco. Sus dos compañeros no prestaron atención, conscientes de que la única baja ante la que tenían que rendir cuentas era la suya propia. Luego cayó el segundo. Lo habían alcanzado en el hombro, pero ese no fue el plomo que lo mató; antes de que tuviera tiempo de observar su herida, una bala se le clavó en el pecho. El último hombre siguió resistiendo atrincherado, sin importarle su soledad. Seguía disparando, cada vez más cansado pero también más decidido. Llevaba una camiseta deshilachada, con manchas oscuras, de sangre seguramente, el pelo engominado peinado hacia atrás, excepto un mechón rebelde que insistía en caerle sobre la frente, una rodilla hincada en el suelo y una expresión feroz, de animal acorralado dispuesto a morir matando. Era una escena dramática y bella, con la intensidad que solo poseen los actos finales. Aquella imagen es para

mí la estampa del héroe. Un hombre solo disparando a su propio destino.

A Raimundo se le habían humedecido los ojos. Méndez no quería reconocerlo, pero cada vez que escuchaba ese episodio se le encogía el corazón.

—¿Por qué me cuenta siempre esta historia?

—Aún no lo has entendido, ¿verdad?

—¿El qué?

Raimundo se acercó a la ventana que hacía unos instantes había cerrado y miró a través de ella, como si ante sí tuviera un paisaje inabarcable, como si su mirada no estuviera condenada a la estrechez de un patio vecinal.

Méndez contempló su perfil dibujado a contraluz. Esa figura inmóvil, sólida y por la que sentía una secreta admiración le contestó desde la lejanía de sus recuerdos:

—Que ese hombre, Ricardo, el hombre de la última barricada, era tu padre.

12

Mientras recorría Las Ramblas de arriba abajo, no paraba de darle vueltas a la revelación de Raimundo. Hacía un buen rato que don Torcuato había entrado en el hotel Oriente, donde Carlos Sepúlveda lo estaría esperando. Al llegar, Méndez había distinguido la cadavérica figura de Castañeda recortada en el ventanal de un café al otro lado del paseo, pero no le había apetecido nada compartir con él la espera. Había decidido deambular como un alma en pena, al fin y al cabo era así como se sentía. No podía apartar de su mente la escena que Raimundo le había descrito. Ya le había narrado muchas veces antes el episodio del hombre de la última barricada, pero ahora lo interiorizaba de forma distinta, con una mezcla de orgullo y profunda conmoción. Creció sabiendo muy pocas cosas de su padre, se acostumbró a su ausencia y esta terminó por pesarle menos que la certeza de su existencia, que la constatación de que había sido un hombre de carne y hueso, no un fantasma al que él pudiera arrinconar en el desván de la memoria.

Asimilarlo como un pusilánime que los había abandonado a él y a su madre le resultaba menos incómodo que tener que reconocerlo como un héroe. La primera opción lo colocaba en la posición de la víctima, pasiva y libre de culpa. La segunda lo obligaba a admirarlo y, en consecuencia, a compararse con él. Desgraciadamente, tras los reproches que le había lanzado Raimundo, no se sentía a la altura de las circunstancias.

Estaba agitado y confundido, pero hizo un esfuerzo por centrarse en lo que le había llevado hasta allí: abrir la caja fuerte de Emilio Muñoz, dar con alguna prueba que lo inculpara y resolver el caso para dar carpetazo a la muerte de Rosalía, la clave para retomar, en la medida de lo posible, la normalidad de su vida.

Habían acordado que, una vez que don Torcuato abriera la caja, sería el botones quien le llevaría al comisario los documentos que hubieran encontrado en su interior, este los examinaría en el mismo café donde los esperaba e inmediatamente serían devueltos a su lugar, a no ser que encontrara alguno que pudiera delatar al

poderoso hombre de negocios. Don Torcuato permanecería a la espera hasta que Sepúlveda regresara con la documentación no confiscada, momento en el que volvería a cerrar la caja de caudales dejándolo todo aparentemente tal y como estaba.

Mientras rondaba por las cercanías del hotel, Méndez lanzaba esquivas miradas al comisario. La figura de Castañeda, desdibujada por los reflejos que el cristal del ventanal derramaba sobre él, adquiría un aire enigmático. Se preguntó si debía interpretar esa aureola fantasmal como una fuerza benefactora o como una amenaza solapada. No se entretuvo mucho en esas reflexiones, antes de que se diera cuenta estaba pensando de nuevo en su padre.

Apenas lo había conocido y guardaba escasos recuerdos de él. Los pocos que conservaba, además, quedaron sepultados bajo los silencios que su madre fue vertiendo sobre su memoria. Nunca la oyó hablar mal de su esposo, pero tal vez ese empeño por ignorarlo, por borrarlo de sus vidas, había sido a la larga más condenatorio. Méndez empezó a sentirse culpable, pero al instante se enojó consigo mismo y con el universo entero. Estaba harto ya de esa desagradable sensación de estar fallándole a todo el mundo. No tenía que rendirle cuentas a nadie; al fin y al cabo, él tampoco exigía nada a los demás.

Un violento bombeo en el pecho y las sienes le hizo acelerar el paso. Acababa de ver a Carlos salir del hotel y dirigirse con paso decidido al café. Llevaba algo parecido a un portafolios de piel bajo el brazo, asido fuertemente, como si temiera que alguien pudiera arrebatárselo. Méndez se detuvo en un punto desde el que podía observar con claridad la mesa donde lo esperaba el comisario. El gran ventanal encuadraba la escena. Observó cómo el botones llegaba apresurado, intercambiaba unas palabras con Castañeda y le entregaba el cartapacio. Méndez no podía ver los documentos que iban desfilando por las manos del policía, pero lo vio detenerse un par de instantes, como si algo le hubiera llamado la atención, y sintió que se le secaba la boca. Tal vez tras esa enigmática pausa estuviera la prueba que tanto ansiaba. Le pareció que Castañeda guardaba algo en uno de sus bolsillos, pero luego encendió un

cigarrillo y tuvo dudas: tal vez no había hecho más que sacar su paquete de tabaco. Al poco rato Carlos desapareció del encuadre y al instante lo vio de nuevo cruzar apresurado la Rambla, con el portafolios bajo el brazo, esta vez en dirección al hotel. Cuando el botones ya hubo entrado en el establecimiento, Méndez volvió la mirada hacia Castañeda y le dio la impresión de que este hacía un ligero gesto de asentimiento con la cabeza, pero tal vez fueran imaginaciones suyas.

Habían acordado verse en su despacho más tarde, pero la impaciencia le carcomía. Decidió no esperar más. Avanzó con paso decidido hacia la cafetería. Cuando entró, encontró al comisario saboreando un trago de coñac.

—Anda, siéntate.

—Qué.

—Qué de qué.

—No juegue conmigo, ¿ha encontrado algo o no?

—Es posible.

La expresión entre interrogante y enfurecida de Méndez le produjo un sentimiento de ternura. Decidió no hacerle esperar más:

—Por lo que me ha contado tu amigo, en la caja fuerte había una considerable cantidad de dinero en efectivo de la que, presupongo, tus honrados vecinos no habrán tocado nada. —Una sonrisa maliciosa afloró en sus finos labios—. Una cosa es liberar unos documentos de su cautiverio y otra muy distinta robar.

—Sí, ya veo que la línea que separa la autorizada actuación policial y el robo es muy delgada, pero vaya al grano, por favor.

Castañeda se apaciguó dando un largo sorbo a la copa.

Méndez sintió que el calor de aquel local le ahogaba. El zumbido que emitían las palas del ventilador que giraba sobre sus cabezas no hacía más que acentuar ese agobio. Castañeda, sin embargo, permanecía ajeno a esa atmósfera asfixiante, ni el más mínimo brillo delataba la presencia de sudor sobre su piel.

—Además del dinero, había una serie de documentos que he tenido la oportunidad de repasar. Aunque ha sido un trabajo apresurado, no me ha sido difícil distinguir el polvo de la paja. Entre una serie de escrituras y documentos sin interés para el caso que

nos ocupa, he encontrado esto. —Extrajo del bolsillo de la chaqueta un abultado sobre de color crema.

—¿Qué es?

—Algo a lo que agarrarse.

—¿Puede concretar más?

—No, ni es el momento ni es el lugar.

Tenía razón, pero también le gustaba el tono irritado de Méndez cuando se impacientaba. En ese instante algo atrajo la mirada de ambos: don Torcuato acababa de salir del hotel. A esa distancia parecía todo un señor. Llevaba un traje oscuro y un discreto maletín en el que imaginaron estarían las herramientas que habría utilizado. Mientras lo observaban alejarse, los dos dejaron escapar un ligero suspiro de alivio. La operación había terminado.

—Pásate mañana por mi despacho y hablamos —susurró el comisario. Luego se levantó, dio un último trago y salió por la puerta sin decir nada más.

Méndez lo vio desaparecer Rambla abajo.

Habían logrado abrir la caja fuerte sin contratiempos, Castañeda tenía las pruebas que buscaban en su bolsillo y estaban un paso más cerca de dar con el asesino. ¿No era eso lo que quería?, ¿no era eso lo que había estado deseando desde que encontró el cadáver? Si así era, ¿por qué sentía ese vacío tan incómodo?

Miró la copa que Castañeda había abandonado y lamentó que estuviera vacía.

13

Al entrar en la comisaría de Nou de la Rambla sintió que todo su cuerpo se contraía, desde las paredes del estómago hasta el último poro de su piel. Era una reacción instintiva, como la del caracol que retrae sus antenas al percibir una amenaza. Mantenía fresco el recuerdo de la primera vez que había entrado en aquellas dependencias. Apenas habían transcurrido unos días, pero él tenía la impresión de que muchas cosas se habían movido desde entonces, o a lo mejor era él quien ya no ocupaba el mismo lugar.

Atravesó varias salas hasta llegar al despacho de Castañeda. Durante el recorrido detectó numerosos ojos clavados en él y comprendió lo que debía sentir una gallina cercada por zorros. Nunca se acostumbraría a estar rodeado de policías.

Encontró al comisario concentrado en la firma de unos documentos. No respondió a su saludo, tampoco levantó la vista, ni siquiera se quitó el cigarrillo de sus labios para decir con tono marcial:

—Siéntate.

Méndez ya lo había hecho unos segundos antes, así que recolocó sus posaderas en la silla y esperó el pistoletazo de salida a la conversación que tenían pendiente.

El policía se demoró aún algunos minutos con el papeleo, pero finalmente alzó la cabeza y lo contempló sin pronunciar palabra.

Aquel silencio no le resultó nada agradable a Méndez. Consideraba que ya había demostrado tener suficiente paciencia, así que preguntó a bocajarro:

—¿Tenemos la prueba que buscábamos o no la tenemos?

Castañeda lanzó el cigarrillo al cenicero sin molestarse en apagarlo —tampoco le hubiera resultado fácil encontrar espacio entre aquel montón de colillas—, se levantó y fue hacia la puerta. Desde allí llamó a un tal Vázquez, que acudió presuroso y solícito. Le entregó el hatajo de papeles que había estado autorizando y, una vez hubo desaparecido el funcionario, cerró la puerta despacio.

Méndez interpretó aquel gesto delicado como el anuncio de que al fin había llegado el tiempo de las confidencias.

El comisario se apoyó en el borde de la mesa, cruzó los brazos y dictó sentencia:

—Sí, la tenemos.

Méndez estuvo a punto de saltar de la silla, pero no lo hizo porque la apagada expresión del policía le decía que algo no marchaba del todo bien.

Le vio coger un Ideales de un paquete que asomaba bajo un montón de carpetas que amarilleaban y tomarse su tiempo para encenderlo.

Sentía la impaciencia y el sudor brotándole de la piel. El ventilador que había visto en su anterior visita había desaparecido. Buscó auxilio en la ventana, pero estaba cerrada. En sus cristales golpeaba todo el calor de la tarde. El humo, cada vez más denso, acentuaba el ahogo en aquel despacho donde se amontonaban los expedientes. Castañeda, con su metabolismo de lagartija, era insensible a este tipo de molestias.

—¿Le importa si abro la ventana?

Castañeda lo observó como si su petición, en aquella tórrida tarde de julio, estuviera fuera de lugar.

—Aquí hace mucho calor y, si sigue fumando, vamos a tener que buscarnos a tientas entre la espesura del humo.

—Mejor eso que las corrientes de aire.

El joven lo miró a su vez como si contemplara a un loco. Prefirió no hacer ningún comentario al respecto.

—Entonces, ¿hemos atrapado al asesino?

Castañeda dio un par de caladas y contestó con una expresión que a Méndez le pareció de dolor:

—No.

—Pero ¿no acaba de decirme que en la caja fuerte había las pruebas que necesitábamos?

—Sí, así es, allí había pruebas que podrían inculpar a Muñoz o, al menos, relacionarlo directamente con la víctima, pero…

—¿Pero…?

—Muñoz no pudo cometer el crimen, al menos el de Rosalía. Tiene una coartada.

—¿Una coartada? —Méndez volvió a saltar de la silla—. ¿Me está diciendo que hemos estado perdiendo el tiempo con un hombre que no pudo cometer el crimen?, ¿he de entender que no se molestó en comprobar ese pequeño detalle antes de que nos embarcáramos en la historia de la caja fuerte?

Algunos de los agentes de aquella comisaría hubieran pagado el sueldo de un año por atreverse a hablarle a Castañeda en aquel tono recriminatorio, ni siquiera se atrevían a soñarlo. Méndez, en cambio, lo hacía sin ser consciente de que en él se encarnaba el deseo de una decena de empleados resentidos.

El comisario aceleró el ritmo de las caladas como si quisiera coger energía. Debió conseguirlo porque su voz sonó casi como un rugido:

—Por supuesto que lo comprobamos. Ya sabía por Sepúlveda y por otros empleados del hotel que Muñoz se ausentó del Oriente la noche del crimen. Erróneamente pensé que no podría justificar su presencia en otro lugar. Tampoco nos dio tiempo de verificar mucho más. Te recuerdo que es muy difícil acercarse a un preboste como él sin tener pruebas de peso. Albergaba la esperanza de poder hacerlo si teníamos suerte con el contenido de la caja fuerte, pero ha bastado que levantara el teléfono e hiciera un par de llamadas para que me informaran gentilmente de que el señor Muñoz estuvo muy ocupado durante el intervalo de tiempo en que debió cometerse el crimen.

—¿Dónde estuvo?

—¿Quién? —Por su expresión ausente parecía que Castañeda había iniciado un viaje a un lugar lejano.

—Quién va a ser, Muñoz.

—En el Panamá, una casa de putas de la zona alta.

—Imagino que esa es una coartada estupenda —exclamó Méndez escupiendo una buena dosis de ironía.

—Te aseguro que lo es, sobre todo si uno de tus compañeros de juerga es un alto mando militar.

Mientras hablaba, Castañeda expulsaba el humo por la boca y la nariz, como si fuera una caldera liberando presión. Méndez respiraba ese humo que lo invadía todo, sentía que llenaba sus pulmones, al igual que esa rabia ciega que le presionaba las sienes y le hacía apretar los dientes. Sus intentos por dar con el asesino no habían servido de nada, seguían igual que el primer día.

Se levantó y dio un par de vueltas por aquel despacho que cada vez le resultaba más asfixiante.

—Entonces, si no fue Muñoz, ¿quién pudo hacerlo?, ¿la banda organizada de la que nos habló su amigo periodista?

—Me temo que no. La historia que nos contó San Sebastián resultó ser muy interesante, sobre todo por el detalle del dedo cortado de la otra víctima, pero, como ya me pareció en ese momento, el resto no encaja con el caso.

—¿Lo ha comprobado? —En la pregunta de Méndez latía un tono de reproche que Castañeda no dio señales de advertir.

—He hablado con colegas italianos y las circunstancias que rodean ambos crímenes no se corresponden con el *modus operandi* de lo que ellos llaman Cosa Nostra. Por otro lado, es poco probable que esas dos muchachas tuvieran algún tipo de relación con la organización criminal y, menos todavía, que representaran una amenaza o quisieran atemorizar a alguien con sus muertes. Estoy convencido de que el culpable tiene que ser alguien más cercano.

Castañeda dio otra profunda calada, tragándose el humo y su frustración.

—Hemos estado siguiendo el camino de una falsa pista, pero no ha sido en vano.

Méndez recordó entonces el sobre color crema que el comisario le había enseñado en la cafetería.

—¿Se refiere a lo que encontraron en la caja fuerte?

—Así es. —Y sacó de uno de los cajones el sobre. Extrajo su contenido y lo depositó sobre la mesa. Se trataba de un montón de fotografías. Por su volumen y tal como las había colocado, boca abajo, producían el efecto de una baraja de cartas.

Como si aquella pila inerte pudiera de repente despertar y saltarle a la yugular, Méndez se acercó cauteloso.

—¿Puedo verlas?

—No creo que te convenga hacerlo.

—Encontré el cadáver de Rosalía. ¿Cree que unas fotos pueden provocarme más dolor?

—Sí.

—Deje que eso lo decida yo.

Castañeda extendió los brazos mientras se encogía los hombros. Dejó que Méndez tomara el conjunto de fotografías dispuesto a examinarlo. Al primer contacto, le parecieron un puñado de estampitas abandonadas por una beata en el banco de una iglesia. Al darles la vuelta pensó que no podía estar más equivocado. O no. Después de todo, lo que vio allí fue una sucesión de caras virginales con una fingida expresión de arrobo místico, núbiles de extática belleza instantes antes de ser entregadas al sacrificio. La diferencia con las imágenes sacrosantas estaba en la desnudez del cuerpo, en las posturas dolorosamente grotescas, en los labios infantiles pintados con exageración, en los altos tacones sobre los que se intuía, a pesar de la inmovilidad de la imagen, la dificultad para mantenerse en equilibrio. Quería apartar sus ojos de ellas, pero cuanto más lo deseaba, más fascinado se sentía por aquel pozo obsceno y doloroso que le atraía como el abismo cautiva al suicida. Las mujeres, casi niñas, sonreían falsamente a la cámara, o simulaban una expresión inocente, provocadora o de embriaguez, pero en todas ellas latía un sufrimiento mal disimulado, una sumisión que tenía su origen no en la búsqueda de placer, sino en la desesperación por alejar el hambre de sus vidas. Se le revolvieron las tripas. Una de las muchachas que le sonreía lasciva desde el fondo de esas fotografías era Rosalía.

Castañeda se las arrebató y volvió a introducirlas en el sobre.

—Las fotografías fueron realizadas en la habitación de Muñoz, al menos en una de las habitaciones del hotel Oriente, de eso no hay duda. Se ha recreado un rudimentario escenario, pero no es difícil identificar los relieves de las paredes, las alfombras o el ángulo de la chimenea. Me he molestado en comprobarlo personalmente. He visitado algunas de las suites y, aunque todas tienen características

similares, creo que podemos dar por supuesto que las fotografías se tomaron en la habitación del estraperlista.

Méndez se había quedado quieto, como si continuase teniendo aquellas cartulinas en las manos, y no le escuchaba. Hasta sus oídos llegaba la cadencia lejana de una voz, pero era incapaz de descodificarla, de dotarla de significado. Esperaba despertar, comprobar que estaba en medio de una pesadilla, pero miró a su alrededor y vio que todo era real: Castañeda hablaba y fumaba, el calor era cada vez más intenso y el vacío en sus entrañas se agrandaba como un globo llenándose de agua.

—Estas fotografías demuestran que nuestro amigo tenía un íntimo contacto con la víctima.

—Eso ya lo sabíamos —susurró Méndez aún sumergido en un estado de letargo defensivo.

—Estas fotografías certifican su relación, pero, sobre todo, lo ponen en una situación muy difícil.

—¿A qué se refiere?

—A que lo tengo cogido por los huevos. Gracias a este material puedo enjaularlo, hacer que pague por este y por otros delitos que tiene pendientes de pago.

—¿Me está diciendo que puede usar una prueba conseguida ilegalmente?

—¿Y no es eso lo que esperabas que hiciera de haber encontrado algo que lo inculpara del asesinato de Rosalía? De todos modos tienes razón, oficialmente no puedo usarla, pero sí sacarle provecho, de la misma manera que lo habría hecho si hubiera encontrado pruebas que lo acusaran del asesinato de tu amiga. Una cosa es la ley y otra la justicia.

Méndez pasó por alto el cinismo que destilaba esa observación.

—¿Y cómo piensa hacerlo?

Castañeda sonrió y su cara volvió a adquirir ese aire siniestro de calavera en noche de difuntos.

—Utilizando esto —le respondió mientras agitaba un pequeño cuaderno de tapas negras—. Esta libreta estaba junto a las fotografías que acabas de ver. En ella aparecen los nombres de los clientes que adquirían el material pornográfico que nuestro amigo

producía. En algunos casos solo aparecen las iniciales, pero en otros Muñoz fue tan osado que escribió el nombre completo, además de diversas anotaciones que indican las peculiaridades que debía tener la chica, así como la escenografía que era del gusto del comprador. Por lo visto, a nuestro hombre no le importa la naturaleza de la mercancía a la hora de hacer dinero, lo único que le interesa es que deje un buen margen de beneficios, qué más da que sea café, tabaco o un puñado de adolescentes disfrazadas de puta.

Méndez hizo un esfuerzo por ignorar la última frase del comisario.

—Sigo sin tener clara cuál es su estrategia.

—Aunque todavía me quedan muchas anotaciones por identificar, pues aún no he tenido tiempo para revisar todo el galimatías de nombres, iniciales y códigos, me basta la parte que he estudiado para saber que entre los clientes de Muñoz hay varios hombres de gran influencia económica y política, hasta alguno he encontrado de importante peso en la Iglesia.

Había vuelto a prestarle atención, como si eso pudiera liberarle del rostro de Rosalía mirándolo desde aquellas fotografías, transformada en una criatura extraña, dolorosamente esperpéntica y cautivadora a la vez.

—A ver si lo entiendo, si en esa lista aparece gente poderosa, ¿no es eso un seguro de vida para nuestro hombre?, ¿no ocurrirá como otras veces y esos contactos le servirán de salvavidas?

—No en esta ocasión si juego bien mis cartas. Apuesto a que cualquiera de los capitostes cuyo nombre aparece en los apuntes de Muñoz estaría encantado de que cerráramos este escabroso tema de la manera más discreta posible. Para esos respetables hombres sería un desastre que este asunto se airease, aunque fuera en *petit comité,* pues su reputación se vería seriamente afectada. Yo podría ayudarlos a que el asunto se solucionara sin que ninguno de ellos se viera involucrado, ni siquiera salpicado, pero, como es natural, a cambio necesito un cabeza de turco, un culpable sobre el que pueda recaer todo el peso de la ley. ¿Adivinas en quién estoy pensando?

Los ojos de Castañeda brillaban cada vez más. Un rubor se había adueñado de sus ahuecadas mejillas, rejuveneciendo su rostro

apergaminado. Parecía satisfecho consigo mismo, en paz con la vida. Al fin había saldado una deuda pendiente. Méndez no recordaba haberlo visto sonreír durante tanto tiempo seguido.

Entonces fue cuando lo comprendió todo, cuando sintió que el enfado se le tornaba rabia, que esta se transformaba en ira y que la ira no era más que la expresión de su impotencia. Le hubiera gustado que Castañeda no fuera un policía. Liberado de esa determinante y funesta circunstancia, la hubiera emprendido a golpes con él. El comisario lo había estado utilizando. Se había burlado de él y de su dolor. Al comisario le importaba un carajo descubrir al asesino de Rosalía, le importaba una mierda resolver asuntos de tan baja estofa, le traía más a cuenta pillar a peces gordos como al estraperlista del hotel Oriente. Con esa clase de asuntos seguro que conseguiría sacar lustre a su expediente y quién sabe si apaciguar el sabor a derrota que le había dejado su paso por el frente oriental. ¿A quién le importaba el asesinato de una muchacha del Distrito Quinto que, por si ese bagaje no fuera ya determinante, además se prostituía? A los tipos como Castañeda no les inmutaba ni el hambre ni la miseria que guiaba la vida de los de su clase, no entendían la desesperanza que les corroía las entrañas, no eran capaces de comprender que cuando no se tiene futuro lo único que cuenta es llenar el estómago en el presente.

Castañeda estaba a punto de encender un cigarrillo cuando Méndez se dirigió hacia la puerta impulsado por un arrebato repentino.

—¿Qué te pasa, chico?, parece que se te llevan los diablos.

Méndez lo miró como si por primera vez estuviera dispuesto a darle la razón. Castañeda vio en su mirada algo que le intimidó.

—Ahora que ya tiene lo que quiere, supongo que no le importará que me vaya.

El policía se preguntó qué puñetas tenía aquel mocoso impertinente y engreído que siempre lograba hacer aflorar en él un sentimiento de culpabilidad.

Méndez se marchó dando un portazo. Castañeda no fue consciente de ello hasta que la llama con la que pretendía encender el cigarrillo le quemó los dedos.

—¡Mierda! —Su bramido se escuchó más allá de los confines del despacho.

Vázquez, al otro lado de la puerta, rezó por que el comisario no reclamara su presencia.

* * *

Fue rompiendo por callejuelas oscuras y húmedas hasta desembocar en la del Carmen; una vez allí, caminó pegado a los muros de la Biblioteca Central, incluso los acarició con la yema de los dedos como si el simple tacto de aquellas sabias piedras le proporcionara el consuelo que solo es capaz de dar el paso del tiempo. Raimundo no le había transmitido el amor por las iglesias, pero sí por templos paganos como ese. Desde muy pequeño le había indicado la conveniencia de visitar ese santuario con religiosa periodicidad, pues esa era —aseguraba— la mejor forma de aliviar penas y purgar soledades. «El hombre que lee nunca está solo», le había susurrado muchas veces mientras paseaban ante aquella impresionante sucesión de estantes repletos de libros. A Méndez le conmovía pensar en la cantidad de lectores que los habrían disfrutado, le turbaba imaginar las diferentes realidades y épocas desde las que se habrían asomado a sus páginas, las emociones que habrían despertado, las conciencias que habrían agitado.

A menudo acudía a la biblioteca con el único objetivo de empaparse de la paz que transpiraban aquellos muros que en el pasado habían acogido un hospital. Si en aquel lugar antes se sanaban los cuerpos, ahora lo hacían las almas. Bajo aquellos techos abovedados se hallaba la atmósfera idónea para reflexionar, olvidar las miserias terrenales o expiar los pecados mortificándose con alguna lectura soporífera. A Méndez le atemperaba el ánimo el silencio de aquellas inmensas salas, le reconfortaba la expresión reconcentrada de los asiduos que, sentados a las distintas mesas, se perdían entre las páginas de un libro. Allí dentro uno podía levitar, desprenderse de las cargas mundanas y aspirar el sutil olor a madera, sudor, tinta y papel, sin duda el olor de la Historia.

Al acceder a la sala principal advirtió que el ritmo de su respiración se ralentizaba, que su ánimo, tan agitado cuando había salido del despacho de Castañeda, se sosegaba. Echó un vistazo a su alrededor y eligió una de las mesas más despejadas para tomar asiento. Una vez instalado, observó a un anciano que, inclinado sobre un tomo de grandes dimensiones, reseguía las líneas con uno de sus dedos mientras movía los labios emitiendo un entrecortado susurro. Daba la impresión de que la lectura le suponía un gran esfuerzo, como si aquel texto fuera una cima que escalar. Méndez pensó que, dada su avanzada edad y el tamaño del tomo, aquel pobre hombre no viviría lo suficiente para alcanzar su objetivo.

De pronto se sintió observado. Delante de él, ocupando un asiento en diagonal, había un chico de más o menos su edad. Vestía como un señorito, aunque sus ropas distaban mucho de ser nuevas. A pesar de ello, tenía un aspecto pulcro y un aire intelectual que confirmaban sus manos, libres de las asperezas y raspaduras propias de los que desempeñan un trabajo físico. Entre los dedos sujetaba una pluma gris con la que sin duda había llenado las cuartillas que tenía delante. A Méndez le impresionó la delicadeza de la caligrafía, la letra menuda que se sucedía en perfecto equilibrio, línea tras línea, respetando los márgenes con uniforme exactitud. Aquel joven de pelo ondulado y mirada melancólica le resultaba familiar. Procurando no alterar la paz de aquel lugar susurró:

—¿Nos conocemos?

—Creo que sí. Si no me equivoco, hemos coincidido en alguna de las matinales del Price.

Méndez asintió, estaba seguro de haber visto alguna que otra vez a aquel chaval que le recordaba a Glenn Ford.

—¿Vives por aquí?

—En el Poble Sec, en la calle Tapioles.

Casi se le escapa una exclamación que hubiera perturbado el esmerado ensimismamiento del viejecito sentado unas sillas más allá.

—¿En Tapioles? Entonces vivimos muy cerca. Me asombra que no hayamos coincidido en más ocasiones.

—Tal vez sea porque he pasado largas temporadas en Zaragoza, en casa de una tía, y cuando estoy aquí dedico casi todo mi tiempo a estudiar o escribir.

—¿Escribir?, ¿y qué escribes?

—Estoy escribiendo una novela —contestó el otro con cierto reparo. Sabía que aquella era una actividad ingenua en un país ensombrecido por la dictadura.

Su respuesta impactó a Méndez, era la primera vez en su vida que conocía a alguien capaz de afrontar un reto así.

—¿Y de qué va?

—No es fácil de explicar.

Su entusiasmo se vino abajo. No resultaba muy prometedor un autor incapaz de aclarar de qué hablaban sus libros.

El escritor en ciernes captó la decepción de su interlocutor y se apresuró a justificarse:

—Es una historia de amor, pero no es solo eso… En realidad, ese es el pretexto para hablar de otras muchas cosas. Es mi primera novela y deseo volcar mucho en ella, quizá demasiado… Me gustaría que los personajes tuvieran alma, a través de ellos retratar cómo era esta ciudad antes de la guerra, hablar de cómo éramos y en qué nos hemos convertido, del peso de la historia sobre el pequeño destino de los hombres.

Méndez arrugó la nariz, aquel tema no le parecía muy atractivo.

—¿No eres demasiado joven para eso? Pensaba que por tu edad escribirías otro tipo de historias.

—¿Qué tipo de historias?

—No sé, tal vez un libro de aventuras, o en todo caso algo menos nostálgico. Yo estoy un poco cansado de la guerra y de los fantasmas del pasado —se lamentó Méndez recordando las discusiones que tenía con Raimundo por ese motivo—. En algún momento habrá que mirar hacia delante y dejar que se desvanezcan todas esas sombras viejas.

El joven escritor lo miró con mayor atención, como si aquel desconocido le hubiera dado una clave que hacía tiempo andaba buscando.

—Sombras viejas…, me gusta, creo que sería un buen título para mi novela.

—Pues quédatelo, considéralo un regalo —respondió Méndez, y añadió en broma—: Eso sí, me debes una.

—¿Cómo te llamas?

—Ricardo, ¿y tú?

—Francisco.

El viejo ya les había lanzado un par de miradas recriminatorias durante la conversación y ahora emitió un sonido gutural que los muchachos interpretaron como un toque de atención más severo.

—Tengo que irme, es tarde —dijo Francisco al tiempo que se levantaba.

—Hasta la próxima —le contestó Méndez—. Aunque quién sabe si volveremos a encontrarnos.

—Sí, quién sabe. —Le tendió la mano por encima de la mesa.

Méndez no estaba acostumbrado a ese tipo de formalidades, pero correspondió con gusto. Pensó con cierta resignación que aquel muchacho representaba lo que él nunca llegaría a ser. Tenían un mismo origen pero dos destinos distintos. En su vocación veía la llama de la esperanza, el anhelo por hacer realidad sus deseos, la ilusión de un futuro. Él, en cambio, se sentía atado a aquellas calles y quién sabe si a esas sombras viejas que tanto detestaba.

—Hasta otra ocasión, Ricardo —se despidió Francisco tras recoger sus enseres.

A Méndez le pareció que aquel chico tenía el sello de la bondad y la sabiduría, una doble marca que hasta entonces solo había encontrado en Raimundo. Quizá por eso se decidió a indicarle con voz fuerte y firme, aun a riesgo de que el viejo le arrojara el tomo a la cabeza:

—Llámame Méndez.

14

Apenas se había alejado unos pasos del portal cuando le salió al encuentro un alfeñique trajeado y con un sombrero que, inclinado hacia un lado, le cubría buena parte del rostro. Al principio no le reconoció.

—El comisario quiere verte, está esperándote en el Chicago —le dijo Vázquez, el tipo al que había visto en el despacho de Castañeda.

El agente vestido de paisano siguió adelante y Méndez encaminó sus pasos hacia el café. No sabía con qué ánimo afrontar la cita. Apenas había pegado ojo esa noche reprochándose el comportamiento del día anterior. Se había dejado llevar por los nervios y eso no le convenía. Aunque no se fiara de las intenciones de Laureano Castañeda, necesitaba su ayuda. No podía permitirse el lujo de bravuconadas como aquella.

Esa tarde había salido de casa con la intención de localizar a los padres de Rosalía y hacerles algunas preguntas. Albergaba la esperanza de encontrar algún hilo del que tirar, pero una vez en la calle se había dado cuenta de que le faltaban tablas para encarar la situación. A él no le avalaba ninguna autoridad que le permitiera hacer según qué tipo de preguntas, mucho menos cuando estas podían resultar insultantes o dolorosas. Castañeda era el hombre ideal para esa misión, así que acabó por considerar providencial que lo reclamara en ese momento.

Cuando llegó al Chicago, Castañeda ya estaba con una copa en la mano. Méndez resopló, la estampa no presagiaba nada bueno.

El comisario parecía estar muy concentrado en sus pensamientos, pero bastó que el joven se acercara a la mesa para que, como si dispusiera de una amplísima visión lateral, le espetase:

—Siéntate.

Su voz sonó severa y Méndez se preparó para recibir una descarga de reproches. Por eso se sorprendió cuando Castañeda musitó:

—Puede que no sea el mejor policía de la ciudad, pero puedes apostar tu vida a que soy un hombre de honor. Mi deber es descubrir

quién mató a esa chica y eso haré.

Aunque lo estaba mirando a los ojos, Méndez tuvo la sensación de que no lo estaba viendo, de que a través de él vislumbraba imágenes que procedían de un lugar o un tiempo muy lejano.

—Podríamos hablar con los padres de Rosalía, quizás ellos puedan darnos alguna pista.

Castañeda, que ya había vuelto del paisaje mental al que había viajado, dio un sorbo a la copa de coñac, chasqueó los labios y respondió con cierto aire de suficiencia:

—Ya los interrogamos, fue una de las primeras cosas que encargué a mis hombres. —Hizo una pausa para prender un cigarrillo y añadió—: No sacaron nada de interés. Aun así, tienes razón, convendría hacer otra ronda de preguntas. Esta vez me encargaré yo personalmente, ¿te gustaría acompañarme?

—Claro.

Castañeda sonrió y en aquel momento ambos entendieron que el desencuentro de la víspera había quedado zanjado.

—Antes de eso debemos ocuparnos de otro asunto. Tengo que contarte algo.

Méndez se preparó para una mala noticia. Hasta el momento las novedades referentes al caso no habían sido muy reconfortantes.

—¿Ves a esta chica? —Le mostró una de las postales pornográficas sustraídas a Muñoz.

Como para no verla. El comisario estaba señalando a una joven entrada en carnes que, desnuda y en una postura impúdica, miraba lascivamente a la cámara mientras acercaba su lengua a uno de los pezones de Rosalía, quien, con los ojos vendados y un par de medias como única indumentaria, abría la boca adelantando el gesto de sorpresa que le habría de provocar el contacto húmedo de los labios de su compañera de juegos.

Méndez se quedó atrapado en esa imagen que le atraía y espantaba a partes iguales.

—A pesar de su aspecto aniñado, no es tan cría como parece, tiene más de veintitrés años.

Lo escuchaba con expresión atontada sin poder apartar de su mente la imagen de las dos jóvenes, aunque Castañeda ya había

vuelto a guardar la fotografía en un bolsillo de su chaqueta.

—Eso significa que es mayor de edad, pero lo importante es que su ficha está en nuestros archivos. Ha sido detenida en más de una ocasión y seguro que estará encantada de contarnos detalles interesantes sobre el tipo de gente con el que se relaciona a cambio de no volver a pisar el calabozo. —Dio una profunda calada y concluyó con una voz baja y profunda que impresionó a Méndez—: Es muy probable que ella conozca, sin saberlo, al asesino.

Dio un respingo en la silla. Por su mente había cruzado una terrible idea.

—Eso si sigue viva. Si el hombre que mató a Rosalía, como todo apunta, fue también el que mató a Brigitte, puede que también haya acabado con la vida de esa chica, su perfil es similar al de las otras víctimas.

—Tranquilo, la chica no ha sufrido ningún daño y, por si acaso, tengo a uno de mis hombres vigilándola. No obstante, la mejor forma de protegerla es dar con el asesino lo antes posible. —Se acercó para susurrarle—: Me alegra comprobar que tienes olfato, que piensas como un policía.

Incómodo porque lo comparara con uno de los suyos, Méndez se apresuró a responder:

—No pienso como un policía, simplemente pienso como alguien que está acostumbrado a que las cosas vayan mal.

—Tal vez eso sea la misma cosa. Anda, pongámonos en marcha. No conviene demorar más la charla con esa joven, no hay tiempo que perder.

Mientras el comisario bebía el último trago y apagaba el cigarrillo, Méndez se incorporó con rapidez. Le alentaba pensar que ese podía ser el cabo que andaban buscando, la clave para encauzar de nuevo la investigación. La nueva perspectiva, sin embargo, no le impedía ser consciente de que aquella no iba a ser una entrevista agradable, pues posiblemente saldrían a relucir aspectos escabrosos de la vida de su amada que prefería ignorar. A pesar de las evidencias, para él Rosalía seguía siendo una chica ingenua que iba a las verbenas de barrio y se ruborizaba cuando él la miraba. Le costaba aceptar que la adolescente de la que se había enamorado y esa otra, la que lo

miraba desde aquellas postales esperpénticas elaboradas para satisfacer deseos anónimos, fueran la misma persona.

Ya en marcha, Castañeda, reconfortado por el efecto del coñac, se animó a exponer su teoría policial:

—He estado repasando toda la información recopilada hasta el momento y creo que podemos elaborar un retrato psicológico del tipo al que buscamos sin riesgo a equivocarnos demasiado. Por mi experiencia y, sobre todo, por lo que he aprendido en largas charlas con diversos especialistas, no arriesgo demasiado si concluyo que nos encontramos ante un asesino que necesita que sus víctimas posean una serie de características comunes; en este caso, mujeres jóvenes, atractivas y que se ganen la vida comerciando con su cuerpo. Buscamos a un hombre que actúa movido por un impulso que no puede controlar, pero al mismo tiempo, y eso no debemos olvidarlo, alguien que planifica perfectamente sus actos, que no deja nada a la improvisación. Tal vez no sepa por qué mata, pero sí sabe cómo y cuándo va a hacerlo.

»No le basta con asesinar a las chicas, tiene que ejecutarlas de una determinada manera. En ambos crímenes les amputó el dedo índice de la mano izquierda, en ambos se esforzó por evidenciar que habían sido violadas y en ambos la muerte se produjo por asfixia. Además, claro está, del macabro detalle de los animales: un pájaro en el asesinato de Brigitte y un gato en el de Rosalía. Esta cuidada puesta en escena requiere una preparación, un ritual que, me atrevería a decir, deja al descubierto un problema de índole sexual.

Méndez solo tuvo tiempo de interrogarle con la mirada.

—No puedo afirmarlo en el caso de Brigitte, porque el seguimiento no se hizo como debía y el informe deja mucho que desear, pero apostaría a que, al igual que Rosalía, no fue forzada sexualmente.

Vio cómo Castañeda encendía otro Ideales y le daba varias caladas seguidas como si de pronto hubiera recordado que llevaba demasiado tiempo sin fumar.

—Como ya te comenté, descarto la hipótesis de mi amigo San Sebastián. Estoy convencido de que en esta historia hay algo mucho más íntimo…, más sexual.

—Pero si usted mismo acaba de decir que no abusaron de ellas —replicó confuso el joven—. No entiendo entonces por qué se empeña en señalar un móvil de esa naturaleza.

—Me baso en el modo en que ese individuo acabó con sus víctimas, en que las asfixió. Esa forma de matar está muy vinculada al impulso sexual.

Méndez agitó la cabeza, como si ese movimiento le permitiera recolocar las ideas.

—No sé si le estoy entendiendo, ¿qué tiene que ver una cosa con otra?

—Te lo explicaré. Algunos estudiosos del tema afirman que existe una conexión psicológica: matando por asfixia el asesino busca el contacto físico, el cuerpo a cuerpo. No interviene ningún arma, no hay distancia, nada se interpone entre la víctima y el verdugo, como dos amantes entregándose uno al otro, solo que en este caso uno posee y el otro sucumbe. Es una danza macabra en la que también hay deseo, no de amar, sino de matar, y esa tal vez sea la expresión máxima de la necesidad de absorber al otro.

El joven escuchaba sorprendido el razonamiento del comisario. Aquella podía ser una teoría peregrina, pero a él lo estaba ayudando mucho a elaborar un boceto mental del asesino.

—Hay otros elementos que refuerzan esta idea. Cuando se produce la muerte por estrangulamiento, los ojos de la víctima se voltean ligeramente para atrás a causa de la falta de oxígeno, una reacción física en apariencia similar a la que experimenta la mujer durante el clímax sexual.

Méndez se sentía algo violento y a la vez interesado por aquellas explicaciones, que le parecían fascinantes. Aunque hubiera preferido seguir escuchando, no pudo evitar intervenir:

—Resumiendo, buscamos a un hombre inteligente y calculador, pero que actúa movido por un impulso sexual. Por supuesto, debe ser alguien con la suficiente corpulencia como para controlar físicamente a sus víctimas, que, aunque indefensas, seguro emplearon todas sus fuerzas para salvarse. Por lo que se deduce del hecho de que Rosalía acudiera voluntariamente a la supuesta cita en

el lugar donde encontraron su cuerpo, hablamos de un sujeto que sabe ganarse la confianza de sus víctimas.

—Que sabe ganársela o que previamente establece con ellas una relación, aunque sea de índole comercial, ya me entiendes, de puta a cliente.

—Muchas gracias por la aclaración, pero ya le había entendido —replicó irritado Méndez.

—Si es así, probablemente hablamos de un hombre con el suficiente poder adquisitivo como para acercarse a esas chicas con facilidad. Perdón si te ofendo, pero no eran putas baratas. —Tiró al suelo la colilla y cogió otro cigarrillo sin sacar la cajetilla del bolsillo. Sus dedos, a fuerza de repetir el mismo gesto, funcionaban con la habilidad de un ilusionista.

—Maldita sea, el asesino no puede ser otro que el ricachón del hotel Oriente. No tiene escrúpulos, es astuto, conocía a las dos víctimas y su turbia sexualidad queda probada con las fotografías encontradas en su caja fuerte.

—Sí, todo encaja, salvo por un pequeño detalle: que Muñoz tiene coartada, una buena coartada. Puedo asegurarte que la he comprobado bien. —El comisario dio varias caladas rápidas en un intento de apaciguar el malestar que le provocaba haber errado en sus primeras suposiciones. Y achicando los ojos añadió—: A menudo solo vemos lo que queremos ver y eso es lo que nos ha pasado con Muñoz. Nos esforzamos tanto por encontrar aquello que nos dé la razón que pasamos por alto los detalles bajo los que se esconde la verdad. Los ignoramos porque no sabemos interpretarlos, como un jeroglífico incompleto, ¿entiendes lo que quiero decir?

Méndez asintió y Castañeda siguió su razonamiento:

—Muñoz es tan despreciable que sería el culpable perfecto, pero eso no significa que lo sea.

El comisario detuvo la mirada en el cigarrillo, como si necesitara cerciorarse de que este se consumía a la velocidad adecuada, y se adelantó unos pasos cabizbajo. A Méndez le pareció que arrastraba un peso invisible cuando concluyó con voz apagada:

—Recuerda que no buscamos a un culpable, buscamos la verdad.

Caminaron un rato en silencio, Castañeda sumido en sus pensamientos y Méndez atormentándose con la recurrente imagen de Rosalía avanzando sola en la noche al encuentro de su asesino, un asesino al que no eran capaces de ponerle un rostro. De pronto le asaltó un nuevo temor.

—Es posible que yo viera al asesino esa noche.

Castañeda le dirigió una mirada severa.

—Cuando te tomaron declaración afirmaste no haber visto a nadie.

—No vi a nadie cuando acompañé a Rosalía, pero quizá el asesino la estuviera controlando a distancia, quizá lo hiciera desde el principio de la noche, desde que ella y yo nos encontramos en la verbena.

Un estremecimiento le recorrió el cuerpo. Era inevitable pensar en aquella sombra que lo había estado acechando esos últimos días, imposible ignorarla, no sospechar que tal vez aquel individuo fuera el verdugo de su amiga. Estuvo tentado de confesar sus temores a Castañeda, pero le pesó más el miedo a cometer una imprudencia; ¿y si el que lo había estado siguiendo era uno de los hombres del comisario? Se sentía confuso, como un cachorro que aún no ha aprendido en quién se puede y en quién no se debe confiar.

A modo de advertencia susurró:

—Quién sabe si no nos está observando ahora.

—Es posible. —Los ojos del comisario de transformaron en dos ranuras impenetrables antes de sentenciar con voz cavernosa—: Nuestro hombre controla bien el escenario en el que se mueve, así que es fácil que conozca a los personajes que actúan en él. Estoy seguro de que vive en el barrio. Comete los crímenes en esta zona porque es aquí donde se siente seguro, estas son sus calles.

A Méndez le intimidaba el aplomo del comisario. Casi parecía que lo estuviera señalando con el dedo y le dijera: tú también puedes ser el asesino.

Castañeda se detuvo de nuevo. Dio una profunda calada, levantó el mentón y dejó que el humo saliera de su boca expulsándolo desde el labio inferior. Contempló las volutas. A través de ellas esperaba encontrar una senda por la que avanzar. Luego tiró la colilla y la

aplastó con el pie, dedicando a ello un tiempo y un empeño exagerado.

—¿Viste a alguien en el baile que te llamara la atención?

Hizo un ejercicio de memoria, consciente de que era un esfuerzo inútil. Había repasado decenas de veces aquella verbena en las horas previas al asesinato: no recordaba haber percibido la presencia de alguien extraño. Claro que solo había tenido ojos para Rosalía. Si alguien la había estado acechando, él no se había dado cuenta. Pensar en ello le provocaba un sentimiento de culpa que se materializaba físicamente, como si tuviera una esponja en el estómago que absorbiera cada vez más y más agua.

—Es aquí. —El comisario señaló un edificio de dos plantas de aspecto siniestro encajado en un callejón que desembocaba en la calle del Cid.

Hasta la nariz les llegó un hedor a orines derramados noche tras noche contra aquellas paredes. Cualquier día los distinguirían con el sello de Denominación de Origen. Dos hombres pasaron a su lado, iban tambaleándose y desprendían un tufo a alcohol. Castañeda los miró con desprecio y murmuró algo que Méndez no logró entender.

Se internaron en el portal y subieron por las escaleras. Las baldosas tenían roña incrustada y la barandilla, de madera, había perdido todo su barniz. Las piezas de mármol que remataban los peldaños acusaban un evidente desgaste en su parte central, parecía que el peso de cientos de pasos perdidos se hubiera depositado allí.

Castañeda se detuvo ante una de las dos puertas que encontraron en el primer rellano y dio dos fuertes golpes con el puño. No había timbre ni tampoco ningún distintivo que identificara aquel piso, pero el policía sabía muy bien adónde iba. Alguien atendió la llamada, entornó la puerta y los contempló desde la oscuridad.

—Castañeda.

Al comisario le bastó pronunciar esa palabra para que la puerta se abriera completamente.

Una chica de formas redondeadas y piel transparente les dio paso a un diminuto vestíbulo desnudo de muebles y ornamentos y los guio por el estrecho pasillo. Observaron desconchados y

manchas de humedad por todas partes. A Méndez le sorprendió el sórdido aspecto de aquel lugar. Había esperado encontrar un decorado más acorde con lo que él imaginaba era el mundo de las chicas de alterne de lujo, esas que los incondicionales de la Nueva España, casados por la Santa Madre Iglesia y seguidores acérrimos del Régimen, llevaban a comer al restaurante Los Caracoles en muestra de su extrema generosidad antes de pasárselas por la piedra.

—¿No dijo que las chicas como esta ganaban mucho dinero?

—Dije que no eran baratas, no que el dinero se lo llevaran ellas, ¿o es que acaso tu querida amiga nadaba en la abundancia?

Méndez pensó que Castañeda tenía un don natural para resultar hiriente, aunque desconocía si era consciente de ello.

La joven, que parecía haber estado esperando la visita, señaló una mesa camilla cubierta por un mantel con grandes flores estampadas que desentonaban con la tristeza del cuarto, e invitó a los dos visitantes a que se sentaran con ella. Al acercarse, a Méndez le llegó una vaharada de su perfume, que por un momento logró imponerse al olor acre de la miseria.

Castañeda sacó su paquete de Ideales, extrajo un cigarrillo y jugueteó con él. Méndez estaba convencido de que aquellos movimientos no eran más que una estudiada coreografía para posponer el inicio de la conversación y aumentar el nerviosismo de la joven.

Durante unos segundos solo se escuchó el sordo rumor de los ecos de la calle, de la vida que palpitaba en la ciudad, que desde aquella habitación uno imaginaba lejana e inasible.

Méndez aprovechó aquel incómodo silencio para observar con detenimiento a la compañera de Rosalía en aquellas postales pornográficas. Al natural, tenía la cabeza desproporcionadamente grande, o tal vez fueran los hombros los que resultaban demasiado estrechos. Esa falta de armonía se compensaba con la dulzura que desprendían sus rasgos aniñados, la redondez de sus ojos, la carnosidad infantil de sus labios. Méndez evocó las imágenes de las fotografías y sintió que se ruborizaba ante aquella muchacha tan procaz y ahora tan semejante a un cervatillo asustado.

—Sus hombres han estado aquí antes —dijo ella con una voz melosa que resultaría muy efectiva con sus clientes. Hasta Méndez notaba que ese candor era fingido, pero eso no le restaba encanto —. Me han dicho que puedo estar en peligro.

—Cuando se lleva una mala vida, siempre se está en peligro. No solo se arriesga el alma, a veces también la vida.

A Méndez le irritó el tono aleccionador que había adoptado Castañeda. Tal vez solo fuera una estrategia policial, un modo de minar las defensas de su interlocutora, pero a él se le antojó una muestra gratuita de poder, una innecesaria forma de pisotear a alguien a quien la vida ya había condenado de antemano a arrastrarse por el suelo.

Aunque se le adivinaban unos cuantos años más que a Rosalía, los suficientes como para que se hubiera evaporado de ella buena parte de su inocencia, aquella chica le inspiraba ternura y compasión. Después de todo, aunque ya hubiera alcanzado la mayoría de edad, no dejaba de ser una niña que ya había empezado a envejecer, sin transición, saltándose todas las etapas intermedias.

—Háblame de Rosalía.

—¿De quién?

Castañeda no parecía dispuesto a dar muchas explicaciones, así que sacó de su bolsillo una de las postales pornográficas en que aparecían las dos juntas.

La muchacha contrajo las facciones. Dio la impresión de que un latigazo le hubiera estallado en las entrañas, pero se recompuso al instante. La calle le había enseñado que era más efectivo sonreír que mostrar el miedo, sobre todo delante de un policía.

—Espero que le haya gustado —se atrevió a decir con voz suave.

A Méndez el comentario le pareció osado e inoportuno, aunque estaba convencido de que en más de una ocasión ese comportamiento le habría dado resultado.

—No te equivoques conmigo. Otra salida como esta y duermes en el calabozo.

Méndez suspiró aliviado, sabía que cuando Castañeda ladraba no iba a morder.

—Es Rosalía, la chica que asesinaron en Montjuïc.

—Dime algo que no sepa ya.

—No la conocía mucho. Habíamos coincidido en alguna reunión privada, ya me entiende, con gente… —La chica dudó y enmudeció mientras buscaba la palabra idónea.

—Con gente importante, quieres decir.

—No recuerdo haber hablado nunca con ella, ni siquiera el día que nos hicieron esas fotografías.

Al referirse a las postales pornográficas, Méndez tuvo la impresión de que la joven se había ruborizado, pero tal vez aquel también fuera un truco de buena profesional.

—¿Quién sacó las fotos?

La chica volvió a dudar y Castañeda tomó la iniciativa de nuevo:

—¿Emilio Muñoz?

Ella asintió con un leve cabeceo.

—¿Rosalía y tú teníais amigos comunes?

—En este negocio no hay amigos.

—¿Compartíais clientes?

—No, que yo sepa. Rosalía era el último capricho de Emilio Muñoz. Trabajaba solo para él, aunque ya debía estar cansándose de ella.

—¿Por qué crees eso?

El rostro de la joven se transformó con una sonrisa cargada de cinismo y de generaciones de amargura.

—Porque la hizo posar en las fotografías. Ese es el primer paso para que te den la patada. Al principio no te quieren compartir con nadie, pero luego la cosa cambia, te empiezan a pasar a sus amigos o a utilizarte para hacer negocios, como el de la pornografía.

Castañeda encendió por fin el cigarrillo y la chica se levantó para ir a buscar un cenicero.

—Señor comisario, yo no quiero meterme en líos, mucho menos después de lo que le ha pasado a esa chica. Si acepté lo de las fotografías fue porque necesitaba dinero para pagarme las clases de canto y baile. —Ante la mirada escéptica del comisario, apostilló—: Quiero ser artista. —Lo dijo convencida de que ese sueño era suficiente para acallar el pasado y justificar el presente.

—En este momento no es el tráfico de pornografía lo que me interesa, pero ándate con cuidado.

—No se preocupe, ya he dejado de ir de mano en mano, ahora tengo mi propio *canelo.*

Castañeda se dirigió a Méndez para aclararle:

—El *canelo* es el primo que corre con todos los gastos. —Volviendo la atención a la chica preguntó—: Aparte de Emilio Muñoz, ¿sabes de alguien más que frecuentara a Rosalía?

—No. Ya le digo que hasta donde yo sé estaba bajo su protección, pero seguro que no le faltaban candidatos. Era joven, guapa, inocente y pasaba hambre, características que gustan mucho a los hombres ricos que vienen a estos barrios en busca de diversión.

Méndez recibió ese resumen con tristeza, sobre todo porque no encerraba el más mínimo asomo de sarcasmo.

El rostro de la joven se contrajo y dos leves arrugas surcaron su frente antes de señalar:

—Hacía poco que se había metido en esto, pero tenía éxito y eso siempre despierta envidias.

—¿A qué te refieres?

—Cuando una nueva chica se introduce en el mercado, el resto la miramos mal. Entiéndalo, si tienes un cliente fijo temes perderlo, sabes que si eso ocurre vas a tener que volver a vagar de cama en cama y eso no es agradable. Con el tiempo, acabamos tolerándonos unas a otras, pero lo normal es que al principio veamos a la recién llegada como una competidora, como una amenaza. Rosalía no fue una excepción, al contrario.

Al hablar sus ojos destilaban una indefensión que a Méndez se le clavó en las entrañas. Castañeda escudriñó la expresión de la joven y le ofreció un cigarrillo. Sabía que en ocasiones era mucho más provechoso ese gesto que formular una pregunta.

Como había previsto, tras disfrutar de la primera calada, retomó su narración más confiada, como si hablara para ella misma y no con un policía de cara agria.

—Hacía meses que Rosalía había dejado de ser una amenaza para el resto de las chicas, al menos mientras estuviera bajo la tutela

de Emilio Muñoz, porque así no se veía en la necesidad de ir en busca de nuevos clientes. En ese sentido no creo que nadie le tuviera un recelo especial, excepto…

—¿Excepto quién?

—Excepto la Africana.

Era la primera vez que Castañeda escuchaba ese mote.

—¿Quién es esa Africana?

—Una compañera. Su apodo es una exageración, como ocurre con todos los sobrenombres. Su piel no es negra, pero tiene rasgos mulatos y, sobre todo, un cuerpo espectacular. Antes triunfaba entre los clientes. Era una mujerona despampanante, con unas curvas que solo se pueden concebir en el Caribe, pero el paso del tiempo no la ha tratado bien. Supongo que ella es consciente de que está quemando sus últimos cartuchos, de que ya pasó la época en que los hombres se peleaban por poseerla y que, en cierto modo, vive de las rentas de su fama. Eso la ha vuelto más rabiosa y agresiva, sobre todo con las que empiezan, y especialmente con Rosalía. Dicen que en una ocasión tuvo un altercado con ella, incluso llegó a amenazarla.

—¿Rosalía le estaba pisando el terreno?

—No, no se trataba de eso, la Africana no veía a Rosalía como una rival.

—¿Entonces?

El comisario apagó su cigarrillo y acercó el cenicero a la chica. Méndez se percató de que la espalda de ella había perdido la rigidez inicial y de que Castañeda había mudado el hábito de policía por el de confesor. Ese hombre tenía matices que no dejaban de sorprenderle.

—Para la Africana, Rosalía era un objeto de deseo. —Bajó la mirada a una de sus uñas e hizo una mueca de disgusto al descubrir un desconchado en el esmalte.

—Explícate —le conminó el comisario.

—La Africana no podía quitársela de la cabeza, pero no porque fuera una rival, sino porque quería algo con ella. —La muchacha se recreó un instante contemplando la expresión alelada de Méndez—. Todas hacemos esto por dinero, pero la Africana más que ninguna. A

ella lo que le van son las mujeres y, por lo que se rumoreaba, Rosalía le gustaba mucho.

—Si tanto le gustaba, ¿por qué la amenazó?

La chica soltó una risita amarga.

—La Africana tiene un gran cuerpo, pero muy poca cabeza. Cuando se encapricha de alguna le hace la vida imposible, sobre todo si se siente ignorada. No tolera no ser correspondida.

Castañeda y Méndez cruzaron una fugaz mirada.

—¿Quieres decir que sentía por ella una mezcla de pasión y odio?

—Creo que podría decirse así.

—¿Dónde podemos encontrarla?

—Hace tiempo que no sé nada de ella, pero pregunte en Casa Carola, al final de La Rambla. Fue el último sitio donde tengo entendido que estuvo trabajando. Es una mujer de sangre caliente y no suele quedarse mucho tiempo en el mismo lugar.

Castañeda se levantó de un salto. Ya había escuchado todo lo que necesitaba. Méndez lo imitó como un autómata mientras intentaba asimilar las últimas noticias. Su vida se había convertido en una siniestra caja de sorpresas.

Cuando ya embocaban el pasillo hacia la salida, les llegó la voz de la chica:

—Me horroriza pensar en lo que le ocurrió a Rosalía, dicen que el asesino se ensañó con ella.

Castañeda se detuvo, pero no le ofreció ninguna respuesta.

—Cuando pienso en ello, envidio a la Africana.

—¿Por qué dices eso? —El comisario volvió sobre sus pasos.

—Porque me sentiría mucho más segura. No conozco a ninguna mujer más exuberante que ella, pero tampoco a ninguna tan alta y robusta. Si no fuera por sus curvas, le aseguro que muchos dirían que tiene la constitución y la fuerza de un hombre.

15

Le gustara o no, Castañeda tenía razón: en una investigación, el afán por dar con la verdad puede convertirse en el primer inconveniente para encontrarla. Habían dado por supuesto que el asesino era un hombre, pasando por alto que a lo mejor bastaba con que lo pareciera o, dicho de otro modo, que tuviera la fuerza suficiente como para imponerse físicamente a sus víctimas. Y la Africana cumplía con esa característica.

El prostíbulo que les había indicado la chica estaba a cuatro pasos. Enseguida se encontraron ante las puertas de un edificio de apariencia anodina ante el que Castañeda se detuvo con aire resignado.

—¿Es aquí? —preguntó Méndez.

—La casa de tolerancia está en uno de los pisos. ¿No habías oído hablar de Casa Carola?

—No —contestó Méndez avergonzado por desconocer algo que intuía debía saber. Para remediar esa incómoda sensación de ingenuidad se apresuró a decir—: Tiene más fama Casa Emilia.

Castañeda ensayó una sonrisa y encendió un cigarrillo.

—Ahora no te vayas a pensar que ser policía consiste en pasarse media vida yendo de putas.

El joven, que ya lo había dado por hecho, se encogió de hombros.

—Supongo que las verdades que no interesan a nadie acaban en las cloacas y es allí donde hay que ir a buscar.

El comisario lo miró de soslayo, entre divertido y enojado, una mezcla de reacciones que sabía combinar como nadie.

Los recibió una señora con el pelo de un rubio imposible enredado en un esplendoroso moño. Aunque su aspecto era vulgar, se movía con la majestuosidad con la que regentaría un exclusivo salón de té.

—Viene muy bien acompañado, señor comisario —dijo acariciando con la mirada al joven Méndez.

En la sala principal se encontraron con un buen número de clientes alternando con mujeres de apariencia dispar. Algunas eran una invitación a la carnalidad, pero otras, ajadas y fláccidas, estaban muy alejadas de la idea de una profesional de la lujuria. No fue en estas últimas en las que Méndez centró su atención. Castañeda, más habituado a aquel espectáculo, se limitó a buscar a una que respondiera a las características físicas de la Africana. No la encontró.

—¿Busca a alguna chica en particular? —Aquella podría haber sido una pregunta inocente, pero no con la entonación que le imprimía aquella mujer.

—Chelito, no me vengas con monsergas, ¿tienes trabajando aquí a una chica a la que llaman la Africana?

—Aquí no la encontrará. Hace semanas que se fue. Ahora está en El Paraíso, una casa en las afueras, en la carretera de San Cugat. Si le interesa, puedo darle la dirección. —La estudiada cordialidad de la Chelito había desaparecido para dar paso a una actitud hosca—. Era una chica espectacular, pero muy problemática.

—¿A qué te refieres exactamente?

—Tenía cambios muy bruscos de carácter. Podía resultar encantadora y al minuto encabronarse por cualquier tontería.

—Tal vez estuviera enamorada —apostilló el comisario con una sonrisa siniestra a modo de cebo: si la Chelito sabía algo acerca de la debilidad de la Africana por Rosalía, se lo diría. No era mujer que dejara pasar la oportunidad de soltar un cotilleo.

—¿Enamorada? —La mujer repitió la palabra como si por sí sola fuera un chiste—. Castañeda, no me haga reír. Este oficio se ejerce por dinero.

—No me refiero a ningún cliente. Me han comentado que sus preferencias eran contra natura, que le gustaban las mujeres.

La Chelito lanzó un bufido, provocando una peligrosa agitación en su moño.

—No creo que su problema fuera el mal de amores. Hable con ella y sabrá por qué lo digo. ¿Quiere que le dé la dirección? —atajó deseosa de que se fueran lo antes posible.

En pocos minutos la casa se le empezaría a llenar de parroquianos y ella tenía que atender el negocio. El comisario asintió, la Chelito anotó las señas y le entregó la nota con cara de disgusto.

—A la Africana le hubieran podido ir muy bien las cosas, pero era muy difícil de llevar. Ojalá me hubiera hecho caso … —Y terminó la frase con un suspiro de desaliento que Castañeda interpretó como una manifestación de la pesadumbre que le producía el pensar en el dinero que había dejado de ganar por culpa de la díscola personalidad de aquella belleza exótica.

Alguien llamó a la puerta.

—Si no desea nada más, tengo asuntos que reclaman mi atención.

Antes de dar la espalda a aquellas mujeres que se paseaban como ganado ante los ojos golosos de los clientes, los dos hombres les echaron un último vistazo. Si iban camino al Paraíso, aquel no era un mal comienzo.

* * *

Les quedaba un largo paseo por delante. Habían calculado que, aun yendo a paso ligero, tenían más de una hora de trayecto. A ninguno de los dos, sin embargo, pareció disgustarle la idea. El sol había empezado a declinar y la ciudad, sin el efecto corrosivo de la luz intensa, se había transformado en un paisaje amable. El crepúsculo restaba crudeza a las callejuelas del Chino, confiriéndoles una apariencia más fantástica y ligera.

Apoyadas en las jambas de los portales, se asomaban algunas prostitutas vespertinas. Aquellas eran las flores más amargas que había dejado la guerra: amas de casa, viudas o esposas de represaliados a las que el hambre había abocado a esa última opción. A Méndez se le pegaban en la retina esos ojos apagados y esas sonrisas llenas de desaliento, entonces le asaltaba una angustia que le secaba la boca.

Algunas de ellas, desconocedoras de que a quien tenían delante era al mismísimo comisario Laureano Castañeda, lanzaban procaces

reclamos para atraer su atención. Méndez temió que este tomara represalias contra aquellas pobres desgraciadas que ejercían el oficio de forma irregular en la calle. Otra cosa era, claro está, las que trabajaban en casas autorizadas por el Régimen, perfectamente acomodado en la doble moral. Por fortuna, Castañeda se mantenía ajeno a lo que ocurría a su alrededor, tal vez contagiado por esa atmósfera soñolienta que deja tras de sí un día de calor.

Marcharon en silencio durante largo rato y no fue hasta que hubieron dejado atrás la Gran Vía cuando el comisario retornó a la realidad.

—Esta ciudad a veces me asfixia —y diciendo esto se detuvo delante de un puesto de bebidas.

—Nadie lo diría, parece insensible al calor.

—No me refiero a esa clase de asfixia. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias —respondió Méndez contrariado por esa pausa repentina.

—Yo sí, tomaré un digestivo. Chaval, ponme una copa de coñac y una horchata para este —dijo dirigiéndose al empleado que asomaba por un breve mostrador.

Méndez no se atrevió a rechazar la invitación, pero estaba impaciente por ir al encuentro de la Africana. Mientras esperaban sus consumiciones, escudriñó el rostro de su acompañante. Castañeda le pareció más delgado y cansado de lo habitual.

—¿Se encuentra bien, comisario?

Castañeda encendió un cigarrillo antes de contestar:

—Yo nunca me encuentro bien, me considero afortunado si no me encuentro mal.

El tono que había empleado el policía le bastó para entender que lo mejor sería apostar por el mutismo. Era evidente que su estado de ánimo se había ensombrecido. Méndez prefirió no indagar los motivos.

El mozo dejó el encargo sobre el mostrador. Castañeda bebió de un trago la copa que le acababa de servir, depositó con brusquedad unas monedas sobre el tablero y retomó el camino sin dar apenas tiempo a Méndez a dar un par de sorbos a su horchata.

Siguieron andando a paso ligero hasta dejar definitivamente atrás la ciudad de los vencidos. Ese cambio se constataba en la limpieza y amplitud de las calles que se iban abriendo ante ellos, así como en la elegancia de los edificios, con grandes ventanales que sugerían un interior de maderas nobles, bibliotecas centenarias, medias de seda y pecados que ya nacían con la absolución papal.

Acostumbrado al deambular sigiloso de los perdedores que llenaban las calles de los barrios populares, a Méndez le llamaba la atención el paso firme de los moradores de esa Barcelona limpia y refinada que le era tan ajena. Los hombres paseaban con la tranquilidad que otorga el saberse en el lado correcto de la vida. Las mujeres lo hacían con la satisfacción de sentirse bellas. Con la hermosura ocurría lo mismo que con la decencia: no hacía falta serlo, bastaba con aparentarlo. Hasta el físico más discreto adquiría un peculiar encanto cuando se adornaba con un cuidado peinado, un vestido de fino corte, zapatos acharolados, un perfume de importación y el contoneo exclusivo de las damas de alta cuna, perfecto equilibrio entre seducción y recato. Era evidente que en aquella parte de la ciudad habían olvidado la guerra. Habían logrado quitársela de encima igual que se sacude una mota de polvo de la solapa. En la Barcelona que Méndez conocía, la contienda continuaba marcando la vida de sus habitantes de forma latente, como una enfermedad infecciosa que impide tomar aire, que ahoga poco a poco hasta anestesiar por completo.

—Perdona si antes he resultado algo brusco —dijo el comisario. Y de forma inesperada añadió—: Piensas que debería moderarme con la bebida.

Méndez lo miró sorprendido.

—Siento decepcionarle, pero no suelo pensar en usted.

Ese comentario logró arrancarle una sonrisa amarga a Castañeda.

—En todo caso, eso es asunto suyo.

—Por supuesto que sí, no es algo por lo que esté dispuesto a dar explicaciones.

—Yo no se las he pedido.

—Tal vez por eso me apetezca dártelas. —Sin ofrecerle la oportunidad de rechazarlas, Castañeda retomó un relato que ya se estaba volviendo recurrente—: Cuando estuve en Rusia luchando contra los bolcheviques viví instantes terribles, de eso ya te he hablado.

—Sí —musitó Méndez.

—Hay situaciones extremas en las que crees que tu cuerpo no va a resistir más, en que el simple hecho de continuar existiendo es una tortura. En esos trances eres consciente de que has llegado al final de tus fuerzas y, sin embargo, logras sostenerte. ¿Sabes una cosa?, así descubrí que el milagro de la supervivencia no está en la fortaleza física, sino en la habilidad de la mente para desarrollar estrategias. Es la cabeza la que decide cuándo tiras la toalla o cuándo sigues adelante. El frío, el hambre, el agotamiento o el convencimiento de la derrota pueden acabar contigo, pero para ello antes tendrías que claudicar. Si la mente es capaz de tentarte con una esperanza, entonces, créeme, tienes la clave de la supervivencia.

Cuando Castañeda sacó su enésimo cigarrillo y lo encendió, Méndez lo interpretó como un gesto litúrgico, cargado de significado.

—Recuerdo una noche eterna. Estábamos sitiados en el culo del mundo, sin equipamiento, hambrientos y sin apenas reservas. El silencio lo invadía todo. Podías oír los copos de nieve caer, no es una forma de hablar: al llegar al suelo, una ligera vibración alteraba tu tímpano. Supongo que teníamos miedo, pero estábamos demasiado ocupados intentando protegernos del frío como para pensar en ello. Nos apretujábamos los unos contra los otros, sin decir nada, como si hablar fuera a consumir las pocas energías que nos quedaban.

»Esperábamos ansiosos la llegada de provisiones o de algún refuerzo que nos sacara de aquella ratonera. Por desgracia, ese anhelo chocaba con la convicción de que no le importábamos a nadie, de que probablemente nos habían abandonado a nuestra suerte. No éramos más que españoles luchando en una guerra que ni siquiera era la nuestra. Rebusqué en el bolsillo y conté los cigarrillos que me quedaban. Eran dos. Encendí uno de ellos y me estremecí pensando que ya solo me quedaba uno, el último. Te

sonará ridículo, pero en ese momento me parecía más terrible la idea de que se me acabara el tabaco que las municiones. La guerra estaba perdida, qué más se podía malograr, ¿mi vida?, ¿y qué más me daba? La vida era una carga, fumar un alivio.

»En la bruma que me aturdió esa larga noche recuerdo que, muerto de frío y exhausto, deseé con todas mis fuerzas aguantar aunque solo fuera para vivir un día en que pudiera tomarme las copas que me apetecieran o fumar los cigarrillos que me vinieran en gana sin necesidad de andar contándolos.

Laureano Castañeda dejó que su relato se evaporara en el aire. Méndez lo contempló como quien observa a alguien desde la otra orilla. El comisario se le presentaba como un personaje al que solo se podía examinar desde una perspectiva lejana.

—En esa noche de pesadilla, esa ilusión pueril fue la que me mantuvo vivo. Me juré a mí mismo que si resistía, que si lograba regresar sano y salvo a casa, fumaría y bebería hasta reventar.

Castañeda le miró con ojos vidriosos. Méndez dudó de si aquel brillo era fruto de la emoción o del alcohol.

—Eso es lo que hago, cumplir una promesa.

Subían por la calle Balmes a buen paso, por uno de sus tramos más empinados, lo que los había obligado a aminorar el paso. Algo agitado por el esfuerzo, el comisario añadió:

—Creerás que soy un infeliz, que a la hora de recordar lo que me dio fuerza debería hablar de la valentía última del soldado, de ideales y sentimientos grandilocuentes, pero he vivido demasiadas desilusiones para eso. Cuando salimos de esta ciudad éramos héroes y ahora quieren escondernos debajo de la alfombra. Fuimos a combatir a los comunistas, a pagar la deuda que Franco tenía con los alemanes, y ahora que el juego ha terminado conviene silenciar ese pasado y sonreír a los americanos. Después de tanto sacrificio, resulta que somos un país que naufraga en la neutralidad, ¿qué te parece? Hasta la figura de José Antonio se intenta acallar, como si fuera un fantasma que nunca existió.

A Méndez le incomodaban los derroteros que estaba tomando aquella conversación. Ni le interesaba hablar de ideales con un excombatiente de la División Azul, ni le convenía escuchar las

veladas críticas hacia el caudillo por parte de un joseantoniano desencantado. Sabía que si Castañeda se animaba a hacer ese tipo de comentarios ante él era porque lo consideraba un interlocutor inofensivo, pero esa certeza no aliviaba su inquietud.

Se dirigieron hacia el paseo de San Gervasio para desde allí encauzar sus pasos hacia la carretera de San Cugat. La temperatura era más agradable en aquella zona. Méndez tuvo la impresión de encontrarse en una Barcelona diferente, más amable, desde la que debía resultar más fácil soñar con un mundo mejor.

—He perdido el candor necesario para sentirme a gusto con la vida. Pero cuando enciendo un cigarro o bebo un trago y pienso en aquel soldado que fui, me considero el hombre más afortunado del mundo. Por desgracia no puedo evitar sentir un escozor de culpabilidad. Me duele pensar en los que, mereciéndolo más que yo, no pueden hacerlo.

—Como su hermano —se atrevió a señalar Méndez adivinando el mar de fondo que agitaba la charla del comisario.

—Como los compañeros que murieron allí, como los centenares que fueron hechos prisioneros, y sí, como mi hermano.

La voz de Castañeda había sido apenas un susurro, pero Méndez captó el peso que arrastraba cada palabra.

El policía dio unas últimas caladas, apurando el pitillo hasta casi quemarse los dedos, y le preguntó:

—¿Sabes de qué estoy más orgulloso en esta vida?

Méndez negó con un ligero movimiento de cabeza.

—De haber cumplido siempre con mi deber.

El policía lanzó con rabia la colilla al suelo, entrecruzó los brazos y se los frotó con energía, liberándolos de un frío repentino.

—Pero ¿sabes de qué me arrepiento?

Méndez volvió a negar con un silencioso gesto.

—De haber cumplido siempre con mi deber. —Castañeda lanzó una risotada grotesca, como si su incongruencia no fuera una realidad amarga.

El joven se vio en la obligación de imitarlo y rio también sin ganas.

—Partí hacia la guerra europea con el convencimiento de que tenía dotes de mando, que mis acciones podían dejar una estela que guiara a los que me siguieran en el campo de batalla. Tal vez salvara alguna vida, pero al final no pude evitar que el que quedara allí atrapado fuera mi hermano. Me hizo falta regresar a esta ciudad y observar la normalidad con la que muchos de aquellos que se habían llenado la boca hablando de valor y gloria vivían sus vidas para que me diera cuenta de que en lo más profundo de mi ser no había sido más que un hombre obediente que se limitaba a hacer lo que le decían que tenía que hacer.

—¿No es eso lo que se hace en la guerra? —preguntó Méndez.

Castañeda tenía la mente demasiado lejos como para escuchar a su acompañante. Ignorando su comentario, lanzó un hondo suspiro y añadió:

—Supongo que ya es tarde para lamentarse.

Siguieron avanzando y al fin, sacando de uno de sus bolsillos el papel donde la Chelito le había apuntado la dirección, el comisario se detuvo ante un caserón de aspecto desvencijado.

—Es aquí.

Ambos inspeccionaron con la mirada la mansión destartalada. La fachada presentaba evidentes muestras de abandono, con desconchados y grietas. Alguien había escrito con pintura negra, directamente sobre el rebozado de mortero, «El Paraíso», lo que daba al conjunto un aspecto más burdo y ridículo. En la parte delantera había un pequeño patio que si alguna vez fue un jardín ahora se había convertido en un almacén de trastos. Unas escaleras permitían el acceso a una terraza porticada en la que podían ver una puerta que constituía el único acceso al interior de la vivienda.

—Esto no tiene el aspecto que había supuesto, creía que tendría una apariencia más seductora.

Ascendieron por la escalera y presionaron el timbre. Tuvieron que aguardar unos minutos antes de que alguien respondiera.

Esperaban encontrarse con una mujer entrada en carnes y años, el perfil habitual de las encargadas en este tipo de negocios.

La puerta se abrió.

A Méndez y Castañeda se les pusieron los ojos como platos.

Primero vieron el alzacuellos y luego la sotana.
Méndez exclamó:
—¡Hostias, un cura!

El hombre pareció tan sorprendido como sus visitantes. Tras la reacción inicial de asombro, volvió a adoptar una expresión neutra, a la que sin duda contribuían sus párpados adormilados y la brevedad de sus finos labios, apenas una línea recta en su rostro.

—¿Qué desean?

—¿Podemos entrar? —preguntó el comisario con una amabilidad inusitada en él y que sin duda tenía su origen en el respeto que le inspiraba la visión de una sotana.

—Creo que es demasiado tarde para recibir visitas.

No estaba acostumbrado a que le dieran con la puerta en las narices, así que contraatacó con una frase que siempre resultaba efectiva:

—Soy el comisario Laureano Castañeda. Necesito hablar con una de las chicas que trabajan en esta casa.

—¿Trabajar? ¿A qué se refiere? —La sorpresa del cura parecía genuina.

El policía carraspeó antes de decir:

—Perdone, pero tenía entendido que esto era una casa de tolerancia, aunque no debe ser así. De lo contrario, no entiendo qué hace un hombre de fe como usted aquí.

El cura cabeceó con expresión resignada y los invitó a entrar.

Si la vivienda estaba destartalada por fuera, el interior no mostraba mejor aspecto. Las paredes estaban sucias y los escasos muebles procedían de orígenes muy diferentes. Pasaron por delante de una cocina, desde la que les llegó un fuerte tufo a cañerías, aunque en general la casa olía a una extraña mezcla de zotal y vómito.

Guiados por el clérigo accedieron a una pequeña salita en la que una mesa y cuatro sillas de estilo castellano componían todo el mobiliario. En una de las paredes colgaba un cuadro representando la Última Cena. El fondo azul de la pintura y su marco dorado suponían un festival de color en aquel austero escenario.

A esas alturas ya les había quedado claro que aquello no era una casa de putas, pero la visión de dos monjas de hábito almidonado avanzando por el pasillo los acabó de convencer.

Castañeda las observó circunspecto mientras se sentaban a la mesa.

—¿Dónde estamos? —le preguntó al cura.

—En El Paraíso.

Su expresión seguía siendo tan neutra que Castañeda descartó la posibilidad de que estuviera intentando hacerse el gracioso.

—¿Quién le ha dado estas señas? —se interesó el clérigo.

—La Chelito, de Casa Carola.

—Entiendo. ¿Y a quién buscan?

—A una chica a la que llaman la Africana.

—¿Y puedo saber por qué todo un comisario se molesta en venir personalmente a preguntar por ella?

Solo el poder de la Iglesia era capaz de invertir los términos con tanta naturalidad: Castañeda había dejado de ser el interrogador para pasar a ser el interrogado.

—En estos momentos es sospechosa de asesinato.

La frase retumbó en las paredes de la habitación como si alguien las hubiera golpeado con un mazo. Una ligera vibración en sus párpados fue toda la reacción del cura.

—Dudo mucho que esa chica haya podido hacer daño a alguien. ¿Puedo ofrecerles un vaso de agua?, tienen aspecto de estar acalorados.

A Castañeda ya estaba empezando a molestarle la habilidad de su interlocutor para hacerse con las riendas de la conversación.

—Muy amable, pero no es necesario. Le estaré más agradecido si responde a mis preguntas.

El cura miró a Méndez como si necesitara convencerse de que la presencia del chico era real.

Castañeda, al que no se le había pasado por alto el gesto, aclaró:

—Es mi ayudante. Ahora ¿sería tan amable de explicarme qué es exactamente esta casa?

—Un refugio. Un refugio para mujeres de mala vida.

—Pues ha elegido un curioso nombre para una residencia de ese tipo.

—El nombre no es cosa mía, la casa ya se llamaba así cuando nos vinimos. —Hizo un breve movimiento para recolocar sus mórbidas ancas en el asiento—. Algunos años atrás esto fue un burdel, y El Paraíso, el nombre con el que se le conocía. Cuando nos instalamos decidimos no variarlo, después de todo no es un mal nombre para un centro que acoge a mujeres descarriadas. Todo pecador, desde que Adán y Eva fueron arrastrados por la tentación, anhela regresar al paraíso perdido.

El cura sonrió por primera vez. Fue un rictus breve y torpe que irritó a Méndez. No le gustaba que le predicaran y, si Castañeda no encauzaba el reparto de autoridad, aquello corría el riesgo de convertirse en un soporífero sermón.

El comisario no le defraudó.

—Le agradezco la aclaración, pero, si no le importa, preferiría que intentara darme respuestas más concretas, más terrenales. Por ejemplo, podría decirme cómo es posible que un burdel haya acabado convirtiéndose en un centro de caridad.

—Supongo que esta es una conversación confidencial —dijo dirigiendo otra rápida mirada hacia el muchacho—. No me gustaría que esto saliera de aquí.

—Por supuesto —atajó Castañeda—. Puede estar tranquilo.

El cura colocó las manos entrelazadas sobre la mesa. Méndez se fijó en la brevedad de sus dedos y en la blancura de su piel.

—Este negocio pertenecía a una dama de la alta sociedad barcelonesa, viuda de un militar. Nuestro Caudillo, sabedor de las estrecheces por las que pasan algunas de las cristianas esposas de nuestros héroes, le concedió una licencia para regentar, a través de una persona interpuesta, la casa de tolerancia en la que nos encontramos. Con esta fórmula, que me consta se empleó en algunos otros casos, se facilitaba que sufridas señoras de bien completaran sus ingresos. Los caminos del Señor son insondables, ya se sabe.

—¿Me está diciendo que la viuda de un soldado del Ejército nacional era la dueña de un burdel?

—Así es, de este y de algún otro.

En esta ocasión fue Castañeda quien se removió en la silla buscando un mejor asiento.

El capellán, percibiendo la incomodidad que sus palabras habían provocado en el policía, añadió con voz aflautada:

—Si este tipo de casas tienen que existir es mejor que las ganancias acaben en buenas manos. —Otra sonrisa torpe y breve apareció en sus labios—. En el ámbito eclesiástico solemos acogernos a la máxima de que el fin justifica los medios.

—En el ámbito policial también —dijo Castañeda mientras le devolvía una sonrisa siniestra.

Ahora fue Méndez quien no pudo evitar revolverse en la silla.

Antes de retomar su narración, el semblante del eclesiástico volvió a adquirir la neutralidad inicial, como si ya hubiera agotado sus reservas para mostrarse expresivo.

—El caso es que, al fallecer, esta dama decidió donar el edificio a la Iglesia para que acogiéramos a las mujeres descarriadas, encomendándome a mí la gestión del lugar. No contamos con mucho más que lo que ve: el trabajo inestimable de las hermanas, que atienden a las más enfermas, la colaboración caritativa de algunas voluntarias y contadas donaciones de origen privado que nos permiten alimentarlas y cubrir los gastos indispensables.

—¿Le importa si fumo?

El cura hizo un gesto de aprobación con la mano. Por lo visto, consideraba aquel un pecado venial.

El comisario prendió fuego a su cigarrillo y tras una calada pareció sentirse aliviado. Al fin disfrutaba de una bocanada de aire fresco.

—¿Qué tipo de mujeres hay aquí?

—Ya le digo —respondió el cura arrugando los labios y manteniendo su tono pausado y monocorde—, mujeres descarriadas que, tras haber llevado una vida de pecado, se encuentran desvalidas. La mayoría de las que pasan por aquí padecen graves enfermedades venéreas o se encuentran en un estado lamentable a causa de vicios como el alcohol o la droga. Con nuestra humilde

labor intentamos darles algo de consuelo y los cuidados que están en nuestra mano, el resto lo dejamos en manos de Dios.

—¿A qué grupo pertenece exactamente la Africana?

El cura bajó la cabeza como si fuera a iniciar una oración.

—¿Desean verla?

Castañeda se levantó. Tomando ese movimiento como una respuesta, el cura y Méndez lo imitaron.

Avanzaron por un pasillo que los condujo hasta unas escaleras. La silenciosa comitiva iba encabezada por el cura, seguido del comisario y con Méndez en último lugar. Una vez en la planta superior, se encontraron con otro corredor que daba a las habitaciones donde años atrás, supuso Castañeda, las meretrices ejercieron su trabajo. No tardó en comprobar que no estaba equivocado. Las alcobas mantenían un patrón inconfundible: un camastro, un lavabo con un breve espejo y un bidé. En el pasado algún tipo de ornamento debió engalanar las estancias, pero ahora mostraban una desnudez desoladora, hiriente.

Las puertas habían sido arrancadas de sus goznes, dejando al descubierto el interior de cada cubículo. En su recorrido pudieron ver a jóvenes prematuramente envejecidas, ajadas, con la mirada perdida la mayoría, y a ancianas que al final de sus días se habían topado con la tríada más terrible: soledad, enfermedad y pobreza. Muchas dormitaban con las sábanas hechas un rebujo, pero algunas, condenadas a un desvelo perpetuo, los observaron con expresión de desamparo.

A Méndez le brotó una pregunta de las entrañas:

—¿Viene alguien a visitarlas?

—Rara vez. No se les conocen parientes, y si los tienen, no quieren saber nada de ellas o se encuentran en una situación igualmente desafortunada.

El joven agachó la cabeza avergonzado de ser testigo de una realidad como aquella.

—¿Y a la Africana?, ¿viene alguien a visitar a la Africana? —quiso saber el comisario.

—Ustedes son los primeros que preguntan por ella desde que está aquí. —El cura se detuvo ante el último cuarto.

La luz estaba apagada. En la penumbra solo se adivinaban algunos contornos. El cura accionó la clavija que estaba junto al marco y una solitaria bombilla alumbró un espectáculo dantesco.

La Africana yacía postrada en un camastro boca arriba, cubierto el cuerpo por un camisón de basta tela. Si había sido una mujer bella, su poder de seducción había huido dejando un despojo humano. Tenía las mejillas hundidas y su piel morena parecía cuero marchito. Estaba tan demacrada y los ojos expresaban tal exaltación que daba la impresión de que en cualquier momento iban a saltar de las órbitas. En brazos y piernas eran visibles numerosos cortes y arañazos. Pero lo que más impresionó al policía y al joven fueron las correas de cuero que la mantenían atada a la estructura de hierro, así como los gestos desesperados y rabiosos con los que intentaba deshacerse de ellas.

—Nos vemos obligados a tenerla así. Es la única forma de evitar que se lesione.

La Africana los observó desde su infierno. Cuando se asomaron al abismo de su mirada, a Méndez y Castañeda les invadió una sensación de vértigo.

El cura apagó la luz.

—Le irrita mucho la claridad —dijo a modo de explicación.

—¿Desde cuándo está así? —Tal vez lo intentó, pero Laureano Castañeda no logró disimular la compasión que le despertaba aquel panorama.

—Hace un par de meses. Tuvo un mal viaje y desde entonces se encuentra en un estado de delirio permanente. —El cura lanzó un largo suspiro—. Me temo que ya nunca va a recuperar la cordura.

Méndez y Castañeda intercambiaron una mirada en la que ambos entendieron que era imposible que aquel despojo hubiera podido asesinar a Rosalía. Su coartada era terrible pero perfecta.

—Antes de la guerra la droga circulaba con relativa visibilidad en los bajos fondos. Incluso durante la dictadura de Primo de Rivera era bastante fácil hacerse con un proveedor. Porteros de cabaré, vendedores ambulantes, incluso más de un farmacéutico de la calle San Pablo, deseoso de sacarse un sobresueldo, la distribuían sin cortapisas. Después del 39 este tipo de comercio se vio forzado a la

clandestinidad, lo que a la larga ha tenido consecuencias devastadoras en los barrios más marginales. En los últimos años el mercado se ha vuelto más opaco, la mercancía más inestable y las consecuencias imprevisibles.

Por debajo de la explicación del cura se oía la voz de la Africana susurrando una cantinela enfermiza e indescifrable.

—Para la sociedad estas mujeres son pecadoras, pero créanme si les digo que también son víctimas. Muchas son obligadas a drogarse desde muy jovencitas.

—¿Obligadas? —Méndez no había podido contener la pregunta.

—Así es. El consumo suele formar parte del rito de iniciación en la prostitución.

—¿Cómo es eso? —Esta vez fue Castañeda quien manifestó extrañeza.

El capellán hizo un gesto con la mano invitándolos a salir de la habitación.

—Caen en la mala vida por necesidad. Cuando la miseria acecha a una familia, el cuerpo de una madre, una hermana o una hija se convierte en una mercancía. Los casos son especialmente dramáticos cuando hablamos de menores, pero por desgracia son víctimas frecuentes.

Méndez cerró los ojos un instante. El rostro de Rosalía se paseó por su mente consiguiendo un efecto abrasador en su estómago. Cuando volvió a abrirlos se dio cuenta de que la actitud del cura había cambiado. Ahora era más dura, liberada de la expresión beatífica que los hombres de la Iglesia suelen llevar prendida a sus facciones.

—No es extraño encontrar en prostíbulos a niñas de doce o trece años a quienes sus padres han vendido. Estas criaturas sienten una repugnancia natural por los clientes que pagan por ellas. A menudo son brutalmente forzadas y otras son domadas como animales de circo.

El cura hizo una pausa para tomar aire, dando la impresión de que esa conversación le estaba empezando a pesar demasiado. Sin embargo, espetó:

—Supongo que esta no es la clase de pregunta que esperan de un cura, pero ¿saben cómo suelen iniciar a las más jóvenes en el coito oral?

Por sus semblantes atónitos, supo que tenía razón: era la última pregunta que esperaban oír de su boca.

—Les embadurnan los labios con cocaína. La mandanga, como popularmente llaman a esta sustancia, las ayuda a superar la repugnancia y a evitar arcadas. El negocio sale rentable, primero se consigue domesticar la carne que se va a vender y más tarde, cuando ya son esclavas de la droga, cuentan con una adicta de por vida.

Méndez y Castañeda tenían la sensación de hallarse delante de un nuevo interlocutor. Su mirada no era ya la de un cura, sino la de un hombre que ha vivido más tiempo en el infierno que en el cielo.

—Parece usted saber mucho de estos temas, padre —dijo el comisario con voz queda.

Ya habían llegado al rellano de acceso a la casa.

—Más de lo que usted imagina. No siempre he sido un hombre de Iglesia. Nací en el Barrio Chino, nunca supe quién era mi padre, pero sí a qué se dedicaba mi madre. Pasé buena parte de mi infancia en un prostíbulo. Mi madre trabajaba en él.

En el pequeño recibidor se hizo un silencio espeso.

Al fin Castañeda musitó:

—¿Fue su madre quien le contó estas cosas? Debió ser muy duro para ella. De todos modos, ahora debe estar orgullosa de usted.

—Murió hace años.

De nuevo un silencio envolvió a los tres hombres. Esta vez fue el clérigo quien se enfrentó a él.

—¿Sabe? Todos nacemos con el signo del pecado original grabado en nuestra frente.

—¿Por qué dice eso?

—Porque no solo estamos condenados a purgar nuestros pecados, sino también los de nuestros antepasados. —Toda su expresión se tiñó de dolor cuando añadió—: Sí, fue mi madre quien me contó esas cosas. Ella era quien adiestraba a las niñas.

El cura clavó los ojos en los del comisario.

—Dios nos manda honrar a nuestros padres, pero nada dice de sentirnos orgullosos de ellos.

Y les abrió la puerta dejando que la oscuridad de la noche los devorara.

* * *

Sentía el cansancio en las piernas. Hacía un buen rato que Castañeda y él habían separado sus caminos. Ambos habían salido de El Paraíso con las manos vacías y el corazón encogido. El encuentro con la Africana no había aportado nada nuevo a sus pesquisas, pero lo que les había contado el cura, que ratificaba que en muchos casos la prostitución de las menores era inducida por sus propios padres, les confirmaba que debían retomar el hilo de la investigación en el entorno familiar de Rosalía. Con ese propósito se habían despedido hasta el día siguiente.

Méndez caminaba por las calles de su distrito. A pesar de ser un barrio más inseguro que los que había dejado atrás, él se sentía más protegido. Conocía el terreno que pisaba y eso le proporcionaba tranquilidad. Era noche cerrada y el bullicio diurno había dado paso al deambular silencioso de sombras anónimas. Los individuos con los que se iba cruzando tenían un halo clandestino, el deseo evidente de pasar inadvertidos. Parecía que a aquella hora cualquier movimiento llevara implícita una sospecha. La noche hacía años que había dejado de ser un territorio libre y canalla para convertirse en un espacio sórdido y desolado, como si un vendaval hubiera arrasado el grano para dejar solo la paja.

Pasó por el café Español y se entretuvo un momento delante del establecimiento con la esperanza de encontrar acomodado en una de sus mesas a Esteban Vives. Le hubiera gustado comentarle los avances de sus indagaciones, aunque fueran escasos. Volvió a repetir el intento en el Chicago, pero tampoco allí dio con su amigo.

Fue entonces cuando tuvo de nuevo esa sacudida. La intuición de que alguien lo seguía. No la percibió con claridad la primera vez que se había detenido, pero sí ahora. Cuando se paró ante el Español, un

hombre que caminaba a pocos pasos tras él lo hizo también. La coincidencia había vuelto a producirse ante el Chicago.

Todo su sistema nervioso se agitó. Ladeó el rostro con discreción y por el rabillo del ojo captó en el reflejo de una cristalera a un hombre cuyas características físicas le parecieron similares a las del individuo que había andado tras sus talones en anteriores ocasiones. También llevaba una gorra de amplia visera.

Esta vez no iba a quedarse con las ganas, esta vez iba a descubrir su identidad.

Siguió avanzando con fingida indolencia hasta que, simulando buscar algo en los bolsillos, frenó en seco. El otro lo seguía tan de cerca que no le quedó otra alternativa que rebasarlo. Se tuvo que conformar con la visión de su espalda, pero no le importó, había logrado lo que quería, invertir los papeles: había dejado de ser el perseguido para pasar a ser el perseguidor.

Se puso en marcha sin preocuparse demasiado por resultar discreto, pretendía encararse con aquel tipo, saber quién era y con qué intenciones había estado vigilándolo. Esta vez se sentía seguro, confiado, lo arropaban esas calles que conocía tan bien.

El individuo que ahora tenía ante él caminaba con naturalidad, con despreocupación incluso. Nadie diría que el cambio de roles le hubiera afectado lo más mínimo.

Entonces ocurrió algo inesperado.

El hombre se detuvo ante la iglesia de Santa Madrona. No lo había hecho ante el portalón principal, sino ante una entrada auxiliar que se habilitó en los primeros compases de la guerra, cuando el templo pasó a estar bajo el control de organizaciones obreras. Antes de empujar la discreta portezuela que permitía el acceso a una nave lateral, dudó un instante. Tras echar un rápido vistazo a uno y otro lado, se decidió a entrar.

Méndez supuso que ya había sido descubierto, pero no le importó. Ni siquiera le inquietó la posibilidad de que fuera una estratagema para acorralarlo. La iglesia estaría a esa hora prácticamente vacía. El interior, en el que se produjeron graves destrozos durante la contienda, aún no había sido del todo

restaurado, por lo que las misas se habían derivado temporalmente a un templo cercano.

Aquel tipo podía aprovechar aquella soledad para enfrentarse a él. Tampoco eso le amedrantó. Seguía reconfortándole la idea de sentirse en su territorio.

Imitando al enigmático desconocido, se detuvo ante la misma puerta y accedió al templo con paso decidido.

Una vez dentro, lo envolvió un silencio fantasmal, hecho de oraciones secretas y pecados en busca de perdón. La luz de las velas apenas lograba arañar la oscuridad, más intensa en las capillas laterales. Mientras buscaba con la mirada al hombre, agradeció el frescor que rezumaban aquellos gruesos muros.

Avanzó con pasos cautelosos. Aunque no era creyente, le inspiraba respeto aquella atmósfera. En uno de los bancos delanteros vio a una mujer menuda, vestida de negro y con el rostro cubierto por una mantilla. A poca distancia, otra mujer rezaba arrodillada. En otro banco, a mano derecha, en la última columna de la nave principal, había un hombre sentado. Su espalda le resultó vagamente familiar, pero todo su interés estaba centrado en localizar al tipo que había entrado unos instantes antes que él.

—¿Buscas a alguien?

La voz le llegó desde su espalda. A pesar de haber sido apenas un susurro, Méndez la recibió como una amenaza. Ahora se daba cuenta de lo arrogante que había sido, de lo fácil que se lo había puesto a su perseguidor. Este había surgido de las sombras y se había acercado tanto a él que podía sentir su aliento en el cogote.

—Te pregunto si buscas a alguien, Ricardo.

Oír su nombre fue para Méndez como la picadura de un animal venenoso que lo hubiera inmovilizado. Quieto, sin atreverse a girar ni el cuello, esperó la estocada mortal.

Y entonces sintió aquella mano como una garra sobre su hombro, aquella presión que lo invitaba a volverse, a enfrentarse cara a cara con su enemigo.

Por fin se dio la vuelta y se quedó estupefacto.

—¿A qué estás jugando?

El hombre que le hablaba tenía la piel marcada por la viruela, el pelo cortado a cepillo, los ojos oscuros como el carbón, la mandíbula cuadrada y la expresión decidida de aquellos a quienes la vida no les da miedo. Ese aspecto desafiante no le pasó por alto a Méndez. Tampoco que sus dientes eran blancos y mostraban una alineación perfecta dentro de aquella sonrisa tras la cual quedaba diluido cualquier atisbo de agresividad.

Méndez seguía en silencio, así que el hombre que había emergido de las sombras repitió:

—Te he preguntado a qué estás jugando, ¿me estabas siguiendo?

Méndez, que empezaba a recuperarse, también empezaba a sentirse ridículo. Aquel hombre era uno de los colegas de Raimundo, uno de aquellos compañeros con los que su tutor compartía la esperanza, y seguramente algo más contundente y real, de derrocar al Régimen. Visto de frente y sin la gorra, que se había quitado al acceder al templo, era fácil reconocerlo. No recordaba su nombre, pero sí haberlo visto charlando con Raimundo en rincones improvisados, siempre con esa complicidad que desprenden los viejos camaradas.

Al fin logró reunir el ánimo suficiente para replicar:

—Era usted quien me seguía.

El otro amplió su sonrisa todavía más.

—No exageres, solo te observaba. Te he visto detenerte en los cafés y he deducido que buscabas a alguien.

—¿Y eso le ha llamado la atención?

—No me la hubiera llamado si no fueras el ahijado de Raimundo. Él está preocupado por ti, ¿sabes? Por lo visto, no se fía mucho de las compañías que frecuentas últimamente.

—Soy lo bastante mayorcito para saber lo que hago —replicó ofendido. Ya empezaba a estar harto de esa cantinela.

—No es necesario que te pongas así. —El hombre cambió su expresión distendida por otra más grave—. Digamos que a Raimundo no le gusta que corras riesgos innecesarios y, por si te interesa, debes saber que, si tú los corres, tal vez los corramos también otros.

Méndez notó una punzada de remordimiento que le tensaba la nuca. Tenía que reconocer que su cercanía con Castañeda no debía ser muy tranquilizadora para tipos cuyas actividades los mantenían al filo de la clandestinidad.

Buscando aliviar ese pinchazo, pensó en contraatacar:

—De todos modos, me parece humillante que ande tras mis pasos.

—¿De qué estás hablando?

—¿Cree que no me di cuenta los otros días de que también iba detrás de mí?

—¿Quieres decir que te han estado siguiendo? —Sus facciones se habían vuelto de acero. En su cabeza se habían disparado todas las alarmas.

Un silencio breve pero incómodo se interpuso entre ambos. Cada uno empleó ese lapso para sacar sus propias conclusiones.

Méndez pensó que, si el hombre que tenía delante no era el que lo había estado acechando, eso significaba que seguía bajo la sombra de una amenaza indeterminada.

El camarada de Raimundo, por su parte, resolvió que un peligro desconocido revoloteaba demasiado cerca.

—¿Viste en algún momento al tipo que te seguía?, ¿algo que te llamara la atención de él?

—No —titubeó Méndez—. Bueno, tenía aproximadamente su estatura y llevaba una gorra similar a la suya, por eso lo confundí con usted. Aunque tal vez era más delgado, no sé decirle.

La mirada del hombre se tiñó de preocupación.

—Con estos datos no vamos a ninguna parte, podría ser cualquiera.

Méndez sintió un calor interior repentino. Maldecía no poder ser más concreto, lamentaba no estar seguro ni siquiera de si su perseguidor había sido real. Por eso la voz le salió trémula al balbucear:

—Tal vez fueron imaginaciones mías.

—Muchacho, ten mucho cuidado, estás jugando con fuego y todos podemos quemarnos.

Y sin más, el hombre avanzó por el pasillo que se abría en el centro de la nave. Méndez lo siguió, incapaz de hacer otra cosa.

Entonces volvió a fijarse en el hombre que estaba sentado junto a la última columna.

Y otra vez volvió a sentirse como un tonto.

Aquel sujeto no era otro que Raimundo.

—Alguien ha estado siguiendo al chico.

El hombre se había sentado junto a su tutor. Méndez también lo hizo, evitando su mirada.

—¿Era eso lo que querías decirme? —le preguntó Raimundo al otro ignorando la presencia de Ricardo.

—No, si te he citado aquí es por otro asunto.

Méndez dio un respingo.

—¿Utilizáis la iglesia como punto de reunión? Mal vamos cuando los comunistas tenéis que reuniros en la casa del Señor.

Ninguno de los dos le prestó atención. Tenían asuntos más importantes que atender.

—Estás en peligro. La Policía anda haciendo preguntas sobre ti.

Raimundo escuchó a su camarada sin muestras de inquietud.

—Eso no es nada nuevo, siempre he estado bajo sospecha, es normal que hagan indagaciones.

—Esta vez es diferente.

—¿Por qué? —Raimundo entrecruzó los brazos como si con ese gesto protegiera sus órganos vitales de los efectos de una mala noticia.

—Porque esta vez no es solo tu nombre oficial el que corre por los despachos, esta vez alguien ha pronunciado tu nombre de guerra.

Su compañero tenía razón, esta vez era diferente. Si la Policía lo relacionaba con el nombre clave que usaba dentro de la organización, más tarde o más temprano acabarían dando con él. Sus perseguidores disponían de nuevos datos y eso representaba un riesgo que no se podían permitir.

Raimundo dirigió la mirada hacia el altar y contempló en silencio la incompleta imaginería religiosa que lo adornaba. Méndez tuvo la impresión de que le estaba rezando a un Dios en el que no creía.

—Debemos actuar con cautela —insistió su compañero—. No sabemos cómo, pero la Policía ha encontrado una fuente de información, eso ya es de por sí bastante inquietante, pero además está lo del chico. Dice que lo han estado siguiendo.

Méndez agachó la cabeza.

—No te preocupes, desmantelaremos la célula y cambiaremos las rutinas. Sabré cubrirme las espaldas. En cuanto al chico, de este me encargo yo.

Ahora fue él quien dirigió su atención al altar como si fuera a rezar. Pero no lo hizo. Tenía muchas cosas sobre las que reflexionar.

Las ideas bullían desordenadas en su cabeza.

Pensaba en el rapapolvo que le iba a caer.

En el peligro que acechaba a su tutor.

En el enigmático hombre que lo había estado siguiendo.

En la posibilidad de que Castañeda tuviera algo que ver con todo aquello.

En que se sentía culpable.

En que no tenía por qué sentirse así.

En que estaba seguro de no haber cometido ninguna indiscreción.

En que no habría podido hacerlo ni queriendo porque Raimundo nunca le había contado nada.

Ni siquiera sabía que su tutor tuviera un nombre clave.

Y por supuesto no sabía cuál era ese nombre.

No tenía la menor idea.

17

La madre de Rosalía era una mujer menuda, de piel cetrina y ojos pequeños. La envolvía un halo de tristeza que en ella resultaba natural, como si el único sentido de su existencia fuera el sufrimiento.

Castañeda y Méndez se habían desplazado hasta el que había sido el hogar de la víctima y allí los recibió cosiendo junto a la única ventana de la vivienda. Aprovechando la escasa luz natural daba, una tras otra, puntadas de una regularidad milimétrica en un tejido tornasolado.

—Solo dispongo de unas horas para acabar este vestido. Mañana debo entregarlo, así que, si no les importa, seguiré trabajando mientras ustedes me preguntan lo que me quieran preguntar —dijo con voz marchita.

Aunque no debía ser una mujer mayor, pues tenía un hijo aún pequeño, lo aparentaba. Su pelo era gris y marcadas arrugas surcaban su rostro. El dolor que la consumía le había secado la piel. En ella no había rastro de la belleza de la hija, ni nada hacía sospechar que lo hubiera habido en un tiempo pretérito.

Cuando fue a coger las tijeras que tenía en un costurero colocado a sus pies, Méndez se fijó en que tenía los dedos deformados. Los largos años de sometimiento al dictado de agujas e hilos eran, sin duda, los responsables de esa modificación de su estructura natural.

—Lamentamos tener que molestarla —dijo con toda la amabilidad de la que fue capaz Castañeda.

La mujer levantó el rostro con una mirada enterrada bajo un velo de indiferencia.

—Me consta que mis hombres hablaron con usted días atrás, pero me gustaría hacerle unas preguntas.

—Usted dirá —respondió ella como si las cuestiones del policía que investigaba el crimen de su hija fueran un trámite inútil.

Castañeda carraspeó. Méndez tuvo la sensación de que le raspaban en la garganta las palabras que iba a pronunciar.

—¿Usted sabía a qué se dedicaba su hija?

La mujer lo miró con ojos de pez muerto.

—Lo supe en cuanto empezó a llegar dinero a casa para comer y pagar los recibos atrasados.

Los dos hombres tensaron la espalda. A ambos les había sorprendido la frialdad de la respuesta.

—¿Y lo consentía?

El comisario aún no se había desprendido de la congoja que le había producido la visita a El Paraíso. Muchas de las muchachas que habían acabado convertidas en despojos humanos fueron vendidas por sus padres. Ahora no pudo evitar un severo tono de reproche.

Esta vez un punto de rabia asomó por las pupilas de la mujer, pero pronto fue barrido por una ola de indiferencia. Hacía ya mucho tiempo que había apostado por la apatía como fórmula de supervivencia.

—Trabajo como una mula para que mis hijos puedan tener una vida mejor que la mía. —Se detuvo un momento para rectificar—. Bueno, ahora ya solo me queda un hijo, el pequeño. Por él he de seguir luchando. Piense de mí lo que quiera, pero cuando mi hija ya no pudo ocultarme de dónde procedía el dinero que traía a casa no le diré que me sentí orgullosa, pero sí aliviada. Al menos ella había encontrado una manera de salir de aquí. Si podía utilizar su belleza y su juventud para tener una vida mejor, ¿por qué no iba a hacerlo? Sé que andaba con un hombre que la llevaba a buenos hoteles y restaurantes con los que yo ni siquiera me atrevo a soñar. También sé que muchas de las señoras para las que coso elegantes vestidos empezaron a ganar su posición haciendo lo que hacía mi hija. Créame si le digo que, cuando nos sentábamos a la mesa y podíamos comer, lo último que sentía hacia Rosalía era vergüenza.

Ahora fue Méndez quien no pudo disimular la rabia. Le indignaban las palabras de aquella mujer, pero lo que más daño le hacía era saber que la madre de Rosalía tenía razón.

—¿Tiene idea de quién la introdujo en ese mundo?

—Ya se lo dije a sus hombres: doña Teresa.

—Doña Teresa, así se hace llamar, es cualquier cosa menos una señora, aunque hay que reconocer que pasa por serlo en cualquier salón elegante de la ciudad —explicó Castañeda dirigiéndose al

joven—. Es la alcahueta con mejores contactos de Barcelona. Hace de intermediaria entre ricachones que buscan compañía y chicas que pasan hambre. Es ella quien nutre de nueva mercancía casas como La Portuguesa.

La costurera detuvo un momento el movimiento de la aguja como si esta se le hubiera clavado en el punto más doloroso de su alma.

—Doña Teresa supo llevarla a su terreno. No le costó mucho porque tenía la certeza de que pasábamos serios apuros para conservar la vivienda —susurró mientras retomaba la costura con la convicción de que aquella labor era lo único que podía alejarla del dolor que la corroía.

Castañeda carraspeó de nuevo antes de preguntar:

—¿Y no tenían otra forma de conseguir ese dinero?

—A lo mejor cree que pagan mucho por coser vestidos como este. Son muchas horas de trabajo, pero apenas se recompensan. Cuantas más somos las que necesitamos trabajar, menos es el dinero que se ofrece. Es la ley de los ricos sobre la gente como nosotros.

—¿Y su marido no trabaja?

—Ya no. Lo hizo durante años en el puerto, pero sufrió un accidente y ya no lo quieren. Es un inútil, no se puede contar con él. —Su voz se había vuelto áspera como un papel de lija.

—¿Dónde está ahora?

—En la bodega de la esquina, bebiéndose el dinero que no tenemos. Pero si quiere que le diga la verdad, lo prefiero, al menos así coso tranquila. Libre de su presencia puedo concentrarme en cada puntada, en la perfección de las costuras. Sintiendo el tacto y el crujir de esta seda, es muy fácil transportarse a elegantes bailes. A veces me imagino a la mujer esbelta que lucirá este vestido, la admiración que despertará en esos lujosos salones.

La expresión de la mujer había cambiado por completo. Parecía una niña recitando un cuento infantil mil veces fabulado.

Al tomar conciencia de que su disertación estaba fuera de lugar, añadió:

—Lo siento, pero pensar estas cosas es mi manera de salir de aquí, de librarme aunque sea un rato de la ausencia de mi hija y de los ataques de ira del borracho de mi marido.

—¿Es un hombre violento?

—¿Conoce algún borracho que no lo sea?

El comisario se limitó a extender la mano para despedirse, pero la mujer volvía a estar profundamente concentrada en su trabajo. Al fin balbució unas palabras de cortesía y los dos salieron. Antes de abandonar el piso, Méndez lanzó una última mirada a aquella figura femenina, ligeramente encorvada, que se conformaba con coser el sueño de otros. Pensó que había algo más terrible que ser derrotado: ver cómo esa derrota se repite todos los días.

Una vez en la calle, identificaron la cantina a la que se había referido la mujer. Se dirigieron hacia ella y Castañeda preguntó al camarero que trajinaba tras el mostrador por Tomás Aguirre, el nombre del padre de Rosalía. El encargado les señaló con un gesto de cabeza a un hombre corpulento, de anchos hombros, sentado solo a una mesa ante un vaso de vino. La luz de la calle no llegaba al fondo del local, que permanecía en una penumbra húmeda. Los techos en esa zona del establecimiento eran más altos y abovedados, vestigio de una Barcelona antigua. Cobijaban una hilera de grandes toneles de donde se debía extraer el vino que se vendía a granel. Las paredes estaban desnudas, excepto por la presencia de algún cachivache de aspecto ruinoso y función desconocida que había sido colgado ahí, daba la impresión, muchos años atrás.

Los bancos y mesas de madera ya debían ser viejos en la primera Exposición Universal. Era una más de esas tabernas que al oscurecer se convertían en cobijo de los sin techo. Méndez sabía de algunos tugurios donde se permitía a los más desgraciados dormitar unas horas sentados en las banquetas, dejando que se reclinaran sobre una cuerda colocada a tal efecto. Al llegar el alba, el propietario soltaba el cordel y los durmientes caían al suelo sin que ni siquiera les diera tiempo a despertar.

No pudieron distinguir con claridad el rostro de Tomás hasta que se acercaron a la mesa. Era moreno de piel, barba hirsuta y cabello espeso.

Méndez tampoco percibió en él ni rastro de la belleza de Rosalía hasta que el hombre los miró. Sus ojos eran un calco de los de su hija, pero lo que en ella era vitalidad y alegría, en él era ira y desengaño.

—Soy Laureano Castañeda, comisario de Policía.

Esas palabras no produjeron ningún efecto en Tomás Aguirre, que volvió a concentrarse en el vaso que tenía sobre la mesa.

—Hemos tenido una charla con su esposa.

—Apuesto a que les ha hablado mal de mí.

El hombre tomó el silencio de Méndez y Castañeda como un acierto y soltó una risotada amarga.

—Por lo que nos ha dicho, ustedes dos eran conscientes de que su hija se dedicaba a la profesión más vieja del mundo.

—Ella sí que lo sabía —dijo dando un puñetazo en la mesa con la mano izquierda, mientras la derecha permanecía junto al vaso de vino, como si con ella quisiera proteger la única fuente de consuelo que había encontrado. Con un susurro añadió—: Yo no lo supe hasta que fue demasiado tarde.

—Si no lo sabía, ¿no le extrañó que de pronto sus deudas se saldaran?

—Mi mujer me engañó, me dijo que le habían pagado muy bien unos vestidos que había estado cosiendo. Es una cretina, pero es buena en su trabajo. Nunca pude imaginar que… Cuando me enteré, sentí que me moría de vergüenza.

—¿Cómo lo supo?

Agachó la cabeza y con un hilo de voz apenas audible respondió:

—Me lo dijo un conocido. Le habían llegado voces de que mi hija trabajaba para una alcahueta del barrio y le faltó tiempo para venir a contármelo. —Dio un largo trago hasta vaciar el vaso por completo —. Qué vergüenza, mi niña, qué vergüenza.

—¿Cuándo le vinieron con el cuento?

—Días antes de que la asesinaran. Si yo hubiera sabido antes a qué se dedicaba, nada de esto habría pasado.

—¿Cómo está tan seguro?

—Porque la habría encerrado en casa. Si hubiera sido necesario, le habría dado un buen escarmiento. Una hija ha de saber que

nunca se debe avergonzar a un padre.

Méndez buscó la mirada de Castañeda mientras se mordía la lengua. Castañeda achicó los ojos y siseó:

—Es curioso…

—¿El qué?

—Que se avergüence de su hija y sin embargo sea incapaz de avergonzarse de sí mismo. Créame, ella tenía más dignidad que usted.

Méndez pensó entonces que Castañeda tal vez no fuera un tipo tan oscuro, y si lo era, aún había en él fisuras por las que se podía entrever algo de luz. No en sus ojos, que ahora se hacían cada vez más pequeños.

—También es curioso que hable de dar un escarmiento. Su mujer le ha descrito como un hombre violento.

—Eso es mentira —dijo en un tono de voz lo suficientemente enérgico como para contradecir sus palabras. Otra vez disparó uno de sus puños contra la mesa mientras el otro permanecía junto al vaso de vino vacío—. Soy un hombre tranquilo, pero sé imponerme cuando debo. Si he de darle una torta a mi mujer, se la doy y punto, como cualquier hijo de vecino, pero nada más.

Castañeda tuvo ganas de escupirle, pero en cambio le preguntó:

—Apuesto a que usted es de esa clase de tipos que se creen con el derecho de impartir su propia justicia.

Méndez pudo escuchar el rechinar de los dientes del comisario.

Esta vez Castañeda decidió disparar a matar:

—También apuesto a que, cuando se enteró de a qué se dedicaba su hija, sintió que había manchado su honor, ese honor del que le debe gustar alardear ante sus amigos cuando en lugar de ir a trabajar malgasta el tiempo en una taberna. Apuesto incluso a que sintió la necesidad de librarse de esa vergüenza y quién sabe si, enajenado por los efectos del vino…

Tomás Aguirre se limitó a mirar al comisario sin disimular su ira e impotencia.

—Tiene suerte de ser policía, si no lo fuera…

—Si no lo fuera, ¿qué?

Méndez temió que en cualquier momento el padre de Rosalía se levantara y, fuera de sí, empezara a repartir puñetazos. Por si acaso, aseguró bien los pies en el suelo y apretó los puños. Castañeda, más habituado a ese tipo de reacciones, apoyó ambas manos sobre la mesa y acercó su rostro al de aquel hombre de manera que casi pudo sentir el olor alcohólico de su aliento. Ambos se miraron como dos bueyes a punto de embestir.

—¿Quiere que nos demos una vuelta por comisaría? Tal vez allí se amanse un poquito.

Tomás agachó la cabeza y dio otro puñetazo en la mesa.

—¡Maldita sea!

Tomó el vaso con la misma mano con que había golpeado la madera y durante unos instantes lo contempló lamentando que no hubiera nada en su interior. La otra mano permanecía inmóvil sobre el tablero, en una postura que, al eliminar la presencia del vaso, por primera vez pareció tener algo de antinatural.

A Castañeda el detalle no se le pasó por alto.

Extrajo uno de sus cigarrillos, pero, en lugar de llevárselo a la boca, se lo tendió al hombre que tenía delante. Este levantó la mirada sorprendido, aquel gesto de cortesía era lo último que esperaba. Al ir a cogerlo, en lugar de utilizar la mano que tenía desocupada, dejó el vaso y con la que acababa de dejar libre tomó el pitillo. Luego miró al policía esperando que le diera fuego también.

Sin mediar palabra pero con una mueca de decepción en los labios, Castañeda sacó una caja de cerillas y la depositó en la mesa.

Tomás pareció dudar un momento, pero finalmente la acercó a la mano que había permanecido inmóvil todo el tiempo y con la otra intentó sacar y encender el fósforo.

—¿Le ocurre algo a ese brazo? —preguntó Castañeda señalando la extremidad inmóvil.

—Fue trabajando en el puerto, se me cayó parte de un cargamento encima. Pudo haberme matado, pero por desgracia solo me aplastó el brazo. Ya nunca volví a recuperar el movimiento. Se ha convertido en una herramienta inútil. —Tomás Aguirre bajó la cabeza y se puso a llorar como un niño—. Si eso no hubiera ocurrido, ahora seguiría trabajando y ella estaría viva.

Méndez y Castañeda lo dejaron llorar a solas pensando que aquel brazo inútil tal vez fuera el origen de muchas de sus desdichas, pero ahora se había convertido en la mejor de sus coartadas.

* * *

Castañeda meneó la cabeza con expresión de disgusto.

—¿Qué le ocurre?

—Tengo la sensación de estar perdiendo el tiempo. En lugar de estar vagando por ahí, debería volver al despacho y echar otro vistazo a los informes y, sobre todo, a las fotografías y las anotaciones que sustrajimos de la caja fuerte.

—¿Para qué, si ya las ha mirado decenas de veces?

—Porque tengo la corazonada de que allí hay algo más que no he sabido ver.

Tal vez el comisario tuviera razón, aunque él era de la opinión de que la clave que buscaban la hallarían en las calles, no en un despacho. Además, le dolía recordar aquellas imágenes en las que aparecía Rosalía.

—¿Por qué no vamos en busca de esa tal doña Teresa?

Tampoco le hacía ninguna gracia tener a esa mujer delante, pero era probable que pudiera facilitarles alguna información de interés.

—Porque ya lo hice. Fue una de las primeras personas con las que hablé. Además de alcahueta, es confidente de la Policía. Digamos que navega entre dos aguas, pero sabe que, si quiere seguir manteniendo sus chanchullos, le interesa tenernos satisfechos, así que no creo que nos haya ocultado nada relevante.

De pronto Méndez sintió un ligero tirón en la nuca.

Acababa de ver la silueta de Esteban Vives avanzando hacia ellos desde el otro extremo de la calle. Maldita sea, pensó.

El día anterior le hubiera encantado dar con él, pero ahora la coincidencia le resultaba del todo inoportuna. Sabía de las reticencias de su amigo hacia Castañeda, por lo que tenía la certeza de que estaba a punto de producirse una escena incómoda.

Maldita sea, volvió a pensar cuando se dio cuenta de que el encuentro era inevitable. Lo único que se le ocurría era hacerse el

longuis y pasar por su lado sin saludarlo. Suponía que Vives, si era un poco espabilado, haría otro tanto.

No se equivocó.

El detective, ya consciente de la embarazosa situación que se avecinaba, empezó a tomar medidas. Ocultó el rostro bajo el sombrero y adquirió un inusitado interés por los adoquines.

Al fin llegó el momento ineludible. Méndez miró hacia otro lado, como si un asunto reclamara su atención, y contuvo el aire.

Esteban Vives se cruzó con ellos y pasó de largo.

Méndez lanzó un suspiro de alivio.

Entonces oyó la voz chirriante de Castañeda:

—Hombre, señor Vives, cuánto me alegro de verle. Aunque parece que el sentimiento no es mutuo. Cualquiera diría que no tenía usted intención de saludarme.

Esteban se detuvo con una sonrisa forzada.

—Buenas tardes, señor comisario. Iba distraído.

—Ya.

Méndez tuvo la sensación de que su amigo era más pequeño, menos interesante, y que la presencia de Castañeda, que parecía dispuesto a devorarlo, lo había empequeñecido.

Al comisario, en cambio, le divertía la situación. Mirando a Méndez añadió:

—Te presento a Esteban Vives, este es…

—Ya nos conocemos —cortó Esteban visiblemente avergonzado de que su amigo fuera testigo del poco respeto con que le hablaba Castañeda.

—¿Ah, sí?

—Sí —musitó Méndez.

Castañeda dio unas caladas a su cigarrillo y le dijo en tono chulesco a Vives:

—Ahora debo atender otros asuntos, pero no creas que no sé en qué andas metido. Ve con cuidado si no quieres tener problemas conmigo.

A Méndez le incomodó que el policía se dirigiera a su amigo de forma tan intimidatoria. Al fin y al cabo, la labor que ambos desempeñaban no era tan distinta.

—Si me disculpa, señor comisario, yo también tengo prisa.

—Espero que no sea un asunto profesional. —A Castañeda le salió una risita aguda que irritó más a Méndez.

—No, señor Castañeda —contestó Esteban Vives esquivándole la mirada, y acto seguido apretó el paso para no permanecer un minuto más en su presencia.

Cuando hubo desaparecido, Méndez no pudo menos que recriminarle su actitud.

—No entiendo por qué ha tenido que tratarlo así. Es amigo mío.

—¿Y se puede saber de qué lo conoces?

—Del barrio. —Méndez sopesó si debía continuar hablando—. Cuando descubrí el cadáver de Rosalía, sentí que tenía que hacer algo y acudí a él.

Castañeda ladeó la cabeza y clavó sus ojos en el joven.

—¿Y puede saberse por qué lo hiciste?

—Pensé que, por su trabajo, podría facilitarme alguna información por la que empezar.

—Es verdad, Vives se relaciona con todo tipo de gente. He de reconocer que fuiste bastante avispado. —Le asomó un brillo de curiosidad—. ¿Y te dijo algo interesante?

—Fue él quien me confesó que Rosalía se prostituía. También me describió al hombre que andaba con ella, y el retrato que hizo encajaba a la perfección con las características de Muñoz.

—¿Y por qué no me lo contaste en su momento?

—Porque no quería meter a mi amigo en un lío. Él me dijo que quería mantenerse al margen de la Policía. Además, no me reveló nada que usted no supiera ya.

El comisario asintió reconcentrado, extrajo un cigarrillo del bolsillo y le prendió lumbre.

—Le volví a pedir ayuda más tarde, pero no quiso involucrarse en la investigación. No obstante, me dio su opinión sobre el caso y creo que eso es digno de agradecer. Carlos es bueno en su trabajo y se merece un respeto.

El comisario abrió los ojos como si de pronto la piel de los párpados se le hubiera encogido.

—¿Cómo que es bueno en su trabajo? —Había alarma en su voz.

—Pues que es un buen detective y que, aunque no sea policía, su trabajo es similar al que usted desempeña.

Por un instante le dio la impresión de que Laureano Castañeda iba a enfurecerse, pero en una fracción de segundo la crispación dio paso a una relajación total de sus facciones y a una carcajada que se oyó en toda la calle.

—¿Puede saberse de qué se ríe?

Castañeda necesitó un buen rato para calmar su risa, pero al fin dijo:

—Ven mañana al Chicago a las doce, organizaré una reunión con Esteban Vives. Creo que ha llegado el momento de tener una charla profesional con tu amigo.

—Por favor, déjelo en paz. Ya le digo que me dejó claro que no quería entrometerse en este asunto.

—Demasiado tarde, ya lo ha hecho.

—No quiero que se vea en dificultades por mi culpa.

—Por eso no te preocupes, no te necesita a ti para meterse en líos. —Y tras darle unas palmadas en el hombro, tomó otro camino —. ¡Recuerda, mañana en el Chicago! —voceó mientras se alejaba.

Y volvió a lanzar una carcajada que persiguió a Méndez como un eco macabro.

18

Llegaron al Chicago antes de la hora prevista, pero aún no habían tomado asiento cuando distinguieron la esbelta figura de Esteban Vives. Iba impecablemente vestido, como era habitual en él, con ese aire de galán de cine que lo diferenciaba del entorno, el escenario burdo y gris en el que se había convertido Barcelona tras la guerra. Avanzaba hacia ellos con paso decidido, dejando tras él un sutil perfume de madera y cuero, el aroma que Méndez imaginaba que reinaba en los lujosos salones de las películas americanas.

El joven se dio cuenta enseguida de que, aunque su rostro evidenciaba el malestar que le causaba la cita con el comisario, el detective había recuperado la desenvoltura. El aplomo con que se acercó, los saludó y tomó asiento dejaba entrever que había acudido a la reunión con una presencia de ánimo muy distinta a la de la tarde anterior. Esteban Vives, Méndez lo sabía, no era un hombre cobarde y, por lo visto, estaba dispuesto a dejarlo muy claro.

Laureano Castañeda, arrellanado en su asiento, tenía el aspecto de aquellos que se sienten satisfechos consigo mismos, algo que, Méndez también lo sabía, no entraba dentro de las posibilidades emocionales del comisario. Él, sentado en el borde de la silla, con la espalda rígida y los brazos torpemente colocados, sin acabar de encontrar el acomodo correcto, era el único que se manifestaba molesto ante aquella forzada charla.

Un camarero se acercó y una fugaz expresión de asombro, borrada al instante gracias a años de oficio, cruzó su rostro. Se había sorprendido al ver reunidos en la misma mesa a parroquianos tan dispares. Dudó si saludar primero al comisario, es decir, a la autoridad, o a Vives, o sea, a un buen cliente que dejaba excelentes propinas. Los años de oficio le sacaron del mal paso.

—Qué tomarán los señores —dijo con la atención puesta en la superficie de la mesa mientras la repasaba con un paño húmedo.

De esta manera ambos se sintieron aludidos sin haber sido ninguno de ellos apelado de forma directa.

Castañeda pidió una copa de coñac y Vives se limitó a decir: «Lo mismo para mí». Méndez, que se había sentido excluido de la oferta del camarero, permaneció en silencio. El empleado acudió con las bebidas con una inmediatez sorprendente, como si, previendo un fatal desenlace, quisiera sacarse de encima lo antes posible aquel servicio. Hasta que tuvieron las consumiciones sobre la mesa, los tres habían evitado dar inicio a la conversación. Castañeda se entretuvo recreándose en el encendido y disfrute de uno de sus cigarrillos y Vives intercambiando con Méndez unas convencionales palabras de saludo. Cuando ya no había oportunidad de interrupciones ni distracciones, Castañeda tomó el mando de la conversación:

—No soy hombre de preámbulos, así que iré al grano. Te he hecho venir aquí porque creo que le debes una explicación al chico y quiero estar seguro de que se la vas a dar.

A Méndez se le fue la mirada de uno a otro, sorprendido y expectante.

Sin dar tiempo a que Esteban Vives pronunciara palabra, Castañeda insistió:

—No quiero que líes al muchacho. O le dices la verdad o te empapelo.

—¿A qué verdad se refiere? —preguntó Méndez con voz tremulosa.

Vives no atendió a la pregunta de su amigo, prefirió plantar cara a la acusación del comisario.

—Nunca ha sido mi intención confundirlo.

—¿Confundirlo? No me hagas reír. Suéltalo ya de una puñetera vez o lo haré yo. No hace falta que te recuerde que si dejo que hagas de las tuyas es porque me consta que tienes muy buenos contactos, pero nada me impide, si tensas demasiado la cuerda, mandarte a pasar un buen rato en comisaría. Antes de que alguno de tus influyentes amigos tenga tiempo de descolgar el teléfono, yo ya puedo haberte facturado en un tren camino del penal de Nanclares de la Oca.

El rostro de Esteban Vives cambió de color. La sola mención de ese lugar del que le habían contado historias terribles le cortó la

respiración. Había oído que, además de ser un campo de concentración donde recluían a los enemigos del Régimen —el letrero de la entrada era toda una declaración de principios: «Se puede perder todo menos el orgullo de ser español»—, desde hacía algún tiempo era el centro donde condenaban a morir de hambre y agotamiento, tras infinitas jornadas picando piedra, a los que eran como él.

—Díselo de una puta vez.

Ahora fue Vives quien encendió un cigarrillo que extrajo de una elegante pitillera.

A Méndez le pareció que sus gestos eran más delicados y pausados que nunca.

—No sé exactamente qué quiere que le explique a Ricardo, supongo que lo que desea es que le diga que mantengo relaciones de estrecha amistad con algunos hombres.

—¿Relaciones de estrecha amistad? —Méndez no acababa de entender.

—Vamos, que tu amigo es maricón —se apresuró a aclararle Castañeda.

—¿Maricón?

Vives ladeó la cabeza y expulsó el humo mientras mantenía fija la mirada en el comisario. Parecía que con ese gesto liberara parte del desprecio que sentía hacia él.

—Así es. Tu amigo te ha contado que es detective, pero lo único que investiga son agujeros ajenos. Ese es su verdadero trabajo.

—Eso no es cierto. Una cosa son mis preferencias sexuales, otra muy distinta mi trabajo. Trabajo como acomodador.

—¿Acomodador?

Méndez, que iba de sorpresa en sorpresa, solo era capaz de pronunciar la última palabra que había oído añadiéndole la entonación interrogante.

—Sí, acomodador de cine y chapero —insistió el comisario.

—¿Chapero?

—Eso es lo que es tu amigo —confirmó Castañeda. Parecía que aquella revelación le producía un profundo gozo.

Méndez hizo un sobreesfuerzo y logró articular una frase completa:

—¿Es verdad eso que dice?

—Con algunos matices, pero supongo que sí —confesó Vives.

—Pero si eres boxeador.

—¿Y?

—No hay boxeadores maricones.

Esteban Vives soltó una carcajada.

—Te sorprenderías, créeme. Y usted también, señor comisario —dijo lanzando una mirada cargada de resentimiento hacia el policía.

Méndez seguía boquiabierto, intentando recolocar en su cerebro aquella información. Tardó todavía un rato en preguntar a su amigo:

—Entonces, ¿me has estado mintiendo?, ¿cómo sabías a qué se dedicaba Rosalía?, ¿te inventaste todo lo que me dijiste?

—No inventé nada. Lo que te conté sobre ella es rigurosamente cierto. Nunca hubiera jugado con eso.

—¿Cómo sabías con quién alternaba la chica? —Esta vez fue Castañeda quien preguntó.

—Coincidimos en más de una ocasión. Barcelona está llena de restaurantes y hoteles donde la gente con dinero luce a sus amantes, pero al final todos acabamos visitando los mismos lugares.

La expresión de Castañeda ya no era la de un hombre dispuesto a pasar un buen rato a costa del mal trago ajeno, era la de un policía que quería saber más.

—¿La viste alguna vez con algún otro cliente además del que le describiste al chico?

—No. Lo que le conté a Ricardo es todo lo que sabía. Si hubiera podido ayudarlo más, lo habría hecho. Lo único que quería era mantenerme al margen. La Policía y yo nunca nos hemos llevado bien.

—En eso no le mentiste. Si no contaras con la protección que cuentas, te aseguro yo que se te habría acabado el cuento. Al menos, eso hay que reconocértelo, eres discreto.

Méndez aún no había digerido la verdad que acababan de arrojarle a la cara como un cubo de agua fría. Necesitaba soltar su torrente de rabia.

—¿Dices que querías mantenerte al margen?, ¿mantenerte al margen haciéndote pasar por detective?

Su expresión también había cambiado. La palidez y la laxitud de los músculos faciales, provocadas por la sorpresa, habían dado paso a un súbito enrojecimiento de la piel.

Esteban Vives se dirigió ahora a él, la presencia de Castañeda había dejado de importarle.

—Nunca fue algo premeditado.

—¿Ah, no? Te has estado burlando de mí. No me negaste que fueras detective cuando acudí a ti en busca de ayuda.

—Exactamente, nunca lo negué, pero no fui yo quien empezó con esa historia.

—Maricón. —Méndez escupió la palabra como un perdigonazo en la cara del que había considerado su amigo.

Vives apagó el cigarrillo y pareció dispuesto a levantarse y alejarse de allí, pero algo le hizo cambiar de opinión. No era un hombre que se amilanara fácilmente. El día anterior se había sentido incómodo al toparse con Ricardo y Castañeda porque sabía que ese encuentro a tres bandas no podía traerle nada bueno, pero también sabía que, aunque la prudencia es la mejor arma, nunca hay que dejar que se transforme en miedo o cobardía. Consideraba que no se puede evitar que te insulten una vez, pero no hay que permitir que lo hagan dos veces.

No se avergonzaba de sus preferencias sexuales, como tampoco lo hacía del tipo de vida que llevaba, ni de las decisiones que había ido tomando a lo largo de su vida. Solo lamentaba aquello que no estaba en su mano cambiar, el país y la época que le habían tocado en suerte. Pero él no era de los que se instalaban en la queja, sino de los que, conociendo exactamente el límite de sus posibilidades, no están dispuestos a renunciar a ninguna de ellas. Esta actitud le había acarreado muchos golpes, pero también le había permitido el aprendizaje de estrategias para que nunca pudieran darle de pleno.

Como en el boxeo, para sobrevivir necesitaba protegerse, adelantarse a los golpes y nunca permitir que lo noquearan. Sentía un gran desprecio por los enemigos cobardes, aquellos que solo saben asestar puñetazos a traición, y esa era la idea que tenía de los

policías como Castañeda, pero jamás se recreaba golpeando al adversario cuando este yacía en el suelo, y esa era la imagen que en esos momentos tenía de Ricardo Méndez. El chico no era un enemigo, ni siquiera un contrincante, era un pobre muchacho que se había visto envuelto en una sórdida historia y al que, al fin y al cabo, debía una explicación. Así que iba a dársela.

Pasó por alto el rostro satisfecho de Castañeda y apoyó los codos en la mesa como si necesitara apuntalar su cuerpo antes de empezar a desovillar el origen de su engaño.

—No fue mi intención que esta mentira llegara tan lejos. Todo esto es fruto de un error, de un malentendido que no supe o no quise parar a tiempo.

Tanto Méndez como Castañeda lo escuchaban con atención.

—Empecé a trabajar muy joven.

—¿Como chapero?

Vives plantó cara al comentario burlón de Castañeda con una mirada fulminante.

—En mi casa nunca sobró el dinero, quizá por eso siempre me gustó. No el dinero en sí, sino todo lo que pone al alcance de tu mano. Desde pequeño he tenido debilidad por la buena ropa, por cualquier objeto refinado que lleve impreso un sello de sofisticación. No es vanidad, es una cuestión de buen gusto. Me atrae lo bello igual que me repele lo vulgar. Te cuento esto —su relato solo tenía como destinatario a Ricardo— porque ese fue el motivo por el que muy pronto tuve interés por ganarme la vida.

»Siendo apenas un chaval, un pariente me colocó como acomodador en un cine del paseo de Gracia en el que aún sigo hoy en día. Ese ambiente me fascinó desde el principio. No solo me enamoré del olor de aquella sala, tan diferente del de los cines de nuestro barrio, también lo hice del público que allí acudía o, mejor dicho, de su manera de vestir, de moverse, de comportarse. Sentí que aquel era el mundo al que realmente pertenecía, el paraíso del que por algún motivo secreto debí ser expulsado antes de nacer.

Vives bebió de su copa y paladeó el licor. Tal vez esperaba que este le proporcionara las claves para seguir hilvanando su confesión.

—Luego vino el descubrimiento del cine como arte. Para mí fue más importante incluso que haber entrado en contacto con una clase social muy superior a la mía. Las películas me permitieron, sobre todo las americanas, conocer ambientes glamurosos y fascinantes con los que me sentí rápidamente identificado. Sesión tras sesión, lo que veía en aquellas películas fue calando en mí hasta convertirse en mi realidad, la única con la que lograba identificarme.

—Y todo eso que me estás contando ¿qué tiene que ver con que te hicieras pasar por detective privado?

A pesar de sus reticencias, Méndez no resultó tan agresivo. Le resultaba difícil resistirse al poder de seducción de Esteban Vives. Aún desconocía adónde iba a llevarle aquella historia, pero de algún modo había empezado a creer en la posibilidad de que su amigo tuviera un atenuante que mereciera el perdón.

—Un día de invierno regresé a casa con la chaqueta del uniforme. No estaba permitido, pero había sufrido un percance con la mía en el tranvía y mis superiores insistieron en que la usara para protegerme del frío en mi largo camino de vuelta. Era una chaqueta gris plomo, de corte elegante y botones dorados, muy diferente a los trapos usados con los que solían vestirnos nuestros padres.

Vives reparó en las ropas de Méndez y se arrepintió de haber hecho ese comentario.

—No recuerdo exactamente cuándo, pues de esto hace ya años, un chiquillo del barrio se me acercó y bromeando sobre mi elegante indumentaria descubrió que en uno de mis bolsillos llevaba un objeto pesado y metálico. Me preguntó, supuse que en broma, si aquello era una pistola y yo, siguiendo el juego, le contesté que sí. En ningún momento se me pasó por la cabeza que aquel muchacho pudiera tomárselo en serio. Aquello no era más que una linterna, pero en su fantasiosa mente adquirió unas dimensiones inesperadas.

»Olvidé ese episodio trivial hasta que al cabo de un tiempo me enteré de que corría entre los chicos del vecindario el rumor de que había empezado a trabajar como aprendiz en una agencia de detectives. Por lo visto, mis superiores confiaban tanto en mí —bromeó Esteban— que hasta me permitían llevar mi propia arma. Seguramente fui el último en enterarme de esta absurda historia,

pero cuando lo hice, y asumo toda la culpa, no la desmentí. Supongo que consideré que esa leyenda me hacía más justicia que la insípida realidad.

—Ya, y cuando acudí a ti en busca de ayuda, pensaste que sería divertido burlarte de mí —le reprochó Méndez.

—En ningún caso. Pensé que debía contarte lo que sabía sobre Rosalía, pero no vi necesario confesarte lo demás. De haberlo hecho, tendría que haberte explicado cómo sabía que se prostituía, y eso, la verdad, no me apetecía tanto. Por mucho que algunos crean que he convertido mi gusto por los hombres en una profesión, yo sencillamente lo veo como una forma de relacionarme que me proporciona ciertas ventajas económicas y sociales. Me gustan los hombres, y si huelen bien, mejor.

Aquella frase estalló en los oídos de Castañeda como una provocación.

—Eres un chapero de mierda. A lo mejor crees que lo que tú haces es diferente de lo que hacen los pajilleros del cine Diana o las atracciones Apolo.

El falso detective volvió a clavar los ojos en él, pero esta vez se esforzó en que su mirada pareciera más una caricia que un reproche. Eso solía incomodar a los hombres como Castañeda más que cualquier otra actitud.

—Pero si lo que te da dinero es acostarte con hombres, ¿por qué sigues trabajando en un cine? —La voz de Méndez volvió a sonar áspera, aunque su rabia inicial perdía ímpetu a cada intervención.

—Porque me gusta, gracias a ese trabajo consigo estar en contacto diario con mis dos aficiones, el cine y los hombres ricos.

Méndez tomó prestada la copa de Castañeda y le dio un trago.

—Eres un pervertido. Eso que cuentas es asqueroso.

—¿Asqueroso? Me gustan los hombres y puedo permitirme el lujo de establecer con alguno de ellos fructíferas y placenteras relaciones de intercambio. Yo doy juventud y belleza y ellos me ofrecen poder y dinero. No querría resultar brusco, pero, desde mi punto de vista, lo que yo hago es bastante menos repugnante que lo que hacía tu amiga. No creo que ella encontrara el más mínimo placer yéndose a

la cama con hombres viejos y tripudos. Tampoco creo que eso la ayudara a hacerse rica, en todo caso a mitigar el hambre.

Méndez se mordió la lengua. Vives tenía argumentos para todo.

A Castañeda aquel discurso había dejado de interesarle. Para él la diversión había terminado ya. Había cumplido su objetivo y todo lo que dijera aquel tipo estaba de más.

—Quería que escucharas la verdad de boca de este sinvergüenza. Debes aprender a protegerte de los mentirosos, aprender que las cosas no son siempre lo que parecen.

Pero Esteban no se había rendido en su intento de que Ricardo lo perdonara:

—A veces resulta más creíble la ficción que la realidad. La gente del barrio se acostumbró a verme como un detective y empezó a tratarme como tal. Eso me gustó. Reconozco que no estuvo bien, pero yo no mentí, solo me adapté a la idea que se habían creado de mí.

Méndez empezaba a cansarse de que siempre encontrara una forma de justificar sus actos.

—La vida es como el cine. No importa que lo que te cuenten sea verdad, lo importante es que te resulte creíble.

Castañeda encendió un cigarrillo y apuró el vaso con gesto aburrido. Parecía dispuesto a levantarse y largarse de allí.

Pero no lo hizo. En cambio dijo:

—Es verdad. —Su voz sonó como un silbido.

—¿El qué? —preguntó Méndez casi alarmado por la repentina palidez de Castañeda.

Al instante se dio cuenta de que el comisario no hablaba con ninguno de ellos dos, sino con sus propios pensamientos.

—Nos fijamos en lo que nos muestran porque eso es lo que nos resulta más fácil, pero la verdad no está allí. La verdad está en lo que se nos oculta. Allí está la clave.

Y lanzando una sonrisa siniestra se levantó, dejando tras de sí una estela de humo.

Méndez se dispuso a ir tras él, pero Esteban lo detuvo.

—Espera. Quiero pedirte perdón. Siento haberte defraudado.

—Me hiciste creer que te daba miedo que hablara con Castañeda por una cuestión de rivalidad profesional cuando en realidad tus razones eran muy distintas.

—Castañeda no puede meterse mucho conmigo porque tengo quien me proteja, pero debo tener cuidado. Ando en la cuerda floja. He de hacerme respetar sin llegar a enojar a nadie. Puedes creerme o no: siento de verdad lo que ha ocurrido.

Mientras Méndez intentaba asimilar la verdadera identidad de Esteban y la repentina y misteriosa marcha de Castañeda, un zumbido empezó a crecer en su mente.

Dio un brinco en la silla.

—Espera un momento.

—¿Qué ocurre?

—Maldito cabrón. El último día que nos vimos…, ¿recuerdas lo que me dijiste?

Esteban Vives agachó la cabeza adivinando la tormenta que se le venía encima.

—-Claro que lo recuerdas. Maldito cabrón.

—Eso ya me lo has dicho —se atrevió a replicar.

—Me dijiste que el asesino debía tener sus motivos, aunque todavía no supiéramos cuáles eran.

—Así es. —Esteban se agitó incómodo en la silla.

—Dijiste que las mujeres que podían conocerlo habían muerto.

—En efecto. —Su rostro iba perdiendo color.

—Dijiste que quizá fuera un maníaco que matara por placer, que odiaba cierto tipo de mujer, que tal vez las amara…

—Eso comenté. —A Vives le tembló la voz.

—Dijiste que el amor está ligado al odio.

—Es cierto. —Esa respuesta apenas fue audible.

—¡Hijo de la gran…! —El grito de Méndez despertó el interés de varios clientes y se acrecentó cuando dejó caer su puño sobre la mesa—. Ahora entiendo la agitación que sentí cuando fui a ver *Jack el Destripador.* Creí que la película me mostraba algo que se me escapaba, y así era, pero no estaba en lo que vi, sino en lo que oí. ¿Cuántas veces has visto esta película?

—Decenas —balbució Esteban compungido.

—Tantas veces que te sabes los diálogos de memoria.

—Me temo que sí —confesó avergonzado.

—Los conoces tanto que los usaste cuando fui a verte. Lo que me soltaste fue exactamente lo que dice uno de sus protagonistas.

Esteban Vives ensayó una tímida sonrisa.

—Lamento que te lo tomes así. No te enfades. Al fin y al cabo, las palabras que elegí fueron las del policía que lleva la investigación, todo un experto de Scotland Yard…

19

El asesinato de Rosalía había dejado de parecerle una tragedia aislada. Desde que encontró su cadáver, la cotidianeidad a la que estaba acostumbrado se había resquebrajado, dando paso a una realidad que le era completamente ajena. Ni siquiera sus amigos eran quienes él creía que eran. Le costaba digerir la conversación que había mantenido con Esteban, pero había decidido no pensar mucho en ello. Prefería ir en busca de Castañeda. Tenía curiosidad por saber los motivos de su apresurada marcha. Si la causa de que hubiera abandonado tan precipitadamente el Chicago tenía relación con el crimen, él quería saberlo cuanto antes.

No lo encontró en la comisaría, así que decidió deambular por Nou de la Rambla. Volvería a intentarlo más tarde. Pasó por delante de una tienda de ropa interior, por unos billares, por varias clínicas urinarias especializadas en enfermedades venéreas, complemento ideal de las casas de putas que guarnecían la calle, y por bares oscuros donde los poetas aún soñaban con la libertad. En conjunto, toda suerte de establecimientos que retrataban su marcado carácter cultural. Torció después Ramblas arriba hasta llegar al hotel Oriente. Frenó el impulso de entrar. Temió que, si ponía los pies en su reluciente interior, una jauría de perros adiestrada para detectar muertos de hambre se le echara encima. A pesar de tan siniestro augurio, decidió probar suerte y se coló dentro.

El empleado que se encontraba detrás del mostrador le dedicó una sonrisa de falsa cordialidad que se desfiguró en un mal disimulado rictus de asco al comprobar la catadura social del recién llegado.

Méndez era consciente de que su aspecto, que podía pasar desapercibido en el marco triste y gris que eran sus calles, adquiría una apariencia más vulgar en ese entorno de brillos y cromados.

—¿Qué haces tú por aquí?

La pregunta no la había pronunciado el recepcionista, aplicado a atender a una pareja de elegantes clientes que acababan de

abandonar el salón, sino que había salido de los labios de Carlos Sepúlveda.

Méndez echó un último vistazo a aquellos dos individuos de aspecto radiante. Sin duda eran extranjeros, pues lucían la inconfundible pátina de superioridad que distinguía a los europeos. No en vano eran más altos, más guapos, más ricos y, sobre todo, con un mejor porvenir.

—En realidad nada, he entrado a ver si te encontraba, estoy haciendo algo de tiempo.

—¿No te has enterado de lo que ha pasado? —le susurró casi al oído el botones.

—¿Enterarme de qué?

Carlos lo tomó del brazo mirando de reojo al recepcionista, que aún seguía ocupado.

—Anda, vamos fuera, no sea que me vea en un compromiso.

Una vez en la calle, Carlos Sepúlveda siguió hablando en un tono de voz apenas audible, no fuera que alguno de los transeúntes escuchara sus palabras.

—¿No te lo ha contado el comisario Castañeda?

Repasó la conversación que los había ocupado en su último encuentro y cruzó los dedos deseando que Carlos no estuviera al tanto del ridículo que había hecho con el asunto de Esteban Vives.

—No sé a qué te refieres. Precisamente he ido a buscarlo, pero no lo he encontrado. Me han dicho que andaba muy ocupado.

—Y tan ocupado. Menudo revuelo ha habido en el hotel. Hace un rato él y algunos de sus hombres han venido a detener al señor Muñoz.

Intentó imaginar el momento de placer que habría supuesto para el comisario ese arresto después de tanto tiempo intentando pillar la presa.

—Era un hecho más o menos anunciado tras la aparición de las postales.

—No se lo han llevado por lo de las fotografías. —Carlos le hizo un gesto para que se acercara un poco más—. Esto que voy a decirte es confidencial. Castañeda me lo ha dejado muy claro, y si ha tenido la deferencia de contármelo es porque colaboré con

vosotros para obtener las pruebas. Por ese mismo motivo creo que tampoco hago mal en compartirlo contigo.

Méndez asintió sin disimular su impaciencia. Le irritaba que Carlos dosificara la información con tanta cautela. Tantos años trabajando para gente rica lo habían convertido en un remilgado.

—Por lo visto, el señor Muñoz tenía organizada toda una red de distribución de pornografía. El comisario ha logrado descifrar las anotaciones del cuaderno y entre ellas ha encontrado nombres muy influyentes.

Sepúlveda no le estaba revelando nada que él no supiera ya por boca del propio Castañeda.

—Según parece, al comisario le conviene más esconder esta carta que jugarla. Ha prometido discreción a otros implicados a cambio de que esta vez nadie intercediera a favor del señor Muñoz en la acusación por estraperlo. De esta manera, Castañeda se asegura el tiro. Además, de cara a la opinión pública, las fuerzas del orden quedan mejor si demuestran a la población que combaten con dureza el mercado negro que si ponen en evidencia la falta de moralidad de la clase privilegiada.

A Méndez no le resultaban nada agradables aquellas consideraciones. Le repugnaba el trapicheo policial, la manipulación de la verdad. Sabía que desde el 39 vivían en un país cimentado en la mentira, pero aún no se había acostumbrado a ello. Por otro lado, no le gustaba demasiado pensar en los pormenores de aquel asunto. Se le revolvía el estómago cada vez que imaginaba al montón de indeseables que habrían visto a Rosalía tal y como aparecía en las postales. Aun así, lo que de verdad importaba era que un tipo tan despreciable como Muñoz acabara en la cárcel.

Se dio cuenta de que Carlos lo observaba expectante. Sin duda, esperaba alguna reacción ante la información que acababa de ofrecerle.

—Vamos, que el pez gordo se ha convertido en el cabeza de turco de otros peces todavía más gordos a cambio de que no les salpique el asunto.

—Exactamente.

Nada nuevo bajo el sol, pensó. Aun así, añadió:

—Pues sí que te has enterado de cosas.

—Como ya te he dicho, el comisario ha sido muy considerado conmigo. —Su expresión se tornó más maliciosa—. Aunque alguna cosa he pillado por mi cuenta.

—¿Ah, sí?

—Estar atento a las conversaciones es parte de mi trabajo, así puedo adelantarme a los deseos de los clientes.

—Ya.

El botones agitó una de sus nervudas manos como si con ella quisiera cortar el aire.

—Le va a caer una buena. Dicen que lo más probable es que acabe en Nanclares de la Oca.

Era la segunda vez que Méndez escuchaba aquel nombre tan siniestro. Al final iban a acabar todos allí.

—Ha habido un revuelo enorme, imagínate, un hombre de su posición.

—Sí, ya lo supongo. Castañeda debía estar pletórico.

—La verdad es que sí, pero no solo por la detención del señor Muñoz.

—¿Hay algo más? —preguntó Méndez esperanzado—. ¿Sabes si ha hecho algún otro avance en el caso?

—No, pero el cuaderno que sacamos de la caja fuerte aún guardaba otra sorpresa. —Se mordió el labio inferior.

Esta vez fue Méndez quien se acercó más a Sepúlveda sin necesidad de que este se lo indicara.

—¿Qué sorpresa?

—Las últimas páginas estaban pegadas entre sí ocultando parte del contenido. Al principio, el comisario Castañeda pensó que era un hecho fortuito, pero en vista de lo que escondían no debía ser así. Según parece, el señor Muñoz no solo se enriquecía con la pornografía y el estraperlo, tenía otro negocio montado.

—Este prohombre era todo un ejemplo de honradez. Otro negocio ilegal, supongo.

—A la gente que tiene tanto apego al dinero le da igual comerciar con alimentos que con personas, siempre y cuando resulte rentable.

—Suéltalo ya.

—El tipo tenía organizado un operativo para sacar topos de España, ya sabes, rojos que viven de forma clandestina por miedo a ser represaliados. Les proporcionaba documentación y los ayudaba a cruzar la frontera. ¿Te imaginas al señor Muñoz entendiéndose con los rojos?

A Méndez le sudaban las palmas de las manos.

El empleado del hotel continuó, animado por la dinámica de su propia charla:

—Se ve que así conseguía mercancías y dinero de los ingleses, que son quienes financiaban todo ese asunto. Y gracias a esta lista oculta, el comisario Castañeda ha podido desvelar la identidad del cabecilla de una célula comunista tras el que la Policía andaba hace tiempo. Los apuntes de Muñoz le han permitido relacionar el verdadero nombre con el alias.

Méndez tragó saliva. Tuvo que apoyarse en la pared, empezaba a marearse.

—Estaba tan satisfecho de su descubrimiento que no ha podido evitar repetir ese nombre en clave a uno de sus hombres, y yo lo he oído.

—¿Y cuál era ese alias?

Carlos Sepúlveda frunció el ceño intentando recordarlo.

—Era un apodo extraño.

—¿Por qué extraño?

—Sonaba a nombre extranjero.

—Haz un esfuerzo.

—No, si ya me acordaré. Era algo como…

—¿Como qué?

—Algo así como Zane Grey.

* * *

Una mano invisible presionó el estómago de Méndez, liberando un miedo que puso en movimiento sus piernas. Era un mecanismo animal, basado en el instinto. El nombre de Zane Grey le retumbaba en las sienes como un eco fatídico. Tenía la certeza de que la identidad que se escondía tras ese alias era la de Raimundo. Debía ir

a su encuentro, advertirle sin demora para que tuviera la oportunidad de esconderse antes de que fuera demasiado tarde. La toma de conciencia de que la única alternativa que le quedaba a su tutor era desaparecer le encogía el corazón.

Corría por calles abiertas, pero se sentía acorralado dentro de un túnel de paredes estrechas. Por su culpa, Raimundo estaba en peligro. Se sentía responsable de toda una cadena de desgracias, portador de la fatalidad. Si él no se hubiera empeñado en abrir esa caja fuerte, el hombre que se había ocupado de él a costa de quién sabe cuántas renuncias, el hombre que lo había educado, que había moldeado la hechura de su alma, ese hombre no estaría a punto de caer en las garras de un enemigo poderoso del que hasta ahora había logrado escabullirse. El sentimiento de culpa le quemaba y le secaba la boca. No había logrado descubrir la identidad del asesino, lo único que había conseguido con su ridícula intervención era facilitarle a Castañeda la detención de Muñoz y, de paso, servirle en bandeja la cabeza de Raimundo.

Marchaba empujando a aquellos que se interponían en su camino, sin prestar atención a sus increpaciones, sin la menor prudencia, sin pensar que su actitud podía levantar sospechas en un país donde cualquier agitación era un signo de desorden e insubordinación. Corría en busca de Raimundo, pero también para huir de sí mismo. Llegaré a tiempo, se decía a modo de consuelo. Le avisaré y encontraremos alguna solución. Recordó cada una de las palabras de advertencia que el amigo del maestro había pronunciado en la iglesia de Santa Madrona y sintió que las piernas le flaqueaban. Lamentó no haberles prestado entonces toda la atención que merecían, no haberlas juzgado como debía. Raimundo siempre había sabido cuidar de sí mismo, y esa premisa le bastó para convencerse de que no tenía por qué preocuparse. Tal vez sus camaradas lograran echarle una mano. No quería perder la esperanza. No podía perderla.

A medida que avanzaba, Méndez se iba convirtiendo en una mancha gris que se confundía con la tonalidad parda de aceras y fachadas, en una sombra herida en busca de un consuelo inalcanzable.

Llegó por fin al inicio de su calle, ligeramente empinada, y en ese punto dejó de correr, sustituyendo el trote por un andar apresurado. Tenía el corazón agitado, la boca seca, el estómago constreñido. Desde lejos distinguió al habitual grupo de vecinos sentados ante el portal. Aquella estampa cotidiana de tertulia a pie de escalera fue un bálsamo que alivió brevemente su inquietud. Pero esa sensación se evaporó como una voluta de humo.

Una segunda mirada al heterogéneo conjunto le dijo que algo no marchaba bien. Todo estaba igual que siempre, pero todo era diferente. Las bocas enmudecidas de los vecinos, la rigidez de sus posturas, los rostros circunspectos eran signos evidentes de que algo malo había ocurrido.

Al verlo acercarse algunos se levantaron en silencio. Méndez no necesitó nada más para saber que él no había sido el primero en llegar.

Nadie dijo nada, como si cualquier palabra al ser pronunciada pudiera ahondar en la desgracia.

Subió las escaleras a zancadas. Al cubrir el último tramo de peldaños el corazón le golpeaba con fuerza dentro del pecho. Se había convertido en un órgano ajeno a él que le absorbía todo el aire de los pulmones, asfixiándolo.

Se detuvo ante su puerta y se quedó ahí plantado conteniendo el aliento. Esperaba que eso le sirviera para percibir cualquier murmullo que viniera del interior.

No oyó nada.

Empujó con cautela la madera ennegrecida por los años, cuidando que ninguno de sus movimientos precipitara los hechos, con el convencimiento de que el destino es una bestia a la que no hay que despertar.

Dio unos pasos.

Lo que vio le hizo cerrar los ojos.

Y volver a abrirlos.

Allí estaba Raimundo.

Y enfrente de él, Laureano Castañeda.

Las dos caras de una moneda imposible.

Ambos lo miraron como si fuera un intruso y, al mismo tiempo, como si lo estuvieran esperando.

Permanecían de pie frente a él, componiendo un cuadro absurdo, pero a la vez una escena que podría haber sido de absoluta normalidad. Dos hombres que ya han dejado atrás la juventud que se juntan para charlar.

Sí, todo podría haber parecido muy normal si no fuera porque Raimundo estaba acorralado contra la pared y Castañeda a punto de estrangularlo.

20

Era una escena irreal, como esas que se nos aparecen en sueños y que, aun resultándonos absurdas, vienen con sello de autenticidad. A esa sensación de alucinación contribuían dos circunstancias: la primera, la antinatural ventaja física de Castañeda, un individuo flaco y macilento, sobre Raimundo, un hombre recio y de mayor envergadura física; la segunda, la voz nasal, procedente de una radio lejana, cantando a ritmo de bolero: «Toda una vida me estaría contigo, no me importa en qué forma, ni dónde ni cómo pero junto a ti». Esa banda sonora aportaba un aire tragicómico que Méndez, en su estupor, no fue capaz de apreciar.

Castañeda lo sujetaba por el cuello con una mano, empujándolo contra la pared. La otra la mantenía libre, cerca de la americana, seguramente por si consideraba necesario sacar el arma. Raimundo tenía los brazos caídos a lo largo del cuerpo, en una actitud de abandono que no era natural en él. Méndez entendió esa renuncia como un gesto de superioridad física y moral. Sabía que a su tutor le bastaba un derechazo para tumbar al policía, pero también era conocedor de su inteligencia natural para no empeorar las situaciones difíciles. También sabía que era uno de esos viejos combatientes convencidos de que la verdadera lucha se ejerce con las ideas, no con los puños. El comisario, en cambio, estaba en tensión. La rigidez de sus músculos se adivinaba bajo los pliegues del pantalón y la chaqueta. Tenía el cuerpo inclinado hacia delante, aumentando así la fuerza que ejercía sobre la garganta de su adversario. La piel del rostro, habitualmente de tono bilioso, iba camino de volverse escarlata. Entre los ojos, inyectados en sangre, se le marcaban dos profundas arrugas verticales. Al contraer la frente, las cejas se habían enarcado, confiriéndole un aspecto feroz. A Méndez le hizo pensar en una mantis religiosa dispuesta a devorar a su presa.

Sin aflojar la mano con que tenía sujeto a Raimundo, miró de soslayo a Méndez.

—Lárgate de aquí si no quieres meterte en un lío del que no podrás salir.

Raimundo, con una calma fuera de contexto, dijo:

—Deja al chico en paz, no tiene nada que ver con todo esto.

Castañeda volvió a mirar a Méndez, esta vez con más atención, y se sorprendió al comprobar que el joven que se había quedado plantado ante la puerta no era el que él conocía. Su apariencia ahora era mucho más infantil. Los signos de hombría con que la adolescencia había ido armando su físico se habían desvanecido, dejando solo a un niño temeroso y desamparado.

—Lárgate de una vez. —Castañeda arrastró cada una de las sílabas, como si estas hubieran escapado de unas riendas invisibles que intentaran contenerlas.

A pesar de que la puerta se había quedado abierta, no corría ni una gota de aire. Las cortinas que cubrían los ventanales entornados del balcón permanecían inmóviles. Méndez observó que empezaban a asomar manchas de sudor en la camisa de Raimundo. Una oleada de humedad caliente emanaba también de su piel, empapándole la espalda. Castañeda, como era habitual en él, se mantenía ajeno al calor y a la angustia reinantes.

—Hace tiempo que andábamos buscándote, intentando averiguar tu verdadera identidad —escupió el policía—. Quién me iba a decir que el destino me tenía preparada esta sorpresa. Los de la Brigada Político-Social llevan meses detrás de ti y resulta que yo te tenía al alcance de la mano.

Méndez intentó tragar saliva, pero tenía un nudo en la garganta. Le invadió el deseo de llorar y al mismo tiempo el dolor de no poder hacerlo. Una extraña sequedad lo corroía. En su interior un vendaval de culpabilidad había arrasado con todo. Estaba convencido de que en ese paisaje árido ya no volvería a crecer nada que valiera la pena. El asesino de Rosalía seguía libre por las calles y a Raimundo, en cambio, lo tenía agarrado por el cuello un comisario de Policía. Eso era todo lo que había conseguido. Pensó en los sótanos de la comisaría de Vía Layetana, de los que le había hablado en más de una ocasión su tutor, pensó en que si se lo llevaban ahora tal vez no volvería a saber nunca nada más de él. Si Raimundo cruzaba esa

puerta, el engranaje policial lo engulliría como había hecho con tantos otros, convirtiéndolo en una tormentosa oquedad en su vida.

Abrió la boca para decir algo, pero de sus labios brotó un gemido ridículo, el eco ahogado de un lamento. Raimundo clavó sus ojos en él. Méndez esperaba una mirada recriminatoria, un «Te lo advertí» escrito en sus pupilas, pero percibió algo más terrible, mucho más doloroso. Raimundo lo acariciaba con una mirada compasiva. Habituados a navegar entre el desencuentro y el afecto, entre los dos existía una complicidad secreta, ese entendimiento íntimo que solo es posible entre los que han surcado muchos mares juntos. Por eso Méndez supo interpretar la súplica que emanaba de aquellos ojos, el «Aléjate de aquí» implícito, el halo protector que le gritaba en silencio «De esto me encargo yo».

Había ido atesorando una admiración secreta hacia su maestro, un fervor que se había empeñado en no declarar, como si tuviera que avergonzarse de amar a quien tenía tan cerca. Ahora esa fascinación se manifestaba de forma más intensa, y también más dolorosa. Raimundo estaba acorralado, era una presa sin escapatoria, y a pesar de ello, mantenía intacta esa elegancia moral que siempre le había caracterizado.

—Puto rojo, te tengo pillado por los huevos. —La voz chirriante de Castañeda hirió los oídos de Méndez como nunca—. Y teniéndote a ti, pronto pillaré al resto.

—Me temo que no hay nadie más.

—No vayas por ese camino. Sé que eres, por decirlo de algún modo, el jefe de la banda.

—Si es así, ¿cómo es que ha venido usted solo? Pensaba que eso era competencia de los de la Político-Social.

—Si me he adelantado por mi cuenta ha sido para proteger al chico. Le he cogido cierto cariño y, por lo que sé, él no tiene nada que ver con lo que andas haciendo por ahí. Si hubiera avisado a mis compañeros, no creo que fueran muy considerados con él, aunque tenga diecisiete años. —Y volviendo a lanzar una mirada lanzallamas a Méndez, gritó—: ¡Lárgate de una puta vez!

Pero él permanecía pasmado en la puerta. No sabía qué hacer, pero sí sabía lo que no iba a hacer: largarse.

—Hay que reconocer que has sido muy listo. Todo este tiempo te has movido como una anguila sin que pudiéramos dar contigo, pero eso se acabó. —La crispación de Castañeda iba en aumento.

—¿Y se puede saber de qué se me acusa? —el tono de Raimundo era sosegado.

—Si quieres que enumere toda la lista, tendrás que ofrecerme una silla. De momento, de ser el cabecilla de una célula encargada de facilitar el paso de comunistas por la frontera. Además, sabemos que estás relacionado con diversas maniobras bolcheviques, entre ellas el asalto a la fábrica Moritz el pasado año y diversos movimientos de apoyo a la Operación Reconquista.

Raimundo lanzó una sonora carcajada, aún más relajado.

—Pero ¿quién cree que soy yo? Está ante un pobre maestro republicano represaliado que malvive como puede.

El viejo profesor pronunció estas palabras con tanta seguridad que habría podido convencer a Castañeda si este no hubiera tenido a su disposición las pruebas que lo inculpaban. También habría podido convencer a Méndez si este, que hasta ahora había atribuido a su tutor una labor de resistencia empecinada pero en el fondo modesta, no acabara de entender en ese mismo momento que Raimundo era en realidad ese hombre intrépido que describía el comisario. Se asombraba de no haberse dado cuenta de que su tutor poseía las hechuras de un héroe. Era valiente, inteligente, discreto, tenía ideales y la mala costumbre de mantenerse fiel a ellos. No, Raimundo no era un pobre maestro resignado a su suerte.

Castañeda acercó su rostro todavía más al de su presa. Le hablaba tan de cerca que esta podía sentir su aliento.

—No abuses de mi paciencia. Cuando te entregue a mis compañeros, te aseguro que te acordarás de muchas cosas que ahora pareces haber olvidado.

Desde el 39, Raimundo había sido consciente de que la situación que ahora estaba viviendo podía hacerse realidad. No estaba sorprendido, tampoco estaba asustado. Permanecía impasible. Si hubiera tenido que atribuirle un estado emocional, Méndez habría dicho que estaba triste, afectado por esa melancolía que asalta a los que saben que ha llegado el tiempo de las despedidas.

—Pero ¿qué os pensabais?, ¿creíais que organizando la majadería del valle de Arán la gente se sublevaría contra Franco, que iniciaríais una revolución que se extendería por toda la Península, que los españoles sacarían la hoz y el martillo para luchar por vosotros? Sois escoria y aún no os queréis dar cuenta. El pueblo está harto de vosotros, quiere vivir en paz, en orden, quiere lo que el Caudillo ha sabido darle.

Raimundo lanzó a Castañeda una mirada de condescendencia, seguramente la misma que en el pasado dirigió cientos de veces a los alumnos con limitada capacidad de comprensión.

—A la gente lo que le pasa es que se siente sin fuerzas. Cuando las tropas rebeldes entraron en Barcelona muchos ciudadanos vitorearon a la Guardia Mora, pero no era a ellos a quienes se alegraban de ver. El verdadero motivo de su satisfacción eran los camiones que iban detrás repartiendo pan. Teníais que ganaros la voluntad de la ciudad tomada. Con esos mendrugos sellasteis el tiempo de lucha y empezasteis la era del miedo.

—Pues tú no pareces tener mucho miedo, y deberías.

—¿A qué?, ¿a que me prohíban ejercer mi oficio, a decir lo que pienso, a que me entierren en vida? —La voz de Raimundo se tiñó por primera vez de amargura—. A eso ya no puedo tener miedo. —Hizo un esfuerzo para volverla desafiante—. ¿O se refiere a que debería tener miedo a morir en un sótano, sin defensa y sin testigos?

—No te pases de listo. Puedes estar mucho peor que muerto, te lo aseguro.

—Estoy convencido de que los suyos se encargarán de que así sea, pero no crea que va a intimidarme. Tengo la conciencia tranquila, la certeza de haber hecho buena parte de la labor que me correspondía desempeñar en esta vida y el honor de haber ayudado hasta el final a los que lucharon conmigo, de no haber dejado nunca a nadie en la estacada.

Méndez tuvo la impresión de que las palabras de Raimundo no habían sido casuales, sobre todo cuando percibió que un leve estremecimiento había hecho flaquear la seguridad del policía.

—Lléveme a uno de sus calabozos, no conseguirá nada de mí, entre otras cosas porque no tengo nada que contar. Y si lo tuviera, ya no encontrarán ningún rastro por dónde empezar.

Al escuchar a Raimundo, Méndez supo que, desde que le habían advertido del riesgo que corría, su tutor se había apresurado a poner a salvo a sus compañeros, dejando su propia seguridad para el final.

—Sí, ya sé que las ratas tenéis facilidad para escabulliros por las cloacas. Puede que alguien os pusiera sobre aviso, que os olierais algo, pero no debes ser tan listo cuando tú sigues todavía aquí.

—Sigo aquí, pero, a cambio, no cargo con el peso de nadie sobre mi conciencia.

La mirada de Raimundo se volvió más oscura, más inquisitiva. La de Castañeda más húmeda, más esquiva.

—Imagino que lo que me espera no será agradable, pero otros compañeros también tuvieron que afrontar una muerte horrible. Muchos otros lucharon hasta el final como valientes para luego ser enterrados bajo toneladas de infamia u olvido. Otros continúan vivos, pero condenados a ocultarse, sintiendo cada día la muerte en sus entrañas. ¿Por qué iba a merecer yo un destino diferente?

El comisario seguía teniéndolo agarrado por el cuello, pero ahora era Raimundo quien parecía dominar la situación. A medida que hablaba, su discurso se iba revistiendo de mayor autoridad.

—Nosotros perdimos la guerra, pero algunos hacemos lo posible por proteger a los nuestros. Vosotros ganasteis y, sin embargo, ¿qué ha hecho Franco por los que disteis la cara por él para saldar su deuda con Hitler?, ¿cuántos valerosos soldados han sido abandonados a su suerte?

Si a Méndez le quedaba alguna duda, estas palabras acabaron de disiparla. Raimundo sabía dónde debía apuntar y tiraba a matar.

—Qué demonios sabes tú de eso. —En un ataque repentino de ira, el comisario zarandeó a Raimundo agarrándolo por la camisa.

—Usted no es el único que ha averiguado cosas. Yo también me he informado, compréndalo, es lógico que me interese por la persona que últimamente ha pasado tanto tiempo con Ricardo. De usted sé que es un exdivisionista, que se dejó la piel en el campo de batalla y que tuvo la fortuna de regresar. También sé que otros

muchos no han podido hacerlo y no me refiero solo a los que murieron cumpliendo el que creían su deber, también hablo de los desaparecidos, de los que fueron hechos prisioneros y esperan que alguien se acuerde de ellos, al menos de sus nombres.

A Castañeda aquella voz cada vez más cavernosa se le metía en las entrañas como un gusano, despertándole una angustia dormida.

—Pero ahora ¿a quién le importan esos hombres?, ¿a quién le preocupa lo que les ocurra? Todos tenemos muertos a nuestras espaldas y vivos a los que proteger. Esas son las reglas del juego, tal y como yo las entiendo.

La voz de Raimundo iba adquiriendo la cadencia de una melodía suave, embriagadora, que ejercía un poder casi hipnótico. Méndez conocía su capacidad verbal, su poder de persuasión, pero nunca antes había sido tan consciente de esas cualidades.

—Tal vez no haya tanta diferencia entre sus compañeros y los míos. En ambos casos son hombres que pusieron su vida a disposición de otros. La cuestión está en si alguien va a agradecérselo, si alguien está dispuesto a hacer algo por ellos. —Ahora fue Raimundo quien acercó más su rostro al de Castañeda para susurrar—: Tal vez no seamos tan diferentes. Tal vez yo hago por los míos lo que tú harías por los tuyos si tuvieras la oportunidad.

De pronto había empezado a tutearlo, como si la distancia entre los dos se hubiera acortado, como si los dos caminos divergentes por los que transitaban se hubieran encontrado en una encrucijada.

Sin darse cuenta, Castañeda había ido aflojando la tensión de sus brazos, lo que permitía a Raimundo una postura menos forzada.

En el interior de Laureano Castañeda había estallado una tormenta de emociones que el poder de la razón no lograba controlar. Tras unos instantes de estupor, hizo un esfuerzo por acallar los fantasmas que lo torturaban y retomar el control:

—Tú y yo no tenemos nada que ver, no me hagas reír.

—Me temo que ninguno de los dos tenemos motivos para reír —musitó Raimundo.

Las facciones de Castañeda se habían demudado. No quedaba rastro del comisario que había entrado en esa casa. Ahora Méndez solo veía a un hombre desengañado y cansado.

—Sí, en eso sí que nos parecemos —dijo por fin con un soplo de voz, y dejó caer los hombros.

Tímidamente, Méndez se atrevió a intervenir:

—Por favor, deje que se vaya.

Castañeda se volvió hacia el chico y lo contempló con una fijeza letárgica de la que tardó unos segundos en despertar. Cuando lo hizo, lo que encontró fueron los ojos suplicantes de Méndez, el dolor en el rostro de un chaval que había perdido a su novia en un brutal asesinato y a cuyo culpable aún no había logrado atrapar. Recordó que ese era su deber, que hacía tiempo que había dejado de ser un soldado, que hacía tiempo que había dejado de creer que el enemigo siempre es el que está en la trinchera de enfrente.

Recordó que tenía trabajo que hacer.

Soltó a Raimundo e introdujo la mano en uno de sus bolsillos.

Méndez contuvo la respiración.

—Por favor —suplicó.

Raimundo permanecía inmóvil, temeroso de que cualquier gesto precipitara el final.

Castañeda lo miró con cara de perro rabioso. Luego extrajo la mano de la chaqueta y entre sus dedos asomó un cigarrillo. Antes de colocarlo entre sus labios, musitó:

—Cuarenta y ocho horas. Te doy cuarenta y ocho horas para que desaparezcas. Ni un minuto más.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta.

Ni Méndez ni el antiguo maestro apartaron la vista de él.

Antes de cruzar el umbral se volvió y señaló con el dedo a Raimundo.

—No habrá una próxima vez.

—Gracias —susurró Méndez.

Castañeda no lo oyó.

Se había perdido escaleras abajo, igual que una sombra absorbida por la oscuridad.

21

La primera vez que vio a Laureano Castañeda sintió una opresión en el pecho. Ahora, mientras se dirigía a la comisaría, se repetía esa sensación de ahogo.

Durante los últimos días había tenido un único objetivo: dar con el asesino de Rosalía. Ya no era su prioridad. Por desgracia, se le había presentado otra más dolorosa y acuciante: salvar la vida de Raimundo. Rosalía ya estaba muerta y Raimundo aún podía escapar, liberarse de una amenaza de consecuencias funestas. Era una reflexión cargada de cinismo, pero también de sentido práctico.

El despacho estaba abierto. Vio a Castañeda sentado a la mesa, con un cigarrillo humeante entre los dedos, concentrado en su trabajo. Aquel era el hombre que tenía el poder de condenar a Raimundo, pero también de salvarlo. O, al menos, eso era lo que esperaba Méndez.

Golpeó tímidamente la puerta con los nudillos. Deseaba llamar su atención, pero al mismo tiempo le preocupaba contrariarlo por interrumpir su labor. Quería que el comisario acogiera su visita con la mejor disposición de ánimo posible.

El comisario alzó la cabeza y depositó en él una mirada ausente.

Con voz neutra dijo:

—Entra y cierra la puerta.

Méndez se acercó sin atreverse a ocupar una de las sillas colocadas frente al escritorio.

—Quería hablar con usted.

Castañeda había vuelto a centrarse en el montón de fotografías que tenía esparcido sobre la mesa.

—Sí, yo también quería hablar contigo.

Aliviado, decidió que lo mejor sería soltar de un tirón el discurso que había estado ensayando durante el camino.

—No sé cómo darle las gracias por lo de ayer. No hay duda de que Raimundo tiene que abandonar el país, pero no puede hacerlo si alguien no le facilita papeles o el paso por la frontera. Con su marcha todos salen ganando: ustedes, que se libran de él, y

Raimundo, que podrá empezar una nueva vida en otro lugar. Si alguien sale perdiendo soy yo, pero digamos que a eso ya me voy acostumbrando. El problema es que mi tutor ya no tiene a nadie que pueda echarle una mano. —Soltó una risita crispada y lanzó el último cartucho—: Ya sé que resulta hasta cómico que le esté pidiendo esto precisamente a usted, pero…

La voz seca y cortante de Castañeda sonó como un disparo:

—No quiero que me hables de este asunto nunca, ¿me oyes?, nunca.

Y pegó un golpetazo sobre la mesa que hizo vibrar los documentos que tenía allí encima. Unos restos de ceniza cayeron sobre la superficie del escritorio.

—Que no se te ocurra volver a mencionar este tema y mucho menos tener la osadía de pedir la barbaridad que me ha parecido que me ibas a pedir. Ya he hecho por ti mucho más de lo que debía. Escúchame bien, muchacho, porque es la última vez que te lo voy a decir. Espero por vuestro bien que Raimundo encuentre un escondrijo en el culo del mundo o alguna manera de escabullirse antes de que le suelte a los perros. Y te aconsejo que lo haga rápido porque el plazo que le di va acortándose a cada instante.

Castañeda aspiró una larga calada y expulsó el humo hinchando sus mejillas. Cuando la piel volvió a su posición natural, parecía más demacrado que nunca.

La sangre de Méndez, inmóvil, se le iba helando dentro de las venas. Había ido con la esperanza de encontrar al Castañeda más humano, al que había visto debatirse entre el deber y el honor, entre el rechazo a un enemigo político y el respeto a un hombre fiel a sus principios. Pero tenía ante sí al Castañeda adusto e implacable que tan bien había llegado a conocer.

Tragó saliva mientras buscaba un argumento que le hiciera cambiar de actitud, pero se dio cuenta de que su plan era descabellado, que había actuado dejándose llevar por la desesperación.

Tan pronto como el comisario los dejó solos en casa, Raimundo preparó un somero equipaje y se fue sin decirle adónde. «Es mejor para ti», le había susurrado antes de despedirse. Su tutor ya no

contaba con ningún apoyo después de que su red de contactos fuera desmantelada. Imaginaba que tardarían un tiempo en reorganizarse, más del que Raimundo podía permitirse el lujo de esperar.

Castañeda, que parecía haber borrado cualquier recuerdo del motivo que lo había llevado a su despacho, le hizo un gesto con la mano.

—Ven, acércate, quiero que te fijes en esto.

Méndez obedeció como un autómata. Solo podía pensar en aquella maldita agenda de Muñoz que lo había precipitado todo y en que cada vez quedaba menos tiempo para que el comisario informara a los sabuesos de la Político-Social de la verdadera identidad de Zane Grey.

—El otro día, mientras charlábamos con tu amigo Esteban Vives, tuve una especie de revelación.

Méndez recordaba perfectamente que el comisario se había levantado de manera repentina dejándolos solos.

—Me he quemado las pestañas intentando encontrar un detalle en estas fotografías que nos aporte alguna información, sin obtener ningún resultado. El otro día, sin embargo, Vives hizo un comentario que cambió mi punto de vista.

—¿Qué comentario? —siguió el hilo sin excesivo entusiasmo.

—Dijo algo así como que lo importante no es que algo sea cierto o no, sino que nos resulte verosímil. Quien tomó estas fotografías pretendía que la escena resultara creíble, eso es lo que satisface a los que compran ese material.

—Supongo —dijo Méndez, que seguía sin entender lo que el comisario veía con tanta claridad.

—Ese ha sido mi error. Que he estado analizando las imágenes olvidando que se trataba de una ficción. La clave no está en lo que quieren que veamos, sino en lo que no vemos. Mi intuición me dice que estas fotos ocultan algo y que, si lo descubrimos, podremos dar con el asesino.

Méndez se acercó e intentó centrar su atención en las fotografías. Tendría gracia que al final Esteban Vives, el falso detective, les hubiera facilitado la pista para resolver el caso. Miró la secuencia de imágenes que Castañeda había colocado sobre la mesa

como si fuera una colección de cromos. Aunque se esforzó, no vio más que lo que había visto en otras ocasiones, y toda aquella sordidez le produjo la misma tristeza. La diferencia es que ahora se sentía más desamparado y más solo. El mundo se estaba convirtiendo en un agujero inhóspito.

—No veo nada diferente.

—Fíjate bien —insistió el comisario.

—Eso estoy haciendo… ¿Las ha colocado en orden?

—¿A qué te refieres?

—Al orden en que fueron tomadas.

Castañeda dio una profunda calada al pitillo, que ya estaba en las últimas.

—No tenemos los negativos, Muñoz debió destruirlos. No sabemos cuál fue ese orden, pero no creo que eso sea importante.

—Sin embargo, usted las ha distribuido como si conociera la secuencia.

—Las he agrupado de forma intuitiva. No sé cuáles fueron realizadas antes y cuáles después.

Méndez recorrió las siluetas de las chicas, sus grotescas expresiones, sus cuerpos desnudos, la alfombra que cubría el área que se había dispuesto a modo de estudio fotográfico, la réplica en yeso de una columna griega sobre la que en algunas tomas las chicas se reclinaban, el breve trozo de cortina que asomaba por el margen derecho del encuadre —la luz tamizada que entraba por aquella ventana ayudaba a crear un ambiente sugerente— y, al fondo, una elegante chimenea de mármol sobre la que se apreciaba un espejo de marco dorado y un gran jarrón con flores frescas, seguramente seleccionadas entre la mejor mercancía de Las Ramblas.

Por su parte, Castañeda, cansado de ver una y otra vez las postales, prefirió observar al joven, ahora que podía hacerlo sin que este se diera cuenta. Le llamó la atención el aire ausente del muchacho. El gesto decidido, incluso retador, que tanto le había llamado la atención durante sus primeros encuentros se había diluido por completo. Ese nuevo ser, angustiado y frágil, le hizo sentirse culpable.

Apagó el cigarrillo aplastándolo entre las colillas que colmaban el cenicero. Apoyó los codos sobre la mesa, entrelazó los dedos y descansó sobre ellos la frente.

Méndez no supo distinguir si el comisario se había replegado para dirigirle unas palabras a Dios o si le había asaltado un dolor de cabeza repentino. No se molestó en averiguarlo. Simplemente dijo:

—Será mejor que me vaya. Por mucho que insista, no creo que logre ver nada que pueda tener un significado. Tal vez nunca demos con el asesino. —Lanzó un suspiro y añadió—: Al menos a usted le ha salido bien la jugada. Ya tiene a Muñoz y a Zane Grey.

Méndez supuso que esas palabras irritarían a Castañeda, pero no le importó, más le dolían a él.

El comisario le dedicó una larga mirada, pero el chico ni siquiera se dio cuenta. De haberlo hecho, le habría sorprendido la expresión del policía. Era la de un hombre afligido.

Antes de retirarse, puso el dedo en el margen superior de una de las postales y frotó la superficie delicadamente.

—¿Qué haces?

—Nada, había algo de ceniza.

Los restos del cigarrillo debían haberse desprendido y depositado allí cuando Castañeda había golpeado la mesa.

La mancha que el muchacho había limpiado era insignificante, pero suficiente para que Castañeda se fijara en ese punto concreto de la imagen, más allá del decorado que aparecía en primer término.

Ladeó la cabeza. El peso de una idea le había obligado a hacerlo.

—Adiós —dijo Méndez ya desde la puerta.

A Castañeda aquella escueta despedida le sonó a definitiva. Agitó la mandíbula como si masticara un sentimiento difícil de digerir, pero no dijo nada.

Volvió a clavar los ojos en el material que tenía sobre la mesa.

Abrió un cajón y tras rebuscar un poco extrajo una lupa. La colocó sobre la zona que Méndez había limpiado con el dedo y observó con atención a través del cristal.

Repitió el mismo escrutinio en todas las fotografías.

Depositó la lente sobre el escritorio y encendió un nuevo cigarrillo.

Le dio varias caladas concentrado en sus pensamientos hasta que sus ojos se convirtieron en dos ranuras por las que asomó un brillo inquietante.

—Maldita sea —exclamó.

Y entonces dirigió su mirada hacia la puerta como si en aquel momento lo que más le pesara fuera que Méndez ya no estuviera allí, no poder contarle lo que acababa de descubrir.

22

No había nada que hacer, y si lo había no estaba en su mano. Méndez caminaba de vuelta a casa adentrándose por laberínticas callejuelas con la intención de alargar al máximo el recorrido. Sabía que no iba a encontrar a Raimundo. Su tutor se había ido y ya no podría regresar jamás al que había sido su territorio emocional. Esa estructura que había juzgado sólida estaba a punto de derrumbarse. Se sentía derrotado. Le dolía el presente, pero resultaba más doloroso pensar en el futuro. Un cóctel de miedo, soledad y amargura le perforaba el estómago. Respiró hondo para llenar sus pulmones de esa atmósfera que envolvía el Distrito Quinto. Un paisaje áspero, condenado a vivir entre sombras y susurros, que a él le reconfortaba. Era su espacio, y le hacía sentirse un poco menos solo. La humedad y oscuridad de aquellas calles eran como una gran madre dispuesta a acoger a todos los huérfanos de la ciudad, a los desahuciados de sus propios sueños. La gente pasaba a su lado sin mirarlo, pero Méndez apreciaba su compañía. Eran los rostros con los que había aprendido a vivir, un contexto que reconocía. Todo lo demás se había desvanecido.

Cuando se encontró ante su portal lamentó que a esa hora no estuvieran los vecinos reunidos, acallando sus miedos con un parloteo insustancial. Le hubiera venido bien un poco de charla. A punto estuvo de pasar de largo y continuar calle arriba, hacia los primeros huertos de Montjuïc, pero no había vuelto allí desde que descubrió el cadáver de Rosalía.

Subió por la escalera hasta el rellano del piso de doña Manuela. Los últimos días había descuidado las visitas. No podía culparse, su mundo se había vuelto del revés. Le alivió la idea de conversar con ella un rato. Tras la marcha de Raimundo, aquella anciana demente se había convertido en la única persona en la que podía confiar. No estaba muy bien de la cabeza, eso era cierto, pero mantenía intacto su corazón.

Encontró la puerta entornada, como siempre. La empujó y avanzó por el pasillo. Le llegó el murmullo nasal de una voz

femenina encerrada dentro de un aparato de radio. Doña Manuela, como era habitual, debía tenerlo encendido.

Antes de entrar en el comedor la vio sentada en su sillón con la cabeza caída sobre el pecho y los brazos laxos a ambos lados del cuerpo.

Le asaltó un terrible temor.

—Doña Manuela —susurró mientras le agitaba suavemente el hombro.

La mujer no se movió. Un sudor frío empezó a brotar por la espalda de Méndez. Apretó los dientes temiendo lo peor, pero en ese momento la anciana entreabrió un ojo. En su pupila se adivinaba la bruma del sueño y de los años.

—Hola, Ricardo, me alegra verte —dijo mientras su cuerpo recuperaba tensión y en su rostro se extendía una sonrisa teñida de ingenuidad infantil—. Estaba echando una cabezadita, con este calor no duermo por las noches y luego ando todo el día adormilada.

Méndez lanzó un hondo suspiro de alivio que la mujer, aún en trance de adaptarse al mundo consciente, no advirtió.

—Hacía días que no pasabas por aquí.

—Sí, lo sé.

—Le vas a echar mucho de menos —envolvió sus palabras con una mirada cargada de dulzura.

Méndez, que se había sentado en la silla que había junto a la ventana, asintió.

—Raimundo vino a despedirse. Parecía tener prisa. No sé por qué se ha ido ni adónde, pero, si te ha dejado aquí solo, debe tratarse de algo muy importante. Me dio la sensación de que no iba a volver.

—Eso me temo. —El nudo que se le había hecho en la garganta empezó a dolerle. Y un incómodo escozor en los ojos le hizo agachar la cabeza.

—No te preocupes, yo cuidaré de ti.

Los labios de Méndez dibujaron una triste sonrisa.

—Sé que será así, doña Manuela.

—En el cajón hay cacahuetes, cógelos —dijo ella señalando una cómoda de madera noble.

Méndez cogió un buen puñado y le entregó el resto del cucurucho a la anciana.

Durante unos minutos se entretuvieron pelando y comiendo los frutos secos, concentrados en una labor que los eximía de mantener una conversación que se aventuraba pesarosa.

—La guerra no termina cuando dejan de caer las bombas, dura mucho más.

Cualquiera hubiera dicho que doña Manuela había dedicado esos minutos de silencio a reflexionar y que esa había sido la conclusión final a la que le habían llevado sus pensamientos, pero Méndez, que conocía los enmarañados laberintos que ocupaban su cabeza, sabía que ese comentario tenía un origen arbitrario, que era el eco de cualquier recuerdo extraviado que de pronto había aflorado a la superficie.

—Tú aún eras un niño cuando empezó la guerra. No podías darte cuenta de lo terrible que fue aquello, sobre todo en este barrio.

Méndez no dijo nada, no le gustaba interrumpirla, una vez que perdía el hilo era incapaz de recuperarlo. Por eso acalló sus deseos de replicar, de decir que el silbido siniestro de las bombas se le había grabado en la memoria para siempre, así como el estruendo de las sirenas o ese olor a humedad rancia que impregnaba los recodos de las galerías cuando se veían obligados a refugiarse durante largas horas. Eran sensaciones desvinculadas de una conciencia adulta y quizá por ello le resultaran más intensas. Por si eso fuera poco, la guerra le había dejado una herencia de pérdidas incontestables.

—Me he quedado solo —concluyó con voz queda, como si con esa confesión pretendiera exorcizar sus miedos.

—No digas eso. Siempre has tenido a alguien a tu lado. No todo el mundo puede decir lo mismo.

—Perdí a mis padres en la guerra —replicó Méndez. Era verdad que había disfrutado de la protección del maestro, pero a veces se preguntaba cómo habría sido su vida si hubiera podido contar con ellos.

Doña Manuela sacudió con la mano las cáscaras que le habían caído sobre el regazo.

—Cierto, pero es mejor no tener padres que tenerlos y que no te quieran. Si estás solo, siempre te acompaña la esperanza de algún día dejar de estarlo. Sin embargo, si tienes la desgracia de contar con unos malos padres, entonces, además de solo, te sientes culpable. Acabas pensando que si aquellos que por ley natural debieran amarte no lo hacen es porque no lo mereces.

Méndez la miró con curiosidad. La experiencia le decía que la anciana estaba a punto de empezar a contarle alguna de sus historias. Y eso era lo que necesitaba, así que la animó:

—¿Sus padres no la quisieron, doña Manuela?

La mujer negó con un gesto de cabeza mientras se le escapaba una sonrisa melancólica.

—A mi padre no le conocí, pero mi madre me quiso mucho. A su manera, pero me quiso. Podría haberlo hecho bastante mejor, sin embargo nunca le faltó la buena intención, si acaso algo de inteligencia. Sus padres fueron con ella peores de lo que ella lo fue conmigo, y eso me hace pensar que se esforzó en hacerlo bien. No lo tuvo fácil, créeme. Yo ya he vivido mucho y he llegado a la conclusión de que los aciertos fueron todos suyos; los errores, en cambio, fueron fruto del tiempo y las circunstancias que le tocaron vivir.

—Entonces, ¿en quién pensaba cuando hablaba de esa forma?

Doña Manuela frunció el ceño. Méndez temió que fuera un indicativo de que había olvidado lo que quería contar, de que la historia se hubiera desvanecido en las brumas de su mente.

—Una vez conocí a una mujer —dijo al fin.

Méndez soltó un leve suspiro de alivio. Esa introducción auguraba un buen rato de charla garantizada.

—Una mujer despótica y cruel. Tuvo un hijo siendo prácticamente una cría y lo martirizó. Era una pobre desgraciada, no lo niego, pero sobre todo era mala persona. Disfrutaba torturando al pequeño. Como si lo culpara de todo lo malo que le había ocurrido en la vida. Trabajaba vendiéndose en uno de los cabarés en los que actué. Era una mujer atractiva, pero el alcohol y la mala vida hicieron pronto mella en su físico. El padre del chico debió ser uno de los muchos que pasaron por su cama. A veces traía al crío al local. Un niño

silencioso, educado y retraído. Parecía querer compensar con su actitud la insolencia y descaro de la madre. A ella le encantaba ponerlo en evidencia, atormentarlo con sus ocurrencias de borracha resentida. Él la miraba con unos grandes ojos castaños que no entendían nada y callaba.

La anciana apoyó los brazos en los laterales del butacón para ayudarse a recolocarse en el asiento.

—Unas navidades le hizo un regalo.

—¿Qué clase de regalo?

—Esto fue antes de la guerra. Eran tiempos difíciles, pero mejores que los que estaban por venir. Al chico se le había metido en la cabeza un coche de bomberos de hojalata que había visto en un escaparate de la ronda Sant Pau. Tenía la esperanza de que se lo trajeran los Reyes Magos, una esperanza que la madre alimentaba. Muchas de las chicas que trabajábamos en el espectáculo también. Seguro que te lo traerán, decíamos. Estábamos convencidas de que así sería, pues las continuas insinuaciones de aquella mujer, aunque nos sorprendían, no dejaban lugar a dudas.

—¿Y qué ocurrió?

—Pues que llegó el día de Reyes y, cuando el niño se levantó, descubrió una gran caja de cartón atada con cordel de rafia al pie de la cama. Venga, ábrelo, le dijo la madre, y el chico obedeció. —Doña Manuela tragó saliva—. Dentro de la caja no estaba el juguete que tanto esperaba.

—¿Qué había?

A doña Manuela se le había secado la boca con aquel recuerdo.

—Nada. En la caja no había absolutamente nada.

Méndez se agitó en la silla, como queriendo sacudirse el desasosiego.

—A ella le pareció muy divertido, entre risas nos lo contó al cabo de unos días mientras se vanagloriaba de su ocurrencia con el niño delante. Eso es lo que te mereces, le decía, y se reía con unas carcajadas destempladas que mostraban su desequilibrio mental.

—Vivir una infancia así debe marcarte para toda la vida.

—Quienes lo conocíamos nos apiadábamos del pobre muchacho, pero poco podíamos hacer. Eran tiempos complicados y, al fin y al

cabo, aquella mujer era su madre.

Méndez sopesó que sus circunstancias no habían sido las mejores, desde luego, pero tras escuchar a doña Manuela se sentía un privilegiado.

—Poco tiempo después uno de los empleados del local tuvo la ocurrencia de regalarle uno de los cachorros que había parido su perra. Pensó que eso ayudaría al crío a estar más contento.

—Buena idea. Los animales no hablan, pero son los que mejor escuchan —dijo recordando cuántas veces le había contado sus secretos a Tom, el chucho acogido por los chicos del barrio.

La mujer se detuvo un instante y tragó saliva. Le costaba continuar. Cuando retomó el relato, su voz brotó ralentizada, arrastrando con cada palabra un lastre invisible.

—El caso es que el chico se volvió loco de contento. Fue un alivio comprobar que no había perdido la capacidad de sonreír. Yo me alegré tanto que ni siquiera me importaba que los irritantes ladridos del animal me despertaran por las mañanas, por muy tarde que me hubiera acostado.

—¿Quiere decir que esa mujer y su hijo eran de la vecindad?

—Vivían en esta misma escalera —respondió doña Manuela con el tono propio de alguien a quien han obligado a perder el tiempo diciendo algo obvio.

Méndez imaginó que madre e hijo probablemente habrían ocupado antes de la guerra uno de los pisos de alquiler que existían en la finca, en los cuales la rotación de vecinos era frecuente, a diferencia de aquellos que eran habitados por los propietarios. En este último caso los inmuebles se transmitían de generación en generación, como si se tratara de una tara genética.

—Todas las mañanas podía ver al animal asomado a la galería.

Méndez miró instintivamente a través de la puerta acristalada que daba al patio interior. Desde su emplazamiento alcanzaba a distinguir media docena de balcones. Los repasó preguntándose cuántas horas habría ocupado esa visión en la vida de doña Manuela.

—Un día dejé de oír los ladridos.

Observó cómo el rostro de la anciana se contraía. Era evidente que esa evocación la alteraba.

—El perro no volvió a aparecer.

—¿Por qué?, ¿qué ocurrió? —inquirió con voz temblorosa. Auguraba la peor de las respuestas.

—Cuando tuve ocasión, le pregunté al chico por el animal, pero no me contestó. Se me quedó mirando con esos grandes ojos marrones que se habían vuelto opacos. Han pasado muchos años, pero recuerdo que un escalofrío me recorrió la espalda. Al observar aquellas pupilas sentí que me había asomado a un abismo tenebroso.

—¿Y nunca supo qué ocurrió con el pobre animal?

—Por desgracia, sí. Una de las muchas noches en que la madre había estado bebiendo, le contó a una de las chicas que había arrancado al cachorro de los brazos de su hijo y lo había golpeado contra la pared hasta reventarle la cabeza.

En el rostro de Méndez afloró una expresión mezcla de asco y repulsa. No sabía qué había sido de aquella despreciable mujer, pero esperaba que la vida le hubiera dado lo que se merecía.

—Hay que ser muy cruel para hacer algo así.

—No se conformó con eso.

Había visitado a doña Manuela con la intención de que su charla lo rescatara de las tinieblas, y en cierto modo lo estaba logrando, aunque no de la forma que él había esperado. El odio que le despertaba la protagonista de aquella historia solapaba sus sentimientos de desamparo, pero empezaba a temer que fuera peor el remedio que la enfermedad. Pocas cosas podían existir más repugnantes que maltratar a un niño y a un animal, ambos criaturas inocentes. Volvió a pensar en Tom, en que le gustaría regalarle unas caricias, y luego en el niño, en que debía ser imposible superar sin traumas una infancia así.

Doña Manuela había interrumpido su charla. Las facciones se le habían tensado y la mirada endurecido, dándole un aspecto más joven pero también más ajeno. Tuvo la impresión de estar ante una desconocida en la que apenas fue capaz de reconocer un vago aire familiar.

La anciana había centrado su atención en el exterior de la galería. Había tristeza en sus ojos, pero también melancolía, como si leyera en aquellas paredes ennegrecidas por los años el paso del tiempo, de su tiempo.

El chico esperó pacientemente a que la mujer se decidiera a continuar.

—Después de que lo hubo matado le rajó el vientre y le sacó las tripas. Luego le envolvió el cuello con ellas y lo colgó de la puerta de la habitación del pequeño. Este no comerá más a mi costa, le dijo a la pobre criatura.

Una rabia atroz le recorría las entrañas. La emoción era tan intensa que no se percató del cosquilleo incómodo que había empezado a tensarle la nuca, ni de que el origen de esa rigidez muscular no estaba en la repugnancia que le producía aquella mujer desconocida, sino en un presentimiento inclasificable.

—Es extraño que viviendo en el mismo edificio nunca nadie me lo haya contado —dijo Méndez, percibiendo que la sequedad de la boca había ido ganando terreno hasta llegar a la garganta.

—Es una vieja historia y pocos vecinos la conocen. Posiblemente yo sea ya la única que queda para contarla, aparte del hijo, claro, pero cuando se libró de su madre no volvió jamás a mencionarla.

—¿Qué fue de ella? —preguntó deseando lo peor para aquel monstruo.

—Murió. Acabó en un hospital con el hígado hinchado como un globo. La última vez que la vi estaba muy enferma, pero no me dio pena. La que te he contado no fue la única barbaridad que le hizo al pequeño. Más tarde me enteré de que el chiquillo había tenido un par de canarios y también acabó con ellos. Les arrancó los ojos y luego los lanzó a volar. Era su peculiar forma de divertirse. Hasta que me lo dijeron, no caí en la cuenta de que durante un tiempo hubo en su balcón una jaula desde la que me llegaba el trinar de unos pájaros. Luego desaparecieron. Vete a saber cuántas barbaridades más de las que nunca tuvimos noticia llegó a hacer esa loca.

La tirantez en la nuca había aumentado. Méndez percibió el creciente dolor muscular mientras imaginaba las tripas colgando de

aquel pobre cachorro sobre el que el niño habría volcado sus más tiernas emociones, mientras rememoraba los intestinos de un gato envolviendo el cuello pálido y magullado de Rosalía, mientras visualizaba a los indefensos canarios torturados, mientras pensaba en el pájaro que encontraron obturando la garganta de Brigitte. Alargó el cuello con el propósito de liberarse de aquella tensión y se dijo que todas aquellas coincidencias no podían ser casualidad. Un espasmo en el estómago lo obligó a abrir la boca como si fuera un pez al que acabaran de sacar del agua.

Su cabeza bullía, el corazón le bombeaba con una fuerza inusitada, pero él permanecía inmóvil, con el rostro impávido. Cuanta más era su agitación interior, mayor era su entumecimiento físico. Casi podía sentir el chisporroteo de sus neuronas al interconectarse unas con otras. De pronto todo se disparó, su mente empezó a hilvanar imágenes e ideas que hasta entonces habían estado desperdigadas.

Ahora veía con claridad el retrato del asesino. Un hombre con una infancia traumática, un individuo cuyas emociones se habían quebrado hasta convertirse en un monstruo, una víctima que al llegar a la edad adulta se había transformado en verdugo para devolverle al mundo la crueldad que él había sufrido, tal vez con la ingenua ilusión de liberarse de ella.

Vio con la misma claridad a las víctimas, mujeres jóvenes que, como su madre, ejercían la prostitución y sobre las que proyectaba el odio que había sentido hacia su progenitora.

—¿Qué fue del chico? —interrogó sin poder ya disimular su ansiedad.

Doña Manuela miraba al suelo, con las manos entrelazadas sobre el regazo, en una postura de aire mayestático en la que Méndez no reparó.

—En su último día no hubo lugar para el arrepentimiento.

Para su desesperación, doña Manuela había anclado su discurso en el último recuerdo que conservaba de aquella mujer. Se mordió la lengua, recordando que interrumpirla podía tener consecuencias nefastas.

—Al contrario, las últimas palabras que le dedicó al pequeño fueron terribles. Cuando ya solo le quedaba un hilo de voz pidió que le acercaran a su hijo, quería asegurarse de que este captara bien lo que iba a decirle, y clavándole el dedo índice en el pecho, un gesto que era característico en ella, le susurró: «Es culpa tuya».

Méndez masticó como si fueran cristales esas tres palabras.

Vio el dedo acusador agitándose ante los ojos del niño.

Vio el dedo amputado sobre el pecho de Rosalía.

Y vio con claridad que aquel niño, hoy ya un hombre, era el asesino.

La verdad había estallado delante de él.

Se incorporó dando un salto y gritó:

—¿Dónde?, ¡dígame dónde puedo encontrar a ese niño!

Pero la anciana seguía inmersa en su relato.

—La muerte de esa mujer fue una bendición para el chico, por eso te decía que más vale estar solo que junto a alguien que te amargue la vida. A partir de entonces las cosas empezaron a irle bien. Alguien intercedió para que pudiera entrar interno en un colegio y, cuando tuvo edad suficiente para apañárselas solo, enseguida encontró trabajo. Era un chico reservado pero también muy educado, y eso siempre ayuda a la hora de abrirse camino. Conmigo siempre es muy amable.

—¿Sigue teniendo trato con él? —El rostro de Méndez se había perlado de gotas de sudor.

—Pues claro. —Los ojos de doña Manuela se agrandaron.

—¿Dónde puedo encontrarlo?, ¿quién es ese niño? —La voz de Méndez sonó tan agresiva que la anciana encogió los hombros como si intentara protegerse de una amenaza.

—Pero ¿qué te ocurre, Ricardo? —dijo mientras se llevaba la mano al pecho—. Claro que sigo teniendo trato con él. Hoy ya es un hombre, pero sigue viviendo aquí, en el piso que compartió con su madre. Pensaba que sabías de quién te estaba hablando. ¿No te lo había dicho? Es Carlos Sepúlveda, el que trabaja en el hotel Oriente.

23

Lo había tenido todo el tiempo delante de las narices y había sido incapaz de verlo, ese era el reproche que martilleaba dentro de su cabeza mientras subía a toda prisa las escaleras hasta el piso de Carlos Sepúlveda. No se había parado a pensar qué haría si se lo encontraba cara a cara, pero ahora que sabía que estaba tan cerca de atrapar al culpable le aterrorizaba que este pudiera escabullirse.

Hasta que no se vio delante de la puerta no se dio cuenta de que otra vez había actuado de forma impulsiva. ¿Qué se suponía que debía hacer: llamar y preguntar por el asesino? Calculó que a esa hora Carlos debía estar trabajando en el hotel. No iba a desaprovechar esa oportunidad. Aunque el relato que había escuchado de boca de doña Manuela dejaba poco lugar para la duda, le costaba creer que Carlos hubiera sido capaz de matar a Rosalía. Necesitaba certificar sus sospechas.

La puerta estaba cerrada con llave. Eso ya le pareció toda una prueba de que el propietario del piso tenía algo que esconder. No era habitual que los vecinos echaran la llave, ni en ese ni en cincuenta edificios a la redonda. Nadie temía que le robaran nada. La guerra los había dejado tan esquilados que, si alguien entraba en sus casas, era más fácil que les dejaran algo en lugar de que se lo llevaran. Se le ocurrió que tal vez la cerradura fuera similar a la suya, así que se precipitó escaleras arriba en busca de su llave.

Ya de regreso, la introdujo y la movió dentro del cajetín buscando varios ángulos de inclinación con el fin de desbloquear el mecanismo, pero no hubo manera. Convencido ya de que era inútil, fue a retirar su llave y en ese momento notó que los dientes metálicos habían quedado atrapados. Le bastó un leve giro de muñeca para comprobar con alegría que la cerradura había cedido.

Abrió la puerta con cautela. La adrenalina se extendía por todo su cuerpo hasta anidar en las sienes. En el piso de Sepúlveda reinaba el silencio y la penumbra. Las persianas bajadas brindaban una atmósfera fresca.

Se adentró con los sentidos alerta, dejando que sus pupilas se fueran aclimatando a las sombras, concentrado en que no se oyeran sus pasos. Estaba convencido de que no había nadie en el apartamento, pero prefirió ser precavido.

Le llamó la atención la impecable distribución de muebles y enseres. No era un orden normal, era escrupuloso y metódico en exceso, enfermizo. Cada objeto estaba colocado en una alineación perfecta, como si su dueño hubiera usado una cuadrícula. Las maderas relucían. Las baldosas del suelo, iguales a las de su piso, semejaban otras, de colores más brillantes. Se dio cuenta entonces de que en la casa reinaba un penetrante olor a desinfectante. Echó un vistazo a la cocina.

El mármol parecía recién pulido; los cacharros, aunque viejos, mostraban un aspecto impecable, dispuestos según un criterio meramente decorativo. Resultaba difícil creer que alguien viviera allí. La exacta colocación de cada uno de los objetos se le antojaba a Méndez incompatible con la presencia humana y sus inherentes imperfecciones.

Una a una fue echando un vistazo a las habitaciones. La distribución era prácticamente la misma en todo el edificio, lo que le facilitó la tarea. Las puertas estaban cerradas, y cada vez que abría una el pulso le martilleaba con más virulencia en las sienes mientras se preguntaba si Carlos estaría esperándolo agazapado al otro lado.

Entró en el minúsculo retrete. Esta vez no le llamó la atención su escrupulosa higiene hospitalaria. Luego revisó el dormitorio principal, con una colcha perfectamente dispuesta sobre la cama doble y un par de almohadones en impecable simetría. Apostó a que, aunque se empeñara, no encontraría ni una sola arruga en los tejidos. Olía a cerrado, delatando que nadie la había usado en años. Imaginó que aquel debió ser el dormitorio de la madre, pero no había rastro alguno de ella, ni una fotografía, ni ningún objeto personal con que identificarla, tan solo la cama y una cómoda desnuda.

Fue hacia el cuarto del fondo, el que, trasladado a su vivienda, correspondía a su dormitorio y que, en este caso, imaginaba, sería el de Carlos. Caminó hacia esa última puerta mientras la oscuridad lo iba engullendo. Los reflejos que en las otras áreas de la casa

amortiguaban la penumbra allí se desvanecían. Hasta ese momento había percibido la ausencia de luz como un escudo protector, pero ahora la negrura lo asfixiaba, había dejado de ser una presencia cómplice para convertirse en una amenaza.

Buscó el interruptor en la pared del pasillo y el resplandor amarillento de la bombilla le hizo entornar los ojos. Aferró el pomo con todos sus músculos en tensión. Si el botones del hotel Oriente estaba en su habitación, sería mejor abrir la puerta con un gesto rápido, brusco, que lo sorprendiera.

Así lo hizo y lo que vio dentro le dejó atónito.

Parpadeó para convencerse de que sus sentidos no le estaban gastando una broma.

La luz procedente del pasillo le permitía vislumbrar el interior; aun así, palpó la pared en busca de un interruptor. Cuando lo accionó, oyó el clic característico del mecanismo, pero nada cambió. Miró al techo: el portalámparas colgaba desnudo, sin bombilla. Tuvo la sensación de que había sido transportado a otro lugar, arrancado de cuajo de la pulcra vivienda en la que se había colado para aterrizar en un repugnante cuchitril. La atmósfera de la habitación era nauseabunda. A la evidente falta de ventilación se sumaba la acumulación de desperdicios que se extendían por el suelo. Superado el primer impacto, Méndez fue examinando detalle a detalle.

La mugre, en busca de un espacio propio, había empezado a trepar por las paredes. Entre la basura y cachivaches pudo identificar ropa sucia, restos de comida, toallas usadas y un orinal que su propietario no se había molestado en vaciar. En una esquina, un jergón cubierto con un revoltijo de sábanas de aspecto poco recomendable. Al lado, sobre una cómoda, varias botellas reconvertidas en candelabros, en cuya base se había ido formando un montículo de incontables capas de cera fundida. Al pie del mueble, una pila de periódicos viejos.

Se agachó y ojeó algunos ejemplares. La mayor parte eran de antes de la guerra. Estaban perfectamente doblados, pero ninguno por la portada. La primera página que se ofrecía a la vista contenía en todos ellos alguna información sobre la vida nocturna del Distrito

Quinto. No había suficiente luz como para leer el pequeño cuerpo de letra, pero Méndez apostó a que daría con algo que tuviera relación con la madre de Carlos o con los locales en los que alternó. Cuando ya iba a incorporarse se fijó en un ejemplar de *El Correo Catalán* abierto por la sección de Sucesos. Uno de los titulares hacía referencia al asesinato de una joven prostituta que se hacía llamar Brigitte. Las manos empezaron a sudarle. Siguió rebuscando con ímpetu hasta que por fin, en uno de los periódicos que se encontraban en la base del montón, halló lo que buscaba: varios diarios que recogían la muerte de una joven en la montaña de Montjuïc. Se le secó la boca. Había conseguido lo que había ido a buscar, pero no sentía satisfacción ninguna, sino una mezcla de vértigo y repugnancia.

Carlos Sepúlveda siempre le había parecido reservado, pero libre de sospecha. Un tipo anodino, discreto, una persona normal. Tal vez ahí estuviera la trampa. En una escalera donde todos se conocían, en la que las virtudes y defectos de sus vecinos eran pasto diario de charlas y debates, Carlos había sabido mantenerse al margen gracias a un comportamiento distante que disfrazaba de cortesía. Ahora Méndez comprendía que, bajo esa normalidad artificiosa, el botones del Oriental ocultaba su verdadera monstruosidad, igual que aquel piso exageradamente pulcro guardaba, al final del pasillo, el cuarto de las sombras.

Se incorporó medio tambaleante, aturdido por las recientes impresiones. Se apoyó un instante en la cómoda para recuperarse. Entonces se dio cuenta. Detrás de los improvisados candelabros ahora distinguió una hilera de tarros de cristal de tamaño regular.

Se inclinó para observarlos mejor y el estómago se le volvió del revés. Una arcada lo obligó a abrir la boca. De ella solo brotó un hilo de bilis. Ventajas de andar con el estómago vacío. En uno de los tarros había reconocido, sumergidas en un líquido turbio, pezuñas de animales, posiblemente de perros y gatos; en otro, una amalgama de lo que parecían ser tripas y vísceras, restos de animales mutilados, con toda seguridad después de ser torturados; en el último, que estaba algo más apartado, unas pequeñas esferas

gelatinosas lo miraban sumergidas en un líquido similar al de los demás recipientes: eran ojos.

Con temor abrió el primer cajón de la cómoda. En su interior, un revoltijo de ropa femenina, en su mayoría prendas íntimas de diseño procaz. No quiso sacar conclusiones sobre su origen. Tal vez alguna habría pertenecido a Rosalía. El segundo cajón pesaba más. Contenía una buena cantidad de revistas y periódicos antiguos, pero no se entretuvo en revisarlos. Entre ellos había un trozo de sábana vieja que envolvía una navaja y un par de cuchillos aún con restos de sangre: las herramientas que, sin duda, ese criminal usaría para atormentar a los pobres animales. Encima de un periódico atrasado vio un sobre de aspecto elegante en cuyo reverso figuraba el membrete del hotel Oriente. De él extrajo varias fotografías, unas fotografías que ya conocía. Las mismas que habían sustraído de la caja fuerte de Muñoz. O eso creyó en un primer momento.

Su mente reaccionó con rapidez. No, las que tenía entre sus manos no podían ser las mismas postales, hacía unas horas las había visto sobre la mesa del despacho de Castañeda. Estas pertenecían a la misma serie, pero estaba claro que eran otras. Méndez frunció el ceño y pasó rápidamente la vista de una imagen a otra. No pudo evitar una expresión de asombro. El puñetero de Castañeda tenía razón: aquellas fotos contenían la clave. Lo que el comisario había intuido estaba allí, delante de sus narices. Por eso le resultaba imposible prestar atención a nada que no fuera aquellas postales.

Y ese fue su error.

Si no hubiera estado tan abstraído, tal vez habría percibido el ligero crujir de unos pasos que avanzaban por el pasillo, tal vez se habría dado cuenta de que cada vez estaban más cerca, de que tras aquella aproximación sigilosa se escondía un terrible peligro.

Tan solo el tenue chirrido de unas bisagras le advirtió de una presencia inesperada, pero ya era demasiado tarde.

Se volvió con una repentina alarma y el corazón golpeándole en el pecho. Apenas le dio tiempo a ver el rostro de Carlos prácticamente encima de él. Tenía la boca abierta, forzando una mueca grotesca, y los ojos encendidos. Era la mirada de un loco. No

tuvo tiempo de ver más. Le golpeó la cabeza. Fue un impacto contundente, seco, que podía haberlo matado si no lo hubiera amortiguado con los brazos. Aun así, cayó derribado al suelo y perdió unos preciosos segundos intentando sobreponerse, segundos que su enemigo aprovechó para abalanzarse sobre él. Cuando fue capaz de reaccionar, Méndez se dio cuenta de que Carlos le había inmovilizado cuerpo y brazos sentándose a horcajadas sobre él. Enseguida le rodeó el cuello con las manos y empezó a presionarle con una fuerza que parecía extraordinaria para alguien de constitución tan liviana. Sí, hasta la fragilidad física de Carlos había sido un trampantojo. A pesar de su escasa corpulencia, el botones tenía una musculatura recia que se hacía más patente en los brazos, entrenados durante años a fuerza de cargar maletas.

Méndez intentó liberarse, pero su rival tenía la fuerza de un poseso. Pataleó, pero entendió que era un derroche inútil de energía. Tenía que actuar rápido. Las fuerzas empezaban a fallarle, la presión que Carlos ejercía sobre su tráquea era cada vez más feroz. El aire llegaba a duras penas a sus pulmones. Se estaba mareando y la vista empezó a nublársele. Eso significaba que en cualquier momento podía perder el conocimiento. Entonces, estaría perdido definitivamente.

Calculó que a su enemigo apenas le eran necesarios unos segundos más para acabar con él, para matarlo igual que a Rosalía. Una sorda furia creció dentro de él. Pensó en Rosalía muerta, pensó en Raimundo huido, pensó que la vida era injusta, que la muerte también lo era. Y esa rabia lo llevó a intentarlo de nuevo. Contrajo el abdomen para afianzar su centro de gravedad, apretó los dientes y concentró todo su ímpetu en impulsar su cuerpo hacia un lado.

El movimiento sorprendió a Carlos y, aunque no logró sacárselo de encima, consiguió que perdiera estabilidad y aflojara la presión que ejercía sobre su garganta. Fue suficiente para que Méndez recuperara el resuello al tiempo que lograba liberar uno de sus brazos. Aprovechó para lanzarle un directo, pero Carlos era rápido y lo esquivó. Sus facciones se habían desencajado todavía más, el contraataque lo animaba a acometer con mayor violencia. Con el cuerpo todavía contorsionado a causa del movimiento que se había

visto obligado a hacer para esquivar el golpe, alargó el brazo hacia el cajón que había quedado abierto. Méndez adivinó enseguida cuál era su intención: hacerse con uno de los cuchillos que guardaba en su interior. Se apresuró a cerrarlo con un violento puntapié. Carlos lanzó un grito de dolor. Su muñeca había quedado atrapada.

Méndez aprovechó la tregua para incorporarse, sabía que, si lo lograba, jugaría con ventaja. Sus habilidades pugilísticas no eran notorias, pero suficientes como para resolver ese asalto a su favor.

Por un instante pensó que estaba salvado, que al fin había descubierto al asesino y que estaba a punto de acorralarlo. Pero de nuevo se equivocaba. Carlos le propinó una patada que lo alcanzó de lleno en la barbilla y propulsó su cabeza hacia atrás. Oyó su cráneo retumbar en el suelo; después, un punzante dolor expandirse por su interior como ondas en el agua. Tomó aire y parpadeó un par de veces para asegurarse de que seguía allí, y de que seguía vivo.

Pero entonces se encontró cara a cara con la muerte.

Vio que era redonda, concreta y oscura, como el cañón del revólver que le estaba apuntando.

24

—Levántate y ponte contra la pared o te reviento la cabeza.

Al principio no reconoció la voz, lo único que pensó Méndez es que no podía levantarse y que, en consecuencia, ese tío le reventaría la cabeza.

Luego vio que Carlos se enderezaba muy despacio, liberándole del peso de su cuerpo. Entonces se incorporó apoyando los codos en el suelo y pudo ver que detrás del arma que le estaba apuntando había una mano, que detrás de esa mano había un brazo cubierto con una chaqueta de paño, demasiado gruesa para el calor que hacía. Siguió el recorrido extremidad arriba y acabó encontrando una cara amarillenta de facciones agrias.

—Me alegro de verle, Castañeda.

El comisario no le contestó: estaba ocupado apuntando a Carlos con una Star semiautomática.

—Las manos en la nuca o te reviento los huevos —le ordenó.

Qué manía con reventar cosas, pensó Méndez mientras se ponía de pie palpándose la nuca, como si quisiera asegurarse de que seguía manteniendo la cabeza en su sitio.

—Creí que era a mí a quien estaba encañonando.

—No lo descartes —contestó Castañeda con acento áspero. Parecía enfadado con la vida y con todo lo que ella representaba, es decir, presentaba su humor habitual.

Carlos había alzado las manos tal como le habían ordenado, pero eso no parecía contrariarle. Méndez contempló atónito al botones del hotel Oriente. Su expresión se había relajado, se había dulcificado hasta tal punto que le costó creer que correspondiera a la misma persona con la que se había estado batiendo a muerte hacía unos segundos. El loco que había estado a punto de asesinarlo se había desvanecido dejando en su lugar al vecino de siempre.

—Señor comisario, me alegro de que haya intervenido, ha llegado a tiempo de evitar una desgracia. He sorprendido a Ricardo en mi casa revolviendo mis cosas y he pensado que se trataba de un ladrón. Lo único que hacía era defenderme. —Carlos sonreía

mientras hablaba, cualquiera diría que estaba invitando a los presentes a tomar el té.

—No te molestes en seguir interpretando tu papel —escupió con rabia Castañeda—. Reconozco que tu plan estaba muy bien pensado, pero dejaste cabos sueltos y eso se acaba pagando.

—¿Qué le ha conducido hasta aquí, comisario?, ¿cómo ha averiguado que Carlos era el asesino? —quiso saber Méndez.

—Gracias a las fotografías, te dije que la prueba estaba allí —Castañeda respondía a Méndez, pero era a Carlos a quien miraba.

—Sí, así es. Usted tenía razón —asintió el joven recordando las imágenes que había encontrado en la cómoda.

—Estaba convencido de que decían más de lo que nos dejaban ver. Justo cuando te ibas de mi despacho, reparé en un detalle. Al fondo de la imagen, sobre la repisa de la chimenea, al lado de un gran jarrón, casi fuera del encuadre, había un reloj de sobremesa. No le presté atención hasta que tú retiraste la ceniza que había caído sobre la esfera con el dedo. Necesité una lupa para ver qué marcaban las agujas.

—¿Y qué es lo que descubrió?

—Que las fotos habían sido tomadas en intervalos aproximados de cinco minutos. El tiempo que Muñoz dedicaba a recrear cada escena. Las ordené según ese criterio cronológico, pero, oh sorpresa, entre algunas imágenes y las siguientes había saltos más dilatados, de diez o quince minutos.

—Y eso ¿qué significa?, ¿que se entretuvieron más en algunas fotografías que en otras?

—Esa podría ser una respuesta, pero resulta curioso que los intervalos fueran siempre regulares. Eso me llevó a considerar otra posibilidad.

—¿Cuál?

—Que todas las fotografías hubieran sido tomadas a ese ritmo exacto, pero que a mis manos no hubieran llegado todas las que componían la serie. Eso explicaría esos saltos en el tiempo.

Méndez sabía que el comisario tenía razón, él acababa de ver las postales que faltaban.

—Valoré que quizá esas imágenes hubieran sido destruidas, pero lo deseché. ¿Por qué se iba a desperdiciar un material destinado a ganar dinero?, ¿por un afán perfeccionista? Los compradores de ese tipo de mercancía en lo último en que se fijan es en la calidad fotográfica. La siguiente pregunta que me planteé era más lógica: ¿qué motivos podían existir para eliminarlas?, ¿tal vez comprometían a alguien? De ser esa la respuesta correcta, me dije, dudo de que ese alguien fuera Muñoz, después de todo, era él quien las tenía a buen recaudo dentro de su caja fuerte. Y si a quien molestaban fuera a otra persona, esa persona tuvo que tener la oportunidad de quedárselas.

Carlos Sepúlveda permanecía con una expresión entre bobalicona y ausente, como si no entendiera nada de lo que allí se estaba hablando.

—Solo dos personas, exceptuando a Muñoz, accedieron a esa caja fuerte, y por lo tanto solo ellos podían haberse quedado con esas fotografías antes de que llegaran a mí.

Méndez le ahorró el esfuerzo:

—Don Torcuato y Carlos.

—Exacto. No veo que don Torcuato pueda tener ninguna relación con esta historia, aparte de la que le forzamos a tener, pero no se puede decir lo mismo de este individuo. —Señaló con la barbilla al empleado del hotel Oriente, dio unos pasos para acercarse más a él y masculló—: Apuesto a que cogiste las fotografías, y seguramente los negativos, porque aparecías en ellas.

—No se equivoca, comisario —intervino Méndez—, las fotos que busca están en el segundo cajón, las descubrí antes de que Carlos me asaltara. Aparece reflejado de forma accidental en el espejo de la chimenea. Él era el fotógrafo.

Los ojos de Castañeda se achicaron.

—Nos has utilizado como si fuéramos marionetas, tirando de los hilos oportunos. Primero mentiste diciendo que nunca habías visto a Rosalía con Muñoz, supongo que para quedar al margen de cualquier sospecha. Luego fuiste tú quien nos condujo como corderitos hasta esa caja fuerte. Desde el principio ese fue tu objetivo.

Todas las piezas empezaban a encajar en la mente de Méndez. Por eso no pudo evitar intervenir.

—Estoy seguro de que nuestro encuentro en casa de doña Manuela no fue casual. Como tampoco que le llevaras regalos que habías conseguido gracias a tu trabajo en el hotel. Era el cebo que necesitabas para que yo mordiera el anzuelo. Aquel día me habías estado siguiendo por los barracones de La Canadiense. Mientras yo charlaba con doña Manuela, te dio tiempo a pasar por tu casa, cambiarte para que no pudiera identificar la ropa, y luego entrar en el piso de la anciana, donde sabías que me encontrarías. Me buscaste con un propósito claro y yo caí como un tonto.

—Querías cargarle el muerto a Muñoz —completó el comisario—. Solo tenías que decirnos lo que nosotros queríamos oír. Mala suerte, amigo, el estraperlista es un hijo de puta, pero no un asesino.

Castañeda echó un vistazo a la habitación sin dejar de vigilar por el rabillo del ojo a Sepúlveda. No pudo evitar una expresión de repulsa.

—Vine aquí esperando encontrar pruebas materiales que corroboraran mi teoría y, por lo que veo, no me iré de vacío. Esta es la guarida de un loco. Por cierto —añadió dirigiéndose a Méndez—, ¿se puede saber qué hacías tú aquí?

—Vine por lo mismo que usted, a buscar una prueba que me confirmara que Carlos era el asesino.

—¿Qué te hizo sospechar de él?

—Es un poco largo de contar, pero digamos que, al final, la verdad está en las pequeñas historias de la calle.

Castañeda arqueó una ceja. Méndez era un chaval listo, pero le irritaba el sentimentalismo con que lo impregnaba todo. Barruntó que sería consecuencia de convivir con un individuo como Raimundo. Los rojos eran muy de esas tonterías.

—Que yo hiciera esas fotos y las ocultara no significa nada, solo que quería evitar meterme en líos. No creo que eso me convierta en un asesino. —La voz de Carlos sonó irreal, parecía que hubiera dejado de estar allí y se manifestara desde un lugar lejano.

—No te hagas el listo. Tengo más que suficiente para empapelarte. De entrada, mentiste a la Policía para entorpecer una

investigación, lo que en sí es ya un delito. Pero hay mucho más.

Méndez asintió con cierto orgullo. El comisario sabía lo que se decía.

—En un principio, sospechamos de Muñoz porque él había estado en contacto con las dos chicas asesinadas, Brigitte y Rosalía, pero es evidente que tú, a través de él, también lo estuviste. O sea, que cumples el primer requisito del manual del asesino: conocer a las víctimas y tener la oportunidad de cometer el crimen.

—Sí, lo confieso, las conocía —replicó Carlos envalentonado, pero sin perder esa compostura de empleado habituado a complacer al cliente—, pero su teoría sigue siendo absurda. ¿Qué motivos podía tener yo para matar a esas chicas? Es más, ¿por qué querría yo incriminar al señor Muñoz? Es un buen cliente del hotel y siempre se ha portado muy bien conmigo.

Castañeda ladeó la cabeza y frunció los labios como si echara de menos entre ellos un pitillo. Los ojos le chisporroteaban de rabia. Méndez reconoció ese brillo en sus pupilas. Su instinto de policía lo había llevado hasta el lugar correcto, pero no tenía respuesta para los interrogantes que le planteaba el botones. La impotencia le hizo rebufar y sus mejillas se despegaron de los pómulos, transformando por completo su rostro.

La voz de Méndez sonó tajante y segura sobre ese breve silencio:

—Imagino a esas dos pobres chicas, forzadas por las circunstancias a iniciarse en la prostitución. Imagino a un hombre que se fija en ellas y sueña con enamorarlas. Imagino a ese hombre sintiéndose rechazado cuando comprueba que las muchachas no le prestan la menor atención, que ni siquiera existe para ellas. Imagino un odio latente despertando en sus entrañas.

Las facciones de Carlos se habían tensado. Unas gotas de sudor habían empezado a humedecer su frente.

—¿Cómo me iba a enamorar yo de dos chicas así? No eran más que unas putas —protestó con una agresividad mal contenida.

Méndez dio un paso al frente con la mandíbula y los puños apretados dispuesto a asestarle un derechazo, pero Castañeda lo detuvo alzando el brazo que tenía libre.

El comisario había escuchado con atención la hipótesis de su pupilo. Decididamente aquel chaval tenía madera para el oficio. Bastaba con ver cómo sus palabras habían alterado a Sepúlveda para darse cuenta de que no iba desencaminado.

Con la mirada aún encendida de cólera, Méndez escupió:

—Putas como lo era tu madre, ¿verdad? Ese es el problema, que te recordaban a ella, porque ejercían el mismo oficio y porque eran muy jóvenes, como cuando ella empezó. Y sobre todo porque no te querían.

Carlos reaccionó como si le hubieran clavado astillas en las uñas. Se revolvió igual que un animal y de un violento manotazo barrió la superficie de la cómoda, tirando al suelo las botellas portavelas y los tarros de contenido siniestro. Uno de ellos rodó sin romperse, pero los otros se quebraron llenando el suelo de trozos de cristal, restos de pezuñas y pequeñas esferas de textura gelatinosa.

La Star que empuñaba Castañeda vibró en el aire. El comisario estuvo a punto de disparar, pero se detuvo en el último instante cuando vio que su objetivo se derrumbaba. Carlos se había acuclillado, agarrándose la cabeza con ambas manos mientras profería un lloriqueo infantil.

—No soportaste querer a quien te ignoraba —siguió acusando Méndez—. Te ocurrió con Brigitte y te ocurrió con Rosalía. De las dos te enamoraste. Ante ellas, de nuevo volvías a ser el niño rechazado, humillado, solo que esta vez tenías la oportunidad de invertir los papeles, de ser tú quien dominaba, de ser tú quien infligía el mal.

Castañeda susurró:

—Ahí tenemos el punto dos del manual del asesino: el móvil.

Méndez, que no estaba dispuesto a que nadie interrumpiera su discurso, no le prestó atención.

—Imagino también el odio que debía despertar en ti un tipo como Muñoz, alguien que podía tener lo que a ti te era negado, y que, por otro lado, te debía recordar bastante a los clientes con los que tu madre se acostaba, esos que podían obtener de ella cualquier cosa, mientras tú no obtuviste ni siquiera el más mínimo afecto.

—Ella los aborrecía y luego lo pagaba conmigo —dijo Carlos entre sollozos. Sus gemidos eran tan agudos que llegaban a solapar la voz

de Méndez.

Castañeda guardó la pistola en la funda que escondía bajo la americana y encendió con calma un cigarrillo. Dado el cariz que estaban tomando las cosas, consideraba que esa operación era mucho más necesaria que seguir apuntando al asesino. Los pulmones del comisario exigían su dosis de aire contaminado; Carlos, en cambio, se había desmoronado solo, no necesitaba que nadie le apuntara.

—Amor y aniquilación, dos conceptos que se atraen —sentenció tras un par de caladas.

No tenía ni idea de cómo Méndez había obtenido los datos para elaborar esa teoría, pero resultaba bastante sólida. La reacción de Sepúlveda, que se había descompuesto por completo, la corroboraba.

Con un cigarrillo entre los dedos la mente de Castañeda trabajaba más rápido.

—El plan no estaba mal. Lo organizaste todo para que nos llegaran las fotos que te interesaba que viéramos, ocultaste las que te delataban y nos presentaste a Muñoz como el asesino ideal. Hasta te aseguraste de que tuviera difícil ampararse bajo una coartada. Sabías qué tipo de locales visitaba el estraperlista y podías averiguar cuándo lo hacía. La noche en que asesinaste a Rosalía, e imagino que lo mismo debió ocurrir cuando acabaste con Brigitte, te las arreglaste para que coincidiera con una de las visitas de Muñoz al Panamá, una casa de putas de enorme discreción. Los clientes entran por el garaje y son conducidos por los empleados a las habitaciones. Ellos se encargan de que los parroquianos no se crucen entre sí. Nadie es visto si no quiere ser visto.

»Y tú conocías ese sistema, posiblemente porque el propio Muñoz te lo había contado. Las malas lenguas dicen que allí hay menores, aunque oficialmente no lo hemos podido comprobar, supongo que el hecho de que muchos policías sean asiduos del local tendrá algo que ver —masculló el comisario con amargura—. Pero ese día hubo una pequeña fiesta en la que Muñoz compartió alcohol y mujeres con algunos amigos, todos hombres influyentes, y entre ellos un alto mando militar. Ahí hay que reconocer que tuviste mala

suerte. Fue un hecho fortuito, una alteración en tu plan con la que no contabas. Pero la vida es así, la teoría es devorada continuamente por la práctica.

»Si no se hubiera dado esta circunstancia, es probable que Muñoz no dispusiera de una coartada o lo habría tenido bastante más complicado. Por otro lado, contabas con la ventaja de que no podíamos acercarnos a él sin pruebas concluyentes, con lo que no corrías el riesgo de que nos hablara de ti. Incluso una vez detenido, es lógico que nunca te haya mencionado, pues la acusación que pesa sobre él es la de estraperlista, nada que ver con el asunto de las fotografías. Lo dicho, un plan casi perfecto.

Méndez había atendido las explicaciones del comisario. Se esforzaba por ir recolocando en su mente cada pequeña pieza del puzle. De repente, una duda arrugó su entrecejo.

—Hay una cosa que no entiendo… Cuando visitamos a la otra chica que sale en las fotografías nos dijo que las fotos las había hecho Muñoz, no mencionó a Carlos para nada.

—Creo que puedo responderte a esto —atajó Castañeda—. ¿Recuerdas que la chica nos comentó que quería ser artista y que había encontrado a un tipo que le costeaba las clases de interpretación y canto?

—Sí, claro.

—Apuesto a que el *canelo* que acarrea con los gastos es este guiñapo que tenemos aquí delante.

Carlos, que había levantado la cabeza, asintió en silencio, aunque seguía ajeno a aquella conversación, como si estuvieran hablando de otra persona.

—Prometiste cargar con los gastos a cambio de que no te mencionara. Estoy seguro de que la convenciste de que Muñoz era el culpable y de que eso era lo mejor para todos. Sabes llevar a la gente hacia donde te interesa, de eso hemos sido testigos directos. Y quién sabe, tal vez también habrías acabado con ella si no le hubiéramos puesto vigilancia.

Ya no quedaba nada de la seguridad que Carlos había mostrado al principio. Se había roto de la misma forma en que lo habían hecho los macabros tarros de cristal. El comisario se fijó entonces en los

restos que habían quedado esparcidos por el suelo y no pudo evitar un gesto de repulsa.

—Pero qué coño…

—No es culpa mía, fue ella quien me obligó —gimoteó el asesino.

—¿Quién te obligó? —preguntó el policía.

—Ella, mi madre. Todas las noches, al encerrarme en esta habitación escucho su voz. Me grita, me insulta y me dice cosas terribles. Fue ella quien me ordenó que lo hiciera. Se parecían tanto a ella, tan jóvenes, tan guapas y tan distantes.

—Lástima de chico. —Castañeda chasqueó la lengua.

—Ellas no me querían y luego se burlaban de mí, no dejaban de señalarme, por eso tuve que matarlas y cortarles el dedo.

El comisario tuvo que dar varias caladas para asimilar que acababa de oír una confesión en toda regla.

—Y también las hubieras violado de haber podido, ¿verdad?

Carlos solo emitió un gemido que el policía interpretó como un reconocimiento de su impotencia.

—En ambos casos te esforzaste por aparentar que así había sido. Lo que deseabas a toda costa era humillarlas.

De soslayo miró al joven Méndez. Su rostro era un reflejo del dolor que debía quemarle por dentro. Castañeda se preguntó qué estaría pasando por su cabeza ahora que por fin había conseguido desenmascarar al asesino.

Pronto lo averiguó porque Méndez musitó:

—¿Cómo convenciste a Rosalía para que fuera contigo hasta la montaña de Montjuïc?

Carlos tuvo que serenarse unos segundos antes de poder hablar.

—Fue muy fácil. Os seguí después de que dejarais la verbena y cuando os despedisteis la fui a buscar. Le dije que le llevaba un mensaje de tu parte, que la estabas esperando en la montaña. Ella me creyó y yo me ofrecí a acompañarla. Durante el camino estaba preocupada, no sabía que tú y yo nos conocíamos. Le angustiaba la idea de que yo pudiera contarte a qué se dedicaba. Yo le dije que podía confiar en mí.

Méndez apretó los puños y se abalanzó sobre él.

Esta vez Castañeda no hizo nada por detenerlo.

Lo sacudió cogiéndolo por los hombros. Quería que se levantara, pelear con él, que se defendiera, pero Carlos se balanceó como un peso muerto.

—Maldito cabrón —le escupió mientras le propinaba una patada.

Castañeda dio otra calada a su cigarrillo.

Jadeante por el esfuerzo y la rabia, Méndez siguió preguntando:

—Aquella noche nos seguiste a los dos, pero una vez cometido el crimen continuaste vigilándome a mí. ¿Por qué?

El comisario atendía al interrogatorio con gran interés. Por lo visto, aquel caso escondía muchos más detalles de los que él conocía.

—Ella estaba enamorada de ti.

—¿Y por eso me seguiste?, ¿porque querías acabar conmigo? Apuesto a que lo habrías hecho si hubieras tenido la oportunidad.

—Estaba dispuesto a hacerlo el día que te internaste por los terrenos de las Tres Chimeneas, pero huiste sin que pudiera encontrar la oportunidad. —Carlos hablaba con voz contrita, parecía que se disculpara por no haber logrado su objetivo—. Luego todo fue más complicado. Empezaste a andar con el comisario y pensé que sería mejor limitarme a controlar tus movimientos e intentar averiguar por dónde iba la investigación, como el día que estuviste a punto de pillarme en el mercado de Sant Antoni. Tenía que conocer vuestros pasos para poder adelantarme a ellos.

Castañeda dio una profunda calada al cigarrillo y buscó un lugar donde apagarlo. La primera intención fue tirarlo al suelo, pero le asqueó pensar que al pisarlo pudiera aplastar una de aquellas esferas acuosas.

—Qué carajo… —masculló.

Méndez hundió la cabeza entre los hombros. Estaba derrotado. Había creído que atrapar al asesino le reconfortaría. Lo tenía ahí delante y acababa de reconocer sus crímenes, pero eso no hacía que se sintiera mejor. Su situación no había cambiado. Rosalía seguía estando muerta y Raimundo había huido.

No pudo controlarlo. Una de sus piernas salió disparada. Carlos Sepúlveda recibió una patada que lo agitó como si fuera un muñeco de trapo.

—Este tío me ha jodido la vida.

—Creo que a él se la jodieron también —susurró Castañeda.

A Méndez le brotó un incómodo escozor en los ojos. En los últimos días le habían arrebatado algo que ni siquiera había empezado a tener, algo que ya nunca recuperaría, algo que le hubiera correspondido vivir y que ya nunca disfrutaría. Se sintió como un viejo, cansado y solo, asomado a un abismo negro.

Castañeda lo observaba a través del humo del cigarrillo que acababa de encender. No era su estilo, pero le hubiera gustado ser capaz de decirle alguna palabra amable.

—Mañana te espero a las diez en punto en el Chicago.

Méndez lo miró con indiferencia.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo, porque me da la real gana y porque tengo algo que decirte.

25

El día había amanecido encapotado. La humedad se pegaba al cuerpo, empapaba la piel de sudor y se filtraba hasta llegar a los huesos. La ciudad, resignada, se asfixiaba bajo un manto de polvo e ilusiones perdidas. Méndez escuchó un trueno en la lejanía y el anuncio de una tormenta acercándose le alivió. El agua ayuda a borrar las huellas, pensó, a desprenderse del pasado. El sonido le había recordado el estruendo de las bombas al caer.

Durante la guerra ese estrépito le excitaba, ignorando el peligro. En la infancia uno siempre encuentra refugio en la inconsciencia. En los primeros bombardeos se había apresurado, junto al resto de chiquillos del vecindario, a correr hacia la azotea más cercana para ver el espectáculo de los aviones italianos liberar la carga de sus vientres. Para ellos la guerra no era una amenaza, sino una aventura, no era un paisaje de muerte y dolor, sino el escenario en el que se forjan los héroes. Raimundo y el resto de maestros les habían advertido de que cuando oyeran el zumbido siniestro de las descargas se colocaran un lapicero entre los dientes para así evitar morir reventados por dentro. De ahí que cuando oían ladrar a los perros —solían adelantarse a las sirenas de aviso— treparan a cualquier mirador mordiendo un lápiz. Ya había dejado de ser un niño, pero ahora más que nunca necesitaba morder un palo. Tenía miedo, aunque no sabía bien a qué, tal vez a la soledad, a sentirse tan viejo siendo todavía tan joven.

Distinguió a Castañeda sentado a una de las mesas. El comisario, hombre precavido, vestía una gabardina abotonada hasta el cuello y anudada a la cintura.

Tras un escueto saludo, Méndez tomó asiento. Vio que sobre la mesa había dos vasos acampanados que contenían un líquido oscuro.

—Me he tomado la molestia de pedirte un refresco. No quiero que el camarero nos interrumpa mientras hablamos.

Méndez, que tenía la boca seca, dio un generoso trago.

—¿Qué es esto?

—Un suau, café con azúcar y sifón.

—Sé perfectamente qué es un suau, pero esto sabe a alcohol que echa para atrás.

—He pedido que lo bautizaran con un poco de coñac. Ya eres un hombre. Te vendrá bien.

El joven no tenía muchas ganas de hablar, aun así le narró la macabra historia de doña Manuela y los detalles que le habían hecho sospechar de Carlos Sepúlveda.

Castañeda se mostraba más ceñudo y circunspecto de lo habitual, asentía con la mirada puesta en la lejanía, como si a través del humo de su cigarrillo entreviera un horizonte lejano al que no confiaba llegar.

—Tienes un talento natural, sabes ir a husmear al sitio adecuado.

Méndez supuso que aquello pretendía ser un elogio, aunque lo hubiera dicho sin demasiado entusiasmo. A pesar de su esfuerzo por disimularlo, resultaba evidente que el caso del asesinato de Rosalía, una vez atrapado el culpable, había dejado de interesarle.

Estuvieron en silencio varios minutos. Castañeda permanecía concentrado en las evoluciones del humo sin que eso lograra mejorar su aspecto avinagrado. Méndez se preguntaba si de verdad le había citado por alguna razón en concreto o si ya se daba por satisfecho con los pormenores de su conversación con doña Manuela. En el caso de que no tuviera nada más que decir, tal vez haría mejor en largarse. Aquello era una despedida y cuanto antes la finiquitaran, mejor.

Laureano Castañeda no era uno de los suyos, tampoco era un compañero agradable y, sin embargo, Méndez se enojó consigo mismo al reconocer que le iba a echar de menos.

Dio un buen trago a su bebida, quizá porque necesitaba envalentonarse, y entonces Castañeda, como si un reloj le hubiera indicado que había llegado el momento oportuno, apagó con brío el cigarrillo en el minúsculo cenicero, sacó algo del bolsillo interior de la gabardina y lo depositó ante sus narices.

Era un sobre de papel marrón, doblado en varios pliegues anudados con una goma.

Méndez lo observó intrigado.

—Cógelo —dijo Castañeda con voz seca y autoritaria.

—¿Qué es?

—Con esto, Raimundo podrá alcanzar la frontera y cruzarla sin problemas.

Méndez se quedó paralizado, suspendido en una burbuja de estupefacción.

Castañeda sacó un cigarrillo y lo encendió. El destello de la llama iluminó sus ojos oscuros. Méndez los vio agitarse como animales esquivos en un paisaje de dolor, cansancio y soledad. Intentó decir algo, pero un sonido gutural murió antes de llegar siquiera al paladar.

—Si alguna vez vuelvo a toparme con él, yo mismo le pegaré un tiro en la cabeza. ¿Me has entendido?

Asintió con la cabeza. Aún no había logrado cerrar la boca. Tomó el sobre como si se tratara de un pájaro herido.

—Hasta la próxima —ladró Castañeda mientras se levantaba y se alejaba veloz como un fantasma que se hubiera liberado de sus cadenas.

Lo vio desvanecerse entre la gente, dejando una estela de humo y desencanto.

Un estruendo partió el cielo en dos y una lluvia impetuosa empezó a caer sobre la ciudad.

Con el sobre a buen recaudo, Méndez se acercó a la puerta del local.

Aspiró el olor a asfalto mojado.

Aquel era, sin duda, el aroma que más le gustaba.

* * *

Lo primero era dar con él. Para ello se encaminó hacia el mercado de Sant Antoni en busca de alguno de los amigos de Raimundo. No le costó encontrar al librero con el que solía intercambiar los libros de Zane Grey.

—¿Qué haces aquí? —dijo con cara de susto cuando lo vio frente a su puesto.

—Necesito encontrar a Zane Grey. —Como su interlocutor solo emitió un ligero carraspeo a modo de respuesta, añadió—: Es urgente.

El vendedor volvió a carraspear y entonces Méndez se dio cuenta de que no estaban solos. Un viejecillo enjuto y mal afeitado curioseaba entre los ejemplares expuestos. Cada vez que alargaba un brazo para tomar un libro, esfuerzo que le resultaba harto fatigoso, todo su cuerpo crujía. Daba la impresión de que en cualquier momento las articulaciones se le descuajaringarían, atravesándole la piel.

Méndez lo observó intentando calibrar su nivel de peligrosidad. Aunque fuera el mejor agente infiltrado de la Secreta, lo más probable era que falleciera antes de llegar a la esquina.

El camarada de Raimundo debió pensar lo mismo porque al fin se decidió a hablar:

—Búscalo en la oración.

Méndez pensó que el librero había enloquecido, pero pronto cambió de opinión. Había comprendido.

—¿Cuándo?

—Esta noche, a las diez.

—Gracias —dijo Méndez mientras comprobaba que los papeles atados con una goma continuaban en su bolsillo.

—Que Dios escuche tus plegarias —oyó que le respondía el librero mientras se alejaba.

* * *

Aún no eran las diez cuando entró en la parroquia de Santa Madrona. A esas horas no encontró a nadie por la calle. Aunque el trayecto desde su casa era corto, dio un amplio rodeo para asegurarse de que nadie lo seguía. Una vez convencido, enfiló la calle Tapioles y se coló con sigilo en el templo. Posiblemente tenía el mismo aspecto que la vez anterior, pero a Méndez le pareció más desolador que nunca.

Hizo un barrido con la mirada para cerciorarse de que había sido el primero en llegar a la cita y fue a parapetarse tras una columna

desde la que tendría una perfecta visibilidad del portalón. La oscuridad, tímidamente arañada por el débil fulgor de los cirios, era su cómplice. Tal como había esperado, se encontraba solo en la nave; aun así, la boca se le secó y el corazón le latía con violencia. Escrutaba con ojos ansiosos las sombras que bailaban en las paredes al capricho de las candelas. Intentó tranquilizarse convenciéndose de que su tutor haría lo imposible por acudir a la cita, pero el desasosiego alargaba los minutos hasta hacerlos eternos. Tenía el destino de Raimundo en su bolsillo y le pesaba como un saco de arena atado al cuello.

Oyó el crujir de una madera vieja a sus espaldas. Se volvió y una suave corriente de aire le acarició el rostro. Escrutó la oscuridad hasta que vio despegarse de la mancha compacta de negrura la silueta de un hombre de estatura mediana y complexión rotunda que se deslizaba con la cautela de un gato. Raimundo se había materializado ante él como un fantasma atravesando la pared.

Méndez contuvo el aliento hasta que lo tuvo al lado. Al verlo de cerca se dio cuenta de que había rejuvenecido, como si la urgencia de la huida le hubiera devuelto la energía de tiempos pasados.

Raimundo tomó a Ricardo por los hombros y lo zarandeó mientras una amplia sonrisa amanecía en sus labios. Estaba contento de ver a su pupilo, pero eso no era algo que los hombres se dijeran con palabras.

—¿Está seguro de que no le ha seguido nadie?

Para Méndez, el miedo a que Raimundo pudiera estar en peligro era más grande que la alegría del encuentro.

—No creo que lo recuerdes, pero durante la guerra esta iglesia fue confiscada y utilizada como garaje para los camiones del Consejo de la Madera Socializada, cuyo local estaba aquí al lado. Desde aquella época conozco como nadie los recovecos y pasadizos ocultos que conectan las dos edificaciones.

Escuchar la voz serena y confiada del maestro le tranquilizó. Nunca hasta ese momento había sido tan consciente del efecto calmante que le producía su halo protector.

—No tengo mucho tiempo —confesó Raimundo con premura mal disimulada.

Tras cerciorarse de que seguían estando solos, hizo una señal a Méndez para que lo siguiera.

Caminaron con sigilo siguiendo el trazado de la pared. Avanzaban tan pegados al muro que el frescor que desprendía la piedra se les pegó al cuerpo, como un hálito procedente de un tiempo remoto. Llegaron ante una puerta que quedaba oculta tras el alero de madera del confesionario.

Raimundo se detuvo ante ella.

—Prefiero que charlemos teniendo a mano una salida... —Luego hizo una pausa y añadió—: Quién iba a decirlo.

—¿A decir el qué? —Méndez se preguntó si era posible que conociera el motivo de su urgente convocatoria.

—Que Carlos fuera un asesino. Lo siento, Ricardo.

—¿Cómo se ha enterado? Que yo sepa, aún no ha aparecido nada en la prensa —preguntó Méndez sin poder disimular su sorpresa.

—Me mantengo informado, es una de las reglas de oro para estar a salvo. ¿Por qué querías verme? —La sonrisa seguía dibujada en el rostro de Raimundo, pero su voz destilaba preocupación—. ¿Te ha estado molestando la Policía?

—No exactamente.

Sin más demora, el joven extrajo los documentos y se los tendió.

—El comisario Castañeda me ha dado esto para usted.

Si aquel sobre le causó sorpresa, Raimundo no dejó que se reflejara en su rostro. Con dedos ágiles lo desató y revisó su contenido; luego miró a uno y otro lado, como si temiera ser víctima de una encerrona.

—¿Qué significa esto?

—Significa que puede largarse, que ya no está atrapado en esta ciudad, en este país.

Raimundo dio unos golpecitos con el fajo de documentos sobre la palma de su mano, la vista clavada en el suelo. Cuando la levantó, tenía una luz nueva que Méndez no conocía.

—Lo he pensado mucho.

—¿El qué?

—Si, en el caso de tener la oportunidad, debía salir del país.

Si el recogimiento del templo y la discreción que esa entrega exigía no se hubieran interpuesto en su reacción, Méndez habría soltado una carcajada.

—Por supuesto que debe hacerlo. ¿Va a quedarse aquí esperando a que lo cojan? Sabe tan bien como yo que antes o después lo encontrarán.

—Muchos compañeros llevan ocultos desde que acabó la guerra.

—Por supuesto. A esos no hace falta que nadie los condene, ellos mismos son sus propios carceleros. Viven escondidos como ratas tras falsas paredes, consumidos por una espera que no acaba nunca. No me diga que está dispuesto a vivir el resto de sus días como un fugitivo.

—A lo que no estoy dispuesto es a vivir como un cobarde. —Raimundo hizo una pausa para serenarse. Aunque había comprobado que no había nadie más en el templo, no quería que el tono de sus voces se elevara más de la cuenta—. En unos pocos meses el juego aquí va a cambiar. Franco tiene las de perder, sus cartas ya no valen. Él lo sabe y teme que haya una sublevación popular.

Méndez lanzó un resoplido. Raimundo era incansable.

—¿Una sublevación?, ¿sigue todavía con esas? ¿Ha visto la cara de la gente en la calle? Yo no sé qué es lo que usted percibe, pero le aseguro que yo no veo rebeldía, lo que veo son miradas vacías.

—Me consta que el dictador va a intensificar esfuerzos para acallar cualquier movimiento. Y va a hacerlo porque tiene miedo. Parte de los republicanos que cruzaron la frontera cuando los golpistas se hicieron con el país están preparando su regreso. Se está organizando una guerrilla.

—Raimundo, aproveche estos papeles y lárguese. —No era lo que deseaba, pero Méndez sabía que esa era la mejor opción para su tutor. Su petición reverberó en las paredes, extendiendo su eco como una plegaria.

—Lo haré —respondió con contundencia Raimundo mientras escondía el sobre en algún bolsillo oculto bajo su camisa—, pero lo haré para regresar algún día. Voy a unirme a ellos. Hay que luchar

para que nos devuelvan lo que nos arrebataron. Créeme, Franco tiene los días contados.

Siempre había atendido con respeto a las opiniones de Raimundo. Podía rebelarse contra él, de hecho lo hacía a menudo, pero nunca había dejado de latir en él la veneración del alumno ante la sabiduría de un hombre dispuesto a enseñar lo que sabe. Ahora, sin embargo, tenía la impresión de estar hablando con un ingenuo, de ser él el adulto a quien correspondía concretar los márgenes de la realidad. Tal vez Raimundo se estaba haciendo viejo, o tal vez era él quien había dejado de ser un niño.

—¿Y si no es así? —Quería poner a prueba la fe de Raimundo, hacerle contemplar la posibilidad de que los acontecimientos podían no suceder como él esperaba.

—Tiene que ser así, no puede ser de otra manera. Cuando los fascistas tomaron las armas tuvimos el apoyo internacional: franceses, ingleses, americanos, hombres de todas partes vinieron a defender la República y la democracia; ahora también lo harán. Han vencido a Hitler y a Mussolini, ¿crees que van a dejar en pie a Franco? Si lo permitieran, no podrían sobrevivir a esa vergüenza.

Méndez tomó aire. A lo mejor Raimundo tenía razón. Desconocía qué estaba ocurriendo más allá de la frontera. A España apenas llegaban noticias, y si lo hacían era de manera tergiversada. Quizá sí que vendrían a rescatarlos, quizá la alegría dejaría de ser una tara sospechosa y la libertad una palabra condenada a muerte. Sí, tal vez podrían despertar del largo letargo, liberarse de los grilletes.

Su tutor se recostó en la pared y cerró los ojos. Necesitaba abstraerse unos segundos, recomponer su ánimo. Había perdido a muchos camaradas, había tenido que decir adiós incontables veces, otras tantas ni siquiera tuvo la oportunidad de hacerlo, pero despedirse de Ricardo lo quebraba por dentro.

—Cuando acabó la guerra pensé en exiliarme. —Raimundo volvía a tener los ojos abiertos.

A pesar de estar prácticamente en penumbra, Méndez adivinó un brillo húmedo en sus pupilas.

—¿Por qué no lo hizo?, ¿por qué no escapó mientras pudo?

—Porque tenía esperanza… y porque estabas tú. —La última apostilla fue apenas un susurro, no quería que sonara a reproche—. En el 39 no me dio la gana de que me echaran de mi país. Me quitaron el derecho a seguir ejerciendo mi profesión, pero yo, a cambio, me consolaba pensando que podía seguir luchando desde dentro. Hoy veo las cosas diferentes, estoy cansado, me pesan los años y los recuerdos. La realidad me ahoga, ya no reconozco a esta ciudad y me horroriza no reconocerme a mí mismo. Al menos en Francia podré ser quien soy sin esconderme. Todo el mundo debería tener derecho, al menos, a eso.

Raimundo recorrió con la mirada el altar, la escasa imaginería que había sido restaurada y recolocada, los baldosines ennegrecidos que tantas veces había pisado durante los años que la iglesia fue confiscada, y pudo constatar que la nostalgia tiene un peso específico que, cuando se solidifica, ejerce una presión sobre el pecho.

—¿Sabes de qué me he dado cuenta estos últimos días?

Ricardo permanecía atento. Raimundo no era un hombre prolijo en confesiones, lo que hacía aquel momento aún más especial. Se sentía más cerca de él que nunca.

—Me he dado cuenta de que antes sentía una profunda tristeza. Nació el día en que fui consciente de que la guerra estaba perdida. Fue creciendo a medida que el país fue tornándose gris y la gente fue agachando la cabeza. Pero lo terrible no es eso, lo peor es que con los años dejé de sentirla. ¿Y sabes por qué? Porque ya formaba parte de mí. Uno de los motivos que me empuja a largarme es el temor a que me devore la España de los otros. No tengo miedo a que me detengan, sino a que cuando lo hagan ya no quede nada de mí. —La voz de Raimundo se convirtió en un murmullo apenas audible cuando añadió—: Mi único pesar es dejarte aquí.

—Ya no soy un niño.

—No, no lo eres.

Los dos hombres hacían un esfuerzo por contener las emociones. Ricardo era consciente de que con Raimundo se iba una parte de él, una parte que nunca florecería, que quedaría cauterizada en su interior. También sabía que el tiempo se les terminaba.

—Le echaré de menos —dijo pensando en lo solo que se quedaba, en el abismo que se abría ante sí. No supo por qué le vino a la mente la imagen de Castañeda. Tal vez porque él también era un hombre solo rodeado de vacío.

Obedeciendo a un impulso, Ricardo se acercó a Raimundo y lo abrazó. No pudo contener un sollozo infantil. Aquel hombre de infinitas lecturas y brillante orador de cafetín no supo qué decir.

Había llegado el momento de marcharse. Desasiéndose de Méndez, el antiguo maestro abrió la portezuela que tenía a sus espaldas. Un túnel de oscuridad emergió tras ella. Ricardo sintió deseos de zambullirse en esa negrura, liberándose así de todo lo que quedaba atrás.

—No olvides nunca quién eres. No olvides que estas calles nos pertenecen y que algún día volverán a ser nuestras. Nos veremos pronto, en una Barcelona distinta —en la voz de Raimundo se notaba el peso de las ilusiones robadas, de los años de lucha, de las posibilidades muertas.

—Seguro —contestó Méndez.

—Ahora tengo que irme.

Esperó oír el sonido de los pasos alejarse a través de esa boca oscura. Sin embargo, lo que llegó a sus oídos fue la voz de Raimundo, que aún seguía allí:

—Tcherepovich.

Méndez buscó en la expresión de su tutor alguna pista que lo ayudara a interpretar el significado de la incomprensible palabra que acababa de pronunciar, pero su rostro se había diluido en la penumbra.

—¿Qué significa eso?

—Es el nombre de un campo de trabajo en Rusia. Dile al comisario Castañeda que su hermano fue llevado allí en el 43.

Méndez intentó sobreponerse a la perplejidad.

—¿Cómo sabe eso?

A pesar de las sombras, vio los labios de Raimundo alargarse en una sonrisa.

—Ya te he dicho que mantenerse informado es una manera de protegerse.

No estaba muy convencido de estar preparado para comunicarle algo así a Castañeda. Era probable que aquel hombre ya no siguiera vivo. Imaginaba lo duras que debían ser las condiciones en lugares como ese. Aun así, preguntó:

—¿Sabe si sigue allí?

—No, ya no.

—Ya lo había supuesto.

—Dile que ha iniciado el camino de vuelta a casa. —Su voz se hizo más clara y rotunda cuando añadió—: Dile también que estamos en paz.

Y dejó que la oscuridad lo engullera como un animal hambriento.

* * *

Al salir a la calle el aire caliente le acarició la piel. La ciudad estaba en silencio, pero hasta sus oídos llegó un rumor apagado, como si las voces de los que ya no estaban le susurraran al oído mensajes secretos. Prestó atención, pero solo escuchó el resonar de sus pasos sobre el asfalto. En la lejanía oyó el aullido de un perro y se extrañó de que ese lamento no hubiera brotado de sus entrañas. Se sentía incapaz de regresar a casa, allí solo le esperaba la ausencia.

Enfiló calle abajo hacia el Paralelo con el propósito de andar sin rumbo. A cada paso sentía la ciudad adherirse a sus pies, animándolo a avanzar un poco más. Le quedaba una larga noche por delante, una noche que duraría mucho tiempo. Barcelona se extendía ante él igual que un desierto plagado de presencias inasibles. Aspiró el aroma de la ciudad para llenar con él sus pulmones.

Al pasar ante un café vio en la cristalera el reflejo de un joven cabizbajo, con el pelo revuelto y la expresión adusta. Apenas era un chaval, pero tenía una mirada concreta, dañina, de serpiente vieja que lo sabe todo.

Por un instante temió que aquellos ojos que lo miraban fueran los suyos.

Se alejó de allí sin querer averiguarlo.

Barcelona, 5 de febrero de 2016

NOTA BIBLIOGRÁFICA Y AGRADECIMIENTOS

La mayor parte de la documentación que he utilizado para escribir este libro proviene de la memoria, oral o escrita, que me legó mi padre, Francisco González Ledesma. Algunos personajes, escenarios y anécdotas responden del mismo modo a su universo emocional, al menos he intentado que así fuera. En este sentido, *Historia de mis calles* (Planeta, 2006), su libro autobiográfico, me ha facilitado enormemente la labor.

Para retratar la Barcelona de la época me han sido de gran utilidad los siguientes libros:

El Poble Sec (1936-1939) Un barri en guerra, Cerhisec (Centre de Recerca Històrica de Poble Sec).

El refugi 307. La Guerra Civil i el Poble Sec (1936-1939), de Joan Villarroya i Font, Judit Pujadó i Puigdomènec y Valerie Powles, Ayuntamiento de Barcelona.

Els barris de Barcelona, vol. II, Ayuntamiento de Barcelona-Enciclopèdia Catalana, 1998.

Establiments i negocis que han fet historia, de Lluís Permanyer, La Campana, 1990.

Historia y leyenda del Barrio Chino 1900-1992. Crónica y documentos de los bajos fondos de Barcelona, de Paco Villar, Edicions La Campana, 1996.

La Barcelona calenta, cases de barrets, senyoretes de moral distreta, madames i palanganeros a la posguerra, de Elisabet Parra, L'Arca, 2009.

Medio siglo de vida barcelonesa, de Mario Verdaguer, Editorial Barna, 1957.

Secretos de Barcelona, de Sempronio, Editorial Barna, 1960.

Me ayudaron igualmente en mi propósito las exposiciones «El Paral.lel, 1894-1939. Barcelona i l'espectacle de la modernitat», a cargo del Centre de Cultura Contemporània, bajo el comisariado de Xavier Albertí y Eduard Molner, y «Barcelona en postguerra, 1939-1945», presentada en el castillo de Montjuïc bajo la tutela del

Ayuntamiento de Barcelona, en colaboración con la Fundación Carles Pi i Sunyer.

Las referencias al lenguaje de símbolos empleado por la mafia en sus crímenes se las debo a *Crónicas de la mafia,* de Íñigo Domínguez, Libro del KO, 2014.

A todos los citados les agradezco su trabajo.

Debo agradecer también a Ebha que pusiera en mis manos el libro *Brigada criminal. La actuación de la BIC desde 1944 a 1953 contada por su exjefe*, de Tomás Gil Llamas, Planeta, 1955, que me resultó imprescindible para conocer el catálogo de timadores habituales de la posguerra, así como que me facilitara la película *Jack, el destripador,* de 1944.

A Jean Jacques Fleury le agradezco sus acertadas puntualizaciones.

Finalmente, doy las gracias a mi hermano por su atenta lectura.

Y a Diego, siempre, por todo.

Llámame Méndez

Victoria González Torralba
No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes
del Código Penal)
Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47
© de la ilustración de la portada, Richard Tuschman / Trevillion Images
© Victoria González Torralba, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com
Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2017
ISBN: 978-84-08-16955-0 (epub)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA **NEGRA**



¡Síguenos en redes sociales!

Table of Contents

Dedicatoria
Prefacio
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Nota bibliográfica y agradecimientos
Créditos
¡Encuentra aquí tu próxima lectura!